



El retrato

James Oliver Curwood



Lectulandia

David Raine está viajando, tratando de escapar de sus propios recuerdos. En el tren se encuentra con el Padre Rolland, que lo invita al Norte, a un mundo de "misterio y gloria salvaje", para ayudarlo a encontrarse de nuevo. En el mismo tren, se encuentra con una mujer misteriosa que busca a un hombre llamado Michael O'Doone. Cuando ella se va, él encuentra un paquete delgado en su asiento. Contiene la fotografía de una niña y David tiene como objetivo buscarla, mientras sigue al Padre Rolland hacia el misterioso Norte.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El retrato

ePub r1.1
mandius 03.02.18

Título original: *The Courage of Marge O'Doone*
James Oliver Curwood, 1918
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Primero

A quien se hubiese hallado en la linde del helado bosque de abetos en aquellos instantes, en que el viento soplaba quejumbroso a través de los retorcidos árboles —y eso ocurría a medianoche, de un día de diciembre—, el *Transcontinental* le habría parecido como un fuego; fuego de leve brillo, como de rescoldos, pero que, de todos modos, ofrecía un aspecto fantástico y muy impropio de aquel lugar. El tren parecía como algo extraño abandonado y sin movimiento, y era tan negro como la noche casi ártica, a excepción de la línea luminosa que dividía el tren en dos, desde el primer vagón hasta el último, aunque con un espacio oscuro semejante a un guión lleno de tinta, constituido por el furgón de los equipajes. Del Norte venían verdaderos ejércitos de nubes cargadas de nieve, que se deslizaban casi pegadas al suelo, y con estas nubes, de vez en cuando, llegaba un chillido burlón del viento, como si quisiera insultar a aquella indefensa creación del hombre, así como a los seres que albergaba, hombres y mujeres, que empezaban ya a temblar de frío, y cuyos semblantes tensos y pálidos miraban con ansiedad cada vez mayor hacia la misteriosa oscuridad de la noche, semejante a una negrísima y tupida cortina tendida a tres metros de las ventanillas de los vagones.

Por espacio de tres horas aquellos rostros estuvieron mirando la profundidad de la noche. Muchos de los prisioneros de los vagones rodeados por la nieve se alegraron de la situación al principio, porque siempre resulta agradable y proporciona una emoción indefinible la aventura inesperada, y aquella, durante muy corto rato, fue como una aventura de lujo. Hubo calor, luz, carcajadas de los hombres, alegres exclamaciones de las mujeres y juegos de los niños. Pero en aquellos instantes el bromista más animoso entre los hombres estaba ya silencioso y arrebuñado en su gran capote; así como la joven que más palmoteo con tonta alegría al anunciarse que el tren estaba rodeado por la nieve, lloraba ahora y se estremecía a intervalos. Hacía frío, tanto, que la nieve que caía, arrebatada y arremolinada por el viento, era tan dura que más parecía formada por el polvo de granito; repiqueteaba sin cesar contra los cristales, efectuando un bombardeo de millones y millones de proyectiles infinitesimales, que luchaban por penetrar en los coches. En el lindero del bosque el frío llegaba a cuarenta grados centígrados bajo cero. Dentro de los coches aún quedaba un poco de calor, el que irradiaban las lámparas y el proporcionado por la presencia de muchas personas. Mas a pesar de eso hacía un frío extremado que aumentaba por momentos. Las ventanillas estaban cubiertas por una capa gris de vapor de agua congelado. Algunos hombres habían cedido sus abrigos a las mujeres y a los niños. Estos eran los que con más frecuencia consultaban el reloj. La aventura

de lujo resultaba ya una cosa seria.

Por enésima vez, al pasar uno de los empleados del tren, dirigieron la misma pregunta.

—Tan sólo Dios lo sabe —gruñó ante el rostro de la joven cuya belleza le había obligado a testimoniarle la más caballerosa atención en las primeras horas de aquella misma noche—. La locomotora y el ténider se marcharon hace tres horas y el empalme se halla tan sólo a veinte millas de distancia. Hace ya mucho rato que debieran estar aquí de vuelta trayendo socorro. Es una desgracia, ¿no le parece?

La joven no contestó, pero su boca de lindos labios carnosos pareció disponerse a articular unas palabras para aprobar esta observación final.

—Tres horas —continuó diciendo el malhumorado empleado del tren mientras seguía adelante con un farol—. Esto es lo que se saca de recorrer en ferrocarril una región situada casi en las tierras árticas. Cuando aquí empieza a nevar, la nieve se le mete a uno hasta los huesos y no hay manera de evitarlo.

Hizo una pausa al llegar al compartimiento de fumadores, asomó la cabeza por un momento, siguió adelante y dio un portazo para cerrar la puerta del vagón cuando se disponía a entrar en el siguiente.

En aquel compartimiento de fumadores había dos hombres, mirándose uno a otro a través del estrecho espacio existente entre ambos asientos. No levantaron los ojos cuando el empleado del tren asomó la cabeza. E inclinados uno frente a otro parecían haberse olvidado por completo de la tormenta.

El de más edad de los dos se acercó a su compañero. Tendría unos cincuenta años. La mano que se apoyó por un momento en la rodilla de David Raine era roja y nudosa. Era la mano de un hombre que había pasado la vida luchando en un país casi desierto y en donde la Naturaleza imperaba como dueña y señora. Y su rostro correspondía a tal modo de ser; era un semblante coloreado y endurecido por el tanino del aire y de las ventiscas, por el frío y por el cálido sol del Norte; sus ojos estaban rodeados por una miríada de finas arrugas que revelaban con claridad los muchos años pasados sufriendo los efectos de tales cosas. No era hombre corpulento, sino de menor estatura que David Raine. Tenía los hombros algo caídos, mas se advertía en él una fuerza y una energía contenidas, pero siempre dispuestas a actuar, y una intensa vivacidad y un interés por la vida y por sus misterios diarios que su compañero más joven no poseía. En muchos millares de millas cuadradas de la gran soledad del Norte aquel hombre era conocido por el Padre Rolando, el misionero.

Su compañero no contaría más de treinta y ocho años, y aun tal vez tuviese uno o dos menos, Era posible que los gemidos del viento en el exterior, las voces extrañas que parecía haber en él y la helada penumbra de su pequeño compartimiento acentuasen con el Padre Rolando un contraste más notable que el que hubiera podido existir en otras circunstancias. Sus ojos eran de color gris claro y su expresión firme cuando los fijaba en los del Padre Rolando. Eran ojos difíciles de olvidar, pero, a excepción de ellos, todo lo demás de su persona demostraba que había estado

enfermo y que lo estaba todavía. El misionero lo había adivinado ya y con la mano apoyada en la rodilla de su compañero, le dijo:

—¿De modo que está usted alarmado... por ese amigo suyo?

David Raine movió la cabeza afirmativamente, y se acentuaron aún más, aunque ligeramente, las arrugas que había en torno de su boca.

—Sí, estoy alarmado. —Por un momento se volvió a mirar la noche. Una descarga de los demonios de la nieve, más feroz que las otras, vino a chocar contra la ventanilla, como si el pálido rostro de aquel hombre que no estaba a su alcance hubiese despertado su mayor furia—. Me siento inclinado a mi pesar a preocuparme por él —añadió encogiéndose un poco de hombros.

Y de nuevo miró al Padre Rolando.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de que un hombre se haya perdido a sí mismo? —preguntó—. No quiero decir con eso que se perdiese en los bosques, en el desierto, o que se haya vuelto loco. Me refiero a perderse de otra manera, es decir, a perder el corazón, el cuerpo y el alma, incluso el dominio de sí mismo, como tal vez diría usted, hasta el punto que le haya parecido no existir tierra alguna en donde pudiera permanecer en pie. ¿Le ha ocurrido eso en alguna ocasión?

—Sí..., hace muchos años... conocí a un hombre que se perdió a sí mismo de esta manera —replicó el misionero enderezándose en su asiento—. Pero volvió a encontrarse. ¿Y su amigo? Me interesa mucho su suerte. Ésta es la primera vez, en tres años, que me he acercado a los países civilizados, y estoy seguro de que la historia que puede usted referirme será diferente, muy distinta a la que conozco. Por consiguiente, si no ha de hacer traición a ningún secreto, ¿quiere tener la bondad de contarme esa historia?

—No es divertida —previno David Raine—. Y en una noche como ésta...

—Tal vez podremos ver con mayor claridad en las profundidades de la desgracia y de la tragedia —interrumpió el misionero con acento apacible.

En el pálido rostro de David Raine apareció un ligero rubor. Y en el modo de agarrarse las rodillas con los dedos se advirtió cierta nerviosidad.

—Como es natural, no falta en esa historia una mujer —dijo.

—Sí. Como siempre... Una mujer.

—Algunas veces he dudado si ese hombre adoró a la mujer o a la belleza de la mujer —continuó diciendo David con extraño brillo en sus ojos—. Era un amante de la belleza, y aquella mujer era hermosa, casi demasiado, según creo, para el bien del alma de un hombre. Y él, seguramente, la amó, porque en cuanto ella desapareció de su vida, fue como si él se hubiese caído en un abismo negro del cual no supiera cómo salir. Muchas veces me he preguntado si la habría amado tanto en caso de ser menos hermosa, de ser una mujer corriente. Y me he contestado, como él mismo se contestó a esta pregunta, en sentido afirmativo. Ese hombre tenía el defecto de sentir adoración por cuanto amaba, y la belleza de ella constituía a sus ojos una perfección que le parecía un tesoro. Estaba orgulloso de aquella hermosura y se consideraba el

hombre más rico de la Tierra, puesto que la poseía. Pero en lo más profundo de su adoración por aquella belleza, en realidad amaba *a la mujer*. Estoy más seguro de ello cada vez y también persuadido, y el tiempo lo probará, de que nunca volverá a resurgir con su antigua esperanza y su fe anterior a su caída en el negro abismo, al que fue a parar en cuanto pudo convencerse, de que hay fuerzas en la vida..., y tal vez en la Naturaleza, más poderosas que su amor y su fuerte voluntad.

El Padre Rolando hizo un movimiento afirmativo.

—Ya entiendo —dijo, encajándose mejor en su rincón, inmediato a la ventana, de manera que su rostro quedaba envuelto en ligera sombra—. Ese hombre de quien le hablé también amaba a una mujer muy hermosa. Él se figuraba que era la más bella del mundo, y eso es porque cuando el amor es muy grande hace ver la hermosura.

—Pero esa mujer, es decir, la esposa de mi amigo, pues era su esposa, era tan hermosa que incluso los ojos de las demás mujeres quedaban fascinados al verla. Yo la vi cuando parecía recién salida de las manos de los ángeles; y al principio, cuando mi amigo era el hombre más feliz de la Tierra, solía decirle que sin duda fueron los ángeles quienes le dieran el delicado color de su rostro y el fuego maravilloso y dorado de su brillante cabello. No era, pues, el amor de aquel hombre quien la hacía hermosa, porque en realidad lo era ya por sí.

—¿Y su alma? —preguntaron con suavidad los labios del misionero, sumidos en la sombra.

La mano de su compañero se contrajo un poco.

—Al formarla los ángeles se olvidaron, según creo, de darle un alma —dijo.

—Pues, en tal caso, su amigo no la amaba —contestó el misionero con acento seco y decisivo—. No puede existir el amor donde no hay alma.

—En ese caso sí. El la amaba, y me consta.

—En eso disiento de usted. Aunque no conozco a su amigo, aseguro que tan sólo adoraba su belleza. Y existirían otros que adoraban aquella misma hermosura, otros hombres que no poseían a aquella mujer y que por ella habrían condenado su alma, en el caso de tenerla. ¿No es verdad?

—Sí. Había otros hombres. Pero para comprenderlo debiera usted haber conocido a mi amigo antes de que se hundiese en el abismo, cuando aún era un hombre. Era muy aficionado al estudio. Su fortuna era más que suficiente para proporcionarle el tiempo y los medios que requería el logro de sus propósitos. Poseía una gran biblioteca y junto a ella un laboratorio, Escribía libros que leían muy pocas personas, porque estaban llenos de hechos extraños y demás extrañas teorías. Creía que el mundo es muy antiguo y que es menos provechoso para los hombres descubrir nuevos lujos que contribuyan a una civilización artificial, que volver a encontrar algunas de las grandes leyes y ciertos milagros enterrados en el polvo del pasado. Estaba persuadido de que cuanto más cerca estuviésemos del principio de las cosas, y no más lejos, como ahora nos ocurre, tendríamos una comprensión más clara de la Tierra, del Cielo y de Dios, y del significado de todo. Consideraba que no era ninguna

demostración del progreso alcanzado el hecho de que Jesucristo y sus discípulos no conociesen el teléfono, las gigantescas locomotoras movidas por el vapor, la electricidad o los instrumentos por medio de los cuales el hombre puede mandar mensajes a enormes distancias a través del espacio. Sostenía la teoría de que los antiguos patriarcas estaban más en contacto con el pulso de la Vida que nosotros, a pesar de todos nuestros progresos. No era ningún fanático, ni un atacado de manías. Era aún joven y estaba lleno de entusiasmo. Le gustaban mucho los niños y habría querido ver su casa llena de ellos, pero su esposa sabía que era demasiado hermosa para eso..., y así no tuvieron ningún hijo.

Habíase inclinado un poco más hacia delante, y se encasquetó mejor su sombrero sobre los ojos. La tempestad se calmó por un momento y reinó entonces tal silencio que ambos pudieron oír claramente el tictac del enorme reloj de plata del Padre Rolando.

Luego prosiguió:

—La verdad, Padre, es que ignoro el porqué le cuento esto. Tal vez para aliviar mi propia mente. No podemos esperar que esta conversación resulte beneficiosa para mi amigo, aunque tampoco le perjudicaría. Casi parece un sacrilegio traducir en palabras lo que voy a decir acerca de su... mujer. Es posible que en ella existiesen circunstancias atenuantes. He procurado convencerme de eso, del mismo modo que él se esforzó en creerlo. Quizá un hombre que ha nacido en esta época deba considerarse poco apto para vivir en ella si no puede ponerse a tono con la vida actual. Ante todo no debe tener un espíritu crítico. Si ha de existir en cierto orden social de nuestra civilización, que se ha librado de las grandes dudas y de las grandes melancolías, no ha de estremecerse cuando su esposa haga chocar contra otro hombre su copa de champaña. Ha de aprender a apreciar las bellezas sinuosas de la bailarina de *cabaret*, educándose a sí mismo para no ofenderse cuando vea rielar el vino al ser derramado sobre blancas gargantas. Es preciso que se domine y que se acostumbre a muchas cosas, de la misma manera que se habitúa a la música clásica y a las óperas. Para lograr estos resultados debe olvidar cuanto le sea posible las dulces melodías y las dulces mujeres que se hunden al mismo tiempo en el olvido. Ha de aceptar la vida como un Gran Piano afinado por una especie de Gran Maestro afinador, y a no ser que pueda bailar al son de esta música, será un inadaptado. Esto es lo que mi amigo decía para disculpar a su mujer, quien, por su parte, se adaptó muy bien a esta clase de vida. Él estaba acostumbrado a otra cosa. Su mujer gustaba de las luces, de la risa, del vino, de las canciones y de la diversión. Él, el inadaptado, amaba los libros, su trabajo y su hogar. Su mayor gozo habría consistido en ir con ella, cogidos de la mano, a visitar alguna maravillosa catedral y allí señalarle todas sus antiguas glorias y todos sus misterios. Él deseaba la soledad en compañía de su mujer. Tal era su ideal del amor. Y ella, en cambio..., deseaba otras cosas... ¿Me comprende usted, Padre? La situación continuó de esta manera hasta que, por fin mi amigo comprendió que su mujer se alejaba de él. Casi se convirtió en locura el apasionamiento de su mujer, su

deseo de divertirse y su empeño en ser admirada. Me consta, porque fui testigo de ello. Sin embargo, él no sospechaba todavía, y sí alguien le hubiese dicho que su mujer no era pura, estoy seguro de que habría sido capaz de matarlo. Poco a poco empezó a sentir la agonía, de ver que la mujer a quien adoraba no le correspondía, pero eso no le hizo sospechar siquiera que pudiese amar a otro... o a otros. Un día tuvo que salir de la ciudad, y ella, su esposa, le acompañó al tren. Le vio marchar, le despidió agitando su pañuelo; en el andén, aquella mujer tenía un aspecto magnífico y glorioso.

A través de sus ojos casi cerrados, el misionero observó, que se contraían los hombros de su compañero y que su boca adquiría dura expresión. También había cambiado la voz cuando prosiguió su historia, pues casi carecía de emoción.

—Es curioso observar, a veces, de qué manera el Árbitro Supremo de las cosas se divierte, al parecer, con los hombres... y con las mujeres. ¿No es verdad, Padre?. Hubo un accidente en la línea férrea, y por esta razón mi amigo regresó a la ciudad. El caso era inesperado. Llegó tarde a su casa y entró en ella gracias a su llave, sin hacer ruido, porque no deseaba despertar a su mujer. En la casa reinaba el mayor silencio... hasta que llegó a la puerta de la habitación de su esposa. Dentro había luz y oyó voces... muy bajas. Escuchó cortos instantes y, luego, entró.

Hubo un silencio extraordinario, tanto, que el tictac del enorme reloj de plata del Padre Rolando parecía el redoble de un pequeño tambor.

—Y ¿qué ocurrió entonces, David?

—Mi amigo entró —repitió David. Y mientras sus ojos buscaban los del Padre Rolando, vio en ellos una pregunta y contestó—: No, no les mató. Ignora todavía qué cosa le impidió matar... a aquel hombre. El individuo en cuestión era un cobarde y salió arrastrándose como un gusano. Quizá por esta causa mi amigo le perdonó la vida. Lo más maravilloso de todo era que la mujer, su esposa, no estaba asustada. Se irguió en su encantadora semidesnudez, en tanto que el manto de oro que él había adorado le cubría casi hasta las rodillas, *y se echó a reír*. Sí, dio una carcajada propia de una loca; tal vez una carcajada de miedo, pero carcajada al fin. Y por eso tampoco a ella la mató. La risa de ella y la cobardía del otro los salvó. Mi amigo se volvió, cerró la puerta, los dejó y se sumergió en la noche.

Hizo una pausa, como si la historia estuviese terminada.

—¿Y éste es... el final? —preguntó el Padre Rolando con suave acento.

—De sus sueños, de sus esperanzas y de su alegría de vivir... sí... Éste fue el final.

—¿Y el de la historia de su amigo? ¿Qué ocurrió después de eso?

—Creo que un milagro —replicó David titubeando, como si no pudiese comprender del todo lo ocurrido después—. Debe usted tener en cuenta que mi amigo no era hombre irresoluto ni indeciso. Yo siempre le consideré capaz de estar a la altura debida en cualquier situación. Era un verdadero atleta y le gustaba mucho el boxeo, la esgrima y la natación. Si antes, en cualquier momento de su vida, hubiese

concebido una situación como la en que se halló en la habitación de su mujer, habría sentido la certeza moral de que mataría al hombre. Pero cuando se presentó la situación, ¿no le parece a usted un milagro que se marchara de la casa dejándolos, no tan sólo sin haberles hecho daño alguno, sino, además, juntos? Por esto le pregunto, Padre: ¿no fue un milagro?

Los ojos del Padre Rolando brillaban de un modo raro bajo la sombra de la ancha ala de su sombrero negro y se limitó a bajar la cabeza en sentido afirmativo.

—Desde luego —continuó David—, pudo ocurrir que se quedase demasiado asombrado para obrar. Creo que la carcajada de aquella mujer ejerció en él un efecto semejante al de un poderoso anestésico, pues en vez de sumirle en el deseo asesino de vengarse, tuvo el curioso resultado de adormecer sus emociones. Durante horas enteras le pareció oír aquella carcajada, y yo creo que no la olvidará nunca. Anduvo errante por las calles toda la noche. Ello ocurría en Nueva York y, como es natural, pasó junto a muchas personas, pero no las vio siquiera. Por la mañana se halló en la Quinta Avenida, a muchas millas de su casa. Siguió entonces hacia la ciudad baja, encontrando un río de gente cada vez mayor y cuyo ruido, agitación y diferencia de voces, actuaron en él como si fuesen un tónico. Por vez primera se preguntó qué haría. Cada vez era más fuerte su deseo de volver para resolver la situación de su casa, y creo que lo habría hecho, creo que su sangre roja le habría impulsado a castigarse a sí mismo, si no hubiese cambiado de intención y en el momento más apropiado. Inesperadamente se encontró frente a una iglesia situada en un rincón, a poca distancia de la Avenida. Recordó su apacibilidad, el descanso que siempre encontró en ella y el fresco ambiente de sus naves y de sus capillas. Estaba muy fatigado y entró. Se sentó frente al presbiterio, y sus ojos, una vez acostumbrados a la penumbra, vieron que el dosel ancho y bajo que había frente al órgano estaba lleno de hortensias. Tal vez la tarde anterior se celebró una boda. Mi amigo me refirió luego que sintió un nudo en la garganta y una extraña agitación en su corazón mientras estaba sentado allí, el único ser viviente en la iglesia, en tanto que miraba aquellas hortensias. Las mismas flores adornaron la iglesia cuando se celebró su boda, Padre, y entonces...

Por primera vez se alteró ligeramente la voz del joven.

—Mi amigo se figuraba estar solo —continuó—. Pero alguien salió como una sombra por detrás de la verja del presbiterio y, de pronto, con sonidos leves, maravillosos y dulces, el gran órgano empezó a llenar la iglesia con su melodía. También el organista creía estar solo. Era un hombre pequeño y anciano, que tenía los hombros flacos y caídos y el cabello blanco por completo, Pero sin duda en su alma había un gran amor y una gran paz. Tocaba algo muy dulce y suave. Cuando hubo terminado, se levantó y salió con tanto silencio como al llegar, de manera que mi amigo se quedó largo rato sentado y solo. Algo nuevo había nacido en él, algo que, según espero, crecerá y le consolará en lo futuro. Cuando volvió a salir a la ciudad, brillaba el sol; no se dirigió a su casa y no volvió a ver a aquella mujer, es decir, a su

esposa. No la ha: vuelto a ver desde la noche en que se irguió, en su maravillosa y semidesnuda belleza, para *reírse* de él. Ni siquiera los trámites necesarios para lograr el divorcio llegó a reunirlos. Creo que la trató muy bien. Por medio de sus procuradores le dio la mitad de cuanto poseía y luego se alejó. Eso ocurrió hace un año. Y sé que, desde entonces, ha luchado con desesperación para recobrar su antigua salud mental y corporal, aunque, también de ello estoy seguro, ha fracasado.

Una vez terminada la historia hizo una pausa. Bajó sobre sus ojos el ala del sombrero y luego se puso en pie. Su figura era delgada, aunque elegante. Tal vez medía un metro setenta y cinco, es decir, diez centímetros más que él misionero. Sus hombros eran bastante anchos, y su cintura y sus caderas tenían una esbeltez atlética. Pero su traje le resultaba demasiado ancho. Las manos eran flacas de un modo raro, y en su rostro se veían aún sombras de la enfermedad y de sufrimiento mental.

El Padre Rolando estaba ante él y lo miraba con ojos en que brillaba una comprensión profunda, intensa. Bajo el chisporroteo de la lámpara que había sobre sus cabezas, los dos hombres se estrecharon la mano y la del misionero dio al otro un apretón como si fuese de hierro.

—David, he predicado durante largos años un extraño código en estas soledades —dijo con voz en que vibraba fuerte emoción—. No soy católico ni pertenezco a la Iglesia de Inglaterra. No sigo ninguna religión que tenga un nombre determinado. Soy tan sólo el Padre Rolando, y durante muchos años he ayudado a enterrar a los muertos en el bosque, a cuidar a los enfermos, a casar a los vivos y tal vez haya aprendido, mucho mejor que muchos de ustedes que viven en las regiones civilizadas, una cosa: cómo puede un hombre encontrarse a sí mismo cuando está caído y desesperado. Dígame, amigo mío, ¿quiere usted venir conmigo?

Se encontraron sus ojos. Contra las ventanas batió una feroz acometida de la tempestad y los dos hombres pudieron oír los gemidos del viento que pasaba por entre las ramas de los árboles.

—Usted me ha referido su propia historia —dijo el Padre Rolando en voz muy baja—. ¿Era su esposa, David?

Reinó el silencio unos momentos y por fin se oyó la respuesta:

—Sí, era mi esposa.

De pronto, David libertó la mano que el misionero le tenía cogida aún. Acababa de contener algo semejante a un grito en sus labios. Se caló aún más el sombrero sobre los ojos y atravesó la puerta en dirección a la parte principal del vagón.

El Padre Rolando no le siguió. Había desaparecido una parte de la rubicundez de sus mejillas, y mientras estaba vuelto hacia la puerta que David acababa de atravesar, asomó un leve brillo a sus ojos. Pocos momentos después se apagó aquel fuego, y cuando se sentó de nuevo en su rincón, su rostro estaba gris y desencajado. Abriéronse sus manos y, dando un gran suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho. Largo rato estuvo así, con los ojos y el semblante perdidos en la sombra. Cualquiera habría creído que no respiraba.

Capítulo II

Aquella noche, David había recorrido quizá media docena de veces la sucesión de los cinco vagones rodeados de nieve que constituían el *Transcontinental*.

Creía firmemente que en su obsequio la Providencia había retrasado la marcha del tren. De no ser así, el coche-cama hubiera sido desenganchado del tren en el próximo empalme, quitándole de este modo la oportunidad de desahogarse con el Padre Rolando. No se habrían quedado sentados hasta una hora avanzada en el compartimiento de los fumadores, y aquel extraño y diminuto hombre de los bosques no le hubiera referido la historia de una cabaña solitaria en el límite de la estepa, historia de extraño sentimiento y de humana tragedia que en cierto modo rompió el sello de sus propios labios; David se había guardado para sí la vergüenza y el dolor de su pena, desde el día en que se vio obligado a referirla fríamente y sin emoción visible para obtener su libertad. Y se había propuesto guardar siempre más el secreto; pero, de pronto, pese a sus propósitos, lo refirió a otra persona. No lo sentía; por el contrario, se alegraba de ello. Estaba sorprendido ante el cambio experimentado por sí mismo. Aquel día había sido, como todos, terrible para él, porque no lograba arrojar a su mujer de la mente, pero ahora parecía como si su corazón se hubiese librado de una mano que lo oprimiera. Comprendió que su historia no había llegado a unos oídos ávidos de sensual curiosidad, sino que había encontrado a *un hombre* cuya alma le transmitiera una profunda y consoladora fuerza. Le habría molestado la compasión y se hubiese avergonzado de oír palabras de lástima. El Padre Rolando no le expresó nada de eso, pero su mano se apoyó con fuerza sobre la suya como si perteneciese a un hombre de hierro.

David ocupó un asiento vacío en el tercer coche. Por vez primera, durante muchos meses, sentía en la sangre una excitación que no podía analizar. ¿Qué quiso decir el misionero en el momento en que le estrechaba con su nudosa mano cuando le dijo: “He aprendido cómo puede un hombre encontrarse a sí mismo cuando está caído y desesperado”? ¿Y qué se propuso al añadir: “Quiere usted venir conmigo”? ¿Ir con él? ¿Adónde?

Hubo entonces una repentina acometida de la tempestad contra la ventana, un chillido del viento, acompañado de una descarga de nieve; y David miró hacia la noche. No pudo ver nada, porque al otro lado del cristal reinaba un negro caos. Pero en cambio pudo oír. Percibió con claridad los quejidos y los gemidos del viento en los árboles, y casi se figuró que no tan sólo la oscuridad le impedía la visión, sino que también contribuían a ello los árboles del bosque.

¿Era eso lo que quiso decir el Padre Rolando? ¿Le había invitado a ir con él para

aventurarse en *aquello*?

Su rostro tocó el cristal. Esforzó más la vista. Aquella misma mañana el Padre Rolando había subido al tren en una estación solitaria y se sentó a su lado. Empezaron a hablar y, poco después, el misionero le dijo que aquellos bosques enormes se extendían sin interrupción, por espacio de centenares de millas, hacia el Norte misterioso. Él los amaba, incluso cuando estaban fríos, helados y cubiertos de nieve, más allá de las ventanas. En su voz había cierta alegría al decir que volvía a ellos. Formaban parte de su mundo, “un mundo de misterio y de gloria salvaje”, según dijo, que se extendía por espacio de un millar de millas hasta el extremo del Ártico y mil quinientas millas desde la Bahía de Hudson hasta las montañas de Occidente. Y aquella noche le había dicho: “¿Quiere usted venir conmigo?”

Se apresuró el ritmo del pulso de David. Un millar de pequeños diablos de la nieve golpeaban su rostro para desafiar su valor. El viento barrió el suelo como rabioso por los pensamientos de su mente y levantando uno tras otro los remolinos de la nieve se los arrojó con violencia. Tan sólo había entre David y la tempestad una delgada lámina de vidrio. Parecía el desafío de una cosa viva. Le amenazaba y le provocaba. Le invitaba a salir, como si fuese un camorrista que, al mismo tiempo, le enseñara sus formidables puños. Siempre fue David más o menos pusilánime ante el invierno; el frío no le gustaba y la nieve le era odiosa. Pero aquello que golpeaba y le gritaba desde la parte exterior de la ventana le había excitado de un modo raro. Era un deseo, al principio poco firme, como si se tratara de una chanza, de asomar su rostro a aquella oscuridad y sentir el aguijón del viento y de la nieve. Era el mundo del Padre Rolando, quien le había invitado a entrar en él. Ésta era la parte curiosa de la situación, según le parecía, mientras estaba sentado y con la cara en contacto con la ventanilla. El misionero le había invitado y la noche parecía desafiarle. Por un momento la incongruencia de aquello le hizo olvidarse de sí mismo y se echó a reír con risa desentonada. Era la primera vez, desde hacía un año, que se olvidaba de sí mismo lo bastante para entregarse a algo parecido a una carcajada, y le sobresaltó aquella repentina e inexplicable espontaneidad. Se volvió con rapidez, como si alguien se hubiese reído a su lado, y por un cortísimo instante estuvo a punto de pedir una explicación. Miró luego a través del pasillo; sus ojos se encontraron con los de una mujer.

Al principio no vio más que sus ojos. Eran grandes, oscuros e interrogadores; ojos que tenían una mirada ansiosa, como si esperaran encontrar en el rostro de él la respuesta de una gran pregunta. Jamás en su vida había visto ojos tan atormentados por la inquietud o que en sus brillantes profundidades contuviesen el apagado brillo de dolor tan profundo. Además, el rostro contribuía a realzar la expresión de los ojos. No era un semblante joven, porque aquella mujer pasaba de los cuarenta. Pero tal edad quedaba disimulada por una rara belleza, semejante a la de una flor cuyos pétalos están a punto de caerse. Antes de que David hubiese tenido tiempo de fijarse más, aquella mujer volvió los ojos con lentitud y mirada llena de duda, como si no

estuviese convencida de que había encontrado lo que buscaba, y observó la oscuridad de más allá al lado del coche en que se sentaba.

David estaba muy extrañado y siguió mirándola con mayor interés. El asiento de ella estaba situado de tal manera que miraba a aquél a través del pasillo, y a tres asientos de distancia, y él, a su vez, podía contemplarla sin que para ello tuviese que hacer ningún esfuerzo descortés. Habíase deslizado y colgaba de sus hombros el capuchón que llevara en la cabeza, y entonces se inclinó hacia la ventanilla y miró al exterior, con la barbilla apoyada en el hueco de una mano. David observó que ésta era delgada y que en la blanca palidez de la mejilla había una depresión sombreada. Su cabello era espeso y lo llevaba peinado formando un moño que brillaba débilmente a la luz de la lámpara. Era de color moreno oscuro, casi negro, cruzado por algunas hebras plateadas.

Por unos momentos, David desvió la mirada, algo avergonzado de la fijeza de su examen, pero no tardaron sus ojos en fijarse de nuevo en aquella mujer. Ésta había inclinado un poco la cabeza, y él observó que tenía los hombros algo caídos como si estuviese agobiada por el dolor, y hasta se figuró haber notado que su cuerpo experimentaba un ligero temblor. Y así como, poco antes, sintió el deseo de asomar su cara a la noche negra, tuvo ahora el impulso, de igual modo inexplicable, de hablar con aquella mujer, preguntándole si podría ayudarla en algo. Mas no pudo encontrar ninguna excusa que justificara tal pretensión por su parte. Si ella se hallaba en una situación desagradable, era de creer que no fuese de carácter físico, para la cual pudiera haber ofrecido sus servicios. Tampoco debía de estar hambrienta ni era probable que sintiese frío, porque a su lado había un cestito en el que David pudo ver restos de comida, y tras ella, extendida sobre el asiento, una gruesa capa de piel de pastor.

Se puso de pie con la intención de volver al compartimiento de fumadores en que dejara al Padre Rolando. Su movimiento pareció despertar a aquella mujer, cuyos negros ojos volvieron a fijarse en él. Le miraban de frente, mientras él estaba en el pasillo; y así David se detuvo. Los labios de ella temblaron al preguntar:

—¿Conoce usted... esta región..., es decir, entre este lugar y Lac Seul?

En su voz había la misma impresión misteriosa que él viera en sus ojos, la misma aprensión e igual esperanza, como si algún curioso e indefinible instinto le dijera que con aquel desconocido se hallaba muy cerca de la cosa que andaba buscando.

—Soy forastero —replicó David—. Es la primera vez que vengo a este país.

Ella se reclinó en su asiento, y la mirada esperanzada de su rostro murió en el acto.

—Muchas gracias —murmuró—. Me figuré que tal vez conocería usted a un hombre a quien ando buscando..., a un tal Miguel O'Doone.

Y no esperó que él contestase, sino que se arrebujó en su grueso abrigo y volvió el rostro hacia la ventana. Él no podía decir ni hacer cosa alguna, y se volvió al lado del Padre Rolando.

Se hallaba ya en el último vagón cuando llegó a sus oídos un sonido muy débil. Era demasiado agudo para que pudiera atribuirse a los gemidos del viento. Otros lo oyeron también y prestaron repentina atención, con semblantes tensos y deseosos de percibir otra vez aquel ruido. La joven de los lindos labios profirió un leve grito. Un hombre que paseaba de un extremo a otro del pasillo se detuvo tan repentinamente como si acabaran de ponerle en el pecho la punta de una bayoneta.

Volvió a oírse el mismo ruido.

El hombre de grandes quijadas, que al principio tomó a broma la aventura, y que se había envuelto en su gran capote como marmota que se dispone a invernar, dejó oír su voz en un exceso de alegría.

—¡Es el silbido de la locomotora! —exclamó—. La maldita llega por fin.

Capítulo III

David se acercó tranquilamente a la puerta del compartimiento de fumadores, en donde dejara al Padre Rolando. El misionero estaba acurrucado en su rincón, cerca de la ventana. Tenía la cabeza muy inclinada hacia delante y las alas de su sombrero ocultaban su rostro. Al parecer estaba dormido. Sus manos, en sus enormes dedos de articulaciones en extremo desarrolladas, se apoyaban sin fuerza sobre las rodillas. Por espacio de medio minuto, David estuvo mirándole sin moverse ni hacer el menor ruido, y mientras tanto algo vivo y cálido parecía proyectarse desde la figura del predicador de aquel país casi despoblado; aquella cosa desconocida le dio una sensación extraña y nueva de compañerismo.

Tampoco ahora hizo ningún esfuerzo para analizar el cambio en sí mismo; lo aceptó como uno de los dos o tres fenómenos inexplicables que la noche y la tormenta le produjeran y en especial le llamó la atención el hecho de no sentirse ya agobiado por aquel tormento ni por aquella sensación de soledad que experimentara de día y de noche, durante tantos meses. A punto estuvo de hablar, cuando decidió no molestar a su nuevo compañero. Y estaba tan persuadido de que el Padre Rolando se había dormido, que se alejó de puntillas y volvió a entrar en la parte principal del vagón.

No se detuvo en el primer coche ni en el segundo, aunque en ambos abundaban los asientos desocupados y la gente se entregaba ya a una actividad alegre y animosa. Pasó a través de los dos hasta llegar al tercer vagón y se sentó en el mismo sitio que antes ocupara. No miró en seguida a la mujer que había al otro lado del pasillo, pues no quería darle a sospechar que volvía con aquel objeto. Y cuando sus ojos la buscaron fingiendo indiferencia, sintió mayor desencanto.

Estaba casi oculta por su abrigo. Tan sólo pudo ver el brillo de su cabello negro y espeso y la forma de una mano flaca, tan blanca como la piel, a la luz de la lámpara. Se persuadió de que no estaba dormida, porque pudo ver que sus hombros se movían y, además, la mano cambió de posición para taparse mejor con el abrigo. Los silbidos de la locomotora que se acercaba, ya perfectamente audibles, no causaron ninguna impresión aparente en ella. Por espacio de diez minutos, David se quedó contemplando todo lo que podía ver de su compañera de viaje, es decir, el oscuro brillo de su cabello y aquella mano blanca y espectral. Se movió, rozó el suelo con los pies y tosió; pudo persuadirse de que ella se enteró de su presencia, mas no por eso levantó los ojos. Entonces lamentó no haber traído consigo al Padre Rolando, porque estaba persuadido de que si el misionero hubiese visto el dolor y la desesperación en los ojos de, la mujer, como si de ellos hubiese desaparecido la

esperanza, se habría apresurado a acercarse a ella para decirle cosas que a él le fue imposible expresar cuando se le presentó la ocasión. Volvió a levantarse de su asiento, mientras la poderosa locomotora limpia-nieves y su compañera se enganchaban al tren. El choque estuvo a punto de hacerle caer, pero ni eso siquiera fue suficiente para que aquella mujer levantase la cabeza.

Por segunda vez volvió David al compartimiento de los fumadores.

El Padre Rolando ya no estaba acurrucado en su rincón, sino en pie y con las manos metidas en los profundos bolsillos de su pantalón, y cuando entró David, silbaba levemente. Su sombrero se hallaba en el asiento. Por vez primera David vio su cara redonda, arrugada y enrojecida por la intemperie, sin que estuviera oculta en parte a causa del enorme sombrero. Parecía más joven y, sin embargo, también más viejo, según se le miraba. Su rostro, tal como David lo vio a la luz de la lámpara, tenía una rubicundez y una expresión de fuerza que lo hacían parecer casi juvenil; pero, en cambio, su cabello revuelto y espeso era muy gris. El tren había empezado a moverse. El misionero se volvió hacia la ventana por un momento y luego miró a David.

—Ya estamos en marcha —dijo—. Yo dejaré el tren muy pronto.

David se sentó.

—¿Está a poca distancia más allá del empalme la cabaña ante la cual va usted a apearse? —preguntó.

—Sí. A veinte o veinticinco millas. No es más que una cabaña y dos o tres construcciones de troncos adicionales. Allí, Thoreau, el francés, tiene su criadero de zorros, según ya le dije a usted. No hay parada, pero el tren acortará la marcha lo suficiente para que puedan arrojar mi equipaje y darme la ocasión de saltar sin peligro. Mis perros y mi indio están, con Thoreau.

—¿Y desde allí, es decir, desde casa de Thoreau, hay gran distancia hasta el sitio en que tiene usted su vivienda?

El misionero se frotó las manos de un modo áspero y singular. El movimiento de aquellas manos rugosas y la sonrisa curiosa que lo acompañó eran en extremo alegres, expresando algo más que satisfacción.

—He de recorrer muchas millas para llegar a mi propia cabaña, pero es mi hogar, todo mi hogar, en cuanto me hallo en los bosques. Mi cabaña está en el extremo inferior del Lago de Dios, a trescientas millas en trineo, arrastrado por los perros desde la cabaña de Thoreau. Trescientas millas en línea tan recta, hacia el Norte, como el vuelo de un *niskuk*.

—¿Un *niskuk*? —preguntó David.

—Sí, un ganso gris.

—¿No tienen ustedes cuervos?

—Algunos; pero son tan inhábiles en el vuelo como en practicar la moral. En realidad son basureros y suelen situarse junto a la línea férrea, es decir, cerca de la civilización, en donde, como usted ya sabe, abunda la basura.

Por segunda vez aquella noche, David se echó a reír.

—¿En tal caso debo suponer que a usted no le gusta la civilización?

—Mi corazón pertenece a las tierras del Norte —replicó el Padre Rolando.

Y David vio un cambio repentino en el rostro de su interlocutor; en sus ojos se apagó la luz que los animaba y advirtió también en las comisuras de su boca cierta tensión, que desapareció en el acto. En el mismo momento observó que el misionero cerraba con fuerza la mano, que los dedos mostraban los nudillos de un modo curioso y que luego volvía a abrirla con lentitud.

Una de aquellas manos se posó en su hombro y el Padre Rolando empezó a interrogar:

—Ha estado usted reflexionando desde que me dejó hace poco, ¿no es verdad?

—Sí. Volví, pero estaba usted dormido.

—Se engaña. He estado despierto en todo momento. Una vez me pareció oír un movimiento en la puerta, pero al levantar los ojos no había nadie allí. Hoy me ha dicho usted que pensaba dirigirse al Oeste, hacia las montañas de la Columbia inglesa.

David hizo un movimiento afirmativo. El Padre Rolando se sentó a su lado.

—En realidad no me dijo usted adonde iba —continuó—, sino que yo lo adiviné en cuanto me hubo contado la historia de aquella mujer, David. Es probable que nunca llegue usted a saber por qué me ha impresionado tanto esta historia, y por qué, gracias a ella, casi le considero a usted más como un hijo que como un desconocido. He adivinado que, al dirigirse hacia el Oeste, no se propone usted más que ir de un lado a otro sin objeto. Está usted luchando en vano y tontamente para huir de algo. ¿No es así? Se escapa usted, tratando de alejarse de la única cosa del mundo que nunca dejará atrás, es decir, la memoria. Siempre podrá usted *pensar* con la misma intensidad, tanto en el Japón o en las islas del Mar del Sur, como en la Quinta Avenida de Nueva York, y, a veces, cuanto más se aleje, más importunos y torturadores serán sus pensamientos. Lo que necesita usted, David, no es viajar. Tan sólo le conviene sangre, sangre roja. Y para dotar a su cuerpo de ella y para darle, además, algún valor y la alegría de vivir y de respirar, no hay en toda la superficie de la Tierra nada que pueda compararse con... *eso*.

Extendió el brazo más allá de David y señaló a la noche, de la que les separaba la ventanilla del carruaje.

—¿Quiere usted decir la tempestad y la nieve...?

—Sí. La tempestad, la nieve, la luz del Sol y los bosques, así como la inmensa extensión de nuestra tierra del Norte, que hasta ahora apenas ha visto usted de un modo fragmentario. Esto es lo que quiero decir. Pero, ante todo —y de nuevo el misionero se frotó las manos—, ante todo, estoy pensando en la cena que nos espera en casa de Thoreau. ¿Quiere usted apearese conmigo y acompañarme a cenar en casa del francés, David?. Si después de eso decide no acompañarme al Lago de Dios, Thoreau le llevará a usted de nuevo y también transportará su equipaje a la estación con los perros y el trineo. ¡Vaya una cena, o, mejor dicho, almuerzo, el que nos

espera! Ya me parece recrearme con su aroma, porque conozco a Thoreau... su pescado, sus aves y las mejores tajadas que hay en el bosque. Ya me parece oír a Thoreau maldiciendo a causa del retraso del tren, y apostaría cualquier cosa a que tiene preparado pescado y los filetes de reno, así como las perdices a las que sólo faltará una vuelta más en el asador. ¿Qué me dice usted de esto? ¿Quiere apearse conmigo?

—Es una oferta tentadora para un hombre hambriento, Padre.

El misionero sonrió triunfante.

—¡El hambre! Es la verdadera medicina de los dioses, David, cuando el cinturón no está demasiado apretado. Si quiero conocer la naturaleza y las condiciones de un hombre, pregunto, ante todo, por su estómago. ¿Ha conocido usted a algún aficionado a comer que no sea una persona decente? ¿Ha visto usted a algún hombre a quien le gustasen los pasteles de carne lo bastante para apartarse de su camino con el fin de comerlos, y que no tuviese en su pecho un corazón más grande que una calabaza? Estoy seguro de que opina como yo. Cuando un hombre tiene buen estómago, no es gruñón ni está malhumorado, ni tampoco será capaz de agredir a nadie por la espalda; pero si come por costumbre o por necesidad, no es ya una persona de buenos sentimientos a los ojos de la Naturaleza y es casi seguro que en su maquinaria habrá alguna pieza suelta. En cuestiones de comida soy un sabio, David. Se lo aviso antes de que lleguemos a casa de Thoreau. Me gusta mucho comer bien, y el francés lo sabe. Ésta es la razón de que sea capaz de oler las cosas que hay en esa cabaña incluso a cuarenta millas de distancia.

Se frotaba las manos muy satisfecho y su rostro expresaba tan alegre esperanza al hablar, que David sintió, sin darse cuenta, el espíritu de su entusiasmo. Había cogido una de las manos del Padre Rolando y la agitaba de arriba abajo, con el mayor entusiasmo, antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Me apearé con usted en cuanto lleguemos a la casa de Thoreau —exclamó—. Y más tarde, si opino lo mismo que ahora y usted sigue deseando mi compañía, le acompañaré hacia el Norte.

En sus flacas mejillas apareció una leve rubicundez y sus ojos brillaron con entusiasmo que hasta entonces desconocieran. Y cuando el Padre Rolando observó aquel cambio, le estrechó las manos.

—Comprendí que tenía usted un estómago espléndido en cuanto terminó de referirme la historia de aquella mujer —dijo entusiasmado—. Lo comprendí en seguida, David. Y necesito su compañía... mucho más de lo que he deseado la de cualquier otro hombre.

—Eso es lo más raro de todo —replicó David, con leve temblor en la voz. Retiró sus manos de pronto y de un salto se puso en pie—. ¡Dios mío, míreme usted bien! —exclamó—. Físicamente soy una ruina. Y mentiría usted si me dijese lo contrario. Vea estas manos... y estos brazos. Estoy acabado. Estoy tan débil como un perro hambriento, y el estómago de que hablaba hace poco es un mito. Hace más de un año

que no he comido a gusto. ¿Para qué me quiere como compañero? ¿Cree, tal vez, que será un placer para usted el arrastrar a un decrepito e inadaptado como yo a un país como el de usted? ¿Se debe, acaso, su conducta... a su código moral? ¿Se figura, quizá, que podrá salvar un alma?

Respiraba profundamente y mientras ponía al descubierto su estado y daba cuenta de su debilidad, la sangre subió despacio a su rostro.

—¿Por qué quiere usted llevarme consigo? —preguntó—. ¿Por qué no solicita a un hombre que tenga sangre roja en las venas y el corazón intacto? ¿Por qué me solicita a mí?

El Padre Rolando se dispuso a hablar, pero se contuvo. De un modo rápido se realizó en él aquel misterioso cambio; murió de repente el entusiasmo en sus ojos, y por su semblante pareció pasar una sombra dolorosa, pero un momento después dijo:

—No es que quiera representar el papel del Buen Samaritano, David, No tengo ninguna razón personal y egoísta para desear que me acompañe usted. Es posible, y tan sólo posible, le repito, que yo le necesite más de lo que usted me necesitará a mí. —Extendió la mano y añadió—: Entrégueme los talones e iré al furgón de los equipajes para ordenar que arrojen el suyo con el mío cuando lleguemos ante la casa del francés.

David le dio sus resguardos y se sentó en cuanto el misionero se hubo alejado. Empezó a comprender que por vez primera en muchos meses sentía un interés profundo y creciente por asuntos que no se referían a su propia vida. Aquella noche y sus acontecimientos encendieron en él un extraño fuego cuyo calor recorría sus venas y estremecía de un modo raro su cuerpo y su cerebro. Nuevas fuerzas empezaban a combatir su enfermedad. Mientras estaba sentado y solo, después de la salida del Padre Rolando, su mente se alejó del Este; pensó en una mujer, pero ésta era la que se hallaba en el tercer vagón del tren. Sus ojos maravillosos parecían perseguirle, su desesperación, que solicitaba ayuda, y el extraño dolor que ardía como brasas en la profundidad de sus ojos. En ellos no tan sólo vio pena y desesperanza, sino que también creyó advertir la tragedia; y aquella mirada le produjo extraña turbación. Decidió hablar de ella al Padre Rolando cuando volviese del furgón de los equipajes y luego acompañarlo a su lado.

¿Y quién sería el Padre Rolando? Por vez primera se dirigió esta pregunta. Había cierto misterio en aquel misionero que le pareció tan extraño y difícil de contestar, como lo que viera en los ojos de la mujer sentada en el tercer vagón. El Padre Rolando no dormía cuando él asomó la cabeza y lo vio acurrucado en su rincón, inmediato a la ventana, del mismo modo como, un poco más tarde, vio a la mujer encogida en el suyo. Era como si la misma mano opresora estuviese pesando sobre ambos en aquellos momentos. Y ¿por qué el Padre Rolando le rogó a él, precisamente, que le acompañase como camarada en su viaje hacia el Norte? Y en seguida se dirigió otra pregunta más rara: ¿Por qué aceptó la invitación?

Y a través de la ventana miró hacia la noche, como si ésta pudiese contestarle.

Hasta aquel momento no se dio cuenta de que la tempestad había cesado en su acometida contra los cristales. En el exterior ya no había tanta neblina como antes. Con su rostro tocando el cristal podía distinguir el oscuro muro del bosque, y a juzgar por el ruido de los juegos de ruedas del vagón, pudo darse cuenta de que las dos locomotoras corrían mucho. Consultó el reloj y vio que eran las once y cuarto. Hacía ya media hora que reanudaron el viaje y calculó que llegarían al empalme a cosa de las doce de la noche. Cuando la campanita de su reloj de bolsillo señaló la medianoche, le pareció que apenas habían transcurrido unos minutos. Las últimas campanadas quedaron ahogadas por un recio silbido de la locomotora, y un momento después descubrió a lo lejos el resplandor de algunas luces en el hueco de una amplia curva que describía el tren.

El Padre Rolando le había dicho que el convoy se detendría allí quince minutos, y antes de pararse el tren, David oyó unas campanillas de mano anunciando que los viajeros medio muertos de hambre encontrarían café caliente, *sandwiches* y cenas preparadas. Los juegos de ruedas de los vagones rechinaron, los frenos de aire comprimido produjeron una especie de suspiro al actuar, y de pronto se vio a sí mismo contemplando la cara de un hombre que tenía los ojos salientes y agitaba una campanilla con toda la fuerza de su brazo derecho. Se hallaba, precisamente, debajo de su ventana y además de producir tal ruido con la campana no cesaba de gritar en voz ronca: “¡Cena, cena caliente, y preparada en el Royal!”, en sus esfuerzos vanos de ahogar la competencia de otra voz más ronca todavía que gritaba: “¡Bistecs calientes con cebolla en el Alexandry!”, y como David no hiciese ningún movimiento, el hombre que se hallaba debajo de su ventanilla estiró el cuello y le dirigió a gritos una invitación personal: “¿Por qué no baja usted a cenar, caballero? Tiene quince minutos de tiempo y hasta quizá media hora. Encontrará cena caliente y preparada en el Royal”. En toda la extensión del andén débilmente alumbrado, David oyó numerosas campanillas, y como si estuviese decidido a conquistar su estómago o a morir, el hombre de los ojos salientes no se apartaba en absoluto del lugar que ocupaba debajo de la ventanilla mientras a su espalda se movía sin cesar una apresurada multitud, cada vez mayor, de gente hambrienta.

David volvió a pensar en la mujer del tercer coche. ¿Se apearía allí? Se dirigió hacia la puerta del compartimiento de fumadores y esperó medio minuto más al Padre Rolando. Era evidente que su demora se debía a alguna dificultad que surgió en el furgón de los equipajes y se dijo que quizá su presencia podría resolverla. Vaciló entre la idea de reunirse con el misionero y el impulso más fuerte de regresar al tercer coche. Se sentía algo embarazado cuando, por tercera vez, volvió al vagón con objeto de contemplar a aquella mujer, y por otra parte no deseaba presentarse de nuevo a ella sin ir acompañado del Padre Rolando. Su vacilación, en el supuesto de que no fuese embarazo, debíase al temor de que ella pudiese considerar su interés desde un punto de vista erróneo. David era y había sido siempre muy sensible acerca de estos pormenores. El hecho de que ya no se tratara de una mujer joven y de que, según

pudo observar, en su negro cabello había algunas hebras plateadas, no constituía para él diferencia alguna en su caballeresca concepción de la actitud que debe adoptar un hombre con respecto a una mujer. No deseaba molestarla con su presencia, sino tan sólo cerciorarse de si se había reanimado o de si aún se hallaba en el vagón. Por lo menos éstas eran sus intenciones cuando penetró en el tercer coche.

Lo halló vacío. Aquella mujer no estaba ya allí. Incluso el hombre que en la última estación entró dando saltos y apoyándose en unas muletas, habíase marchado a su vez como respuesta a la invitación de las campanillas. Cuando llegó al asiento que ocupara aquella mujer, David se detuvo y se habría vuelto de no haber mirado por casualidad a través de la ventanilla. Lo hizo a tiempo para sorprender el rápido movimiento de una cabeza que se levantaba. Era la de la desconocida. Ella le vio y le reconoció; por un momento estuvo indecisa y de nuevo sus ojos volvieron a animarse con el mismo resplandor extraño, temblaron sus labios como si se dispusiera a hablar y luego, como sombra misteriosa, desapareció de su visión para sumirse en la oscuridad. Durante algún tiempo, él conservó el cuerpo inclinado y los ojos atentos, tratando de atravesar la penumbra en que aquella mujer acababa de desaparecer. Al retirarse de la ventanilla, preguntándose qué pensaría aquella mujer de él, sus ojos se fijaron en el lugar que ocupara y vio que se había olvidado una cosa.

Era un paquetito muy delgado, envuelto en papel de periódico y atado con un cordelito rojo. Lo recogió y le dio vuelta entre sus manos. Mediría de doce a trece centímetros de ancho y tal vez veinte de alto. Su grueso no sería superior a medio centímetro. El papel de periódico en que estaba envuelto aquel objeto, aparecía de tal manera desgastado que casi quedaba borrada la impresión.

De nuevo miró a través de la ventana. Se preguntó si sería una ilusión de sus ojos o si, de nuevo, volvía a ver aquel rostro de expresión inquietante en la penumbra, precisamente más allá del resplandor de la lámpara. Sus dedos se cerraron sobre el paquetito que sostenía en la mano. Por lo menos tenía ya una excusa. Si aún estaba allí, si lograba encontrarla, podría acercarse a ella con un pretexto plausible. Se había olvidado algo y por parte de él era un sencillo acto de cortesía el devolverlo. Y cuando se apeaba sobre los veinte centímetros de nieve que cubría el andén, no podría haber dado otra razón que justificase su acto. Su mente no lograba poner en claro los pensamientos, y en aquel momento no tenía un propósito o emoción definidos para obrar como lo hacía. Era como si una extraña corriente magnética lo atrajese hacia ella. Y obedeció a aquel impulso, empezando a buscarla con el delgado paquete en la mano.

Capítulo IV

David tomó la dirección que, según le pareció, debía permitirle encontrar a la desconocida, y tan distraído iba que únicamente en el último instante se dio cuenta de que estaba a punto de caerse en el borde del andén. Con toda seguridad no se había alejado por allí. Aún resonaban dos o tres campanillas, pero con mucho menor entusiasmo. Desde el andén, débilmente alumbrado por una luz grisácea proyectada por los faroles de aceite, la multitud de hambrientos viajeros desaparecía con ligereza en busca de comida y de bebida; resonó por última vez el desalentado grito anunciando que en el Alexandry había bistecs calientes con cebollas, y al fin reinó un silencio agradable, tan sólo interrumpido por el leve ruido de platos, el apagado zumbido de las locomotoras y la ronca voz de un empleado del tren que decía al encargado de los equipajes que el bulto que tenía entre sus hombros no era una cabeza, sino un nudo que bondadosamente le hizo allí el Creador, con objeto de que no se vaciase. Incluso la promesa de una pelea, consistente por lo menos en uno o dos golpes dados con saña, en la penumbra que había ante la puerta del encargado de los equipajes, no fue bastante para que David abandonase su empeño. Cuando volvió, unos momentos más tarde, dos o tres amigos cariñosos cuidaban al encargado de los equipajes con objeto de que recobrase el sentido. Y se disponía ya a pasar de largo junto al grupo, cuando alguien le cogió por el brazo y una voz alegre y familiar resonó en sus oídos. El Padre Rolando estaba a su lado.

—¡Dios mío, David, vaya un puñetazo! —exclamó el misionero con el rostro alumbrado por las lámparas del depósito de los equipajes—. Ha sido un puñetazo tremendo. Aquel puño, duro como una roca, parecía un verdadero ariete. Lo ha dejado dormido como si fuese un chiquillo. ¿No lo vio usted?

—No —contestó David mirando asombrado a su interlocutor.

—La verdad es que lo merecía —explicó el Padre Rolando—. A mí me gusta mucho ver cómo se da un puñetazo bueno y sobre todo leal. He vivido en tiempos en que un puño duro valía más que un predicador y todas sus oraciones —añadió entusiasmado mientras, en compañía de David, se dirigía de nuevo hacia el tren—. Ya está arreglado el asunto de nuestros equipajes —añadió—. Los arrojarán juntos del tren frente a la casa de Thoreau.

David se metió el paquetito en el bolsillo. Ya no sentía tanto deseo de hablar al Padre Rolando de aquella mujer, por lo menos entonces. Su empeño resultó vano, pues la desconocida desapareció de un modo tan completo como si se hubiese confundido con la densa oscuridad que reinaba más allá del extremo del andén. Tan sólo podía sacar una conclusión. Aquel lugar, llamado Graham, sería su destino; sin

duda, algunos amigos habían ido a recogerla a la estación y tal vez entonces les estaba hablando, ya fuese a su marido o a un hijo ya crecido, del extraño individuo que se quedó mirándola de un modo tan raro. El desencanto de no encontrarla le ocasionó una reacción. Experimentaba la sensación desagradable de haberse portado tontamente y de haber permitido que su imaginación dominase al sentido común. Persuadióse a sí mismo de que aquella mujer se hallaba en una situación muy apurada y de que él obró muy correctamente y con caballeresca intención. Y, sin embargo después de lo pasado entre él mismo y el Padre Rolando, en el compartimiento de los fumadores, y en vista de su fracaso al querer hallar una prueba de su convicción, se decidió a guardar para sí el suceso que tanto le preocupara aquella noche.

Una voz poderosa empezó a anunciar que era llegado el momento de la partida, y mientras los viajeros volvían a subir a sus respectivos vagones, el Padre Rolando guió a su amigo al furgón de los equipajes.

—Nos permitirán ir juntos con nuestros bultos hasta el momento de apearnos, con objeto de que no haya ninguna equivocación ni pérdida de tiempo cuando lleguemos ante la casa de Thoreau —dijo.

Subieron al vagón alumbrado y caliente, y en cuanto el encargado de los equipajes les hubo dirigido un forzado saludo para dar a entender que los reconocía, lo primero que vio David fue su equipaje y el del Padre Rolando dispuestos ya ante la puerta del vagón. Sus bultos consistían en un baúl de camarote y dos maletas negras de piel, en tanto que los del Padre Rolando eran en su mayor parte cajas y grandes sacos de yute, cuyo peso total quizá llegaba a media tonelada. Cerca del montón de equipajes había una pequeña báscula apoyada en la pared del vagón. David se rio de un modo raro al descubrirla. Y deseoso de probar la incongruencia de la asociación que ya había empezado a existir entre él y el misionero, se pesó mientras su compañero lo observaba. La báscula señaló sesenta kilos.

—Como mido un metro setenta y dos —dijo, malhumorado— debería pesar, por lo menos, setenta y dos kilos. Ya ve usted a dónde he llegado.

—Una vez conocí un cerdo de noventa kilos que, a fuerza de preocuparse, llegó a pesar cuarenta y cinco, y eso porque el hombre que lo tenía a su cuidado también cultivaba vezas —replicó el Padre Rolando en tono burlón—. Después de la viruela y de una bala a través del corazón, el preocuparse es lo más perjudicial que hay en la Tierra, David. Ve usted este saco —añadió señalando uno de los que estaban en el suelo—. Éste es el antídoto. Es el mejor remedio que conozco entre los comestibles para un hombre que ha perdido el dominio de sí mismo. En este saco hay lo bastante para reconfortar a tres hombres.

—¿Qué es eso? —preguntó David, curioso.

El misionero se inclinó para examinar un tarjetón atado al cuello del saco.

—Para ser exacto, contiene cincuenta kilos de habas —contestó.

—¿Habas? ¡Dios mío! Las aborrezco.

—Les ocurre lo mismo a todos los que se hallan en su situación —afirmó el Padre

Rolando con alegre acento—. Ésta es una de las razones que demuestran el valor psicológico de las habas. Empiezan a indicarnos que nos debilitamos a fuerza de comer requisitos, y cuando llega al punto en que resultan necesarias para la dieta diaria, entonces no hay duda de que le parecerá más agradable derribar un árbol a hachazos que el asistir a una representación de gala en el teatro de la Ópera. Pero es preciso guisarlas debidamente, David; conviene tostarlas primero y luego saturarlas de jugo y sazonarlas haciéndolas cocer al mismo tiempo que un pato, una perdiz o un conejo tierno.

Y el misionero se frotó las manos con gran satisfacción.

La respuesta de David, suponiendo que deseara darla, fue interrumpida por una violenta maldición. El tren corría ligero, y el encargado de los equipajes se había sentado a una mesita, dando la espalda a los dos viajeros. Se puso en pie de un salto y su cara tenía furiosa expresión. Luego profirió una maldición diabólica, dio una patada al cubo del carbón, mandándolo con ruido al otro extremo del coche, y entonces se vio que sobre una mesita se hallaba extendida una baraja.

—¡Maldito sea yo! —exclamó—. Ya he perdido diez veces seguidas. Estos naipes tienen el diablo en el cuerpo. ¡Ojalá estuvieran vivos para romperles la cabeza! Hace diecinueve años que juego a este solitario y tal vez lo he jugado un millón de veces; ¡pero así me muera si nunca he perdido sin parar, como ahora, desde que salimos de Halifax!

—¡Dios mío! —exclamó, asombrado, el Padre Rolando—. ¿Ha estado usted jugando desde Halifax?

El jugador de solitarios pareció no oírle y volvió a sentarse murmurando de un modo amenazador para empezar otro juego. Pocos segundos más tarde se puso de nuevo en pie, agitando colérico los naipes ante la nariz del misionero, como si él tuviese la culpa de su mala suerte.

—¡Mire usted este maldito tres de oros! —exclamó—. Es el primero que aparece, ¿no es verdad? ¡El primero...! De haber salido el tercero, el sexto, el noveno o en cualquier otro lugar, habría ganado la partida sin el menor inconveniente. Dígame usted si no basta eso para que se condene un hombre. ¿No le parece que tengo razón?

—¿Y por qué no lo cambia usted de lugar, poniéndolo donde le convenga? —preguntó David con la mayor inocencia—. Me parece que la cosa es muy sencilla.

Los salientes ojos del encargado de los equipajes parecían dispuestos a saltar para acometer a David, pero, al darse cuenta de que éste hablaba en serio, en el rostro del empleado apareció una expresión de lástima y de desprecio. Luego sonrió de un modo malicioso y añadió:

—Oiga, caballero. Usted no ha jugado nunca al solitario, ¿verdad?

—Nunca —contestó David.

Sin decir más, el empleado volvió a encorvarse sobre la mesa, barajó los naipes y se dispuso a jugar otra partida, y hasta que el tren empezó a aminorar la marcha, por llegar casi ante la cabaña de Thoreau, no abandonó su asiento ni cesó de murmurar o

de gruñir. En respuesta al silbido de la máquina, se puso en pie y abrió la puerta del vagón.

—Procuren ustedes saltar aprisa —dijo—. No estamos autorizados a parar aquí y por eso habrá que arrojar el equipaje sobre la nieve, y luego saltarán ustedes.

Y mientras hablaba, lanzó a la oscuridad el saco de habas de cincuenta kilos. El Padre Rolando se apresuró a ayudarlo, y David vio que su baúl de camarote y sus maletas seguían a las habas.

—Hay una buena capa de nieve y además está muy blanda, de manera que no se estropeará nada —le aseguró el Padre Rolando mientras, a su vez, arrojaba una caja de ciruelas de veinticinco kilos.

Entonces David oyó ruido. El grito de un hombre, el colérico ladrar de unos perros y más lejos otro coro de ladridos, que, según supuso, serían de las zorras. De pronto brilló una linterna y luego otras dos, vio el rostro de un hombre cubierto de barbas, de mirada feroz y propia de un pirata, que empezó a correr al lado de la puerta. Después de arrojar la última caja y el último saco, el empleado señaló la puerta a David.

—¡Salte usted! —exclamó.

La cara de aquel hombre y la linterna se quedaron atrás, de modo que el exterior volvía a parecer un negro abismo. Murmurando una oración, David saltó del mismo modo como salieran del furgón las cajas y los sacos, y cayó en el blando montón de nieve; al levantar los ojos vio que el misionero abandonaba el tren, parecido a una extraña gárgola; el encargado de los equipajes agitó su farol después de asomar la mano que lo empuñaba, le contestó el silbido de la locomotora y el tren empezó a correr de nuevo. David no pudo levantarse hasta que la luz de cola del último coche le produjo la impresión de ser una luciérnaga roja que se alejaba en la oscuridad. El Padre Rolando estaba ya en pie y se dirigía hacia el camino que seguían las tres linternas.

Todo aquello era muy raro e interesante en grado sumo para David. Respiraba profundamente y en su cuerpo había un calor que casi desconocía. Al oír que el Padre Rolando hacía crujir la nieve al andar por ella, se le ocurrió la idea de que estaba experimentando en la vida una fase nueva en absoluto para él; muchas veces había leído sus descripciones y aun en algunas ocasiones soñó en probarla, pero el caso es que jamás se puso en contacto físico con ella. Los ladridos de los zorros, los aullidos de los perros, aquellas linternas que corrían por el sendero, la negrura de la noche y el intenso perfume de los bálsamos en el aire frío —aroma que aspiraba hasta el fondo de sus pulmones, como si fuese el de una bebida embriagadora—, apresuraban de un modo raro un pulso, como el suyo, que pocas horas antes le pareció casi inanimado. No tuvo tiempo de preguntarse si le resultaban agradables aquellas sensaciones, pues tan sólo sintió su emoción cuando Thoreau y el indio surgieron de la noche con sus linternas. El primero, según pudo observar a la débil luz de éstas, personalizaba el espíritu vivo de aquel mundo nuevo adonde David había ido a caer cuando saltó

desde el furgón de los equipajes. Aquel hombre pertenecía, sin duda alguna, a las soledades en que vivía; en su semblante, que quedaba en parte oculto por una barba negra, sus dientes blancos como el marfil brillaban al sonreír, mientras daba la bienvenida; su chaqueta de lana tricolor, a estilo de la Bahía de Hudson, con sus flecos rojos, estaba abierta junto al cuello, y la poblada cola que adornaba su gorro de marta colgaba junto a un hombro. Y, además de todo eso, su voz expresaba, con palabras francesas e indias, mezcladas, la alegría de que el Padre Rolando no hubiese muerto y de que, por el contrario, estuviese por fin a su lado. Tras él se hallaba el indio, cuyo rostro, oscuro y casi sumido en la sombra, carecía en absoluto de expresión, cual si fuese una esfinge misteriosa de bronce. Pero, en cambio, brillaron sus ojos cuando el misionero le saludó, y despidieron tal fuego que, por un momento, David se quedó fascinado. Entonces el misionero le presentó.

—Tengo mucho gusto en conocerle, *m'sieu* —dijo el francés. Su raza era cortés aun en pleno bosque. Y la voz de Thoreau, entonces suave, surgía de un modo raro de la rudeza de su rostro barbudo. El apretón de manos que le dio fue semejante al del Padre Rolando, algo que David no conoció jamás entre sus amigos de la ciudad. Hizo una mueca en la oscuridad y durante buen rato le dolieron los dedos.

Entonces fue cuando David cometió la primera equivocación en la etiqueta de los bosques, aunque, según se encargó de demostrar el tiempo, eso fue una circunstancia afortunada. Ignoraba que era cosa poco corriente el dar la mano a un indio, de manera que cuando el Padre Rolando dijo: “Éste es Mukoki, que ha estado conmigo durante muchos años”, David le ofreció la diestra. Mukoki se quedó mirándole, extrañado por unos momentos; luego se abrió la manta que le servía de capa y su flaca y morena mano fue a encontrar la del recién llegado. Y como David había recibido ya una lección, tanto del misionero como del francés, puso en aquel apretón de manos cuanta fuerza tenía, de manera que Mukoki jamás recibió otro igual de un hombre blanco, con excepción de su amo el misionero.

David oyó entonces la voz del Padre Rolando, que preguntaba con el mayor interés acerca de la cena. Thoreau contestó en francés.

—Dice que la cabaña está ahora como el interior de un enorme pato asado —explicó el misionero, muy satisfecho. Venga usted, David, Mukoki se encargará de recoger nuestro equipaje.

Continuaron recorriendo el sendero, y a poca distancia David divisó la cabaña. Estaba al abrigo de un grupo de negros abetos y copayeros, y las dos ventanas que daban a la línea férrea aparecían iluminadas por la luz interior. Los zorros habían cesado en sus ladridos, pero los gruñidos y aullidos de los perros aumentaban en intensidad a medida que se acercaban los hombres y, además, David pudo oír un amenazador roce de cadenas y el choque que producían, al cerrarse, unos dientes poderosos. Pocos pasos los llevaron a la puerta, Thoreau en persona la abrió y se quedó atrás para ceder el paso.

—*Après-vous, m'sieu* —dijo sonriendo a David y dejando al descubierto sus

brillantes y blancos dientes—. Me traería mala suerte y hasta, incluso, se morirían todas mis zorras si fuese capaz de entrar en mi casa precediendo a un forastero.

David entró. Una mujer india estaba de espaldas a él, inclinada sobre una mesa. Era tan delgada como una caña y tenía el cabello más largo, liso y negro que aquél viera en su vida; lo llevaba sujeto en dos grandes trenzas que le colgaban a lo largo de la espalda. Un momento después volvió su rostro redondo y moreno, en el que brillaban sus dientes y sus ojos, pero no pronunció una sola palabra. Thoreau no presentó a aquella flor silvestre que era su esposa indígena. Había abierto la puerta de su cabaña dejando que David le precediese; eso equivalía a aceptarle en su casa en calidad de amigo y, por consiguiente, dadas sus ideas, una presentación era tan innecesaria como inoportuna. El Padre Rolando sonrió, se frotó con viveza las manos y en su propio idioma dijo algo a la mujer, que la hizo reír con alguna timidez. Su risa fue contagiosa, porque David sonrió y el rostro del Padre Rolando se cubrió de arrugas que indicaban su alegría. Brillaron los dientes del francés. En la enorme estufa, que al mismo tiempo servía de cocina, el fuego rugía, crepitaba y producía ligeras detonaciones. La india abrió la puerta de aquélla para echar alguna leña; su rostro brilló con tonos rojizos, y al resplandor del fuego, los dientes parecieron aumentar su blancura. Thoreau fue hacia ella y con expresión de cariño posó su enorme y pesada mano en la flaca cabeza de su mujer. Al mismo tiempo le dijo algo en su suave idioma *cree*, que hizo surgir otra risa de la garganta de la india, de nombre María, semejante, por su tono, a la voz de un pájaro.

David parecía despertarse de un modo lento y maravilloso. Todas las fibras de su cuerpo se sentían agitadas por la alegría y por el simpático ambiente de aquella cabaña, construida con troncos mal desbastados y procedentes del bosque inmediato. Su cuerpo, debilitado por muchos meses de angustia mental y física, que hasta entonces constituyó su carga, parecía lleno de nuevo vigor. Sin darse cuenta sonreía, y su alma salía de su negra presión al ver la enorme mano de Thoreau acariciar el brillante cabello de María. Observaba a su huésped cuando, al oír una palabra de su mujer, el francés abrió de pronto la puerta del horno y sacó una enorme cacerola en que se asaba algo.

Al ver aquel utensilio de cocina, el Padre Rolando dio un grito de alegría y se frotó con fuerza las manos. ¡Qué rico aroma el de aquella cacerola! Era la realización del perfume que llegó a su olfato aun antes de que se abriese la puerta de la cabaña y, además, sintió el aroma del café; pero hasta entonces la fragancia del horno y de la cacerola no ejercieron su influjo en él con tanta potencia.

—¡Anadones engordados con arroz silvestre, y además un conejo, mi favorito! ¡Un conejo asado, con una cebolla donde tenía el corazón y bien cargado de pimienta! —exclamó con deleite el misionero—, ¡Dios mío! ¿Ha visto usted una cena como ésta, capaz de vigorizar a un hombre, David? Y, además, tenemos café, ¡el café de María! Uno se queda corto si lo califica de ambrosía, pues en realidad es un elixir que transforma una taza en una fuente de juventud. Quítese el abrigo, David; quítese

el abrigo y póngase cómodo.

Mientras David se quitaba el gabán y luego la corbata y el cuello, pensó en el baúl de camarote que contenía un smoking y un frac, camisas de piqué, cuellos planchados, guantes de Suecia y de cabritilla, y sintió que se le enrojecía la punta de las orejas. Entonces lamentó haber entregado al misionero el resguardo de aquel baúl.

Un minuto después se lavaba la cara en una enorme palangana y luego se la secó con una toalla que en otro tiempo fue un saco de arpillera. Pero observó que estaba muy limpia, tanto como el sonrosado rostro de María. Y el mismo francés, por su parte, a pesar de todo su cabello, de su barba y de su traje desgastado por el uso estaba tan limpio como la toalla de arpillera. Y como forastero que acababa de verse sumergido en una vida que le era desconocida por completo, todos estos pormenores impresionaron a David en gran manera.

Cuando se sentaron a la mesa, en lo cual les imitó Thoreau, aunque con el único objeto de hacerles compañía, y María se situó detrás de ellos, David no supo cómo empezar. El plato que tenía delante era de estaño y mediría unos treinta centímetros de diámetro. En él había un anadón que pesaría muy bien un kilo y medio, rodeado de jugo y tan tostado como una castaña madura. Se ocupó en arreglar sus mangas y se bebió un vaso de agua mientras observaba al hambriento misionero. Con una sonrisa de deleite anticipado, el Padre Rolando hundió las puntas de su tenedor en el pecho del ave, agarró una pata con los dedos y la arrancó del cuerpo con un hábil tirón, acompañado de media vuelta. Y cuando clavó los dientes en la pata del ave, se quedó mirando a David. Éste ya había comido pato en otras ocasiones, es decir, había probado la carne de un individuo de la familia *anas boschas*, disfrazado con espesa salsa y jugos, pero aquel pato que comió en la mesa de Thoreau no se parecía a ninguno de los que probara en toda su vida.

Empezó a comer aquella enorme ave con desconfianza y terminó con una nueva sensación de apetito satisfecho. Exploró a su gusto el cuerpo del ánade y encontró sabrosos bocados cuya existencia jamás sospechó en tal volátil, porque su experiencia nunca fue más allá de probar una pata o algunas lonjas muy delgadas de pechuga, lo cual le había costado desde ochenta centavos a un dólar y cuarto cada ración. Y se habría avergonzado de sí mismo, al terminar, de no advertir que el Padre Rolando parecía considerar que estaba empezando la comida y se disponía a dirigir el vigor de su ataque contra el conejo sazonado con cebolla. A partir de aquel momento, David le hizo compañía, tomándose una tercera taza de café.

En cuanto hubieron terminado, el Padre Rolando se reclinó en el respaldo del asiento, dando un suspiro de satisfacción, y de uno de los voluminosos bolsillos de sus calzones tomó una bolsa muy usada de piel de reno macho. De esta bolsa sacó una pipa negra y tabaco. Al mismo tiempo Thoreau llenaba y encendía su propia pipa. Cuando estaba entregado a sus estudios y a horas avanzadas, David también solía fumar en pipa, pero en los últimos tiempos ésta le resultó desagradable y dejó pasar muchas semanas sin fumar otra cosa que cigarros puros y algún cigarrillo.

Observó la plácida satisfacción del semblante del misionero y vio la cabeza de Thoreau envuelta en humo. Este le inspiró por vez primera, desde las últimas semanas, el deseo de volver a utilizar la pipa. Mientras cenaba, Mukoki y otro indio entraron con su baúl y las maletas, y David se dirigió a una de éstas, la abrió y sacó su propia pipa y tabaco. Llenó de tabaco inglés la cazoleta y luego lo encendió, en tanto que el resplandeciente rostro del Padre Rolando le contemplaba a través del humo aromático de su “mezcla” de la Bahía de Hudson.

Apoyada en la pared y algo en la sombra, como si no quisiera formar parte del grupo ni intervenir en la conversación, se había sentado María, apoyando la barbilla en el hueco de su morena mano, en tanto que sus oscuros ojos resplandecían al observar la comodidad y la satisfacción de los hombres. Tales escenas le compensaban ampliamente su vida de trabajo. Era feliz, pues en la cabaña reinaba la satisfacción, y David lo comprendió. Entre aquellas paredes de troncos de árbol sintió la presencia del espíritu del hogar, la alegría de vivir y de estar juntos, que de un modo tan terrible huyó de su propio hogar, rico y lujoso. Tan sólo una vez oyó hablar a María aquella noche; lo hizo en voz baja y suave dirigiéndose a Thoreau. Por lo demás, guardó el silencio habitual de las mujeres *Cree* cuando están en presencia de un extraño; pero David comprendió que su corazón latía dichoso y por una razón ignorada se alegró cuando Thoreau miró con orgullo hacia una puerta cerrada, dándole a entender que su mujer era madre. María le oyó y en aquel momento David sorprendió en su rostro una mirada que le produjo cierto dolor en el corazón, una mirada que debiera de haber sido una parte de su propia vida y que había echado mucho de menos.

Algo más tarde, Thoreau le condujo a la habitación que debía ocupar durante la noche. Era una estancia pequeña; un tabique hecho con madera de árboles jóvenes lo separaba del dormitorio del misionero. El criador de zorros dejó una lámpara en la mesa que había junto a la cama y deseó a David una buena noche.

Eran ya las dos de la madrugada y sin embargo éste no tenía ganas de dormir. Después de haberse descalzado y desnudado en parte, se sentó en el borde de la cama, dejando que su mente recordase los acontecimientos de las últimas horas. De nuevo pensó en la mujer del vagón, así como en sus ojos maravillosos y negros y en su cara llena de inquietud, y sacó del bolsillo de su abrigo el paquete que se dejara olvidado. Lo examinó con la mayor curiosidad. Se fijó en el cordel rojo y en que el nudo era muy estrecho, de manera que le dio varias vueltas en las manos antes de romper el cordel. Se avergonzó un poco de su deseo de averiguar lo que habría dentro de la envoltura de papel de periódico, comprendió lo malsano de su curiosidad, a pesar de decirse que nada le impedía averiguar el contenido del paquetito en vista de que no pudo dar con su propietaria. Estaba seguro de que no volvería a verla y de que siempre sería un misterio para él, a no ser que el paquete que tenía en sus manos le revelase ahora el secreto de su identidad.

Medio minuto más tarde estaba indinado sobre el contenido del paquete, a la luz

de la lámpara, en tanto que sus manos sostenían el objeto que el papel, ya arrojado al suelo, dejara al descubierto. Y estaba con los ojos muy fijos, los labios entreabiertos y el corazón casi paralizado por el más profundo pasmo.

Capítulo V

David sostenía en sus manos una fotografía, el retrato de una joven. Casi adivinó lo que encontraría, cuando empezó a quitar la envoltura y vio el borde de una cartulina gris. Pero en el mismo instante se sintió dominado por el asombro y por una sorpresa tan grande que casi le sobresaltó. Aquella noche había traído muchos cambios en su vida; unas fuerzas que aún no había empezado a comprender le llevaron al principio de una extraña aventura. Además olvidó sus pensamientos acerca de sí mismo, obligándole a fijarlos en otras cosas, en otras personas, y hasta le dieron la oportunidad de descubrir otra clase de vida. Había visto tragedia, felicidad y algo que le hizo reír, y por fin sintió las emociones hijas de todo eso. Pocas horas le convirtieron en el maravillado y pasivo sujeto de lo inesperado. Y ahora, solo, sentado en el borde de su cama, acababa de llegar al colmo de lo imprevisto.

La joven del retrato no estaba muerta, ni tampoco su imagen era una sombra sin vida, fijada allí por el arte del fotógrafo. ¡Estaba viva! Éste fue su primer pensamiento, su primera impresión. Era como si él se hubiese aparecido a la joven de repente, y que su presencia la sobresaltara, obligándola a mirarle cara a cara, con la mayor intensidad, algo asustada, y sin embargo retadora y dispuesta a emprender la fuga. En aquel primer momento no habría creído ilusión de sus ojos que se hubiese movido, retirándose de su presencia y desapareciendo del retrato con la rapidez de un pájaro. Y era evidente que él, es decir, alguien, la había asustado, que alguien le infundió miedo y al mismo tiempo originó el impulso retador que se advertía en su rostro; que alguien despertó en ella el deseo de huir en el preciso momento en que se disparaba el obturador de la cámara.

Se inclinó más hacia el retrato a la luz de la lámpara y continuó observándola. La muchacha estaba en pie en una roca plana, inmediata al borde de un estanque. Tras ella había una alfombra de arena blanca, y más allá una garganta formada por numerosas rocas en extraña confusión y la ladera de una montaña. Iba descalza y sus pies parecían blancos sobre la roca oscura. Sus brazos, desnudos hasta el codo, brillaban con la misma blancura. Se fijó en todas estas cosas, una a una, como si le fuese imposible darse cuenta al mismo tiempo de todos los pormenores del retrato. La joven se inclinaba ligeramente hacia delante, sobre las rocas. Llevaba una falda corta que tan sólo le llegaba un poco más abajo de las rodillas, y en aquella posición, mientras sus ojos centelleaban y tenía los labios entreabiertos, el viento ocasionó una maravillosa confusión en su cabello rizado que le caía sobre el pecho. En él David creyó ver el reflejo de la luz del Sol; al resplandor de la lámpara le pareció que se movía y que el ritmo de su pecho le daba vida. Una mano parecía dispuesta a apartar

los cabellos de su cara, y los labios le daban la ilusión de que, temblorosos, se disponían a hablarle. Y así se perfilaba en aquel fondo salvaje, formado por la garganta de rocas y por la montaña, con la misma precisión de un camafeo, esbelta como una caña, indómita, palpitante y hermosa. Aquello era mucho más que un retrato. Era la misma vida. Aquella joven estaba allí con David, en su habitación, y eso de un modo tan cierto como otra mujer de más edad estuvo con él en el vagón.

Dio un largo suspiro y se sentó en el borde de la cama. Oyó al Padre Rolando que se metía en la suya, crujiente, en la habitación inmediata, y luego la voz del misionero le dijo a través del compartimiento:

—Buenas noches, David.

—Buenas noches, Padre.

Pasó un rato mirando sin ver la pared de troncos de su habitación. Luego se inclinó de nuevo y expuso la fotografía por segunda vez a la luz de la lámpara. Habíase disipado ya el extraño y primer encanto de aquel retrato y ahora lo miró con más frialdad, con mayor espíritu crítico, y algo disgustado consigo mismo por haber permitido a su imaginación que se burlara de él de tal modo. Le dio una vuelta con las manos y al dorso del cartón vio huellas de algunas palabras escritas. Las examinó con atención y pudo divisar débilmente las palabras: “Arroyo Firepan, Río Stikine, Agosto...” La fecha había desaparecido. Esto era todo. No había allí nombre alguno ni palabra que pudiera darle la menor indicación con respecto a la identidad de la misteriosa mujer del vagón y tampoco acerca del parentesco que pudiera tener con la persona del retrato abandonado en su asiento cuando desapareció en Graham.

Una vez más sus extrañados ojos se esforzaron en hallar alguna solución al misterio de aquella noche, examinando a fondo el retrato de la joven, y mientras miraba se sucedían las preguntas en su mente: ¿Qué la habría asustado? ¿Qué la sobresaltó? ¿Cuál fue la causa de aquella mirada propia de persona perseguida, de aquella leve expresión de reto que se advertía tanto en sus ojos como en su actitud, y cuál sería, también, la extraña súplica y el miedo contenido que se leía en los ojos y en el rostro de la mujer del vagón? No hizo ningún esfuerzo para contestarse, sino que se limitó a aceptar los hechos evidentes a medida que llegaban a él. La joven del retrato tenía pocos años; casi podía calificarla de niña, de acuerdo con las ideas que tenía de la niñez. Quizá tendría diecisiete años, o uno o dos meses más, y fue curiosa su precisión al añadir esta corta porción de tiempo. Y lo hizo porque en aquella figura advirtió algo propio ya de una mujer y que hacía necesaria una edad algo mayor de la que fijara a primera vista. En ese segundo examen vio claramente que la muchacha había estado vadeando el estanque, porque dejó caer una media en la arena blanca y al lado de ella se veía un objeto que no pudo reconocer con claridad, aunque le pareció un zapato o una abarca de gamuza; sin duda, cuando estaba vadeando sola, llegó la interrupción; se volvió, saltó a aquella roca plana, con las manos algo cerradas, los ojos centellantes, el pecho jadeando bajo su cabello flotante, y en aquel momento, cuando estaba dispuesta a huir o a combatir, la sorprendió el aparato

fotográfico.

Mientras examinaba el retrato, en tanto que lo hacía vivir ante sus ojos, se dibujó una débil sonrisa en sus labios, en la que había algo de intención y mucha ironía. Aquel día se había portado como un tonto rematado. Nada más que la tontería y la enfermiza concepción de las cosas pudo hacerle ver tragedia en el rostro de la mujer del vagón e inducirlo a ir tras ella. La falta de sueño, descanso mental de que su cuerpo no había gozado durante dos días y dos noches, entorpecía sus sentidos y su razón. Sintió el desagradable deseo de reírse de sí mismo.

¡Tragedia! ¡Una mujer en un apuro! Se encogió de hombros y brillaron sus dientes al dirigir una fría sonrisa a la joven del retrato. Con toda seguridad no había tragedia ni misterio alguno en su actitud sobre aquella roca. Se habría estado bañando sola y tal vez se figuró haberse ocultado muy bien; de pronto se acercó alguien, la molestó, y la cámara fotográfica se disparó en el momento psicológico en que tomaba aquella actitud graciosa, cuando aún dudaba si emprender la fuga o quedarse y castigar al intruso con su cólera. La situación no podía ser más clara. Cualquiera muchacha sorprendida del mismo modo podría haber demostrado tales emociones, pero... Arroyo Firepan, Río Stikine... La joven pertenecía, sin duda, a aquellas montañas, a aquella selvática garganta, estuvieran donde estuvieran, y era hermosa, esbelta como una flor y mucho más bonita que...

David cerró los labios con fuerza, conteniendo un rápido suspiro y una exclamación repentina de dolor imprevisto. Con la rapidez de sus propios pensamientos acababa de ocurrir una transformación en el retrato que tenía ante sus ojos, como si en aquel momento hubiese caído una cortina ante él, semejante a un velo de oro, y la vio en pie sobre la roca; el oro habíase agrupado a su alrededor en el maravilloso manto de sus cabellos, brillantes y desordenados —con un brazo blanco y desnudo, levantado, que pasaba a través de su brillo— y también junto a su rostro, retador, valeroso... que *se reía de él*, ¡Dios mío!, ¿no podría matar nunca aquel recuerdo? ¿Volvería a poseerle aquella noche, agarrándose a su cuello, sofocando su corazón y produciéndole una intensa agonía, con la que no podía luchar, al ofrecerle la visión de ella, de *su mujer*? ¡Y aquella muchacha sobre la roca, tan parecida a una esbelta flor...! La mujer estaba en su habitación tan semejante a una diosa, de oro... Ambas fueron sorprendidas de un modo impensado. ¿Qué diablo malintencionado le hizo recoger aquel retrato del asiento de la pasajera del vagón? ¿Qué...?

Se cerraron sus dedos sobre la fotografía, dispuestos a romperla en menudos pedazos. La cartulina sufrió un desgarrón de cerca de una pulgada, pero él se detuvo en su impulso destructor. De nuevo la joven volvía a mirarle desde el retrato, fijando en él sus ojos claros, grandes y sorprendidos al notar la debilidad de él, sobresaltados por la ferocidad de su ataque contra ella y, como si se extrañara y se dispusiera a preguntarle. Por vez primera observó lo que antes le pasara por alto, es decir, la interrogación de aquellos ojos. Era como si estuviese a punto de preguntarle algo y su voz acabara de salir por entre sus entreabiertos labios o se dispusiera a hacerse oír. Y

para él, precisamente para él.

Se cruzaron sus dedos y volvió a enderezar el borde torcido y roto de la cartulina, con el mismo cuidado que si hubiese tratado de curar una herida en su propia carne. En definitiva, aquel objeto inanimado se parecía mucho a sí mismo. Estaba perdido, fuera de su sitio y lejos de su casa; de entonces en adelante iría errante y dependería en gran parte, como él mismo, de la caridad del Destino. Casi con cariño volvió a guardar el retrato en su envoltura de papel de periódico. En su interior se sentía inclinado a tributar su aprecio a las cosas pequeñas que pertenecían al pasado —un zapato de niño, una cinta descolorida, una flor marchita que *ella* ostentó en la noche de su boda—, y además recuerdos, recuerdos que mejor habría hecho dejándolos morir y desaparecer. Algo de ese espíritu había en el contacto de sus dedos cuando volvió a dejar la fotografía sobre la mesa.

Sin hacer ruido acabó de desnudarse, pero antes de entregarse al sueño se puso una mano en la frente. Notó que estaba ardiente y febril. Ello no era cosa extraordinaria y no le alarmó. Con mucha frecuencia en los últimos tiempos sufría ligeros ataques de fiebre y casi siempre por la noche. Por lo común, al día siguiente tenía dolor de cabeza. Cada vez con más frecuencia le avisaban de lo decaído y debilitado que estaba y él sabía muy bien lo que podía esperar. Apagó la luz y se tendió entre las calientes sábanas de su cama, sabiendo que iba a empezar de nuevo la temible lucha nocturna con el demonio que vivía en él y que se nutría de su vida como las sanguijuelas de la sangre, matándole lentamente. Sus nervios estaban disparados y a veces parecía como si le doliesen. Además le agobiaban las preocupaciones y sentía un vacío extraordinario en el corazón y en el alma, cosa que le daba la sensación de que el mundo entero se había puesto de color negro. Y todo a causa de *ella*, de la diosa dorada que se rió de él en su habitación, con una carcajada tal que jamás dejaría de resonar en sus oídos. Rechinó los dientes, y las manos se cerraron por debajo de las mantas; se sintió invadido por una oleada de cólera que, por un momento, más mereció el nombre de odio. ¿Era posible que ella, la mujer que fue su esposa, pudiese encadenarle todavía, esclavizar sus pensamientos, llenar su mente, su cerebro y su cuerpo *después de lo ocurrido*? ¿Qué habría en todo aquello que le impedía erguirse y echarse a reír, encogiéndose de hombros al mismo tiempo y dando gracias a Dios de que, por lo menos, no habían tenido hijos? ¿Por qué no podría hacer tal cosa? ¿*Por qué?* ¿*Por qué?*

Mucho después, todavía se dirigía esta pregunta. No parecía sino que la pronunciase en voz alta, una y otra vez, dentro de un extraño y misterioso país desierto; y por fin le pareció estar muy cerca de una muchacha que se hallaba en pie sobre una roca y esperándole; una muchacha que se inclinaba hacia él, como si fuese una flor maravillosa, con los brazos extendidos, los labios entreabiertos y los ojos brillantes a través de la gloria de su cabello agitado por el viento y que, al mismo tiempo, escuchaba el grito de él, que exclamaba: ¿*Por qué?* ¿*Por qué?*

Y se durmió. Su sueño fue profundo y reposado. Parecía dormir junto a un

estanque que se hallara en la sombra, en tanto que el viento murmuraba con suavidad en las extrañas copas de unos árboles y el agua se deslizaba despacio yendo a parar a una corriente extraordinaria.

Capítulo VI

El sol sucedió a la tormenta. El sol invernal coronaba las copas de los árboles cuando Thoreau abandonó la cama para encender fuego en la enorme estufa. Eran las nueve de la mañana y hacía un frío terrible. La escarcha se había amontonado en las ventanas y el sol la teñía de plata y oro, transformándola como en vidrieras de catedral, y cuando el criador de zorras abrió la puerta de la cabaña para consultar su termómetro, oyó en los árboles del exterior y también en los troncos de las paredes los crujidos indicadores del mucho frío que hacía. Siempre consultaba el termómetro antes de encender el fuego. Era en él una costumbre adquirida, pues ante todo quería saber si la noche había sido buena para sus zorras y si el frío habría impedido a los animales de pelo que habitaban en el bosque el ir de un lado a otro. Cuarenta y cinco grados bajo cero eran ya una temperatura muy baja para las martas, los pescadores y los linces; en tales noches preferían el calor de las madrigueras cómodas y de los cobijos que hallaban entre los árboles derribados a la posibilidad de llenar el estómago, de modo que, por lo común, cuando hacía aquel frío las trampas estaban vacías. Y se hacía sentir bastante. Se volvió, cerró la puerta, se estremeció un poco y luego, cuando ya se dirigía a la chimenea, se detuvo y se quedó mirando.

La noche anterior o, mejor dicho, aquella parte aún oscura del día, cuando se acostaron, el Padre Rolando le avisó de que por la mañana no hiciese ruido, para que David durmiese hasta el mediodía, pues estaba enfermo, derregado y necesitaba descanso. Y a pesar de eso, lo vio en el umbral de la puerta de su cuarto, aun antes de que el fuego estuviese encendido. Parecía ser, por lo menos, cinco años más joven que la noche anterior, en aquel momento en que, con alegre aspecto, sonreía al dueño de la casa.

Thoreau sonrió a su vez.

—*Boo-jou, m'sieu* —dijo en su francés mezclado de *cree*—. Tenía órdenes de no hacer ruido y de dejarle dormir —añadió, señalando con un movimiento de cabeza la habitación del misionero.

—Me ha despertado el sol —contestó David—. Venga usted aquí. Quiero que lo vea.

Thoreau le acompañó y se quedó a su lado, en tanto que David señalaba la única ventana de su habitación, que estaba frente al sol de la mañana. La ventana parecía cubierta de escarcha y mientras la miraban tenía el aspecto de ser fuego de color dorado.

—Creo que fue eso lo que me despertó —dijo—. Por lo menos es lo primero que vi al abrir los ojos. Es maravilloso.

—Hace mucho frío y la escarcha es espesa —replicó Thoreau—. Se marchará muy pronto, en cuanto haya encendido el fuego, *m'sieu*. Y entonces verá usted el Sol, el verdadero Sol.

David lo observó mientras preparaba y encendía el fuego, y el primer crujido de éste le dio una sensación agradable. Había dormido bien y de un modo tan profundo que no llegó a despertarse, siquiera durante las seis horas que estuvo en cama. Era la primera vez que dormía de aquel modo desde hacía muchos meses. Su sangre corría con un calor nuevo. No tenía dolor de cabeza ni tampoco aquel dolor apagado, detrás de los ojos, que con tanta frecuencia le molestaba. Respiraba con más facilidad, y el aire que penetraba en sus pulmones parecía un tónico. Era como si aquellas maravillosas horas de sueño hubiesen logrado hacer desaparecer una mortal obstrucción en sus venas. Pronto los crujidos del fuego se convirtieron en rugidos cuando sus llamas empezaron a subir por la chimenea. Los troncos nudosos de pino, llenos de savia, ardían con mayor intensidad y despedían mayores resplandores que la leña restante. Thoreau echó más combustible en el rugiente depósito; las llamas iluminaron de un modo alegre la estancia, y al mismo tiempo que se difundía el calor por la cabaña, se percibía el suave aroma de la savia quemada y de las ramas de copayero. David se frotó las manos y estaba ocupado en ello cuando entró María en la estancia haciéndose la última trenza de su negro y brillante cabello. David saludó con un movimiento de cabeza y ella sonrió, mostrando sus blancos dientes y mirándole con sus oscuros ojos tan límpidos como los de un gamo. El joven sintió un extraño regocijo por Thoreau. Éste era un hombre afortunado, según podía advertirse por el semblante de la mujer *cree*. Los dos eran felices, pues constituían un matrimonio unido según debe ser. Thoreau había roto el hielo en un cubo y luego llenó la palangana para él. El agua de hielo para sus abluciones matutinas era algo nuevo para David, pero, sin embargo, hundió, valeroso, la cara en aquella agua. Pequeñas partículas de hielo se agarraban a su piel y la frialdad del líquido parecía penetrar hasta sus órganos vitales. Resultaba un cambio bastante notable desde lavarse con agua tan caliente como pudiera resistir a hacerlo con agua como aquélla. Castañeteaban sus dientes mientras se secaba con la toalla de arpillera. María usó la palangana a su vez y por fin lo hizo Thoreau. Cuando la esposa se hubo secado el rostro, David se fijó en el color rosado de sus mejillas y en el fuego de la roja sangre que brillaba por debajo de su morena piel. El mismo Thoreau gemía y maldecía como si fuese una alegre marsopa al recibir la impresión de aquella agua helada, y luego se frotó con la arpillera hasta que las manchas rojas que aparecieron por encima de su barba fueron tan brillantes como el resplandor que había en lo alto de la estufa. David se sorprendió fijándose en estas cosas, a pesar de la escasa importancia que tenían; descubrió que tomaba un repentino y curioso interés en los acontecimientos y en las cosas insignificantes, como, por ejemplo, el rápido y hábil movimiento del largo cuchillo de Thoreau cuando cortaba el enorme albur que había de servirle de desayuno. Observó a María mientras rebozaba las gruesas tajadas en harina de maíz y

escuchó el silbido que producían al caer en la grasa hirviente de la cazuela. Y el olor de aquel pescado cogido el día anterior de la red que Thoreau tenía en el lago helado, reanimó su apetito. Eso era algo extraordinario y tan inesperado como otras cosas que le habían ocurrido. Y le extrañó.

Volvió a su habitación preguntándose si debería ponerse cuello y corbata y también el abrigo, pero cambió de idea al ver la fotografía envuelta en el papel del periódico sobre la mesa. La tomó en sus manos, esperando que a la luz del Sol observaría algún cambio en ella. Pero se engañó, porque la joven continuaba del mismo modo como la dejó por la noche. En sus ojos advertíase la misma pregunta y las mismas palabras sin pronunciar en sus entreabiertos labios. De pronto se le ocurrió la idea de que si gozó de aquellas horas de pacífico sueño, tal vez junto a un tranquilo y negro estanque rodeado de bosques, se debió a que un ángel estaba a su lado, sobre una roca, envuelto en su cabello y vigilándolo. Sintió una emoción inefable, preguntándose sí aquello sería posible. Pero no terminó siquiera su pensamiento, pues no pudo resolverse a creer que aquel retrato y el extraño espíritu que pudiera poseer, llegaran de un modo u otro hasta él, apaciguándolo, infundiéndole sueño y haciéndole soñar cosas que equivalían a una medicina curativa. Y sin embargo...

Recordó que en una de sus maletas llevaba una poderosa lupa, y diciéndose que tan sólo obraba así movido por la curiosidad, buscó el instrumento por entre sus efectos y con su ayuda examinó con la mayor atención la escritura casi ilegible que había en el dorso de la cartulina. Entonces pudo leer la fecha con la mayor claridad, grabada por la punta de un lápiz. Aquella fotografía apenas tenía un año. Y resultaba inexplicable el hecho de que tal descubrimiento le afectase como lo hacía. No realizó ningún esfuerzo para medir o sondear la satisfacción que eso le produjo y la certeza de que aquella joven hubiese estado tan poco tiempo antes en la roca contigua al estanque. Empezó, sin darse cuenta casi, a personalizarla y a darle mentalmente el nombre de “la joven”. Ella parecía demostrarle cierta amistad, y cuando la miraba, forjándose la ilusión de que le contemplaba también, ya no se sentía tan solo. Y sin duda no se habría realizado aún ningún cambio extraordinario en ella, puesto que el retrato no tenía más de un año.

La voz del Padre Rolando le obligó a envolver otra vez la fotografía, pero ahora no lo hizo en el papel de periódico, sino en un pañuelo de seda que sacó de la maleta. Luego guardó allí mismo el retrato y lo dejó encerrado. Thoreau refería al misionero que David se había levantado muy temprano en el momento en que éste reapareció, El Padre Rolando y él se estrecharon la mano; el primero le miró a los ojos con el mayor detenimiento, y así pudo ver el cambio que se había realizado.

—No tiene usted ninguna necesidad de decirme que ha pasado buena noche — exclamó.

—Espléndida —afirmó David.

A la sazón la ventana resplandecía al recibir la dorada luz del Sol, que atravesaba

los puntos en que se había fundido la escarcha, y un rayo del astro caía como una lanza en la brillante cabeza de María cuando ésta se inclinaba sobre la mesa. El Padre Rolando señaló hacia la ventana, apoyando la otra mano en el brazo de David.

—Espere usted hasta que conozca eso. Por ahora no es más que un comienzo, David, nada más que un comienzo.

Se sentaron para desayunar pescado y café, pan y patatas y... habas. Habían terminado casi, cuando David aún abría su tercer trozo de pescado, blanco como la nieve, bajo su cubierta tostada y morena, y preguntó con acento que quería ser indiferente:

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del río Stikine, Padre?

El Padre Rolando se enderezó en su asiento, dejó de comer y miró a David un momento, como si la pregunta tuviese el mayor interés personal para él.

—Conozco a un hombre que ha vivido muchos años por la región del Stikine —contestó—. Conoce el terreno palmo a palmo, desde donde desemboca el río en el mar, en la Punta Rothshay, hasta el País Perdido, entre el Monte Finlay y las Montañas de las Ovejas. Se halla en la parte norte de la Columbia Inglesa y sus aguas superiores llegan hasta el Yukón. Es un país desierto y mucho menos conocido ahora que sesenta años atrás, cuando había la fiebre de oro a lo largo de la línea telegráfica. Tavish me ha contado muchas cosas acerca de eso. Es un hombre muy raro ese Tavish. Pasaremos por su cabaña en nuestro viaje hacia el Lago de Dios.

—¿Le ha dicho alguna vez —preguntó David con extraño temblor en la garganta—, le ha hablado alguna vez de una corriente tributaria llamada arroyo Firepan?

—¿Arroyo Firepan...? ¿Arroyo Firepan...? —murmuró el misionero—. Ese Tavish me ha contado muchas cosas, pero no me acuerdo de eso. ¿Arroyo Firepan...? Sí, una vez lo hizo. Ahora me acuerdo. Allí tuvo una cabaña por espacio de un año, cuando pasó la viruela. A punto estuvo de morir entonces. Deseo que conozca usted a ese Tavish, David. Mañana por la noche llegaremos a su cabaña. Tiene un carácter muy raro y su persona casi es una lección gráfica. —De pronto recordó la pregunta de David—. ¿Qué quiere usted saber acerca del río Stikine y del arroyo Firepan?

—Pues que leí algo respecto a esas dos corrientes y me interesó bastante —replicó David—. A juzgar por lo que Tavish le dijo a usted, debe de ser una región desolada. Es probable que allí no haya ningún blanco.

—En todas partes hay algún blanco —replicó el Padre Rolando—. Tavish es blanco, y vivió allí. Sesenta años atrás, cuando la fiebre del oro, debió de haber muchos blancos, aunque me parece que ahora quedan muy pocos, Tavish nos lo dirá, porque regresó de allí hace cosa de un año, en septiembre.

David no hizo ya más preguntas, sino que dedicó su atención al pescado que estaba comiendo. En el mismo instante los zorros empezaron a armar un ruido tal que Thoreau se sonrió y los perros se unieron al coro. A David le hizo el efecto de que, por lo menos, habría un millar de zorras en las jaulas del francés y quizá un centenar de perros a poca distancia de la cabaña. Aquel ruido era alarmante en cierto modo. El

joven no había oído nunca en su vida una cosa semejante, y casi le daba reparo el pensar en salir. El coro siguió haciéndose oír por espacio de un minuto; mas por fin cesó y David oyó entonces un ruido de cadenas; pero Thoreau seguía sonriendo.

—Ya han pasado dos horas desde la en que suelo dar de comer a las zorras y ellas lo saben perfectamente, *m'sieu* —explicó a David—. Y sus gritos excitan a los perros esquimales, de manera que cuando unos y otros empiezan a gritar, *mon Dieu!*, serían capaces de despertar a los muertos. —Retrocedió un poco para levantarse y añadió—: Ahora voy a darles de comer. ¿Quiere usted presenciarlo, *m'sieu*?

El Padre Rolando contestó por él:

—Concédanos diez minutos y estaremos preparados —dijo hablando a Thoreau, y, mientras, cogía a David por el brazo—. Venga usted conmigo, David. Tengo algo que le espera.

Ambos entraron en la habitación del misionero y, señalando su desarreglado lecho, el Padre Rolando dijo:

—Ahora, David, vístase.

Éste había observado aquella misma mañana, y no sin cierta preocupación, el traje que llevaban el Padre Rolando y el francés, es decir, sus camisas de gruesa lana, sus raros y gruesos pantalones que les llegaban a las rodillas, en donde se reunían con la parte superior de unos espesos calcetines alemanes, doblados por la parte superior del mismo modo que él los llevara en los días en que estudiaba, cuando estaban de moda los trajes de golf, las pipas con caras de *bull-dog* esculpidas y los *terriers* de color, blanco. Había mirado de un modo furtivo los enormes pies de Thoreau calzados con abarcas de piel de alce, y pensando al mismo tiempo en sus zapatos de piel de becerro, negra, que eran los más gruesos que había traído consigo. Tenía ya resuelto el problema del equipo, según advirtió al mirar a la cama, y mientras el Padre Rolando se retiraba frotándose con fuerza las manos, hasta que crujieron, David empezó a desnudarse. En menos de un cuarto de hora estuvo dispuesto a salir al exterior. Cuando el misionero volvió para darle la primera lección del modo como debía atarse las abarcas, le entregó un gorro de piel bastante parecido al que llevaba Thoreau, que le asombró el ver lo bien que le sentaba.

—Eso se explica —dijo el Padre Rolando, complacido, al observar la extrañeza de David— porque siempre que salgo de viaje me traigo, al regreso, un fardo de trajes de diferentes formas, lo cual resulta muy conveniente. Y en cuanto al gorro...

Y se sonrió, en tanto que David trataba de verse lo más posible en un espejo muy pequeño.

—El gorro es obra de María —acabó diciendo—. Por su sombrero averiguó el tamaño de su cabeza, y mientras usted dormía se entretuvo en hacerlo, Es de muy buena marta, de las mejores pieles que tiene Thoreau. Y le sienta muy bien, ¿no es verdad?

—¿De modo que... María... ha hecho esto para mí? —preguntó David.

El misionero movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Y el precio, Padre?

—Entre los amigos de los bosques, David, no hable usted nunca de pagar.

—Pero esta piel es muy hermosa y vale mucho dinero.

—Pues es suya —replicó el Padre Rolando—. Y me alegro de que me haya usted hablado a mí del pago y no a Thoreau ni a María. No le habrían comprendido. Y es posible que se ofendiesen. Si hubiera algo que pagar se lo habrían indicado al entregarle el objeto. Yo también lo habría mencionado. Es una etiqueta refinada, ¿no le parece?

Lentamente asomó a los ojos de David una mirada que su interlocutor no comprendió al principio. Después de un momento y sin mirar al misionero, dijo con voz de rara entonación:

—A cambio de eso... María me permitirá regalarle algo, alguna cosa que ahora no me sea útil... Un pequeño regalo... Y, además, le expresaré mi agradecimiento y mi amistad.

No esperó la respuesta del misionero, sino que se dirigió a una de las maletas de piel. Abrió la que contenía el retrato de la joven y sacó un estuche de terciopelo. Era tan pequeño que cabía en el hueco de su mano cuando se lo entregó al Padre Rolando. En su rostro habíanse acentuado algunas arrugas.

—Hágame el favor de dar esto a María, de mi parte.

El Padre Rolando tomó la caja, aunque sin mirarla. Por el contrario fijó sus ojos en los de David.

—¿Qué es ello? —preguntó.

—Un medallón. Le pertenecía a *ella*. Dentro hay su retrato, el único que tengo. ¿Querrá... querrá usted... destruir el retrato antes de entregar el medallón a María?

El Padre Rolando observó la emoción de David. Cerró su mano con tal fuerza sobre el estuche que no parecía sino que quisiera romperlo, y su corazón empezó a latir con violencia al comprender el triunfo logrado. Tan sólo pronunció una palabra con los ojos fijos en los de David pero aquélla salía de su alma.

—¡Victoria! —dijo.

Capítulo VII

El Padre Rolando se guardó el estuchito en el bolsillo y con David salió para reunirse con Thoreau. Abandonaron juntos la cabaña y al pasar por el lado de María, ésta levantó los ojos, separándolos de su labor, para cerciorarse de un modo furtivo de que el forastero llevaba el gorro.

Un salvaje alarido de los perros saludó a los tres hombres en cuanto atravesaron la puerta exterior, y por vez primera David contempló con los ojos lo que tan sólo oyera durante la noche anterior. Entre los copayeros y los abetos inmediatos a la cabaña había, tal vez, una veintena de los más salvajes y feroces perros que jamás viera en su vida. Mientras, por un momento, miraba a su alrededor, tres cosas le llamaron la atención: la primera, el magnífico día, aunque tan frío que el aire parecía pinchar, y, además, que ninguno de aquellos animales de pelo largo y blancos colmillos, que tiraban con toda la fuerza posible de las cuerdas que los sujetaban, tuviese una perrera, ni siquiera un abrigo de maleza. Este último hecho fue el que más le llamó la atención. Sentía cariño por los animales, y se persuadió de que aquellos cuadrúpedos de Thoreau debían de haber sufrido de un modo terrible durante la noche. Observó que al pie de cada árbol estaba atado un perro y que en la nieve había una depresión redonda y lisa, indicadora del lugar en que el animal había dormido. Pocos minutos después acabó de convencerse de que el francés y el misionero eran unos amos sin corazón para los pobres animales, a pesar de que, con respecto a él, se portaron con la mayor generosidad. Mukoki y otro indio se acercaron con dos sacos de yute y vaciaron sobre la nieve los pescados que contenía uno de ellos. Y estaban tan helados que Mukoki tuvo que separarlos con el hacha que llevaba en la cintura. David vio que aquella carne estaba tan dura como la roca, Thoreau empezó a repartir los pescados entre los perros, a razón de uno por perro. Los vigilantes y hambrientos animales cogían su ración antes de que cayera al suelo e inmediatamente empezaban a gruñir y a romper con los dientes la carne helada y las espinas de un modo tal que David se impresionó. El espectáculo casi le daba asco. Díjose que Thoreau bien podría haber hervido el pescado o, por lo menos, haberlo hecho deshelar un poco. Cada uno de los perros recibía un pescado de una libra y media a dos libras, y el trabajo de darles de comer, si a eso podía llamarse trabajo, quedaba listo. El Padre Rolando examinaba los perros, frotándose las manos muy satisfecho. Thoreau, por su parte, mostraba sus enormes y blancos dientes como si estuviera orgulloso.

—No hay aquí ni un solo diente malo, *mon Père* —dijo—. Ni uno.

—Son magníficos, pero están un poco demasiado gordos, Thoreau. Los alimenta usted con exceso para ser perros de trineo —replicó el Padre Rolando.

David dio un respingo.

—¿Con exceso? —exclamó—. ¡Pero si están medio muertos de hambre y de frío! Fíjense en cómo se tragan el pescado estos desgraciados, con hielo y todo. ¿Por qué no se lo cuecen ustedes un poco? ¿Por qué no les dan algún abrigo para que duerman?

El Padre Rolando y el francés se quedaron mirándole, como si no acabaran de comprenderle. Por fin se iluminó el rostro del misionero. Se sonrió primero, pero esta sonrisa, a causa de la gracia que le hizo la exclamación de David, se transformó en una carcajada tan larga que por fin resonó en los bosques, y hasta las oscuras caras de los indios se sonrieron a su vez. David no podía encontrar la razón de aquella hilaridad y miró a Thoreau. Pero también éste sonreía francamente.

—¡Dios me bendiga! —exclamó por fin el misionero—. ¿Que están muertos de hambre y de frío? ¿Que les demos hervido el pescado y les hagamos camas? —Se contuvo al observar el rubor del rostro de su interlocutor—. Perdóneme, David —díjole apoyando la mano en su hombro—. No puede comprender cuán divertido es lo que acaba de decir. Si diese usted a estos perros la perrera más caliente y cómoda que se pudiese encontrar en Nueva York, forrada con piel de oso y dispuesta con el mayor cuidado, se negarían a dormir en ella y saldrían a tenderse fuera, en la nieve, y en estas pequeñas depresiones. Eso está en su naturaleza. Muchas veces les he tenido lástima, como usted, cuando el termómetro está a más de cincuenta grados centígrados bajo cero. Pero es inútil. Y en cuanto al pescado, no quieren comerlo más que fresco o helado. Es posible que lograra usted educarles para que comiesen carne cocida, pero sería lo mismo que transformar las costumbres de un lince, de un lobo o de un zorro. Estos perros, David, llevan una vida muy cómoda. Ese grupo de ocho me pertenece. Nos llevarán hacia el Norte. Y ahora le aviso que no se acerque a ellos hasta que le conozcan bien. No son perros de lujo; me parece que los mimos les serían tan agradables como el pescado hervido o el veneno. No hay nada en el mundo como un perro esquimal cuando viene a mirarle a usted con ojos amistosos y al mismo tiempo le arranca la mano de un bocado. Sin embargo le gustarán, David, No podrá dejar de comprender que son unos buenos amigos del hombre cuando vea lo que hacen al correr por las pistas, enganchados en los trineos.

Thoreau se echó al hombro el segundo saco de yute y se acercó a la espesura de abetos y bálsamos que había a espaldas de la cabaña. David y el Padre Rolando le siguieron en tanto que éste le explicaba la necesidad de conservar a los perros de trineo “duros como rocas” y cómo se lograba esto. Hablaba aún con los dedos de la mano cerrados sobre el estuche de terciopelo en el bolsillo cuando llegaron a la primera jaula de zorros. El misionero observaba con atención a David y hasta con un poco de ansiedad al sentir el contacto del estuche. Sabía leer en los hombres como en los libros, dándose cuenta de lo que no estaba impreso y adivinando con maravillosa intuición las emociones que no se exteriorizaban, y así creía que en David luchaban entonces con gran brío distintas fuerzas que deseaban apoderarse de él. No era la

entrega de aquel estuche lo que indicaba el triunfo de David, sino el sacrificio voluntario de lo que contenía. Deseaba librarse del retrato cuanto antes le fuera posible. El misionero temía que David fuese de nuevo víctima de la debilidad y le pidiese la devolución del estuche. El medallón nada significaba. Era una baratija fría, que no producía ninguna emoción y que se podía olvidar con gran facilidad; pero lo otro, es decir, el retrato de la mujer que casi destruyó su vida, era una amenaza mortal, un veneno para el cuerpo y el alma de David mientras obrase en su poder, y los dedos del misionero sentían la comezón de arrancarlo de su caja de terciopelo para destruirlo.

Esperó una oportunidad. Mientras Thoreau arrojaba tres pescados sobre la alambrada de la primera jaula, explicó a David la razón de que en cada uno de los nueve cercados hubiese dos zorras y un zorro, y por qué era necesario para la salud y el bienestar de aquellos animales el tener un cobijo caliente cubierto en parte con tierra, en tanto que los perros de trineo no necesitaban otra cosa que un lecho de nieve. El Padre Rolando aprovechó esta oportunidad para volver a la cabaña, llamando al mismo tiempo a Mukoki en la lengua *cree*. Cinco segundos más tarde, y cuando ya estaba oculto a las miradas de David, sacó del bolsillo el estuche de terciopelo y, poco *después*, lo abrió y sacó el medallón. Con respiración silbante se quedó mirando el rostro de aquella mujer. El nuevo se dirigió a Mukoki en *cree*, pidiéndole un cuchillo. El indio lo sacó de la vaina y observó en silencio mientras el Padre Rolando realizaba su obra destructora. El misionero tenía los dientes apretados y en sus ojos brillaba un extraño fuego. De su alma surgió una maldición que no llegó a pronunciar. Ya había terminado su trabajo. Por su gusto habría arrojado aquella baratija amarilla, que sacrilegamente tenía la forma de un corazón, a tanta distancia como hubiese podido alcanzar con su brazo, Parecía quemar sus dedos y sentía un odio personal hacia aquel objeto. Pero estaba destinado a María. Ésta lo conservaría con gusto y además lo purificaría. Sobre su pecho, donde latía un corazón de su amado Norte, dejaría de ser ya una cosa impura. Esto pensaba cuando volvió a guardar aquel corazón de oro en el estuche y se encaminó de nuevo hacia las jaulas de los zorros.

Thoreau arrojaba unos pescados en la última en el momento de llegar el Padre Rolando. David no estaba ya con él. En respuesta a la pregunta del misionero, señaló hacia lo más espeso del bosque, en donde su hacha aún no había disminuido el número de árboles.

—Dijo que quería dar un paseo por el bosque.

El Padre Rolando murmuró algo que Thoreau no entendió y luego sus ojos brillaron al decir:

—Hoy le dejo a usted.

—¿Hoy, *mon Père*? —exclamó Thoreau con el mayor asombro—. ¿Hoy? Si casi son las doce.

—Tenga en cuenta que mi amigo no se halla en situación de hacer una larga

jornada —observó el misionero señalando la espesura del bosque—. Así nos quedarán todavía cuatro horas entre el mediodía y la puesta del Sol. Mi amigo no está endurecido aún, ¿comprende usted? Llegaremos tan sólo a la última cabaña que instaló usted en el arroyo del Alce y que hace dos inviernos abandonó. Se halla a ocho millas de distancia, pero aun ese pequeño recorrido será muy duro para él. Además...

Guardó un momento de silencio, como si estuviese reflexionando acerca de algún pormenor importante.

—Además quiero llevármelo.

Y dirigió una escrutadora mirada a Thoreau, para ver si el francés le comprendía sin necesidad de mayores explicaciones.

El criador de zorras recogió el saco de yute vacío.

—Empezaremos a preparar el trineo, *mon Père*. Estoy seguro de que le corresponderá a cada perro un peso de cien libras.

Y mientras regresaba a la cabaña, el Padre Rolando miró hacia atrás para ver si David volvía.

En cuanto se hubo internado trescientos o cuatrocientos metros en el bosque, David se quedó sumido en un asombro que aumentaba por momentos. Se hallaba en un pequeño claro, y a su alrededor las ramas de los abetos y de los copayeros colgaban inmóviles como si estuviesen muertas bajo sus pesadas capas de nieve recién caída. Era como si, de un modo inesperado, hubiese penetrado en un país maravilloso de asombrosa belleza, y que desde sus oscuras y ocultas glorietas, cubiertas con sus brillantes mantos blancos, las náyades de la nieve le estuviesen observando y contuvieran al mismo tiempo el aliento para no hacerse traición, a fin de evitar que él las descubriese. No se oía el gorjeo de un pájaro ni el más leve aleteo; en una palabra, ni siquiera el más ligero sonido que alterase el maravilloso silencio. Y todo ello ocurría en un mundo blanco, suave y blando que parecía en absoluto irreal, que, por alguna razón extraña, le obligase a respirar con suavidad, a permanecer inmóvil y a escuchar con la mayor atención, como si hubiera llegado al extremo del Universo y hubiese allí misteriosas cosas que oír y que, tal vez, ver, siempre y cuando se estuviese muy quieto. Era la primera sensación de esta clase que experimentaba en su vida. Era inquietante y al mismo tiempo tranquilizadora; le llenaba de indefinible inquietud y también, por otra parte, de extraño deseo. En aquellos momentos se hallaba en el inescrutable umbral del Gran Norte; sentía su espíritu enigmático y desprovisto de voz, que entró en su sangre y le hizo latir el corazón con mayor rapidez y, al mismo tiempo que ello le producía cierto temor, le daba, también, notable atrevimiento. Despertábase en su pecho el espíritu aventurero; sintió la llamada de la tierra del Norte, y eso le alarmaba y entusiasmaba a un tiempo. Ahora sabía que aquello era el comienzo, la puerta que se abría ante él de un modo que se extendía por espacio de centenares de millas. Sí, había una extensión enorme y toda blanca, según estaba viendo; una región hermosa, terrible y mortalmente silenciosa. Y

el Padre Rolando le había invitado a penetrar en aquel mundo y él se comprometió a acompañarle.

Antes de pensar en ello y antes, también, de poder evitarlo, se echó a reír. Su carcajada le pareció tan alegre como la que hubiese podido resonar en una tumba, pues fue una expresión de júbilo desagradable y desprovisto de sinceridad, porque ante todo contenía la mayor incredulidad y la burlona falta de fe en sí mismo. ¿Qué derecho tenía para entrar en un mundo como aquél? ¿Para qué iría si ya tenía las piernas doloridas a causa del esfuerzo que tuvo que hacer para recorrer unos cuantos centenares de pasos por entre la nieve, que alcanzaba una altura de cuarenta centímetros?

Pero su carcajada tuvo por resultado el devolverlo a la realidad de las cosas.

Tomó una dirección en ángulo recto con la que hasta entonces siguiera, atravesó la masa de abetos y de copayeros envueltos en un blanco ropaje y se volvió hacia atrás, en dirección a la cabaña, pero siguiendo un nuevo camino. No estaba de buen humor y hasta sentía una intensa y creciente animosidad contra sí mismo. Desde el día o la noche en que el Destino corrió aquella enorme cortina negra sobre su vida, dejando oculto su sol, anduvo errante de un lado a otro, flotando en las corrientes de menor resistencia y sin luchar; pero, además, y a causa de lo completo de su dolor y de su desesperación, consintió en su desintegración física y mental. Se entristeció acerca de sí mismo; díjose que todo lo que valía la pena en el mundo no existía ya en su vida; pero ahora, por vez primera, se maldijo. Aquel día, aquellos centenares de metros que recorriera entre la nieve, resultaron una prueba de su debilidad. Había degenerado ya en algo inferior a un hombre. Era...

Cerró con fuerza las manos, abrigadas por gruesos guantes, y se sintió animado de intensa rabia. ¿Ir con el Padre Rolando? ¿Acompañarle a aquel mundo en donde, según le constaba, regía la ley de la supervivencia de los más aptos? Sí, iría. Su cuerpo y su alma necesitaban aquel castigo, y lo tendrían. Iría, y su cuerpo lucharía o moriría en la empresa. Este pensamiento le proporcionó una satisfacción atroz. Sintióse penetrado de un repentino desprecio por sí mismo. Y si el Padre Rolando lo hubiese sabido, indudablemente prorrumpiera en un cántico de alegría.

David salió de su ensimismamiento a consecuencia de un gruñido feroz que llegó a sus oídos. Había dado la vuelta en torno de un tierno copayero que se interponía en su camino, como fantasma, de dos metros de alto, y, de pronto, se encontró frente a frente de un animal acurrucado junto al tronco de un grueso abeto. Era un perro. Estaba a cinco o seis cortos pasos de él y se hallaba encadenado al árbol. David lo observó con el mayor interés, preguntándose, ante todo, por qué sería mayor que los demás perros. Mientras estaba acurrucado contra el tronco del árbol, con los dientes brillantes entre sus encogidos labios, parecía, más que otra cosa, un enorme lobo. En los demás perros, David no pudo observar una agitación avariciosa en cuanto se acercaba el hombre, una hambrienta petición de comida, una tirantez de la cuerda que les ataba, unos gemidos y una amistad expresada a gruñidos. Pero en aquel animal no

advirtió nada de ello. Aquel perro enorme y semejante a un lobo no profirió sonido alguno después de aquel gruñido, ni tampoco hizo el más pequeño movimiento. Y, sin embargo, todos los músculos de su cuerpo estaban tensos y dispuestos a saltar, mientras amenazaban sus brillantes dientes. Era feroz y, sin embargo, retrocedía casi; parecía que iba a saltar y, por otra parte, demostraba tener miedo. Era como si estuviese acorralado, y cualquiera, al verlo, le hubiese tomado por un ser prisionero. David observó, entonces, que tan sólo tenía un ojo sano, inyectado en sangre, cruelmente vigilante y fijo en él, como si fuese una bola de fuego. Los párpados estaban cerrados sobre el otro ojo, y además los tenía hinchados, de modo que parecía como si tuviese un tumor donde debió estar el otro ojo. También advirtió que los labios del animal tenían algunos cortes que sangraban. La nieve ante él aparecía cubierta de sangre. De pronto el enorme bruto ocultó los colmillos para toser de un modo ronco, como si acabara de tragarse una afilada espina, y en el acto apareció más sangre en su boca, yendo a caer entre sus dos patas anteriores. Una de éstas estaba retorcida a causa de una fractura.

—¡Pobrecillo! —exclamó David en voz alta.

Se sentó en un tronco caído de haya, situado a un par de metros de distancia de la cadena, miró con fijeza hacia el ojo sano del desgraciado animal y volvió a decir en voz baja:

—¡Pobrecillo!

Barí, el perro, no comprendió. Le extrañó, sin embargo, que aquel hombre no llevase un garrote, pues ya estaba acostumbrado a ello. A juzgar por sus recuerdos, los garrotes fueron siempre la cosa dominante en su vida. De un garrotazo le habían cerrado el ojo Otro garrote le rompió un diente y le cortó los labios, y también un palo golpeó sus costillas hasta... que la sangre surgía de pronto, como acababa de ocurrirle, en su garganta, ahogándole casi, Pero aquel hombre no llevaba garrote y le miraba con expresión amistosa.

—¡Pobrecillo! —exclamó David por tercera vez.

Y luego, indignado, exclamó.

—¿Qué demonios ha hecho Thoreau contigo?

Aquel espectáculo era capaz de indignar a cualquiera; el desgraciado animal, apaleado, ensangrentado, con una pata rota y que al toser despedía bocanadas de sangre, mientras estaba acurrucado junto al árbol, daba una impresión realmente dolorosa. David era muy aficionado a los perros y no les tenía miedo, de modo que, olvidando el aviso del Padre Rolando, se puso en pie y se acercó a aquel desgraciado. Desde el lugar en que se hallaba el hombre, que se había inclinado hacia él, *Bari* podía haber alcanzado su cuello, pero no hizo ningún movimiento, a excepción de que su cuerpo, cubierto de gruesos pelos, tembló un poco. Y su ojo encarnado miró con fijeza a David.

Por cuarta vez éste dijo:

—¡Pobrecillo! Parece que Dios te haya olvidado.

Su voz expresaba a un tiempo amistad, compasión y extrañeza. Habíase quitado el guante de la mano y la adelantó hacia el perro. Y estaba a punto de tocarlo cuando un grito le hizo detenerse y dar un salto hacia atrás.

Thoreau estaba horrorizado a tres metros de distancia y en la mano llevaba un rifle.

—¡Atrás, atrás, *m'sieu!* —gritó asustado—. ¡Por el amor de Dios, retroceda!

Y preparó el rifle, disponiéndose a apuntar. David no se movió, y separando la vista de Thoreau miró al perro. Éste se había transformado. Su único ojo estaba fijo en el criador de zorras. Sus labios ensangrentados dejaban al descubierto sus largos colmillos, entre los cuales resonaba ahora un gruñido sordo y amenazador. Los pelos que tenía a lo largo de su espina dorsal se habían erizado como los de un cepillo, y así como demostró una extraña tolerancia hacia la postura y la mirada de David, exteriorizó un odio mortal y extraordinario miedo con respecto a Thoreau. Después de su primer aviso, el francés no fue capaz de decir nada más, pues había visto algo que consideró un olvido de David del peligro que corría. No le dirigió otra palabra, sino que clavó los ojos en el perro. Despacio, levantó el rifle, y David oyó el leve ruido que hizo al armar el gatillo. *Bari* lo oyó también. Aquel ruido metálico despertó el instinto del bruto. Sus labios cayeron sobre sus colmillos, gimió y, arrastrándose sobre el vientre, se acercó despacio hacia David.

Aquello fue un milagro, por lo menos a los ojos de Thoreau. Habría apostado su misma alma y sus esperanzas de ir al Paraíso contra un hilo de *babiche* de que nunca ocurriría lo que acababa de ver entre *Bari* y un hombre. Asombrado a más no poder, bajó su arma al tiempo que David, mirando al perro, sonreía ante aquel ojo enrojecido y abierto de *Bari* en tanto que acercaba la mano al perro. Este avanzaba despacio hacia él, arrastrándose sobre el vientre, y cuando, por fin, se vio a los pies de David, volvió la cabeza en dirección a Thoreau y, descubriendo sus dientes, profirió un gruñido sordo y amenazador. David, mientras tanto, se inclinó y tocó al perro, a pesar de oír un leve grito de asombro y de aviso proferido por el criador de zorras. Al sentir la caricia de la mano, *Bari* se estremeció como si acabasen de pincharle. Aquel contacto era el eslabón por medio del cual llegaba la emoción del alma de un hombre al instinto de un animal.

Bari había encontrado un hombre amigo.

Cuando David se separó de él y se acercó a Thoreau, pudo observar que todas las partes del rostro de éste no cubiertas por la barba estaban en extremo pálidas, y antes de hablar pareció hacer esfuerzos por encontrar la voz.

—*M'sieu* —exclamó—, le aseguro que es increíble. Aún no me he convencido de lo que he visto. Ha sido un milagro.

Y se estremeció de un modo visible. David lo miró algo asombrado. No podía comprender del todo el miedo que sintiera. Thoreau se dio cuenta de ello y, señalando a *Bari*, gesto que originó un gruñido por parte del perro, dijo:

—Es malo, *m'sieu*, muy malo. Es el perro peor de cuantos hay en esta región. Ya

entre los lobos era un criminal y no siente otros deseos que los de asesinar. Tiene sangre de lobo en las venas y es imposible dominarle, ni siquiera a fuerza de palos. Por lo menos ha tenido media docena de amos, pero ninguno fue capaz de quitarle la fiereza. Yo mismo le he pegado hasta dejarlo casi muerto. Pero todo ha sido inútil. Me ha matado dos perros y un día me saltó al cuello. Le tengo miedo. Hace un mes que lo encadené en ese árbol para tenerlo lejos de los demás perros, y desde entonces no he podido acercarme siquiera para desatarle, porque me destrozaría. Ayer le pegué hasta dejarlo sin sentido, mas, a pesar de eso, a cada momento procuraba saltarme al cuello. Por consiguiente, estoy resuelto a matarlo. No sirve para nada. Apártese un poco, *m'sieu*, para que le atravesase la cabeza de un balazo.

De nuevo levantó el rifle, pero David lo desvió con la mano.

—Yo lo desataré —dijo.

Y antes de que el otro pudiese hablar, se acercó atrevidamente al árbol. *Bari* no volvió siquiera la cabeza ni apartó la mirada de Thoreau. Mientras tanto, David abrió el mosquetón que sujetaba la cadena en torno del tronco del abeto y se quedó sosteniendo el extremo suelto de aquélla en la mano.

—Ya está —exclamó, riéndose con orgullo—. Y no he tenido necesidad de utilizar ningún garrote —añadió.

Thoreau profirió un *mon Dieu!* de asombro y se dejó caer sentado sobre el tronco del haya, como si hubiese desaparecido la fuerza de sus piernas.

David recogió la cadena y volvió a sujetarla en torno del abeto. *Bari* seguía vigilando a Thoreau, que le miraba como si el animal hubiese cambiado de forma y de carácter.

David sintió la emoción de un nuevo triunfo. Hizo aquello de un modo inconsciente, sin miedo, y sin comprender que en ello hubiese gran peligro. En pocos minutos pareció recobrar su antiguo valor moral; experimentó una excitación agradable que hacía correr con mayor energía la sangre por sus venas, y todo su cuerpo sintió una grata sensación de calor. *Bari* había despertado algo en él, *Bari* y el garrote. Se acercó a Thoreau, que acababa de abandonar su asiento en el tronco, y echándose a reír, satisfecho de sí mismo, añadió:

—Me voy hacia el Norte, con el Padre Rolando. ¿Quiere usted permitirme que me lleve el perro, Thoreau? Eso le evitará la molestia de tener que matarlo.

Thoreau quedóse mirándole, asombrado, antes de contestarle:

¿Ese perro? ¿Usted? ¿Llevárselo hacia el Norte? —Dirigió una mirada de odio a *Bari* y preguntó—: ¿Se atreve usted a eso, *m'sieu*?

—Sí, intentaré la aventura. Tal vez a usted le parezca raro, Thoreau; pero el caso es que este perro, feo y feroz como es, me ha conquistado. Me gusta y me figuro que me ha cobrado cierto afecto.

—Pero fíjese en su ojo, *m'sieu*.

—¿Cuál? ¿El que le ha cerrado usted a garrotazos?

—Lo merecía —murmuró Thoreau—. Me mordió la mano. Pero me refiero al

otro ojo, *m'sieu*, el que ahora tiene fijo en nosotros, como si fuera un carbunco o perteneciese a un diablo. Ya le he dicho que es medio lobo...

—¿Y la pata rota? Supongo que también obedecerá eso a un garrotazo — interrumpió David.

—La tenía ya rota cuando lo compré hace un año, *m'sieu*. Yo no lo he lisiado... Sí. Se lo regalo. ¡Los santos le protejan!

—¿Cómo se llama?

—El indio que lo poseía cuando, hace cinco años, era un cachorro, lo llamó *Bari*, que entre los Costillas de Perro significa “Sangre Salvaje”. Debiera de haberlo llamado “El Diablo”.

Thoreau se encogió de hombros, como si el asunto y sus consecuencias quedasen ya en otras manos, y se volvió en dirección a la cabaña.

Mientras seguía al francés, David miró a *Bari*. El enorme perro se había puesto en pie y estaba tan alejado del árbol como se lo permitía la cadena. Cuando David desaparecía por entre los abetos, le siguió un leve gemido que expresaba un extraño deseo. Él no lo oyó, pero poco después llegó claramente a sus oídos la ronca tos del perro y eso le hizo estremecer. Miró con saña la ancha espalda de Thoreau imaginándose las nuevas manchas de sangre que en aquel momento habrían ido a ensuciar la nieve.

Capítulo VIII

Con gran sorpresa de Thoreau, el Padre Rolando no hizo objeción alguna a que David se quedase con *Bari*, y cuando el francés describió, con muchas gesticulaciones de asombro, lo ocurrido entre aquel perro endiablado y el hombre, le extrañó más todavía la mirada de satisfacción del rostro del misionero. En David se había despertado, de pronto, algo que estuvo durmiendo largo tiempo en su interior, y el Padre Rolando observó este cambio, y lo notó aun antes de que David, aprovechando el momento en que Thoreau se alejaba, después de encogerse de hombros le dijera:

—Ese pobre animal está destrozado y sin fuerzas, *mon Père*. Yo nunca he sido tan malo como para hacer eso, nunca. ¿Matarle? ¡Bah! Si esta tierra mágica del Norte, de usted, es capaz de convertir a una ruina en un hombre, no hay duda de que realizará alguna transformación en un perro sumido en la imbecilidad y en la ferocidad a garrotazo limpio. ¿No le parece?

El que hablaba no era ya el David de ayer o de anteayer. En su voz había pasión, profundo desprecio, expresión insultante y un temblor de cólera. Sus mejillas estaban enrojecidas y en sus ojos se veía una centella de fuego. En su corazón, el Padre Rolando se dijo que el cambio que sufría David era como una explosión y se alegró, sin hablar, temeroso de que las palabras pudiesen entorpecer su efecto.

David se quedó mirándole como si esperase una respuesta.

—El hombre es un tonto maldito cuando malgasta su alma y su voz en quejarse; especialmente su voz —continuó con vehemencia, mientras brillaban sus dientes al sonreír de un modo amargo—. Es preciso obrar y no gemir. Este pobre animal está dispuesto a obrar. Destrozaría la yugular de Thoreau si se le presentara ocasión. Y yo... En fin, que huí como un perro apaleado. Por eso *Bari* es mejor que yo, aunque no sea más que un cuadrúpedo. En aquella habitación yo debía haber tenido el valor moral de *Bari*; debiera haber matado... quitándoles la vida a los dos. —Se encogió de hombros y añadió—: Estoy convencido por completo de que esto hubiera sido un acto de justicia, *mon Père*. ¿Qué le parece a usted?

El misionero sonrió de un modo enigmático.

—El alma de muchos hombres ha salido de entre rejas de acero para ir a parar al Cielo, si no me equivoco de un modo considerable —dijo—. Pero a nosotros no nos gustan las rejas, ¿no es verdad, David? Las leyes hechas por los hombres y la justicia no corren siempre parejas, pero Dios acaba por igualarlo todo en la balanza final. Vivirá usted para verlo. Ahora Él está, sin duda, preparando la venganza de usted contra ellos. Su venganza. ¿Entiende? Y no será usted llamado a contribuir en el

asunto. —De pronto señaló la cabaña en donde Thoreau y Mukoki estaban trabajando, ocupados en cargar el trineo—. Es un día magnífico. Saldremos después de comer. Vamos a hacer un fardo con sus efectos.

David no contestó, pero tres minutos más tarde se había arrodillado para abrir el baúl, y el Padre Rolando se situó a su lado. Lo divertido de la situación le resultó comprensible cuando, uno a uno, rechazaba distintos objetos de su inútil equipaje. Al terminar levantó los ojos para mirar al misionero. El Padre Rolando contemplaba el baúl con expresión de intensa sorpresa que poco a poco se convirtió en manifiesta alegría. Se inclinó de repente y volvió a levantarse llevando en sus manos un par de guantes de boxeo. Los miró y luego fijó la vista en David, para volver a contemplar los guantes, que acariciaba como si fuesen cosas vivas. Sus manos temblaban casi al tocarlos y brillaban sus ojos como los de un niño a quien acabaran de dar un juguete maravilloso.

David se inclinó otra vez y sacó otro par, del cual también se apoderó el misionero.

—¡Dios mío! ¡Esto es un regalo de la Providencia! —exclamó—. ¿Me enseñará usted a usarlos, David? —En su acento había cierta ansiedad al añadir—: ¿Sabe usted boxear, David?

—Mi pasatiempo favorito era el boxeo —le contestó con cierto orgullo—. Es una distracción científica. A mí me gusta mucho, así como nadar. Sí, le enseñaré.

El Padre Rolando salió de la habitación un momento después, sonriendo de un modo misterioso, con los cuatro guantes apoyados en la boca del estómago.

David le siguió con todos sus efectos encerrados en una de las maletas de piel. Por unos momentos vaciló con respecto al retrato de la joven; lo cerró dos veces en la maleta, mas, por fin, se lo guardó en el gran bolsillo interior de la chaqueta que le diera el Padre Rolando y se dirigió una excusa mental a causa de tal acto, asegurándose a sí mismo que más pronto o más tarde enseñaría el retrato al misionero y que por esta razón necesitaba tenerlo a mano. El Padre Rolando se había quedado con los guantes y, en cuanto salió de la cabaña, enseñó a David el resto de su equipaje. Éste era muy práctico y había de dar el toque final a su transformación física. No permitía la existencia del más leve escepticismo, aunque también se advertía cierto sello apacible y romántico. El rifle causó una sensación penosa en los desnudos dedos de David en cuanto lo tocó. Tenía el cañón muy corto, pero la culata pesaba mucho y parecía ser un arma eficaz. A David le hizo muy buena impresión, a pesar de no estar acostumbrado a manejar armas de fuego, y eso mismo es todo cuanto podía decir acerca de la pistola automática del calibre 38 que el Padre Rolando le entregó y que tenía un aspecto misterioso y asesino. Con la mayor franqueza expresó su ignorancia de todas esas cosas y el misionero se sonrió divertido mientras le abrochaba el cinturón y le ponía la funda de la pistola en la cintura, diciéndole dónde debía llevarla y dónde, también, había de poner la vaina de cuero del largo cuchillo de caza de agudo filo. Luego se trató del calzado especial

para la nieve: zapatos largos, estrechos y propios para aquella comarca. Los puso uno al lado del otro sobre la nieve y enseñó a David cómo debía sujetar a ellos sus pies calzados con abarcas de gamuza, sin necesidad de usar las manos. Después de eso dio una lección de tres cuartos de hora en la blanca y profunda nieve que había junto a los abetos, balanceándose a cada paso y moviéndose del modo habitual del hombre del Norte, que avanza por una pista, es decir, cuidando de separar los pies uno de otro a cada uno de los pasos que se dan. Al principio eso resultó muy penoso para David y más al observar que Thoreau y los indios se sonreían sin disimulo; también María asomaba con cuidado la cabeza por la puerta de la cabaña, a fin de mirarle alegremente. Por tres veces se enredó los pies: uno con otro y se cayó como un fardo sobre la nieve. Por fin logró aprender el balanceo y al cabo de media hora empezó a encontrar agradable el ejercicio y hasta sintió una grata excitación al ver que podía deslizarse sobre la blanda superficie de aquel blando mar sin hundirse en él más allá de los tobillos. Cuando se quitó aquel raro calzado y lo dejó junto a su rifle, que estaba apoyado en la pared de la cabaña, jadeaba y su corazón latía con violencia. Sus pulmones parecían beber el aire frío y perfumado de los copayeros como una bomba aspirante y expelía el aire respirado con el silbido del vapor que sale de una válvula.

—No puedo más —exclamó. Y luego, después de hacer provisión de aire mientras miraba al Padre Rolando, preguntó—: ¿Cómo diablos quieren ustedes que corra a su lado mientras sigan la pista? Después de andar una milla quedaré reventado.

—Pues cada vez que le ocurra eso le meteremos en el trineo —exclamó el misionero para consolarle, mientras su redondo rostro resplandecía de entusiasta aprobación—. Lo ha hecho usted muy bien, David. Dentro de una quincena recorrerá veinte millas diarias con ese calzado.

De pronto pareció recordar algo olvidado y movió impaciente los dedos cubiertos por los guantes, como si tuviese que cumplir un penoso deber. Luego dijo:

—Si tiene usted que escribir alguna carta, David... u ocuparse de algún asunto...

—Ninguna carta —replicó éste en el acto—. Hace algunas semanas ya dejé arreglados todos mis asuntos. Estoy dispuesto.

Con un albur helado en las manos se volvió hacia donde estaba *Barí*. El perro olfateó antes de oír siquiera el crujido de sus pies en la nieve, y cuando salió de la espesura de los abetos y de los copayeros para llegar al claro, *Barí* estaba ya tendido sobre el vientre, con el flaco y gris hocico apoyado en la nieve y entre sus patas anteriores. No hizo movimiento alguno al acercarse David, a excepción de que le recorrió el cuerpo un temblor curioso y de que se crispó su garganta. Thoreau habría juzgado por aquella postura que el perro le esperaba dispuesto a hacerle víctima de una traición, pero David, en cambio, vio en ello un extraño deseo, un miedo profundo y una esperanza. *Barí*, condenado por el hombre, apaleado y ensangrentado como estaba, sentía quizá por vez primera en su vida la emocionante presencia de un amigo, de un hombre amigo. David se acercó con atrevimiento y se quedó ante él.

Había olvidado ya la advertencia del francés y no estaba asustado. Se inclinó y una de sus manos cubiertas por guantes tocó el cuello de *Bari*. El perro tembló como si acabase de recibir una descarga eléctrica: su garganta preludió un gruñido que muy en breve terminó con un leve gemido. Se quedó quieto, como muerto, bajo el peso de la mano de David. Y hasta que éste no hubo cesado de hablarle y desapareció una vez más en dirección a la cabaña, no empezó *Bari* a devorar el pescado helado.

El Padre Rolando se quedó perplejo, meditando, cuando se trató de *Bari*.

—No podemos engancharlo con los demás perros —dijo—, porque todos estarían muertos antes de llegar al Lago de Dios.

David había pensado ya en eso.

—Me seguirá —dijo confiado—. Nos limitaremos a soltarlo cuando nos dispongamos a marchar.

El misionero movió la cabeza de arriba abajo, con indulgencia. Thoreau, que se enteró de la conversación, se encogió de hombros con decisión. Odiaba a *Bari*, porque aquel animal no quería rendirse ni siquiera a los garrotazos, y por consiguiente gruñó:

—Y esta noche irá a reunirse con los lobos, *m'sieu*, y se dedicará a devorar todas las piezas que hayan caído en mis trampas. Es un diablo. Para esos casos no hay más que un remedio, y es ponerle un cebo envenenado.

A última hora no pareció sino que lo dicho por Thoreau resultaría cierto. Después de comer, los tres hombres se acercaron a *Bari* y David desató la cadena del enorme collar del perro. Por unos instantes el animal pareció no haberse dado cuenta de que estaba libre; luego, con la velocidad de una bala y de un modo tan inesperado que casi derribó a David, saltó sobre el tronco de haya y desapareció en el bosque. El francés pareció observar la escena muy complacido.

—¡Los lobos! —repitió con suavidad—. Ese criminal se habrá reunido con ellos esta misma noche.

Cuando restalló el largo látigo de tripa de reno, perteneciente a Mukoki, lo cual tuvo por efecto que los ocho perros del tiro se quedaran alerta e impacientes ante el trineo, el Padre Rolando entró por un momento en la cabaña para entregar el medallón a María. Volvió a salir muy pronto y, a una señal que hizo, Mukoki arrolló la cuerda de su látigo, que medía dos metros setenta centímetros, y echó a andar precediendo a los perros. Estos le siguieron con lentitud, aunque sin parar, haciendo correr los patines del trineo en la pista que él iba señalando. El misionero echó a andar inmediatamente detrás del trineo, y David ocupó la retaguardia. Thoreau dijo unas palabras a David en voz muy baja con objeto de que tan sólo se enterase él:

—Está muy lejos el Lago de Dios, *m'sieu*; y emprende usted el viaje con un hombre extraño... muy extraño. Algún día, si no ha olvidado usted a Pierre Thoreau, podrá decirme lo que hace tanto tiempo deseo saber. Los santos le acompañen, *m'sieu*

Y se quedó atrás. Rodó su voz tras ellos en una despedida final en francés y en

creo, y David, al echar a andar tras el misionero, se preguntó cuál sería el significado de las misteriosas palabras de Thoreau y por qué no le dijo aquello hasta el momento final de la marcha. “Un hombre muy extraño. Los santos le acompañen”. Esto último le pareció casi un aviso. Miró la ancha espalda del Padre Rolando. Por vez primera se fijó en lo robusto que era, a pesar de su corta estatura. Luego se los tragó el bosque, enorme, blanco y ávido mundo de silencio y de misterio. ¿Qué le reservaría a él? ¿Qué le presagiaría? Su sangre estaba animada de una excitación contenida y para él desconocida. Con movimiento inconsciente llevó una de sus enguantadas manos al bolsillo interior de su pecho. Y a través del grueso de la tela pudo tocar el retrato. No le parecía una cosa muerta, sino que le producía la ilusión de que alentaba y estaba viva. Y se sintió receloso de lo que podría estarle destinado.

En la puerta de la cabaña, Thoreau estaba de pie y con uno de sus largos brazos rodeaba los esbeltos hombros de María.

—Esto es como quitar la vida a un cachorro, *ma chérie* —decía—. Es inconcebible. No parece sino que ese hombre esté sediento de sangre. Y, sin embargo...

Abrió la puerta que estaba tras ellos.

—Ya se han marchado —terminó diciendo—. *Ka Sakhet...* Se han marchado... Y no volverán nunca.

Capítulo IX

A pesar del portentoso significado de aquel día en su vida, David no podía dejar de ver y sentir, en el ambiente tan distinto que le rodeaba y mientras seguía jadeante al Padre Rolando, algo que no era aventura ni romance, sino sainete. Al principio un sainete ridículo, pero cada vez más antipático, a medida que progresaban sus pensamientos. Toda su vida la había pasado en una gran ciudad, y fue una parte de ella, a pesar de sentirse como nota discordante en el conjunto. Fue también un adorno en cierto sector lujoso, y ese lujo le había refinado hasta convertirle en un ejemplar escogido de la civilización. Al pensar en eso sentía ganas de reírse, pero no lo hizo porque necesitaba todo su aliento para seguir corriendo detrás del misionero. La última cosa del mundo en que pudo haber pensado era, precisamente, en aquella nieve y la soledad que se extendía a su alrededor, propias de un mundo enorme tan sólo ocupado por los árboles y por el invierno. Éste le desagradaba sobremanera, pues siempre sintió una antipatía instintiva hacia la nieve. Para él las escenas románticas eran únicamente comprensibles en los climas cálidos y en los mares inundados de sol. Habíase equivocado al decir al Padre Rolando que quería dirigirse a la Columbia Inglesa. Eso fue un error muy grande. Sin duda habría continuado su viaje. En cambio deseó dirigirse al Japón. Y en vez de eso, ahora se encaminaba en línea recta hacia el Polo Norte y en dirección al Océano Ártico. Esto era más que suficiente para darle ganas de reír, como le habría ocurrido a cualquier persona cuerda. Ya ahora, y a media milla de distancia de la cabaña de Thoreau, empezaban a dolerle las rodillas y los tobillos se le ponían más pesados a cada paso. Era ridículo y hasta inconcebible, según el francés dijera a su mujer. Estaba demasiado débil y apenas se le podía considerar más que como medio hombre. ¿Cuánto podría resistir? ¿Cuánto tardaría en darse por vencido, como un niño a quien acaban de castigar? ¿Cuánto resistirían sus piernas y sus pulmones? ¿Tardaría mucho la ocasión de que el Padre Rolando, disimulando su desdén, le mandara otra vez hacia el punto de partida?

Se apoderó de él la vergüenza y la cólera a un tiempo. Ardía su cerebro; cerró los dientes con fuerza y se sintió dominado por enérgica decisión. Por segunda vez en aquel día se excitó su espíritu luchador. Circulaba por sus venas derribando las antiguas barreras, limpiando los obstáculos de sus dudas y de sus temores, llenándole, en cambio, del deseo de seguir adelante, de luchar y de castigarse, según merecía, para lograr por fin la victoria. El Padre Rolando volvía con frecuencia la cabeza para mirarlo con expresión benévola, y así pudo ver el nuevo brillo de los ojos de David. También se fijó en sus labios entreabiertos y en el apresurado ritmo de su respiración. De pronto dio una orden rápida, y se detuvieron Mukoki y los perros.

—Media milla es ya bastante para un principiante —dijo a David—. Quítese usted ese calzado y monte en el trineo por espacio de media milla más.

David meneó la cabeza.

—Adelante —dijo lacónicamente, economizando el aliento—. Empiezo a encontrar mis antiguas fuerzas.

El Padre Rolando cargó y encendió su pipa. El aroma del tabaco llenó el olfato de David cuando reanudaron la marcha. Los hombros del misionero estaban rodeados por una nube de humo mientras seguía la pista fijada por el indio y por los perros. Aquel humo resultaba reconfortante y llenó a David de nuevo deseo. El ejercicio parecía limpiar sus pulmones. Aspiraba el aroma de los copayeros y de los abetos, poderoso tónico del aire seco de los bosques, y también sentía el deseo intenso de fumar. Pero comprendió que no le quedaba bastante aliento para ello. Su calzado parecía aumentar de peso a cada momento, y los tendones de la parte posterior de las rodillas estaban tan tirantes como si fuesen a romperse en cualquier momento. Sin embargo, continuó avanzando, aunque, al mismo tiempo, contaba sus pasos, pues estaba decidido a recorrer una milla de aquel modo. Y ya se hallaba en el caso de empezar a gemir cuando una revuelta de la pista que seguían les hizo salir del bosque hacia el borde de un lago, cuya helada superficie se extendía ante ellos por espacio de muchas millas. Mukoki hizo detener a los perros. Dando un respingo, David se metió en el trineo y se sentó.

—Estoy recobrando mis fuerzas —consiguió decir—. Ya vuelvo a ser el mismo de antes.

Para él fue un triunfo la segunda media milla que recorrió. Lo comprendió muy bien. A través del vaho de su respiración, miró hacia el lago. Estaba maravillosamente claro y blanco, y sobre él brillaba el sol. La superficie del lago se parecía a una alfombra, de blanco inmaculado, tachonada de pequeños diamantes, donde el sol hería sus incontables billones de cristales de hielo. A tres o cuatro millas de distancia pudo ver el extremo oscuro del bosque de la orilla opuesta. Desde cualquier parte del lago la distancia era mucho mayor. Nunca David vio nada parecido; era maravilloso, como una de esas visiones que se contemplan en los sueños. Y mientras miraba aquel espectáculo no sentía frío, sino que, por el contrario, experimentaba quizá demasiado calor. El aire que respiraba parecía más bien una nueva clase de combustible; le producía la sensación especialísima de sentirse mayor por dentro y de beber aquel aire que dilataba sus pulmones; se daba cuenta de que su corazón latía de un modo muy perceptible. En la majestad y la maravilla de la escena que le rodeaba, nada había que pudiese justificar la risa, pero él rió. Era de entusiasmo; un estallido involuntario de la transformación que se estaba realizando en su interior. Sintió entonces que había desaparecido a su espalda un mundo oscuro y en absoluto inútil. Habíase alejado de él y eso le dio la sensación de que acabara de salir de una oscura caverna, llena de aire viciado y en la que hubiese luchado para poder respirar... Una caverna ocupada por los desagradables fantasmas de las cosas,

algunas de las cuales eran venenosas. Allí estaba el sol, un cielo tan azul como un zafiro, un espacio ilimitado y un mundo de maravilla. A esto había llegado a parar, huyendo de aquella caverna.

Estas eran sus ideas al mirar al Padre Rolando. El misionero le contemplaba, a su vez, con la satisfacción retratada en su rostro, satisfacción en la que había algo de orgullo, como si hubiera realizado alguna cosa que reflejase una parte de gloria en su propia persona.

—Me ha aventajado usted, David —exclamó entusiasmado—. La primera vez que me puse el calzado para la nieve no cubrí ni la mitad de distancia que usted antes de enredarme con él como un pez en una red. —Se volvió hacia Mukoki—. *Meyoo iss e chikao*. ¿Te acuerdas?

El indio movió la cabeza de arriba abajo y su curtido rostro se iluminó con una sonrisa.

David experimentó un nuevo placer al recibir las muestras de aquella aprobación. Sin duda alguna lo hizo bien, magníficamente. Y, sin embargo, había dudado de sus fuerzas. Desapareció, pues, su aprensión, para sentir, en cambio, la mayor confianza en sí mismo, y empezó a experimentar la sensación exquisita de poder ya luchar con éxito contra los inconvenientes.

Cuando aquella vez el Padre Rolando le hizo sentarse en el trineo, ya no se opuso en manera alguna.

—Atravesaremos las cuatro millas que mide el lago —le explicó el misionero—. Y los perros las recorrerán en una hora. Mukoki y yo señalaremos la pista.

Y mientras echaban a andar, David gozó de la primera oportunidad para contemplar el verdadero Norte en acción, el movimiento limpio y sinuoso de los hombres que le precedían y el espléndido entusiasmo con que la larga fila de perros, parecidos a lobos, seguían en la nieve las huellas de sus amos. En todo aquello había algo que imponía y que le impresionaba, suscitando extraños pensamientos. Lo que contemplaba no era tan sólo el trabajo de los hombres y de los animales; tampoco el fastidio y la monotonía de la vida, ni la esclavitud diaria de los seres humanos para conservar la existencia y para ganarse con sus esfuerzos la comida, la bebida y un lugar en que dormir. Lo que veía era muy superior a todo esto. Muchas veces presenció la construcción de barcos y de castillos que, como por arte de magia, parecían levantarse de entre filas y almacenes de acero y de piedra. Vio los prodigios de la ciencia y de la habilidad humanas, que, muchas veces, le interesaron é incluso le asombraron, pero jamás presenció una manifestación de esfuerzo físico que le impresionara como lo hacía la escena que se desarrollaba ante sus ojos. En ella creyó advertir casi un espíritu épico. Eran tanto aquellos hombres como los perros, los supervivientes entre los más aptos. Unos y otros habían pasado por las más rudas pruebas de la vida, del mismo modo como las Pirámides y la Esfinge han sobrevivido a los ataques continuados de los siglos. Eran distintos, habían soportado rudas pruebas y de carne y sangre muy diferentes de lo que él antes conociera, y eso le

fascinó. Aquellos seres humanos y animales hacían algo más que correr una aventura y realizar una gesta heroica. En su conducta perseguían algo más, también, que la tragedia o la posible alegría. No luchaban por alcanzar riquezas, poderío o fama, así como tampoco por el progreso individual. Su lucha en aquel mundo blanco y enorme, en aquella soledad y en su grandiosidad, así como en su indiferencia y hasta crueldad para con los débiles, estaba encaminada tan sólo a alcanzar la posibilidad de seguir viviendo.

Tal pensamiento le asombró. ¿Sería posible que hubiese alegría en aquello, en existir tan sólo, sin el sinfín de placeres, de lujo y de excitaciones que él había conocido? Aspiró con fuerza el aire cortante mientras se hacía esta pregunta. Sus ojos se fijaban en los derrotados y ondulantes lomos de los enormes perros; vio sus mandíbulas entreabiertas, la vivacidad de sus puntiagudas orejas y el fervor casi alegre con que reanudaban su trabajo, así como su empeño en conservar su carga a la menor distancia posible de sus amos. Oyó las órdenes cortas, secas e innecesarias de Mukoki, sus *hi-yi, ki-yi* como si gritase a consecuencia de su exuberancia física. Vio que el Padre Rolando se volvía un momento para mirarle y que sonreía. Aquellos hombres eran felices. Y los perros también, y no pudo comprender la causa de su dicha más que diciéndose que la sangre corría alegre por sus venas, según le sucedía a él mismo. Eso era... la sangre, el corazón, los pulmones, el cerebro. Todos aquellos órganos funcionaban con la mayor libertad y sin arrastrar peso alguno, rodeados de aquel aire y de aquel sol maravillosos, que les daba un impulso vital extraordinario. Era un mundo magnífico y glorioso, y a tanto llegó su entusiasmo que estuvo a punto de proclamar en voz alta su descubrimiento.

Y creció todavía su emoción en cuanto tuvo tiempo de mirar a su alrededor. Debajo de él los anchos patines de acero del trineo producían un ruido frío y crujiente, mientras se deslizaban por la nieve que cubría el hielo del lago; oyó el rápido *tap, tap, tap* de las patas de los perros, y su respiración jadeante se parecía a una carcajada; a veces resonaban unos leves gemidos y delante de los perros oía el continuo roce del calzado de sus compañeros.

Salvo estos sonidos reinaba un silencio enorme. Miró a un lado y a otro, hacia los oscuros bordes del bosque y de Norte a Sur, recorriendo con la vista la distancia grandísima de aquella tundra salpicada de diamantes y de color blanco inmaculado. Sacó la pipa, la cargó de tabaco y empezó a fumar. Había desaparecido ya el sabor amargo del tabaco. Lo halló delicioso y con el mayor gusto despedía bocanadas de humo. De pronto, cuando miraba a los baluartes morados del bosque, su mente se fijó en otros tiempos pasados. Por vez primera, desde muchos meses, volvió a pensar en la Mujer, la Diosa Dorada, pero sin indignación ni cólera, sino de un modo frío y casi indiferente. Aquel mundo nuevo le devolvía la facultad de analizar, le permitía ver las cosas con su perspectiva natural y le daba una concepción más sana de las verdades y de las medidas. ¡Qué horrible mancha dejaron caer en su vida aquel hombre y aquella mujer! ¡Qué mala partida le hicieron! ¡Cómo se revolcaron en el cieno! Y él, en

cambio, la había considerado la criatura más hermosa del mundo, un ángel, digna de ser adorada. Se rió en silencio en tanto que sus dientes oprimían el tubo de la pipa.

El mundo que contemplaba se reía. Reíanse también los diamantes de la nieve, tan espesos como los granos del polvo. Estaba risueño el sol, el bosque y hasta el cielo azul.

Cerró las manos con fuerza y se dijo que en aquel mundo no era posible que existiese una mujer como la otra. Allí, en aquella soledad y en aquella gloria, su alma impura habría sufrido una intensa agonía, y es casi seguro que, no pudiendo resistir aquel ambiente, habría acabado por morir. Todo el que le rodeaba era demasiado limpio, puro y blanco. Aquello le habría asustado y torturado. Allí no hubiese encontrado el veneno que necesitaba para continuar viviendo; sus deseos torpes la habrían hecho enloquecer. Y así la juzgaba sin compasión, sin malicia y sin indulgencia, pero casi inmediatamente, como el apacible contacto de una mano cariñosa, recordó a la otra mujer, a “la joven”, cuyo retrato llevaba en el bolsillo. En aquellos momentos estaba entrando en su mundo. Ella vivía allí, en alguna parte, y al pensar en eso miró hacia el bosque y en dirección al Noroeste. Se hallaba, sin duda, a centenares de millas de distancia, tal vez un millar. Era un mundo enorme y tan vasto que aún no podía darse cuenta de su extensión. Pero ella estaba allí, respirando, moviéndose, viva. Un impulso repentino le obligó a sacar del bolsillo la fotografía. La apoyó detrás de un fardo para que el Padre Rolando no pudiese descubrirla al mirar hacia atrás. Extendió el retrato y dejó de fumar. Aquella joven tenía un aspecto que concordaba de un modo maravilloso con la luz del sol y el halo azul del cielo, y parecía disponerse a dirigirle la palabra. Ésta era la idea que siempre se le ocurría cada vez que la miraba. Aquella imagen deseaba hablar. Temblaban sus labios, sus ojos le miraban directamente, y hasta el mismo sol parecía resplandecer en su cabello. Era como si conociese los pensamientos de David y la lucha que en aquel momento sostenía; como si, a través del espacio, le hubiese descubierto, y le observase deseosa de indicarle con la voz el camino que había de seguir para encontrarla. Temblaron de un modo curioso sus dedos mientras devolvía el retrato a su bolsillo, y hasta murmuró unas palabras. Se había apagado su pipa. En el mismo instante le sobresaltó un grito seco del Padre Rolando; los perros se detuvieron en el acto y cesó el crujido de los patines del trineo.

El Padre Rolando miró a través del lago y hacia el camino que acababan de recorrer señalando a un punto diminuto.

—¡Mire usted! —exclamó.

David abandonó el trineo y miró hacia atrás, en dirección a la pista que habían seguido. El brillo de los cristales de la nieve empezaba a deslumbrar sus ojos y por unos momentos no pudo ver cosa alguna. Oyó una leve exclamación de sorpresa de Mukoki y luego, a gran distancia, tal vez a cosa de media milla, vio un objeto negro que se movía con lentitud hacia ellos. Se detuvo y se quedó tan inmóvil como una roca negra, y mientras tanto el misionero se acercó a él diciéndole:

—Ha ganado usted otra vez, David, porque *Bari* nos sigue.

Mientras observaban, el perro no se acercó más. Después de un momento, David profirió un agudo silbido. Había de llegar el tiempo en que *Bari* reconociese aquella llamada, pero ahora no le prestó ninguna atención. Los tres hombres se quedaron mirándole por espacio de algunos minutos y cuando se dispusieron a reanudar la marcha, David se puso por tercera vez su calzado para la nieve. Ya le pareció menos difícil andar con él, pues poquito a poco aprendía el balanceo especial que había que dar al cuerpo y respiraba con más facilidad. Al cabo de media hora el Padre Rolando detuvo a los perros para darles ocasión de respirar. *Bari* se había acercado un poco más, pues a la sazón se hallaba a cosa de un cuarto de milla de los viajeros. A las tres de la tarde abandonaron el lago y llegaron al límite de la parte noroeste del bosque. El sol ya no calentaba y había palidecido. Los cristales de la nieve no brillaban con tanta intensidad y en el bosque aumentaba por instantes la penumbra gris y silenciosa; se detuvieron de nuevo junto a ella. El misionero se quitó los guantes y volvió a cargar la pipa de tabaco, pero se le cayó de las manos y se hundió en la nieve que estaba a sus pies. El misionero se inclinó para recogerla, profiriendo una leve maldición, pero cuando se levantó de nuevo sonreía.

—Estaba pensando —dijo David, sonriendo a su vez, como, si su compañero le hubiese pedido una explicación de las ideas que cruzaban su mente— que es usted un hombre de Dios muy extraño, *mon Père*.

El misionero se sonrió y mientras encendía la pipa, dijo como para sí mismo:

—Es cierto, muy cierto —y en cuanto el fuego brilló en la cazoleta de la pipa, añadió—: ¿Cómo están sus piernas? Aún falta una buena milla para llegar a la cabaña.

—Pues la recorreré a pie o caeré sin fuerzas —declaró David.

Deseaba hacer una pregunta que hacía rato tenía en el pensamiento, cuya contestación le importaba bastante. Miró hacía atrás y vio a *Bari* que describía un círculo sobre la superficie del lago, dirigiéndose con lentitud hacia el bosque. Entonces, con fingida indiferencia, preguntó:

—¿A qué distancia nos hallamos ahora de Tavish, *mon Père*?

—Cuatro días —contestó el misionero—. Cuatro días si no nos entretenemos; y desde allí necesitaremos una semana para llegar al Lago de Dios. Yo fui a hacer una visita a Tavish en cinco días, y éste, una vez, llegó en dos y una noche al Lago de Dios, con siete perros. ¡Dos días y una noche! Viajó en la oscuridad y en medio de una tempestad. Estas cosas sólo se hacen cuando se tiene miedo, David. El miedo le impulsaba. Esta noche quería referírselo a usted, pues es preciso que lo sepa para conocerle. Es un hombre muy extraño, mucho.

Habló en *cree* a Mukoki, y el indio contestó dando una seca orden a los perros. Éstos se pusieron en pie y volvieron a tirar del trineo. El indio reanudó la marcha precediéndoles y el Padre Rolando echó a andar tras él. De nuevo David siguió el trineo. Estaba asombrado y maravillado al ver la rapidez con que había desaparecido

el sol. Una vez se hallaron dentro del espeso bosque, parecía que anocheciese ya. Y las sombras profundas, así como las crecientes cavernas de oscuridad, daban nacimiento a nuevos sonidos. Oyó el *whit, with, with* de algo inmediato a él y en seguida un gran búho de las nieves revoloteó por encima de su cabeza, como fantástica aparición; oyó el débil ruido de la nieve que caía de las dobladas extremidades; dos árboles que estaban en la sombra se rozaron impulsados por el viento y produjeron algo semejante a una queja temblorosa que le sobresaltó, pues, de momento, creyó que fuese el grito de un niño. Esforzaba de tal manera sus oídos para percibir los más leves rumores, y sus ojos para darse cuenta de lo que se le aparecía, que incluso olvidó el cansancio y el dolor de sus rodillas y de sus tobillos. De vez en cuando se detenían los perros, mientras Mukoki y el misionero separaban del camino un tronco o una mata que impedían el paso. Durante uno de estos intervalos llegó hasta ellos, y desde larga distancia, un prolongado y tristísimo aullido.

—¡Un lobo! —exclamó el Padre Rolando muy preocupado, mientras miraba a David—. Escuche usted.

A su espalda resonó otro grito. Era *Bari*.

Siguieron adelante, rodeando un montón bastante grande de árboles derribados por el viento. Las copas de los abetos y de los cedros empezaban a moverse con suavidad; impulsados por el viento les caían en la cabeza y en los hombros grandes y blancos copos de nieve, como si unas manos juguetonas e invisibles los soltasen desde lo alto. En varias ocasiones David sorprendió el silencioso y fantástico vuelo de los búhos de la nieve. Por tres veces oyó los aullidos de un lobo, y también *Bari* volvió a proferir su tristísima queja. De pronto salieron de aquella espesa penumbra del bosque, pues llegaron a un claro algo más iluminado por una luz grisácea. A veinte pasos de distancia había una cabaña. Los perros se detuvieron y el Padre Rolando sacó su enorme reloj de plata y lo acercó a sus ojos.

—Las cuatro y media —dijo—. Buena jornada para un principiante, David.

Dicho esto silbó alegremente. Los perros gemían y ladraban como juguetones cachorros, mientras Mukoki los desenganchaba. El mismo indio con alegre volubilidad murmuraba cosas que carecían de significado. En el ambiente parecía reinar la alegría, una sensación indefinible que había alejado la oscuridad. David no podía acabar de comprenderlo, a pesar de que lo sentía de un modo vago. Y no logró hacerse cargo de ello hasta que el Padre Rolando le dijo desde el otro lado del trineo, que había empezado a descargar:

—Resulta muy agradable volver a recorrer la pista, David.

Eso era... ¡La pista! Habían llegado al fin del día de esfuerzos. Contempló la cabaña oscura sin fuego y cubierta por un enorme gorro de nieve. A pesar de no estar iluminada, su aspecto era cordial. David sintió el deseo de tomar parte en la actividad de Mukoki y del misionero. Quiso ayudar no porque diese a su auxilio el más pequeño valor, sino tan sólo porque su sangre y su cerebro le imponían nuevos deseos. Sacudió sus pies para quitarse su calzado para la nieve y en compañía de

Mukoki se dirigió a la puerta de la cabaña, sujeta por un pestillo de madera. Al entrar pudo distinguir confusamente su interior, pero aun así descubrió una estufa, un taburete, una caja, una mesita y una tarima a lo largo de la pared. Mukoki levantaba la tapa de la estufa cuando entró el Padre Rolando con los brazos ocupados. Soltó su carga en el suelo y David salió con él para volver al trineo. Mientras transportaron su carga al interior de la cabaña, el fuego crujía ya en la estufa y el indio había colgado una linterna encendida encima de la mesa. Entonces el Padre Rolando tomó un hacha, pasó el dedo pulgar por el filo y dijo a David:

—Vamos a cortar nuestras camas antes de que sea demasiado oscuro.

¿Cortar las camas? Pero la ancha espalda del misionero desapareció a través de la puerta, animado por decidido propósito, y David tomó otra hacha y le siguió. En torno de la cabaña había unos copayeros jóvenes de doble altura que un hombre, y el Padre Rolando empezó a cortarles las ramas. Las transportaron luego a brazadas a la cabaña, hasta que lograron formar un montón bastante alto; mientras tanto Mukoki había dispuesto media docena de potes y de cacerolas sobre la roja plancha de la estufa, y freía gruesas tajadas de carne de reno, la cual daba cierto aire familiar y agradable a la escena. Un poco más tarde David comió como si en todo el día no hubiese probado bocado. Por lo común le gustaba la carne muy bien cocida, pero aquella noche devoró un solomillo de tres centímetros y medio de grueso, bañado en su propio jugo, y cuyo interior estaba crudo por completo. En cuanto hubieron terminado, encendieron las pipas y salieron a dar de comer a los perros, a razón de un pescado helado por cabeza.

David sentía extraordinaria satisfacción, como si algo suave y agradable llenase todo su ser. No se esforzó en explicarse cosa alguna, sino que se limitó a aceptar los hechos y los cambios sobrevenidos. Aquella noche le parecía ser mayor, como si sus pulmones se extendiesen y se desarrollase su pecho. Habían desaparecido ya sus temores, y en la blanca soledad no veía cosa alguna capaz de infundirle recelo o miedo. Deseaba continuar hacia adelante, a fin de llegar cuanto antes a la cabaña de Tavish. Desde que el Padre Rolando le habló de éste crecía cada vez más su deseo. Aquel hombre no tan sólo había llegado de la región regada por el río Stikine, sino que, además, vivió junto al arroyo Firepan. Sería increíble que no conociese a la joven, y sin duda alguna estaría enterado de quién era, de dónde vivía y por qué estaba allí. En aquel lejano país debían de ser escasos los individuos pertenecientes a la raza blanca, y era seguro que Tavish la conocería. Habíase decidido mostrar el retrato a Tavish, aunque sin decirle cómo había llegado a sus manos. Les diría que era la hija de un amigo suyo. O de un conocido. Esto, siquiera, podía considerarse cierto.

El Padre Rolando habló aquella noche por lo menos de media docena de cosas antes de aludir a Tavish. David esperó, pues no quería parecer demasiado interesado en el asunto. Se proponía no violentar para nada el curso de los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que él no podía dar explicación alguna acerca de su interés, cada vez mayor, por la joven, en caso de que el misionero descubriese por

casualidad el papel que representara en su encuentro casual con la mujer del tren.

—Miedo... Un gran miedo... Su vida entera está dominada por él —dijo el Padre Rolando cuando, por fin, empezó a hablar de Tavish. Estaba sentado en un montón de ramas de copayero, con las piernas estiradas hacia el suelo y la espalda apoyada en la pared. Y mientras fumaba pensativo, miró a David—. ¿Que si es un cobarde? Lo ignoro. Lo he visto saltar al oír el crujido de una ramita y en otras ocasiones temblar sin causa ni motivo. A veces se ha negado a aventurarse en la oscuridad y en otra ocasión, en cambio, atravesó las tinieblas para llegar de noche a mi casa. ¿Que está loco? Es posible. Es difícil creer que sea cobarde, porque si lo fuera no viviría solo. Eso parece imposible, y sin embargo, está asustado. Su miedo lo persigue sin cesar y en especial por las noches. Va tras él como un perro hambriento. A veces me inclino a creer que no teme a ninguna cosa viva. Y eso precisamente es lo que hace inquietante el asunto. Es muy raro y misterioso, y cuando uno piensa en ello no se puede evitar un escalofrío.

El misionero guardó silencio unos momentos, como si se hubiese entregado a sus ensueños. Luego dijo pensativo:

—He visto cosas muy extrañas y he tenido muchas peripecias, y me han referido historias que usted no querría creer. He recogido numerosos ejemplos en los largos años pasados en esta región casi despoblada, pero jamás he presenciado una lucha como la que sostiene Tavish, una lucha contra ese miedo misterioso, del cual se niega a hablar. Daría un año de mi vida... sí, y aún más, si fuese necesario... a cambio de poder ayudarlo. Ese hombre tiene cualidades excelentes que le obligan a uno a sentir el deseo de acompañarle y de estar a su lado como amigo. Pero él no lo consiente, sino que quiere continuar solo con su miedo. ¿No le parece raro? He conseguido atar algunos cabos, y aquella noche, cuando el terror le arrojó a mí cabaña, se hizo traición a sí mismo y entonces averigüé una cosa. Tiene miedo de una mujer.

—¿De una mujer? —exclamó David, asombrado.

—Sí. De una mujer que vive, o vivió, en la región del río Stikine, que usted mencionó antes.

David sintió una extraña impresión.

—¿El río Stikine o... el arroyo Firepan? —preguntó.

Le pareció que transcurría mucho tiempo antes que contestase el Padre Rolando. Éste reflexionaba intensamente, con los ojos casi cerrados cual si tratara de recordar cosas olvidadas.

—Sí. Era en el arroyo Firepan. No hay duda —añadió—. Él estaba enfermo de viruelas, según ya le dije, y eso ocurrió en el Firepan. Ahora lo recuerdo bien. Y, quienquiera que fuese aquella mujer, estaba allí. Una mujer. Y él... lleno de miedo. Incluso ahora, cuando lo separan de ella más de mil millas, en el supuesto de que aún viva. ¿Puede usted explicárselo? Daría cualquier cosa por conocer pormenores. Pero él no quiere hablar acerca de eso, y por mi parte, no puedo obligarle ni inmiscuirme en el asunto. Sin embargo, he adivinado, llegando a una convicción. Es terrible...

Hablaba en voz baja, mirando a David con fijeza.

—¿Y cuál es esa convicción, Padre? —preguntó David con voz que más parecía un murmullo.

—La de que Tavish está asustado de alguien que ha muerto.

—¿De un muerto?

—Sí, de una mujer o de una joven que ha muerto, es decir, de una persona cuyo cuerpo ha muerto, pero que vive en el espíritu para atormentarle. Eso es. Estoy persuadido de ello. Aunque él nunca querrá desnudar su alma ante mí.

—Una joven... muerta... en el arroyo Firepan... Su espíritu...

Una mano fría e invisible parecía agarrar a David por el cuello. La sombra ocultó su rostro; pues, de lo contrario, el Padre Rolando se habría dado cuenta de su emoción. A duras penas podía hablar, pero hizo un gran esfuerzo por lograrlo.

—Sí, su espíritu —contestó el misionero. Y David oyó el ruido que hacía su cuchillo al rascar la cazoleta de su pipa—. Y persigue a Tavish. Está siempre con él, y el pobre hombre tiene mucho miedo.

David se levantó lentamente y se dirigió hacia la puerta. Luego se puso el abrigo y el gorro.

—Voy a silbar a *Bari* —dijo al salir.

Aquel mundo inmenso y blanco brillaba al recibir la luz de la luna llena y de un billón de estrellas. Era la noche más maravillosa que David viera en toda su vida y, sin embargo, por unos momentos no se dio cuenta de su asombrosa belleza ni de la intensa luz reinante, como si, por el contrario, al salir de la cabaña se hubiese sumido en la oscuridad.

—Una joven... Firepan... muerta... persiguiendo a Tavish.

No oyó los gemidos de los perros. Mentalmente estaba examinando el retrato y se fijaba en la joven descalza, en pie sobre la roca, sorprendida, disgustada y temerosa... y como si estuviese dispuesta a emprender la fuga para evitar un gran peligro. ¿Qué le habría ocurrido después de haber sido retratada? ¿Acaso Tavish la sorprendió allí? ¿Sería Tavish...?

Su mente no pudo proseguir. Hizo un esfuerzo para serenarse y, al mismo tiempo, dirigió la mano al bolsillo de su chaqueta, donde llevaba guardado el retrato.

Se abrió tras él la puerta de la cabaña y salló el misionero. Tosió y miró al cielo.

—Es una noche espléndida, David —dijo con suavidad—. Una noche magnífica.

Habló con voz tenue y extraña, que obligó a David a volverse. El misionero estaba contemplando la luna. Luego miró hacia aquel mundo maravilloso de bosques, de nieves, de estrellas y de luz lunar, y a David le pareció que aquel hombre envejecía y se achicaba y que sus hombros se inclinaban como si estuviesen soportando un gran peso. Y entonces vio en su rostro lo que ya advirtiera en él cuando estaba en el vagón, es decir, un olvido de todo, a excepción de una cosa: el acto de descorrerse una misteriosa cortina; de desnudarse un alma. Y durante unos instantes el Padre Rolando tuvo el rostro vuelto hacia la luz del cielo, como si le preocupase un dolor que todo lo

llenaba y que no le ofrecía esperanza alguna.

Capítulo X

Bari fue quien alteró el silencio de aquella escena inundada por la luz de la luna. David miraba al misionero, sugestionado por la mirada de angustia que con tanta rapidez y de un modo tan raro apareció en su rostro, como si aquella brillante noche, con su luna y sus estrellas, le hubiese recordado un gran dolor; pero de pronto volvieron a oír el aullido del perro lobo, que estaba en el bosque y muy cerca. David, sin separar la mirada de su compañero, vio que el Padre Rolando se sobresaltaba como si por un momento hubiese olvidado el lugar en que se encontraba. El misionero miró a su vez a David, enderezó sus hombros con lentitud, y sonrió de un modo forzado e inexpresivo, como quien está derregado por un largo trabajo.

—Una noche espléndida —repitió llevándose una mano desnuda a la cabeza cual si quisiera alejar algo que estaba ante sus ojos—. Era una noche como ésta... Sí, como ésta... hace quince años.

Y se interrumpió. A la luz de la luna hizo un esfuerzo violento para dominarse y luego, acercándose a David, le puso una mano en el hombro.

—Ése era *Bari* —dijo—. El pobre perro nos ha seguido.

—Está en el bosque y no muy lejos —contestó David.

—No. Nos ha olfateado, y estoy seguro de que le está esperando a usted.

Hubo entre ellos un momento de silencio mientras escuchaban.

—Me llevaré un pescado —dijo entonces David—. No tengo duda de que se acercará a mí.

Mukoki había colocado el saco de yute lleno de pescados sobre el tejado de la cabaña para ponerlo al abrigo de los merodeadores nocturnos, y el Padre Rolando acudió en auxilio de David, mientras éste lo bajaba y escogía un pescado para la cena de *Bari*. Luego entraron de nuevo en la cabaña.

Pero en realidad no fue *Bari* el que indujo a David a salir al bosque. Necesitaba estar solo, lejos del Padre Rolando y del apacible e insistente escrutinio del indio. Quería reflexionar, dirigirse preguntas y hallar sus respuestas, si le era posible. Entonces su mente empezaba a fijarse en el significado de los acontecimientos del día y de la noche anteriores, y estaba como maravillado por un gran misterio y, al mismo tiempo, sobresaltado por las visiones de una posible tragedia. El Destino había jugado con él de un modo raro, pues lo relacionó con sucesos inexplicables y extraordinarios y que, según creía, no carecían de significado para él. Como era más o menos fatalista, surgió el repentino e inquietante pensamiento de que todo aquello habría ocurrido por inevitable necesidad.

Con la mayor claridad volvió a ver los negros y atemorizados ojos de la mujer del

vagón, y oyó de nuevo las pocas y forzadas palabras con que le reveló que iba en busca de un hombre llamado Miguel O'Doone. En su presencia sintió la proximidad de una tragedia. Aquello le conmovió mucho, casi tanto como la fotografía que la mujer olvidara en el asiento, la misma que ahora llevaba en el pecho, como cosa a la que no debe hacerse traición, y, además, por extraño e irresistible impulso asoció el retrato con Tavish. No podía arrojar a éste de su mente; Tavish el perseguido, el que huyó de la región del arroyo Firepan, más o menos en la época en que la joven del retrato se situó en la roca inmediata al estanque. Aquel Tavish, que estaba aterrado por el espíritu de los muertos. No trató de razonar el asunto, ni de comprender la locura de su alarma. No se preguntó siquiera acerca de la improbabilidad de todo aquello, sino que aceptó la fuerte impresión que recibiera, es decir, la convicción de que la joven de la roca y la mujer del vagón estaban, en cierto modo, identificadas con la fuga de Tavish, a quien no había visto en su vida, del lejano valle de las montañas del Noroeste.

Las preguntas que se dirigió no tendían a establecer en su mente la verdad o el absurdo de tal convicción. Se preguntaba, en cambio, si confiaría o no en el Padre Rolando. Vacilaba no tan sólo por delicadeza, sino también por una especie de vergüenza personal. Por espacio de mucho tiempo guardó en su pecho el secreto de su propia tragedia y de su deshonor. Y estuvo convencido, además, de que lo ocurrido no tan sólo le deshonoraba a él, sino también a la mujer; y, por fin, reveló el estado enfermizo de su alma a un hombre que, si bien le era desconocido, sería capaz de comprenderlo muy bien. Pero si hizo eso fue porque el Padre Rolando le obligó a decirle la verdad en una hora de gran necesidad y le tendió a tiempo una mano para salvarlo. Ya no dudaba de este hecho inconmensurable. A partir de aquel momento tal vez pensó en veinte ocasiones, con la mayor frialdad, en la mujer que fue su esposa y asimismo la enormidad de su crimen hizo desaparecer de su corazón la angustia que le causara su pérdida. Era como un hombre que acaba de abandonar su lecho de enfermo y que vuelve a respirar con facilidad, aspirando de nuevo el aroma del aire que llena sus pulmones. Todo eso lo debía al Padre Rolando y, por esta causa, y teniendo en cuenta su confesión de dos noches antes, sentía reparo en decir al misionero que otro rostro llenaba ya sus pensamientos y excitaba su ansiedad. ¿Y qué menos podía decirle si se lo confiaba?

Había avanzado cien metros o más en el bosque y llegó a un pequeño claro alumbrado por la luz de la luna, semejante a un diminuto anfiteatro. Allí se detuvo y allí también encontró la clave de la situación que parecía rica en promesas. Esperaría hasta llegar a la cabaña de Tavish y entonces, en presencia del misionero, mostraría la fotografía a aquel hombre solitario. Le latía el corazón con inquietud al pensar en la posible tragedia, en la repentina traición a sí mismo, como quien ha visto más allá de lo que alcanzan los ojos humanos, que Tavish se sentía perseguido por la visión de los muertos. ¿Los muertos? ¿Podría ser que ella, la joven de aquel retrato...? Sintió un ligero estremecimiento y procuró olvidar la idea. Y en cuanto a la mujer del

vagón, la que dejó abandonado el retrato en el asiento, retrato que junto a su corazón parecía una cosa viva, ¿qué podría ser? ¿Sería su objeto la venganza o la recompensa? ¿Acaso buscaría a Tavish? Quizá en aquel valle de la montaña, donde la joven se situó sobre aquella roca, el nombre de Tavish fuera Miguel O'Doone.

Estaba tembloroso mientras seguía internándose en el bosque, pero ya no dudaba acerca de su decisión. No diría una palabra al Padre Rolando hasta que Tavish hubiese visto el retrato. Había olvidado por completo a *Bari*. El inquietante temor que agobiaba sus pensamientos no le permitió recordar que en la mano llevaba aún el torcido pescado, duro y helado. El movimiento de un cuerpo junto a él, tanto que, alarmado, dio un grito y saltó hacia un lado, le volvió a la realidad de un modo repentino. El animal, cualquiera que fuese, había pasado a menos de dos metros de distancia, y ahora, algo más lejos, permanecía inmóvil como una estatua de piedra, mirándole con el brillo feroz de un ojo solitario. Hasta que vio aquel ojo, y no dos, David no respiró, pero, tranquilizándose entonces, observó que el pescado se le había caído de la mano. Lo recogió y en voz baja llamó:

—¡*Bari!*

El perro esperaba oír su voz. Su único ojo se desvió en la dirección de la cabaña como si fuese un faro, y luego volvió a mirar a David. Gimió, y el hombre le habló de nuevo, llamándole por su nombre y ofreciéndole el pescado. *Bari* dejó pasar unos instantes sin cambiar de posición y lo miró con la inmovilidad de una esfinge que tan sólo tuviese un ojo. Luego, de pronto, se tendió sobre el vientre y empezó a arrastrarse hacia él.

Un rayo de luna cayó sobre ellos cuando David, en cuclillas sobre sus talones, dio el pescado a *Bari*, sosteniéndolo por la cola, mientras el hambriento animal lo cogía por la cabeza entre sus poderosas mandíbulas. La fuerza de éstas dio un escalofrío al hombre que tan cerca estaba de ellas. Eran terribles y al mismo tiempo espléndidas. Entre ellas, el hueso de la pierna de un hombre hubiera sido roto en un santiamén. Y *Bari*, a pesar del mortífero poder de sus dientes, se arrastró por segunda vez sobre el vientre, no temeroso ni amenazado por un palo, sino como ser sujeto a la esclavitud por su deseo de adorar al hombre amigo. Este hecho impresionó a David y estableció entre ellos, entre aquel animal maltratado y herido y un hombre que luchaba por volver a ser dueño de sí mismo, una camaradería que tal vez ellos dos tan sólo podían entender. Incluso mientras devoraba el pescado, *Bari* tenía su ojo fijo en David, como temeroso de perderlo otra vez si de él se paraba la mirada por un instante. Habían desaparecido ya la amenaza y la truculencia de aquel ojo. Seguía rojizo e inyectado de sangre, aún ardía con extraño fuego y David se sintió lleno de compasión al pensar en los garrotazos que debieron de darle. Entonces observó que *Bari* hacía esfuerzos por abrir el otro ojo; vio temblar el hinchado párpado y agitarse el músculo que lo movía. Extendió una mano sin darse cuenta y la apoyó con firmeza en la cabeza de *Bari*, quien dejó de masticar y se quedó inmóvil. David se acercó más. Con el pulgar y el índice de la otra mano levantó cuidadosamente el hinchado párpado, cosa que al

perro le dolió y así *Bari* dio un gemido, al mismo tiempo que se echaba a temblar de pies a cabeza. Sus dientes de marfil resonaron al chocar las mandíbulas, como los de un hombre que sufre un ataque de fiebre; mas para su alma de lobo, y mientras se estremecía su cuerpo condenado, apaleado y maltratado, hasta casi dejarlo por muerto, el dolor causado por los dedos de David era casi una caricia. Comprendió y se dio cuenta, con una visión más aguda que la de sus mismos ojos. Estaba dominado por la fe y su cabeza cayó sobre la nieve. Dio un suspiro y dejó de temblar. Su ojo sano se cerró despacio mientras David le hacía masaje en los músculos del otro con los dedos pulgar e índice. Y cuando, por fin, el hombre se puso en pie y regresó a la cabaña, *Bari* le siguió hasta el extremo del claro.

Mukoki y el misionero habían hecho las camas con ramas de copayero, dos en el suelo y otra en la tarima, y el indio estaba ya envuelto en su manta cuando David entró en la habitación. El Padre Rolando se ocupaba en limpiar la escopeta de David.

—Mañana —le prometió— le haré practicar un poco con esto. ¿Se cree usted capaz de tocar a un alce?

—Tengo mis dudas, *mon Père*.

El Padre Rolando emitió una leve exclamación de chanza.

—He prometido hacer de usted un excelente tirador a cambio de su... sus molestias al enseñarme a boxear —dijo, mientras frotaba con furia el cañón de la escopeta.

Guiñó los ojos como si un momento antes se hubiese creído a solas. Los guantes estaban sobre la mesa. Los había examinado de nuevo, y David se sonrió al observar el interés infantil que habían despertado en él. De pronto, el Padre Rolando empezó a frotar el arma con mayor prisa y dijo:

—Si no es usted capaz de herir a un alce de un balazo, con seguridad podrá tocarme con uno de esos guantes, ¿no es verdad?

—De eso no hay duda. Sin embargo, le tratare bien, a cambio de que tenga paciencia conmigo para enseñarme a tirar.

El misionero terminó la limpieza del arma, la dejó apoyada en la pared y cogió los guantes.

—Fuera hay casi tanta luz como de día —dijo impaciente—. ¿Está usted... fatigado?

La indicación era tan clara que incluso Mukoki, ya envuelto en la manta, se quedó mirándole. David no estaba fatigado. Si los esfuerzos que hizo por la tarde le produjeron alguna fatiga, la había olvidado ya a causa de la excitación mental que le causó la historia referida por el misionero acerca de Tavish. Tomó un par de guantes e indicando la puerta con un movimiento de cabeza, dijo:

—¿De modo que quiere usted...?

El Padre Rolando se puso en pie.

—Eso si no está usted fatigado. El ejercicio nos hará dormir bien.

Mukoki se levantó, dejando a un lado la manta, en tanto que su curtido rostro

sonreía. Les ató los cordones de los guantes y los siguió al exterior. Su rostro parecía una gárgola de cobre iluminada por su sonrisa alegre e invariable, David le miró y se preguntó si se alteraría la expresión de aquel rostro cuando viese rodar al misionero por la nieve, cosa que estaba seguro de lograr a pesar de que se proponía tener cuidado. Era un boxeador magnífico, y en los tiempos en que practicaba este deporte se hizo famoso en el Athletic Club por la fuerza de su puño y por su magnífica estrategia, así como por su especialísima y hábil defensa. Pero comprendía que durante los dieciocho meses últimos se había enmohecido un poco. En eso pensaba cuando alcanzó al misionero en la punta de su roja nariz. Se habían puesto frente a frente, a la luz de la luna y con los pies hundidos veinte centímetros en la nieve; en los ojos del Padre Rolando había un resplandor alegre y satisfecho, que no fue capaz de apagar el golpe que acababa de recibir en la nariz. Y brillaban sus dientes aunque los guantes de David seguían golpeando su nariz con la mayor regularidad. Mukoki, que aún sonreía como si fuese una figura esculpida, profirió una risita de satisfacción. Mientras tanto, David se movía descuidado en torno del misionero, golpeándole sin cesar al mismo tiempo que criticaba su arte, orientándole.

—Debería usted proteger su nariz, *mon Pere*. Y la boca del estómago. Y también sus orejas, pero especialmente su nariz, *mon Père*.

Y acompañaba cada una de estas recomendaciones con un puñetazo a la parte del cuerpo que mencionaba.

—Y también usted, a veces, su mandíbula, David —replicó el Padre Rolando asestándole un vigoroso puñetazo que dejó inanimado a David, de modo que por unos momentos éste se sintió sumido en la oscuridad.

Al recobrar el sentido se vio sentado en la nieve; el misionero estaba inclinado sobre él con alguna ansiedad, en tanto que Mukoki le sonreía de un modo diabólico.

—¡Dios mío! ¡Perdóneme! —exclamó el Padre Rolando—. No quise pegarle tan fuerte, David, pero se me presentó una ocasión tan tentadora... En fin, lo siento porque he estropeado nuestra diversión.

—De ningún modo, a no ser que esté usted fatigado —dijo David poniéndose en pie—. Me cogió distraído, *mon Père*. Además, me figuré que era usted un inexperto.

—Y por esto se dedicaba a destrozarme la nariz —replicó el Padre Rolando.

Reanudaron el partido, pero esta vez David no se descuidó un momento. Tampoco dio consejos, y el misionero, por su parte, no se expuso, sino que empezó a esquivar los golpes con la agilidad de un gato. David estaba asombrado, pero no malgastó el aliento en pedir una explicación. El Padre Rolando paraba sus directos como pudiera hacerlo un profesional. Tres veces, en otros tantos minutos, sintió la proximidad del guante del misionero en su cara, de manera que en un boxeo legal y sin trucos y artificios del arte, pudo convencerse muy pronto de que el hombre de los bosques era digno adversario suyo. Poco a poco empezó a emplear las habilidades aprendidas, de modo que al cabo de diez minutos el Padre Rolando estaba sentado en la nieve, con la mirada confusa, y atontado, y la sonrisa había desaparecido de la cara

de Mukoki. Sucumbió a un ardid. Un rápido pasó a un lado, una finta que contenía en realidad un engaño, y casi en el acto se apagaron las facultades intelectuales del misionero. Pero se levantó muy satisfecho, dio un abrazo a David y volvieron a la cabaña.

—Tan sólo otro hombre me dio un golpe semejante en toda mi vida —dijo jactancioso y algo orgulloso—. Y éste fue Tavish. Pelea muy bien. Sin duda habrá vivido entre gente camorrista. Tal vez por esta causa tengo tan buena opinión de él, porque me gusta un hombre luchador, si lo hace de un modo honroso, tanto si emplea el cerebro como el músculo, así como los cobardes me inspiran desprecio.

—Y, sin embargo, según usted dice, ese Tavish es hombre al que persigue un gran miedo. ¿Cómo se explica usted que un hombre luchador, en el sentido que da a esta palabra, pueda vivir con el miedo de...?

—¿De qué?

Estas palabras salieron de los labios del misionero con la sequedad de un latigazo.

—¿De qué tiene miedo? —repitió—. ¿Puede usted decírmelo? ¿Acaso ha adivinado algo más que yo? ¿Se puede llamar cobarde a un hombre que teme oír murmullos que tiemblan en el aire y que ve un rostro en la negrura de la noche, que no está vivo ni muerto? ¿Es cobarde ese hombre?

Mucho después de haberse acostado, David estaba despierto en la oscuridad y su mente trabajaba con tal intensidad que no parecía sino que estuviese presa en una cámara de hierro, en la cual hiciese inútiles esfuerzos para escapar. Oía muy bien la respiración del Padre Rolando y de Mukoki, que estaban dormidos. Tan sólo a costa de grandes esfuerzos podía cerrar los ojos, en su deseo de alcanzar el olvido del sueño. Tavish llenaba su mente, Tavish y la joven, y con ellos la mujer misteriosa del vagón. Luchó consigo mismo, díjose que todo aquello era absurdo y que su imaginación se ocupaba de un modo grotesco de aquellas ideas, pues era increíble que Tavish y la joven del retrato estuviesen relacionados del modo terrible que se le había ocurrido. Mas no pudo convencerse. Por fin se quedó dormido, pero su sueño estuvo lleno de fugitivas visiones. Al despertar, la cabaña estaba iluminada por la linterna. El Padre Rolando y Mukoki se habían levantado ya y en la estufa ardía un buen fuego.

Los cuatro días siguientes rompieron el último eslabón de la cadena que sujetaba a David Raine a la vida de que huía, cuando el misionero de los bosques lo encontró en el *Transcontinental*. Fueron cuatro días maravillosos, durante los cuales viajaron con rapidez hacia el Norte, días de espléndida luz solar, de frío intenso, de brillantes estrellas y de luna llena por la noche. Durante el primero de ellos, David recorrió quince millas con su calzado para la nieve y aquella noche durmió en un cobijo hecho con ramas de copayero, cerca de una gran roca que calentaron encendiendo una hoguera junto a ella, de manera que durante las horas de más frío, entre el crepúsculo y la aurora, la piedra conservó su calor ejerciendo de estufa. El segundo día señaló también un gran progreso en su educación para la vida que había de llevar en aquellas

soledades. Dientes, pezuñas y garras pululaban por el bosque después de las ventiscas, y el Padre Rolando se detenía ante cada uno de los senderos que cruzaban la pista indicando a David las historias escritas en la nieve. Le mostraba el lugar por donde una zorra persiguiera en silencio un conejo de las nieves; donde una manada de lobos atravesó la nieve siguiendo la pista de un gamo que podía contarse entre los muertos, así como también los lugares llenos de bosque denso en que tanto los renos como los alces habían buscado refugio de la tormenta, y le explicaba con el mayor cuidado la ligera diferencia que existía entre las huellas de las pezuñas de los dos animales nombrados.

Aquella noche *Bari* llegó al campamento en que durmieron, y a la mañana siguiente encontraron el lugar en que el perro se hiciera una cama en la nieve, a menos de una docena de metros de donde ellos mismos estuvieron tendidos. En la tercera mañana David disparó contra un alce; por la noche consiguió que *Bari* llegase casi junto a su campamento y le arrojó trozos de carne cruda desde donde se sentó a fumar su pipa.

David estaba transformado. Tres días de camino por aquellos lugares y tres noches de acampar bajo las estrellas habían empezado a realizar un milagro en él. Su semblante se había oscurecido por el crecimiento de la barba; sus orejas y sus mejillas estaban enrojecidas por la exposición al frío y al viento; sentía que en aquellos tres días y otras tantas noches se habían endurecido sus músculos, abandonándole la debilidad que hasta entonces experimentara. El Padre Rolando le dijo una vez que tan sólo estaba enfermo de la mente y él lo creía ya. Empezó a encontrar placer en el ejercicio físico, a pesar de que al principio eso le llamó mucho la atención al Observarlo en Mukoki y en el misionero. Al mediodía, cuando se detenían para hacer el té y preparar su comida, y por las noches al acampar, se dedicaba siempre a derribar un árbol. El de esta noche era un pino de veinte centímetros de diámetro y de madera muy dura y llena de savia. El ejercicio hizo circular con fuerza su sangre en las venas. Al sentarse junto al fuego respiraba aún de un modo profundo y se dedicó a arrojar piltrafas de carne a *Bari*. Hallábase entonces a sesenta millas de la cabaña de Thoreau, situada hacia el Norte, y, por vigésima vez, el Padre Rolando le repetía cuán espléndidos eran los adelantos logrados en aquellos pocos días.

—Y mañana —añadió— llegaremos a casa de Tavish.

David estaba persuadido casi de que el ver a ese hombre constituía su misión en el Norte. No se imaginaba siquiera la aventura que pudiese aguardarle más allá de aquel encuentro. Todos sus pensamientos se habían concentrado en el único deseo de hacer contemplar el retrato a Tavish. Por la noche, cuando el misionero se hubo reunido con Mukoki en la tienda de seda, erigida al abrigo de un montón de ramas de copayero cortadas, permaneció un rato más junto al fuego y se dirigió preguntas que hasta entonces no se le habían ocurrido siquiera. Vería a Tavish y le mostraría el retrato. Y luego, ¿qué? ¿Terminaría allí el asunto? Por un momento se sintió

preocupado, diciendo que más allá del encuentro de Tavish existía un problema inquietante e imposible de contestar. La joven, si aún vivía, se hallaba quizás a un millar de millas de distancia del lugar en que estaba sentado en aquel momento; el llegar hasta ella, teniendo que atravesar las montañas y los bosques que se interponían entre ambos, equivaldría a realizar un viaje a través del mundo. Era la primera vez que pensaba de un modo definido en ir hacia ella... si estaba viva. Esta idea le sobresaltó. ¿Ir a su encuentro? ¿Por qué? Sacó el retrato de su bolsillo y se quedó mirando el rostro maravilloso a la luz de los ardientes leños, “¿Por qué?”, se preguntó inquieto. Levantó los ojos hacia la gris columna de humo que se elevaba entre él y la tienda cubierta por las ramas de copayero y lentamente vio formarse otro rostro encuadrado por aquella niebla fantástica... El rostro de una diosa de oro que le apostrofaba burlescamente. *Y se reía... se reía...* Haciendo un esfuerzo violento apartó su mirada y de nuevo volvió a contemplar la fotografía de la joven que tenía en la mano. *Ella lo sabe, me comprende y me consuela*; murmuró, estas palabras que equivalían a una esperanza para su alma. Volvió a guardarse el retrato en el bolsillo y por un momento lo oprimió contra su pecho.

Al día siguiente, a la hora del rápido anochecer de las tierras del Norte, el misionero detuvo a los perros en la cresta de una montaña roqueña, y señalando a la oscura llanura que divisaba a sus pies, dijo con la satisfacción de quien ha llegado al final del viaje:

—Ahí está la cabaña de Tavish.

Capítulo XI

Bajaron a la llanura. David esforzó la mirada, pero no pudo ver cosa alguna en la dirección indicada por el Padre Rolando, a excepción del amoratado mar del bosque que se ennegrecía a la moribunda luz de la tarde. Precediendo al tiro de perros, Mukoki eligió con cuidado su camino, avanzando con precauciones entre las rocas ocultas por la nieve, y mientras tanto el misionero y David se apoyaban con toda su fuerza en la parte posterior del trineo para impedir que, resbalando, fuese a caer sobre los perros. Era un lugar salvaje, lleno de bosque, y David pensó que Tavish no hubiese podido escoger un lugar más siniestro para ocultarse él y su secreto. Era un sitio terriblemente solitario y tan silencioso como la muerte, cuando los expedicionarios llegaron a él. Ni siquiera oyeron el aullido de un perro y eso a pesar de que Tavish debía de tenerlos. David estaba a punto de hablar, preguntando al misionero cómo se explicaba el hecho de que Tavish, perseguido por el miedo, se enterrase en un lugar como aquél, cuando, de pronto, el perro director se detuvo y profirió un gemido prolongado y bajo. David no había oído nunca nada semejante. Se transmitió de un perro a otro y de una a otra garganta y aquellos animales se quedaron con las patas tías y rígidos en sus arreos, mirando con ocho pares de inquietos y ardientes ojos al muro negro que tenían delante. El indio se volvió, pero la seca orden que ya asomaba a sus labios murió antes de ser pronunciada. David le vio en pie y al frente del tiro, tan silencioso e inmóvil como una roca. Luego miró al rostro del misionero y notó que también el Padre Rolando estaba mirando y que casi había interrumpido su respiración. De repente, el perro guía se sentó sobre su cuarto trasero y volviendo el gris hocico hacia el cielo emitió un largo y quejumbroso aullido, en el cual había algo que hizo estremecer a David. Mukoki retrocedió casi tambaleándose por la nieve, como si estuviese enfermo.

—*Nipoo-win-Ooyoo!* —dijo con los ojos brillantes como brasas y en tanto que parecía temblar de pies a cabeza.

Por un momento el misionero no le oyó quizá. Pero luego exclamó:

—Pégales con el látigo. Hazles marchar.

El indio se volvió desenrollando su largo látigo.

—*Nipoo-win Ooyoo!* —murmuró de nuevo.

Restalló el látigo sobre los perros y la tralla fue a golpear el lomo del perro delantero, que era jefe de todos los demás. Oyóse por un momento un rugido en su garganta, pero luego se enderezó y los perros siguieron adelante. Mukoki les precedía, de modo que el perro director casi le pisaba los talones.

—¿Qué ha dicho? —preguntó David.

En la penumbra, el misionero hizo un gesto de protesta con ambas manos.

David no podía ya verle la cara.

—Es supersticioso —gruño—. Y, además, absurdo. Sería capaz de meter miedo en el cuerpo del mismo diablo. Dice que el viejo *Castor* acaba de dar el aullido de muerte. ¡Bah!

A David le pareció *sentir* el estremecimiento de su compañero en la oscuridad. Siguieron adelante por espacio de cien metros más y por último Mukoki pronunció una palabra en voz baja que hizo detener al tiro. Los perros gemían con suavidad mirando ante ellos, cuando David y el misionero se reunieron con el indio.

El Padre Rolando señaló una mancha negra en la noche, situada a cincuenta pasos del lugar en que se hallaban. Habló a David diciendo:

—Ésa es la cabaña de Tavish. Venga usted y veremos qué ocurre.

Mukoki se quedó con el tiro. Mientras avanzaban podían oír los gemidos de los perros. La cabaña iba precisando su forma a medida que se acercaban a ella y ofrecía un aspecto grotesco, oscuro y privado de vida. Aquella vivienda era algo de mal agüero. David recordó de repente cuanto el misionero le dijera acerca de Tavish. Su pulso era precipitado y sintió un calofrío a causa del miedo extraño que le invadía. Se sobresaltó al oír la voz del Padre Rolando.

—¡Tavish! ¡Tavish! —llamó.

Estaban junto a la puerta, pero no recibieron respuesta alguna. El Padre Rolando golpeó con el pie, y con la punta rascó la tierra.

—Fíjese usted en que hace muy poco rato ha quitado la nieve —observó—. Mukoki es tonto y además supersticioso. Pero no puedo negar que por unos momentos me ha llenado de temor.

En su voz se notaba una expresión de alivio. Descorrió el cerrojo de la puerta y la abrió confiado. Dentro reinaba la mayor oscuridad, pero fue a dar en sus rostros una bocanada de aire caliente. El misionero se echó a reír.

—¿Estás dormido, Tavish? —exclamó.

Y como no recibiera respuesta, entró.

—Ha estado aquí hace muy poco rato, porque todavía hay fuego en la estufa. En fin, nos instalaremos con toda comodidad.

Buscó en su ropa y sacó un fósforo. Un momento después lo frotó y con él encendió una lámpara de hojalata que colgaba del techo. A tal luz su rostro tenía extraño color. Era evidente que había estado muy preocupado y además la mano que aplicó el fósforo encendido carecía de firmeza.

—Es raro, muy raro —decía como dirigiéndose a sí mismo. Y luego añadió—: Eso no tiene pies ni cabeza. Voy a decírselo a Mukoki. El imbécil está asustado y tembloroso, pues cree que Tavish ha hecho pacto con el diablo. Asegura que los perros lo saben y le han avisado. De todos modos es muy extraño, mucho, y además interesante. ¿No le parece?

Salió, y David siguió donde estaba, mirando a su alrededor a la incierta luz de la

lámpara colgada del techo. No le habría sorprendido ver aparecer a Tavish desde algún rincón oscuro y estaba, incluso, preparado para verle salir de entre las mantas en la litera que había en el extremo de la habitación. Ésta era muy grande, pues mediría seis metros de ancho por otros tantos de largo, pero poco tardó en persuadirse de que él era el único ser viviente que había allí, a excepción de un ratón pequeño y gris que, sin miedo alguno, se acercó a sus pies. No tardó en aparecer otro y otros, hasta el punto de que pocos instantes después notó a su alrededor el ruido de muchas patitas que corrían por el suelo. Se oyó el roce de un papel sobre la mesa, percibió casi en seguida una serie de chillidos procedentes de debajo de la litera y sintió un suave contacto sobre la punta de sus abarcas, de modo que miró hacia el suelo. Lo vio lleno de ratones. Por todas partes se movían, mirándole con sus ojillos brillantes, sin manifestar el más pequeño temor; por el contrario, parecían pedirle algo. Se quedó inmóvil y pronto el Padre Rolando volvió a entrar, David le señaló el suelo, diciendo malhumorado:

—Esto está lleno de ratones.

El Padre Rolando parecía estar de buen humor. Se quitó los guantes y se frotó las manos sobre la estufa.

—Son los favoritos de Tavish —replicó—. Asegura que le hacen mucha compañía. Con frecuencia le he visto con los hombros llenos de ratones. ¡Es raro! ¡Muy raro!

Sus manos producían un fuerte roce al frotárselas. Luego levantó la plancha de la estufa y miró al hogar.

—Hace menos de una hora que añadió combustible —dijo—. No me explico dónde estará ahora. Los perros se han marchado. —Examinó la mesa y añadió—: Aquí no hay cena alguna. Las cazuelas están limpias y los ratones, hambrientos. Sin duda volverá pronto. Pero no quiero esperar, pues por mi parte tengo mucha hambre.

Hablaba con rapidez y mientras tanto llenó la estufa de leña. Mukoki entró con lo necesario para hacer la cena; en sus ojos se advertía aún cierta expresión de inquietud. Miraba de un lado a otro, receloso, y como si a cada momento esperase descubrir algo desagradable. Entraba y salía sin hacer ruido, como si temiese que sus pasos pudieran despertar a alguien; además David observó que los ratones le daban miedo. Uno de ellos se le encaramó por la manga mientras cenaba y él se apresuró a arrojarlo de allí con susto y asco a la vez.

—*Muche Munito* —dijo estremeciéndose.

Dándose prisa se tragó el resto de la carne, luego tomó sus mantas y tras haber dirigido algunas palabras al misionero, abandonó la cabaña.

—Dice que los ratones son pequeños diablos —explicó el Padre Rolando mirándolo pensativo—. Dormiré junto a los perros. Muchas veces me he preguntado si con su intuición acertará más que nosotros. Cree que Tavish alberga espíritus malignos en esta cabaña y que han tomado la forma de ratones. ¡Bah! No son más que unos animaluchos muy listos. Tavish les ha enseñado a hacer muchas cosas.

Fíjese usted en este que toma la comida de mi mano.

Media docena de bichos se habían encaramado a los hombros de David. Uno de ellos se hizo una bola, apoyado en su cuello como si esperase algo. No había duda de que eran sociables y muy buenos compañeros, según dijo el misionero. No era de extrañar que Tavish los tuviese consigo para sentirse menos solo, David les dio de comer y les permitió tomar la carne de sus dedos, aunque le producían una sensación desagradable. Cuando el misionero hubo terminado su tercera taza de café, hizo una gran bola de harina de avena y la colocó en el suelo, detrás de la estufa. Los ratones se congregaron en silencio a su alrededor, como horda hambrienta y roedora. David se esforzó en contarlos. Sin duda había veinte. Tuvo el deseo de meterlos en el cubo de agua de Tavish y sacarlos de la cabaña. Mientras tanto, los animalitos se quedaron pacíficos y tranquilos, después de haberse hartado de harina de avena, y muchos desaparecieron.

Durante largo rato David y el misionero se quedaron fumando en sus pipas, en espera de Tavish. El Padre Rolando estaba muy extrañado, mas, sin embargo, tranquilo. Lo que más le llamaba la atención era que unos zapatos para la nieve, los de Tavish, estuviesen colgados de un clavo, en uno de los travesaños de madera, y que su rifle se hallara en el armero que había sobre la tarima.

—Ignoraba que tuviese otro par —dijo—. Pero hace mucho tiempo que no lo he visto... Bastantes semanas. Vine a visitarle con las primeras nieves de noviembre. No se habrá alejado mucho, porque, de lo contrario, se hubiese llevado el rifle. Es probable que después de la tempestad haya ido a poner nuevos cebos envenenados.

Desde el interior de la cabaña oyeron el susurro del ligero viento que se levantó. Con frecuencia soplaba de noche después de la tempestad y casi siempre desde las estepas hacia el Noroeste. Algo golpeaba con suavidad la pared de la cabaña como si fuese una cosa pesada y blanda, junto a los maderos inmediatos a la litera. Tanto David como el Padre Rolando pudieron oírlo con la mayor claridad.

—Tavish suele colgar fuera su provisión de carne —explicó el misionero, notando la súbita dirección que tomaban las miradas de David—. Ahí tendrá un cuarto de alce o de reno, si ha estado de suerte. Había olvidado ese escondrijo de Tavish, pues de lo contrario habríamos ahorrado nuestra provisión de carne.

Y se pasó la mano a través de su cabello gris y espeso, hasta que se le quedó erizado como el de un cepillo.

David se esforzó en no dar a entender su inquietud mientras esperaban. Cada nuevo sonido que oía le daba la esperanza de que fuesen los pasos de Tavish. Había decidido ya por completó su plan. Tavish entraría y, como es natural, se dedicaría unos momentos a los saludos y a las frases preliminares y luego, cosa de media hora más, a fumar y a hablar de diversos asuntos antes de que él llevase la conversación hacia el arroyo Firepan, a no ser que, como podía ocurrir por casualidad, el Padre Rolando se le anticipase. Después de eso mostraría el retrato a Tavish procurando hacerlo a plena luz de la lámpara, con objeto de que el dueño de la cabaña Se

impresionase en el acto. Observó que la chimenea de la lámpara estaba llena de hollín y descolorida y así, con gran regocijo por parte del misionero, se dedicó a limpiarla con el mayor esmero. Hecho esto, la luz fue mucho mejor. Entonces empezó a ir de un lado a otro de la cabaña, registrándolo todo como impulsado por la curiosidad. No había mucho que descubrir. Cerca de la litera vio un baúl pequeño, provisto de abrazaderas de acero, y se preguntó si estaría abierto y cuál sería su contenido. Mientras lo examinaba pudo oír con más claridad los golpes que daba en la pared aquel objeto del exterior, es decir, la provisión de carne, y no parecía sino que estuviese transmitiendo un mensaje de acuerdo con el código Morse, aunque de un modo intermitente y descuidado. Luego, sin que para ello tuviese un motivo particular, se dirigió al rincón oscuro que había más allá. Debajo de su pie se oyó un chillido de agonía y sintió que aplastaba algo pequeño y blando, semejante a un trozo de cera. Saltó hacia atrás y de sus labios surgió una exclamación de asco al advertir que acababa de aplastar un ratón.

—¡Maldito sea! —exclamó.

El Padre Rolando escuchaba los golpes irregulares, que parecían debidos a la oscilación de un péndulo al chocar contra los troncos de la pared. Y a partir del momento en que David aplastó el ratón resonaron con más fuerza, como si quisieran protestar de aquella muerte.

—Tavish ha colgado a muy poca altura su provisión de carne —dijo, preocupado, el misionero—. Esto suponiendo que el trozo no sea muy grande.

Y empezó a desnudarse con lentitud.

—Lo mejor que podemos hacer es acostarnos —aconsejó—. En cuanto aparezca Tavish los perros empezarán a gritar y nos despertarán. Saque usted las mantas de Tavish y ponga las suyas propias en esa litera. Por mi parte prefiero el suelo. Tengo esta costumbre. No hay nada semejante al suelo cuando está seco y es liso.

Le interrumpió la puerta de la cabaña que se abrió, empujada por el indio, quien asomó la cabeza y los hombros, aunque sin acabar de entrar. Sus ojos brillaban tanto como si fuesen granates. Habló con rapidez, en su lengua nativa, al dirigirse al misionero, y mientras tanto gesticulaba con su mano flaca y morena. El Padre Rolando se quedó preocupado, ceñudo y perplejo. De repente replicó en *cree*, y en cuanto cesó de hablar, Mukoki se retiró despacio. David se fijó en los ojos inseguros y brillantes del indio cuando desaparecían al retirarse éste.

—¡Peste! —exclamó el misionero encogiéndose de hombros muy disgustado—. Los perros están intranquilos y Mukoki asegura que olfatean la muerte. Me ha dicho que se han sentado todos sobre su cuarto trasero y que tienen los ojos fijos en una misma dirección, aunque él no ve nada, y que gimen como cachorros. Ahora va a llevarlos al otro lado de la montaña; y si eso ha de tranquilizarle, que lo haga.

—He oído decir que los perros suelen hacer eso —observó David.

—Naturalmente —replicó el Padre Rolando con acento inseguro—. Los perros del Norte lo hacen siempre y en especial los míos, porque ya están acostumbrados a

ver la muerte. Veinte veces cada invierno, y en algunas ocasiones más, he de cuidar a los muertos. Ellos me acompañan siempre y entonces realmente huelen la muerte a distancia. Pero aquí... ¡es absurdo! Aquí no hay nada muerto... a no ser ese ratón y la carne de Tavish. —Se estremeció, gruñendo algo contra la estupidez de Mukoki y añadió—: Además hay que recordar que los perros han hecho siempre cosas raras cuando Tavish está cerca. No puedo explicar el porqué, pero el caso es que lo hacen. Quizá se deba a su instinto o a que su presencia los ponga intranquilos. Ese Tavish es un hombre extraordinario. Ojalá hubiese llegado ya, pues tengo deseo de que usted lo conozca.

Se esforzó en demostrar que estaba tranquilo en absoluto con respecto a Tavish, quedándose dormido casi en seguida en el suelo, envuelto en sus mantas. Durante las tres noches anteriores de dormir en descampado, David se maravilló y hasta envidió la facilidad con que el Padre Rolando se sumía en profundo y satisfactorio sueño; ello era, según le explicó su nuevo amigo, debido a la enorme virtud de tener un estómago excelente. Sin embargo, esta noche la respiración profunda y regular del misionero llegó a molestarle. Habría deseado que estuviese despierto para cuando llegase Tavish.

“Aquí está durmiendo como si fuese un jovencito —pensó— en tanto que yo, que no puedo compararme con él, no lograría dormir aunque quisiera”.

Estaba nervioso y desvelado. Llenó su pipa por terceras o cuarta vez y se sentó en el borde de la litera, al acecho de la llegada de Tavish. A juzgar por lo que le dijera el misionero, estaba seguro de que el propietario de la cabaña llegaría por fin, de manera que no se podía hacer más que esperar. Sentía, aunque de un modo inconsciente al principio, cierta animosidad creciente contra Tavish, y esta emoción era cada vez más violenta, sentado como estaba en la cabaña, alumbrado por la triste luz del farol e imaginándose, gracias a su inquietud mental, lo que Tavish podría haber hecho. Si no se equivocaba, éste debía de ser una mala persona, aunque pronto lo sabría. Y si estaba en lo cierto, si Tavish había hecho aquello allá arriba en las montañas...

Centellearon sus ojos y unió las manos mientras miraba al Padre Rolando. Después de un momento, sin apartar los ojos del cuerpo tendido del misionero, llevó la mano al bolsillo de su chaqueta, que dejara en la litera, y sacó el retrato de la joven. Lo contempló largo rato sintiendo cierto calor en el corazón y notando que se suavizaban las líneas de su rostro.

—No es posible —murmuró—. Con toda seguridad esta muchacha está viva.

Y como si el viento le hubiese oído y quisiera contestarle, llegó hasta él mucho más claro que nunca el golpeteo de, aquella cosa que se hallaba en el exterior.

—¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!

Hubo un instante de silencio en tanto que David cerraba sus dedos sobre el retrato. Entonces resonaron con mayor insistencia aquellos golpes.

De nuevo se guardó el retrato en el bolsillo y luego se puso en pie.

Maquinalmente volvió a ponerse la chaqueta y dirigiéndose a la puerta la abrió sin ruido y salió al exterior. La Luna estaba en el cenit y parecía un enorme y blanco disco. El cielo estaba lleno de estrellas, y gracias a la luz reinante pudo ver el pie de la montaña que Mukoki había traspuesto y el claro en que se hallaba la cabaña inundado de una luz fría y esplendorosa. Suponiendo que Tavish hubiera sido sorprendido por la oscuridad del crepúsculo y esperara la salida de la Luna, no tardaría ya en aparecer.

David se dirigió a un lado de la cabaña y miró hacia atrás. Distinguió con la mayor claridad la provisión de carne de Tavish, suspendida de una gruesa rama que se proyectaba en línea horizontal por debajo del alero del tejado. Estaba sumida en la sombra y se balanceaba con suavidad, a impulsos del viento que se había levantado, y de vez en cuando golpeaba los troncos de la pared de la cabaña. David se acercó a ella, aunque, al mismo tiempo, mirando hacia el lindero del bosque, figurándose haber oído un sonido semejante al roce de un trineo sobre la nieve. Esperaba que fuese Tavish, ya de regreso. Dejó pasar unos momentos con el oído atento y de espalda a la cabaña. Luego se volvió. Estaba muy cerca de aquello que colgaba de la rama y que en aquel momento se balanceaba lentamente. La Luna vino a alumbrar aquel objeto, y entonces... ¡Dios mío! ¡Una cara! ¡Un rostro humano! ¡La cara de un hombre, que llevaba barba, con los ojos salientes y fijos, la boca abierta y una sonrisa helada y estereotipada en ella! Y al balancearse golpeaba con suavidad la pared de la cabaña.

Retrocedió, dando un grito de espanto. Luego se acercó a la puerta, buscando a tientas la aldaba, y entró andando con torpeza, como un borracho. Su voz traducía el horror que experimentara al contemplar aquel rostro inanimado y sonriente. Despertó al misionero, quien, sentándose sobre su lecho, se quedó mirándole.

—Tavish! —exclamó David con ahogada voz—. ¡Tavish... está muerto!

Y señaló el rincón de la cabaña, en donde aún se oían los golpes contra la pared de troncos.

Capítulo XII

Hasta mucho después David no comprendió cuán terrible fue para el Padre Rolando la noticia de la muerte de Tavish. El misionero permaneció inmóvil por espacio de unos segundos; estaba despierto por completo, había oído muy bien la noticia y, sin embargo, miraba confuso a David, con las dos manos agarradas a la manta. Y al moverse fue para volver con lentitud el rostro hacia el extremo de la cabaña donde estaba colgado aquello, oculto por la pared de troncos. Luego, con la misma lentitud, se puso en pie.

David creyó que no le había entendido bien.

—¡Tavish está muerto! —repitió con voz ronca, esforzándose en hacer desaparecer el nudo que sentía en la garganta—. Está ahí fuera, colgado por el cuello y muerto. ¡Muerto! —repitió subrayando la palabra, que pronunció dos veces.

Pero el Padre Rolando siguió sin contestar. Se vestía de un modo maquinal, en tanto que su rostro adquiría un color pálido y ceniciento, muy raro, y en sus ojos se veía, no una mirada aterrorizada ni sobresaltada, sino sencillamente atontada. No habló al dirigirse a la puerta y al salir de la cabaña. David le siguió y en un momento llegaron junto a aquella cosa colgante, que creyeron fuera la provisión de carne de Tavish. La Luna, dirigía uno de sus rayos. El espectáculo era grotesco y horrible a la vez... Resultaba desagradable de mirar, y luego inolvidable. Tavish no tuvo una muerte fácil. Parecía, decírselo a gritos, a pesar de estar muerto allí, y aun ahora parecía más aterrado que frío. Sus dientes brillaban algo. Eso, tal vez, era lo peor de todo. Tenía las manos duramente cerradas. David lo observó. Ninguno de sus miembros estaba relajado.

Después de contemplar a Tavish quizá por espacio de un minuto, el Padre Rolando habló y, a juzgar por su voz, se había recobrado ya. Ésta era tranquila y no mostraba señales de agitación. Pero en sus primeras palabras, a pesar de no revelar emoción alguna, había un significado que asustaba casi.

—¡Por fin! ¡Por fin ella le ha obligado a hacer esto!

Hablaba consigo mismo, mientras miraba en línea recta a Tavish. David se estremeció de pies a cabeza. ¡Ella! Sintió deseos de gritar y la imperiosa necesidad de *saber*. Pero el misionero había puesto sus manos en aquella horrible cosa y decía:

—Aún tiene el cuerpo caliente. Se ha ahorcado él solo, según creo, cosa de media hora antes de nuestra llegada. Ayúdeme, David.

Haciendo un esfuerzo violento, David consiguió darse ánimo. En resumidas cuentas allí no había más que un viejo muerto. Pero sus manos, cuando lo cogieron, estaban tan frías como el hielo. Brilló un cuchillo por encima de la cabeza de Tavish

cuando el misionero cortó la cuerda que lo sostenía. Hicieron descender el cuerpo del ahorcado hasta dejarlo encima de la nieve y David fue a la cabaña en busca de una manta. El Padre Rolando la envolvió con cuidado en torno del cuerpo, para que no se enfriase al ponerlo en contacto con el suelo. Luego los dos entraron en la cabaña. El misionero se quitó la chaqueta y encendió fuego, y al volverse pareció darse cuenta por vez primera de la mortal palidez del rostro de David.

—¿Se ha sobresaltado usted al encontrarlo allí? —dijo—. ¡Uf! No me extraña, pero yo... El caso es, David, que no le comuniqué mi temor de que ocurriese algo por el estilo. Lo temía por Tavish. Y esta noche, cuando Mukoki y los perros señalaron la presencia de la muerte, me alarmé en realidad, hasta que encontramos fuego en la estufa. Entonces mi temor no me pareció razonable, porque creí que Tavish volvería pronto. También los perros faltaban. Quizá los puso en libertad antes de matarse. Es terrible, pero en realidad no es más que un acto de justicia, según creo. Muchas veces Dios cumple su voluntad de un modo muy raro. ¿No le parece?

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó David volviendo a luchar con el nudo que se le había formado en la garganta—. Dígamelo, Padre, necesito saberlo. ¿Por qué se ha suicidado este hombre?

Tenía la mano junto al pecho, donde estaba el retrato. Sentía necesidad de sacarlo en aquel momento y de preguntar al Padre Rolando de quién era aquella cara, y si era la de aquella joven la que perseguía a Tavish.

—Quiero decir que su miedo le obligó, por fin, a darse muerte —contestó el Padre Rolando en voz baja y firme, como si pesara con cuidado sus palabras antes de pronunciarlas—. Ahora creo que debió de hacer algo muy terrible contra alguien y que su conciencia le atormentaba y le perseguía, ofreciéndole visiones y fingiéndole voces, hasta que, por fin, le obligó a pagar su deuda. Y en estas regiones la conciencia es *mitoo aye chikoon*, es decir, el Hermanito de Dios. Esto es cuanto sé. Desearía que Tavish hubiese confiado en mí. Tal vez de este modo habría podido salvarle.

—O haberle castigado —replicó David.

—Mi misión no es castigar. Si hubiese acudido a mí pidiéndome auxilio para sí y el perdón de Dios, yo no podría haberle hecho traición.

Y diciendo estas palabras se puso el abrigo.

—Voy en busca de Mukoki —dijo—. Hay que trabajar y vale más acabar la tarea aprovechando la luz de la luna. Supongo que no tendrá usted muchas ganas de dormir.

David, por toda respuesta, meneó negativamente la cabeza. Estaba ya más tranquilo y se había repuesto del horror que le causó el descubrimiento del cadáver. Se cerró la puerta detrás del Padre Rolando. En los pensamientos que con gran rapidez se coordinaban en la mente de David no había gran simpatía por el hombre que poco antes se había ahorcado, sino algo mayor que el desencanto, algo que le hacía olvidar su miedo personal en aquella espantosa aventura, añadiendo a la expectación de las últimas cuarenta y ocho horas la sensación de que ya no había

esperanza alguna, lo cual le ocasionaba casi una molestia física. Tavish había muerto y al morir se llevó consigo el secreto por el cual David habría pagado todo lo que estuviera en su mano, En su desesperación, mientras se hallaba solo en la cabaña, murmuró para sí algunas palabras, y por un momento sintió la tentación de gritar que Tavish le había engañado. Ardía en él extraña rabia y se volvió hacia la puerta con los puños crispados, como si quisiera salir y arrancar de la garganta de aquel cadáver lo que deseaba saber, obligando a sus fijos y vidriosos ojos a contemplar por un momento el rostro de la joven del retrato. Pero un instante después su mente se recobró de aquel loco impulso. Díjose que Tavish no se habría matado sin dejar algo tras él. ¿No habría, acaso, alguna explicación escrita por él mismo, antes de tomar tan fatal determinación? ¿Una confesión, una carta dirigida al Padre Rolando? Tavish sabía que el misionero se detendría en su cabaña cuando emprendiese el regreso hacia el Norte, Y con toda seguridad no se habría matado sin dejarle, por lo menos, una breve; noticia explicativa de su acto.

Empezó a registrar de nuevo la cabaña, rápida y minuciosamente al principio, porque si Tavish escribió algo, era evidente que lo había dejado en algún sitio visible: clavado en el extremo de su tarima, en la pared o contra la puerta. Sin duda les pasó por alto o quizá cayó al suelo. Para hacer más segura su investigación, David descolgó la lámpara que pendía del techo y la llevó cogida mientras registraba. Fue a los más oscuros rincones, examinó el suelo y las paredes y descolgó todas las prendas de ropa de sus estaquillas de madera. No había nada. Tavish le había engañado por segunda vez. Sus ojos, por fin, se fijaron en el baúl. Puso la lámpara en un taburete y probó a levantar la tapa. Por suerte no estaba cerrado con llave. Mientras lo abría oyó voces confusas en el exterior. El Padre Rolando regresaba en compañía de Mukoki. Les oyó cuando se acercaban al cadáver de Tavish, que tenía la cara vuelta hacia la Luna.

De rodillas empezó a registrar el contenido del baúl. Estaba casi lleno de cosas heterogéneas y sin ningún valor. Algunos trozos de *babiche*, unas herramientas oxidadas, clavos y cerrojos. Un par de zapatos ya viejos y una cantidad de cosas estropeadas e inútiles. Cuando se ponía en pie se abrió la puerta tras él. Entonces se volvió y pudo ver a Mukoki y al misionero.

—No hay nada —dijo abarcando la habitación entera con un gesto de la mano—. Hasta ahora no he podido encontrar cosa alguna que explique su suicidio.

El Padre Rolando no había cerrado aún la puerta.

—Mukoki le ayudará a buscar. Registren ustedes la ropa colgada de la pared. Con toda seguridad Tavish ha dejado algo.

Y salió cerrando la puerta a su espalda. Por un momento se detuvo como si quisiera convencerse de que David no salía tras él. Entonces se apresuró a acercarse al cadáver de Tavish y le quitó la manta que lo cubría. El aspecto del ahorcado era horrible de ver a causa de sus ojos abiertos y vidriosos y de su contraído rostro. Además la luna hacía brillar sus blancos dientes. El misionero se estremeció.

—No puedo adivinar —murmuró como si hablase con Tavish—, no puedo adivinar del todo qué te ha obligado a hacer eso, Tavish. Aunque estoy seguro de que no has muerto sin decírmelo. Me consta. Estará aquí, en tu bolsillo.

Volvió a prestar oído y se agitaron sus labios. Se inclinó sobre el muerto, dobló la rodilla y volvió los ojos mientras buscaba en los bolsillos del grueso abrigo de Tavish. Sobre el pecho del difunto encontró muy bien dobladas varias páginas de papel tamaño folio, a juzgar por las dimensiones y por el grueso del paquete. Estaba atado con unos hilos finos de *babiche* y a la luz de la luna pudo leer claramente las palabras: “Tara el Padre Rolando, Lago de Dios. Personal”. Resultaba, pues, que Tavish no fue víctima de un momento de locura, sino que había planeado su muerte con toda tranquilidad y obrando con firmeza de propósito. Lo premeditó con precisión considerable y, sin embargo, al final murió con aquella mirada de horror y de locura en su rostro. El Padre Rolando volvió a cubrirle con la manta, una vez hubo transferido el paquete a su propio bolsillo. Sabía ya que en la parte posterior de la cabaña se hallaba la azada y la pala de Tavish, y fue en busca de tales herramientas, dejándolas luego junto al cadáver. Hecho esto fue a reunirse con David y con el indio.

Éstos buscaban todavía, pero sin haber encontrado cosa alguna.

—He registrado sus bolsillos —dijo el misionero encogiéndose de hombros para indicar que sus esfuerzos habían sido tan infructuosos como los de sus compañeros—. Será mejor que le enterremos cuanto antes. Excavaremos una tumba no demasiado profunda, cerca de donde está ahora su cuerpo. He llevado allá un pico y una pala. —Y volviéndose a David le preguntó—: ¿Tendrá usted inconveniente en ayudar a Mukoki, cavando un poco? Me gustaría estar solo un rato. Ya comprenderá usted. Hay cosas...

—Comprendo muy bien, Padre.

Por vez primera en su vida comprendió David la grandeza de la muerte y el pasmo que producía. Había olvidado casi que el Padre Rolando era un servidor de Dios, pues hasta entonces siempre lo vio humano y lleno de la mayor vitalidad y alegría, muy distinto de otros que conociera de su misma profesión. Pero lo comprendió ahora mientras salía en seguimiento de Mukoki. El Padre Rolando deseaba estar solo. Seguramente para rezar. Para pedir perdón del alma de Tavish, rogando que se le guiase en su viaje hacia el Gran Misterio. Este pensamiento calmó sus emociones y cuando empezó a excavar en la dura nieve y en la helada tierra, se esforzó en pensar en Tavish como hombre y no como monstruo.

En la cabaña, el Padre Rolando esperó a oír los golpes del pico antes de hacer el más pequeño movimiento. Luego aseguró la puerta de la cabaña con un pasador de madera y se sentó a la mesa, cerca de la lámpara y con la confesión de Tavish en las manos. Cortó los hilos de *babiche* con un cuchillo, desdobló las hojas de papel y empezó a leer, en tanto que los ratones de Tavish se asomaban con timidez a sus agujeros, tal vez preguntándose la razón del nuevo y repentino silencio reinante y quizás inquietos por la ausencia de su amo.

La tierra que había debajo de la nieve estaba dura en extremo. A David la operación de excavar una tumba le pareció semejante a la de arrancar trozos de pedernal de un bloque sólido, de modo que no tardó en pasar el pico a Mukoki. Alternándose trabajaron por espacio de una hora, y cada vez que el indio ocupaba su lugar, David se preguntaba qué haría el misionero en la cabaña durante tanto rato. Por fin Mukoki dio a entender, con un movimiento de sus manos y un encogimiento de hombros, que el trabajo estaba terminado. A David le pareció muy poco profunda aquella fosa, y se disponía a protestar contra la opinión de su compañero, pero se le ocurrió la idea de que Mukoki habría excavado algunas durante su vida y que también habría ayudado a llenarlas de tierra, de modo que era de suponer sabía lo que se hacía. Y, en resumidas cuentas, ¿para qué cargar el último sueño de la gente con seis pies de Tierra, cuando tres o cuatro le dejarían a uno más cerca del sol y harían menos frío aquel lecho definitivo? En eso pensaba cuando miró por última vez a Tavish. Luego oyó que el indio daba un gruñido repentino como si alguien acabara de golpearle por sorpresa la boca del estómago. Se volvió en redondo y miró.

El Padre Rolando se hallaba a tres metros de ellos, y al verle David estuvo a punto de proferir una exclamación que se convirtió en un movimiento de asombro. Parecía tambalearse, como si estuviese enfermo, mientras lo alumbraba la luz de la Luna. E impulsados por la misma idea, Mukoki y David se acercaron a él. Pero el misionero extendió un brazo como si quisiera contenerlos. Su rostro era terriblemente lívido, casi tanto como el de Tavish, y parecía luchar con algo que le obstruía la garganta impidiéndole pronunciar una sola palabra. Luego con voz extraña y violenta, que David jamás oyera de sus labios, dijo:

—Entiérrenlo. No se reizará en su tumba.

Se volvió y lentamente se alejó hacia el bosque. Mientras lo hacía, David se fijó en que arrastraba los pies y se tambaleaba en la nieve.

Capítulo XIII

Después de la desaparición del Padre Rolando en el bosque, David y Mukoki permanecieron dos o tres minutos sin moverse, pues estaban asombrados y hasta, algo aturridos por la transformación que acababan de observar en el desencajado rostro del misionero, así como perplejos por su extraña voz y la vacilación de sus pasos cuando se alejó de ellos; por eso se miraron, deseosos de verle salir de entre las sombras del bosque. Sus últimas palabras fueron pronunciadas con metálica dureza y su efecto fue, en cierto modo, aterrador. “No se rezará en su tumba”. ¿Por qué? Tal pregunta estaba en los brillantes y estrechos ojos de Mukoki mientras miraba hacia los negros abetos, así como también en los labios de David cuando se volvió a mirar al indio. No se rezaría por Tavish. David se quedó muy impresionado y, de pronto, interrumpiendo el silencio de un modo siniestro, resonó una exclamación del indio, como sí, de repente, hubiese comprendido. Señaló al muerto y abriendo mucho los ojos, añadió:

—Tavish... un gran diablo. *Mon Père* no reza oraciones. *Mey-oo!*

Y sonrió triunfante al recordar que durante todos aquellos meses había dicho a su amo que Tavish era un diablo y qué su cabaña estaba llena de pequeños demonios.

—*Mey-oo!* —gritó otra vez con voz más fuerte—. ¡Un diablo!

Y con rápido y vengativo movimiento, se acercó a Tavish, lo cogió por un pie que calzaba abarca y con gran horror, por parte de David, lo arrojó con ferocidad a la tumba.

—¡Un diablo! —gritó de nuevo.

Y como un loco empezó a arrojar paletadas de tierra helada sobre el cadáver.

David se volvió, muy impresionado por el golpe que dio el cadáver y por el ruido de los terrones al caer sobre su cara; pues pudo contemplarla por última vez y vio que estaba de manera como si sonriese, fijando la mirada en las estrellas. El miedo le siguió hasta el interior de la cabaña. Llenó la estufa y se sentó para esperar al Padre Rolando.

Tuvo que aguardar bastante rato. Oyó como Mukoki se alejaba. Los ratones empezaron a correr a su alrededor. Pasó una hora y por fin oyó un ruido en la puerta, semejante al de unas garras al arañar la madera, y después percibió un débil gemido. Abrió despacio la puerta y junto al umbral vio a *Bari*. Al mediodía le había dado dos pescados, de modo que no era el hambre la que le obligó a acercarse a la cabaña; algún instinto misterioso le dio a entender que David estaba solo. Deseaba entrar y su anhelo brillaba en sus ojos mientras estaba allí, con las patas rígidas, a la luz de la Luna. David extendió una mano para invitarle a entrar, pero en aquel momento se

oyeron unos pies que hollaban la nieve. *Bari*, entonces, cual sombra gris, y rápida como el viento, desapareció sin que David pudiese casi darse cuenta del momento en que se desvaneció. Entonces se vio frente a frente con el Padre Rolando. Se metió en la cabaña para dejarle paso, sin pronunciar una palabra, y el misionero entró. Estaba sonriente y se había serenado bastante. Se quitó los guantes y se frotó las manos ante el fuego, haciendo un esfuerzo por demostrar alegría; pero en sus movimientos se advertía algo forzado, y era también evidente que luchaba de un modo terrible para contenerse. Era como si, en vez de una sola hora, hubiese pasado largos días en gran angustia mental. Sus ojos ardían con el apagado brillo de la fiebre; tenía los hombros caídos, cual si ya no le fuese posible mantenerlos erguidos; se estremecía, y David pudo observar todos estos pormenores mientras el misionero sonreía y se frotaba las manos.

—Es curioso observar que eso me haya afectado tanto, David —dijo disculpándose—. Mi debilidad es casi increíble. He visto la muerte muchas veces, pero no me sentiría con fuerzas para volver a contemplar el rostro de ese Tavish. Es increíble, pero tampoco se puede negar. Tengo el mayor deseo de alejarme. Pronto vendrá Mukoki con los perros. El pobre dice que ese Tavish era un diablo. Tal vez tenga razón. Por lo menos era un hombre muy extraño. Será preciso que nos esforcemos en olvidar esta noche. Ha sido para usted una mala iniciación en las tierras del Norte. Debemos olvidar. Procuraremos no acordarnos más de Tavish. —Y como si hubiese omitido un hecho de alguna importancia, añadió—: Antes de marcharnos me arrodillaré junto a su tumba.

—Si hubiese esperado... —dijo David sin apenas darse cuenta de que estaba hablando—. Si hubiese esperado tan sólo hasta mañana o hasta pasado mañana...

—En efecto; si hubiese esperado...

El misionero entornó los ojos. David oyó el ruido que produjeron sus mandíbulas al cerrarse cuando inclinaba la cabeza, de modo que su rostro quedó oculto.

—Si hubiese esperado... —repitió después de David—. Si hubiese esperado...

Y extendió los dedos ante la estufa, abiertos como las varillas de un abanico. Luego los cerró lentamente, cual si estuviese cerrando con fuerza la garganta de alguien.

—Tengo amigos en la región que él abandonó —consiguió decir David— y esperaba que hubiese podido darme alguna noticia suya. Sin duda los conocía u oyó hablar de ellos.

—Con toda seguridad —dijo el misionero con los ojos aún fijos en la parte superior de la estufa y abriendo la mano con tanta lentitud como la cerrara—. Pero está muerto.

Estas palabras zanjaban de un modo definitivo el asunto y levantó la cabeza para mirar a David.

—Muerto —repitió— y enterrado. Ni siquiera podemos ahora adivinar lo que habría dicho. Como ya le dije una vez, David, no soy católico ni tampoco pertenezco

a la Iglesia Anglicana o a otra religión que tenga nombre y, sin embargo, acepté un poco de cada una de ellas en mi propio credo. Un misionero errante, y precisamente por serlo, debe olvidar, en cierto modo, sus propias convicciones, profundamente grabadas en el fondo de su alma, y aceptar con indulgencia todos los artículos de la fe cristiana; y sobre todas las demás hay una ley que jamás debe violar: no ha de escudriñar en el pasado de los muertos ni publicar o divulgar los secretos de los vivos. Olvidemos a Tavish.

Sus palabras resonaron como un toque de difuntos en el corazón de David. Si esperó que el Padre Rolando le dijera, al fin, algo más acerca de Tavish, era preciso perder tal esperanza. El misionero hablaba con voz casi cariñosa, y acercándose a David le puso una mano en el hombro, del mismo modo como pudiera haber hecho un padre con su hijo. En aquel momento se situó fuera del alcance de toda pregunta de David. Con ojos y manos que daban a entender un profundo afecto, levantó una barrera entre ambos, tan inviolable como la ley de su credo, que acababa de mencionar. Y gracias a eso, entre ellos existió una comprensión más completa.

David se alegró de oír la voz de Mukoki y el ruido que armaban los perros que venían a interrumpirles. Reunieron presurosos las pocas cosas que llevaron al interior de la cabaña y de nuevo las cargaron en el trineo. David no volvió a entrar en la vivienda, sino que se quedó con los perros, junto a los primeros árboles del claro, en tanto que el Padre Rolando hacía su prometida visita a la tumba. Mukoki le siguió, y mientras el misionero se hallaba junto al oscuro montón de tierra que se alzaba en la nieve, el indio se destacaba como una sombra en el interior de la cabaña, donde aún ardía la luz. Luego observó que el Padre Rolando se arrodillaba, y un momento después el indio salía tranquilamente de la cabaña y, sin mirar hacia atrás, se acercó a los perros. Los dos hombres se quedaron esperando.

Sobre la tumba de Tavish, el Padre Rolando movía los labios; de su boca surgieron extrañas palabras en voz baja y firme, que apenas eran algo más que un murmullo:

—... y doy gracias a Dios de que no me lo dijeras antes de morir, Tavish. Doy gracias a Dios por eso, porque si lo hubieses hecho... con seguridad yo te habría matado.

Cuando volvió junto a sus compañeros, David observó que en el interior de la cabaña aumentaba ligeramente la luz, como si la lámpara estuviese a punto de apagarse. Los tres se pusieron el calzado para la nieve, y una vez Mukoki hubo emprendido la marcha al frente de los perros, se hundieron en el bosque alumbrado por la Luna.

Media hora más tarde se detuvieron en la cima de otra cresta. El indio miró hacia atrás y señaló con la mano, dando un grito de satisfacción. Donde estuvo la cabaña había un haz de rojas llamas que llegaban a mayor altura que las copas de los árboles. Entonces comprendió David el significado del aumento de luz que notara: Mukoki había derramado el petróleo de Tavish y le aplicó un fósforo a fin de que los

pequeños diablos siguieran a su amo al negro abismo en que se había hundido. Y a David le pareció oír los chillidos de agonía de los animales favoritos de Tavish.

Mukoki marcó el rumbo directo hacia el Norte, a través del resplandor de la Luna, que alumbraba su camino, y a veces iba tan aprisa que el misionero le ordenó acortar el paso a causa de David. Pero éste no pensaba en detenerse, pues no deseaba hacerlo mientras su camino estuviese alumbrado de aquel modo. Parecíale que el mundo era entonces más brillante y la penumbra del bosque menos triste a medida que se alejaban de aquel maldito valle que sirviera de vivienda a Tavish. Por fin la Luna empezó a enturbiarse como lámpara a la que se le acababa el aceite y la oscuridad se extendió sobre ellos, cual si fuese un par de enormes alas. Y a las dos de la madrugada acamparon y encendieron una hoguera.

Así, día tras día, continuaron en dirección al Norte. Al terminar el décimo día, o sea el sexto después de abandonar la cabaña de Tavish, a David le pareció no ser ya un forastero en el país de las grandes nevadas. No dijo nada de esto al Padre Rolando, porque expresar tal idea a una persona que había pasado allí toda su vida, le parecía casi una imbecilidad. ¡Diez días! Esto era todo, pero habrían podido ser de igual modo diez meses o diez años y el resultado fuera el mismo, porque se sentía cambiado por completo. Y no se refería a su estado físico al pensar así. No pasaba un solo día sin que el Padre Rolando dejara de señalarle algún nuevo triunfo alcanzado. Sus miembros eran casi tan infatigables como los del misionero; se daba cuenta de que aumentaba de peso y era ya capaz de derribar un árbol a hachazos sin perder el aliento, Sus compañeros podían apreciar todo eso. Su apetito era voraz, sus ojos agudos y sus manos firmes, de tal manera que hacía espléndidas prácticas tirando con el rifle y con la pistola y cada día, cuando el misionero insistía en utilizar los guantes de boxeo, más difícil le resultaba contenerse. “No tan fuerte. David”, le avisaba con frecuencia el Padre Rolando. Y Mukoki, que le observaba, ya no sonreía como la vez primera, sino que, por el contrario, había en su rostro una mirada de ansiedad. Cuanto más pegaba David al misionero, mayor era la expresión de triunfo de este último.

—Ya le dije lo qué haría por usted este país del Norte —solía repetir entusiasmado—. Ya se lo dije.

Una vez David estuvo a punto de comunicarle que tan sólo veía quizá la décima parte de lo que había hecho en su obsequio, pero la antigua vergüenza le contuvo la lengua. No quería volver a hablar de aquella historia. El hecho de que hubiese existido, exteriorizándose en forma de pasión humana, era uno de los recuerdos que le humillaban todavía. Parecíase a una cicatriz que tuviese en su cuerpo, a una llaga repulsiva que quería ocultar a la vista de los demás, incluso a los ojos del hombre que fue su salvación. Y a medida que mejoraba físicamente, aumentaba también la repugnancia que aquel recuerdo le producía; y si al terminar aquellos diez días el Padre Rolando le hubiese hablado de la mujer que le hizo traición y que fue su

esposa, él se habría apresurado a cambiar de conversación con la misma energía del misionero cuando quiso seguir hablándole de Tavish. Ésta era, tal vez, la mejor prueba de que se había extirpado el cáncer que tenía en el pecho. La Diosa Dorada, a quien juzgó un ángel, estaba ya despojada de toda su gloria. Si en aquella habitación se hubiese arrepentido, si hubiese mostrado miedo o dado una ligera prueba de sufrimiento mental, él no se habría sentido tan seguro de sí mismo. Pero en vez de eso se echó a reír. Como Tavish, era un verdadero diablo. Pensaba ya en su belleza como se piensa en una flor ponzoñosa. Sin pensarlo tocó una vez una flor venenosa, magnífica, blanca y bella, y esto le produjo una erupción pustulosa en la mano. Ella era igual, es decir, venenosa y traidora; una mujer con tan poca alma como poco perfume tenía aquella flor. Y habría dado cualquier cosa a cambio de que el Padre Rolando hubiese advertido esta transformación en él, así como el recuerdo que de ella tenía.

Mientras experimentaba esta variación de sentimientos, observó una curiosa mudanza en el Padre Rolando. A veces, y a partir de la noche en que dejara atrás la cabaña de Tavish, el misionero parecía luchar bajo el peso de una profunda y melancólica opresión. Una o dos veces, a la luz de la hoguera, David se figuró que estaba enfermo y notó que su semblante se ponía pálido y parecía envejecer. Pero siempre, tras aquellos ataques de melancolía, llegaba la reacción y durante horas enteras el misionero tenía el aspecto de un hombre sobre quien acaba de caer una gran felicidad. A medida que pasaban los días y las noches, los períodos de depresión eran más cortos y menos frecuentes, y por fin el Padre Rolando los evitó del todo, como si después de sostener una lucha enorme hubiese alcanzado la victoria. Había un nuevo brillo en sus ojos. David se preguntaba si sería una ilusión de su imaginación al creer que las arrugas de la cara del misionero no eran tan profundas, que andaba más erguido y que, a veces, había en su voz una nota más intensa y vibrante, que nunca había oído hasta entonces.

Durante aquellos días David se esforzaba en convencerse de que no existía ninguna combinación razonable de las circunstancias, que pudiese haber asociado a Tavish con la joven cuyo retrato guardaba en un bolsillo de su traje. Lo logró en cierto modo; también trató de dissociar la cara del retrato de una personalidad viva. Pero en eso fracasó. El retrato se convertía para él cada vez más en una cosa viviente. Hallaba gran consuelo en su posesión y decidió guardar el retrato y aquel dulce rostro que parecía siempre dispuesto a dirigirle la palabra, para llevarlo a todas partes a donde fuese, a modo de guía y compañero. Observó que en las horas en que le oprimía la oscuridad y la inutilidad de su vida, aquel rostro le daba esperanzas y le permitía contemplar una luz nueva. Cesó de considerar la fotografía como un retrato, y una noche, hablando casi en voz alta consigo mismo, llamó hermanita a la joven. A partir de aquel momento tuvo la impresión de que estaba más cerca de él. Sin darse cuenta, su mano tomó el hábito de dirigirse de vez en cuando al bolsillo en que guardaba la fotografía, a fin de cerciorarse de que continuaba allí. Antes que confiar

todo eso a otra persona habría sido capaz de soportar sufrimientos físicos; pero, en cambio, refirió a *Bari* el pensamiento secreto que iba penetrando en su corazón. El perro solía ya llegar al campamento, pero no antes de que estuviesen acostados el misionero y Mukoki. Entonces se arrastraba hasta los pies de David y se quedaba allí inmóvil, sin hacer caso de los demás perros y sin deseo de molestarlos. Allí estaba en la décima noche, mirando con fijeza a David con sus ojos enrojecidos, y preguntándose qué sería lo que su amo sostenía en sus manos. Y David, separando la mirada de los labios y de los ojos de la joven, que parecían temblar a la luz de la llama, miró a *Bari*; en sus ojos inyectados en sangre vio expresada la fe inconmensurable de un esclavo que adora a su amo. Entonces comprendió que el perro no le abandonaría nunca. Y la joven que le miraba con tanta fijeza como *Bari* tampoco le dejaría. Esta idea le produjo considerable emoción. Se inclinó sobre el perro y con voz temblorosa murmuró:

—Algún día, muchacho, iremos a buscarla.

Bari se estremeció de júbilo. La voz de David, queda como era entonces, le parecía una caricia y gimió con suavidad mientras se acercaba unos centímetros más a los pies de su amo.

Aquella noche el Padre Rolando estuvo inquieto. Horas más tarde, cuando se había envuelto en sus mantas y se hallaba muy cómodo y caliente, David le oyó ponerse en pie y le observó mientras reunía los tizones medio apagados del fuego y añadía alguna leña a la hoguera. El lienzo que cubría la puerta de la tienda estaba un poco inclinado hacia atrás, de manera que pudo verle muy bien. Seguramente no eran más de las doce de la noche. El misionero estaba vestido por completo, y cuando la hoguera empezó a arder de nuevo iluminó su rostro con tonos rojizos, de modo que David observó en él cierta expresión juvenil. No adivinó lo que mantendría despierto al misionero, hasta que, más tarde, le oyó andar entre los perros; poco tardó en oír su voz queda y entusiasmada, del mismo modo como lo estuvo su rostro juvenil diciendo: “Mañana estaremos en casa, muchachos, *¡en casa!*”. Y estas palabras resonaban de un modo muy raro en los oídos de David, que se hallaba a trescientas millas de los lugares civilizados. Y hasta le pareció oír que los perros se revolvían en la nieve y el roce satisfecho de las manos de su amo.

Aquella noche el Padre Rolando no volvió a la tienda, David se durmió, pero le despertaron a la hora de desayunar, o sea a las tres de la madrugada, de manera que emprendieron el camino antes de amanecer. Durante toda la oscuridad de la madrugada, Mukoki guió a la pequeña caravana con la seguridad propia de una zorra, porque entonces estaba ya en un terreno que conocía muy bien. Al llegar la aurora con su promesa de luz solar, David le preguntó si sus compañeros, tanto hombres como perros, se habían vuelto locos. Aún no había experimentado el goce de la alegría que produce en el Norte el llegar a casa, ni tampoco hubiera creído posible que el rostro de Mukoki pudiese expresar tanto júbilo. El indio, cuando asomaron por el bosque los primeros rayos del sol, empezó a cantar en voz baja, aunque no tardó en

hacerlo con mayor fuerza. Y mientras cantaba llevaba el compás de un modo raro. No disminuía su paso, sino que continuó sin parar hacia delante y, de pronto, el misionero se unió a su canto con voz que parecía el toque de un clarín. Y para el oído de David había algo conocido en aquella canción que se difundía en el aire de la mañana:

*“Pa sho ke non ze koon,
Ta ba nin ga,
Ah no go suh nuh guk,
Na quash kuh mon;
Na guh mo yah nin koo,
Pa sho ke non ze koon,
Pa sho ke non ze koon,
Ta ba nin go”*

—¿Qué es esto? —preguntó cuando el Padre Rolando empezó a andar a su lado sonriendo y respirando profundamente—. Parece un rompecabezas chino y, sin embargo...

El misionero se echó a reír. Mientras tanto Mukoki había terminado la segunda copla.

—Hace veinte años, cuando conocí a Mukoki, no quería cantar nada más que leyendas indias, que se acompañaba en el tantán —explicó—. Pero desde que está a mi lado ha adquirido la afición a cantar himnos. Y eso que acaba usted de oír es el titulado: “Más cerca de Ti, Dios mío”.

Mukoki respiró a fondo y renovó el canto.

—Éste es su favorito —añadió el Padre Rolando—. A veces, cuando está solo, es capaz de cantarlo horas enteras. Y si yo le hago coro se pone alegre a más no poder. Es “Desde las montañas heladas de Groenlandia”.

*“Ke wa de noong a yah jig,
Kuh ya ’gewh wah bun oong,
E gewh an duh nuh ke pig,
E we de ke zhah tag,
Kuh ya puh duh ke woo waud
Palm e nuh sah wunzh eeg,
Ke nun doo me goo nah nig
Che shuh wa ne mung wah”.*

Al principio David sintió deseos de reírse al oír el cántico del indio y el grotesco movimiento de sus manos y de sus brazos, parecidos a dos palancas de bomba en su movimiento rítmico y lento, mientras marcaba el compás. Pero tal deseo no volvió a sentirlo durante aquel día. Recordó que, muchos años atrás, había oído a su madre

cantar aquellos himnos antiguos, en la época de su infancia. Parecía ver aún el antiguo armonio con sus teclas amarillentas y el viejo libro de himnos que su madre estimaba casi tanto como la Biblia; y creyó oír otra vez la voz dulce y temblorosa entonar aquellos suaves cánticos como inolvidables bendiciones, los mismos que Mukoki y el misionero cantaban ahora, a más de un millar de millas de distancia. De esto hacía mucho tiempo, mucho. Su madre había muerto ya y él casi había envejecido a su vez. ¡Treinta y ocho años! Y entonces tenía nueve tan sólo. Iba con las piernecillas al aire, el cabello rizado, y adoraba a su madre, cosa que suavizó sus sentimientos y tal vez entristeció su vida entera. De aquello hacía muchísimo tiempo. Pero si se olvidó de otras cosas, en cambio siguió recordando los cánticos. No tenía duda de que las que entonaba su madre debían de conocerse en todo el mundo. Empezó a cantarlos en cuanto pudo reconocer la tonada y su voz resonaba de un modo muy raro y poco real en sus propios oídos, porque había pasado ya mucho tiempo desde los días de su infancia y no había vuelto a cantar aquellos himnos desde que lo hiciera en compañía de su madre.

Oscurecía ya cuando llegaron a la casa del misionero, situada junto al Lago de Dios. Era casi un *chateau*, según pensó David al verlo; estaba construido con troncos de árbol macizos. Más allá había otra construcción algo menor, también de troncos, y hacia ella se encaminó Mukoki en compañía de los perros que arrastraban el trineo. Oyó los gritos de bienvenida de la familia del indio y el excitado ladrar de los perros mientras él seguía al Padre Rolando al interior de la enorme cabaña. Estaba alumbrada y caliente. Era evidente que alguien la preparó para el regreso del misionero. Penetraron en una grande estancia y a la primera mirada David observó que tenía tres puertas: dos de ellas abiertas y la tercera cerrada. La voz del Padre Rolando fue casi un sollozo cuando abrió los brazos y dijo a David:

—Estamos en casa, David... En su propia casa.

Se quitó el abrigo, el gorro, las abarcas y los gruesos calcetines alemanes, y cuando volvió a hablar a David y le miró, sus ojos tenían un brillo misterioso y sus palabras temblaban de contenida emoción.

—Ya me perdonará usted, David. Excuse mi debilidad y considérese en su propia casa... en tanto que yo voy solo a pasar unos minutos... en... dentro de esa estancia.

Abandonó el asiento que había utilizado para quitarse el calzado y se volvió hacia la puerta cerrada. En cuanto hubo hablado pareció olvidar a David, pues empezó a andar despacio, respirando con apresuramiento, y al llegar ante la puerta sacó una gruesa llave de su bolsillo. Abrió la cerradura y, como el interior estaba oscuro, David no pudo ver cosa alguna mientras entraba el misionero. Sé quedó durante muchos minutos sentado en el mismo lugar en que lo dejara el Padre Rolando, sin dejar de mirar a la puerta.

“Un hombre raro, muy raro”, dijo Thoreau. Sí. Era un hombre raro. ¿Qué habría

en aquella habitación? ¿Cómo se explicaba aquel extraño silencio? Hubo un momento en que se figuró haber oído un leve sollozo. Permaneció sentado durante diez minutos, esperando. Y luego, muy débilmente al principio, como un quejido del viento al atravesar a gran distancia las copas de los árboles, que poco a poco se acerca cada vez más, creciendo en intensidad, llegó hasta él, y desde el otro lado de la cerrada puerta, la suave y apagada música de un violín.

Capítulo XIV

En los días y semanas siguientes, aquella habitación de la puerta cerrada, y lo que contenía, fueron para David el gran misterio de la vida del Padre Rolando. Estaba seguro de que allí se hallaba la clave de algún suceso tremendo de su vida, de un enorme secreto que escondía al humano conocimiento, a excepción, tal vez, de Mukoki que lo compartía. Algunas veces David lo creía así y mucho más después del día en que, con el mayor cuidado, sin apresuramiento y en buen inglés, según, sin duda, le enseñó a contestar el misionero, el indio le dijo:

—Nadie entra en aquella habitación, *m'sieu*. Y nadie ha visto tampoco el violín de *mon Père*.

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja y monótona, que carecía de énfasis y de emoción, y David quedó convencido de que el misionero las había dictado a fin de no verse él mismo en la necesidad de hablar del asunto. A partir de la noche de la llegada ya no volvió a disculparse por sus visitas a la habitación, ni tampoco explicó la razón de que estuviese siempre cerrada la puerta o el porqué se encerraba por dentro, de un modo invariable, cada vez que entraba allí. Todas las noches, en cuanto llegaban a casa, desaparecía en aquella habitación y abría la puerta únicamente lo necesario para dar paso a su cuerpo; algunas veces permanecía allí tres o cuatro minutos y otras durante un rato mucho más largo. Por lo menos una vez al día, y por lo general por las tardes, tocaba el violín. Siempre era la misma pieza. Nunca había la más pequeña variación y David creyó no haberla oído nunca con anterioridad. Y si en aquellos momentos ocurría que Mukoki estuviese en el *Chateau*, según el nombre que el Padre Rolando daba a su vivienda, se sentaba y se quedaba como embelesado y sin respirar apenas, hasta que había cesado la música. Y cuando el misionero salía de aquella estancia misteriosa daba la impresión de que tuviera el rostro rodeado por un halo. En todo aquello tan sólo había una excepción observada por David: jamás estaba abierta la puerta cuando había visita. Nadie más que él mismo y Mukoki habían oído el violín y este pormenor le dio a entender la profunda fe y el afecto del misionero. Una noche el Padre Rolando salió de la estancia con el semblante resplandeciente de extraña felicidad, que le sobrevino allí dentro, y apoyando las manos en los hombros de David le dijo con voz que expresaba al mismo tiempo un deseo ferviente y la seguridad de que no podría alcanzarlo:

—Me gustaría que se quedase usted a vivir siempre conmigo, David. No sabe usted cuán joven y cuán feliz me ha hecho el tener un hijo.

En David, en cambio, crecía, aunque el Padre Rolando no lo advirtió durante bastante tiempo, una extraña e insistente inquietud. Corría por su sangre como una

cosa viva cuantas veces contemplaba el rostro de la joven. Sentía la necesidad de ir a buscarla.

Y, sin embargo, la vida en el *Chateau*, después de las dos primeras semanas, no tenía nada de aburrida ni de monótona. Hallábanse en el corazón de la región de la caza. A cuarenta millas al Norte había un puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson y en él se hallaba un ministro ordenado de la Iglesia Anglicana. Pero el Padre Rolando pertenecía tan sólo al pueblo de los bosques. Sus habitantes eran sus hijos, que estaban diseminados en sus cabañas y en sus bosques y en una extensión de diez mil millas cuadradas, estando el *Chateau* aproximadamente en su centro. En la primera quincena el Padre Rolando fue sin cesar de un lado a otro y David lo acompañaba siempre. Los indios le adoraban y los cuarterones y mestizos, así como también los escasos franceses que allí había, le llamaban *Mon Père* casi con el mismo tono que usaban en sus oraciones.

Aquella gente que se dedicaba a cazar con trampas fue una revelación para David. Eran semisalvajes, vivían de un modo primitivo y, sin embargo, reverenciaban a una divinidad con un convencimiento que le asombró. Y morían. Esto era lo más trágico. Se morían... con demasiada facilidad. Después de algún tiempo pudo comprender el porqué una comarca diez veces más grande que el Estado de Ohio tenía en conjunto una población de menos de veinticinco mil almas, es decir, lo que constituye una ciudad regular. Llevaban los cinturones demasiado apretados, tanto los hombres como las mujeres y los niños. A eso se debía todo. El Padre Rolando se lo hizo notar. Demasiada hambre durante los largos y terribles meses del invierno, cuando, para conservar unidos el cuerpo y el alma, ponían trampas a los animales de hermosa piel en beneficio del lujo bárbaro de las grandes ciudades, de la Tierra. El hambre era espantosa y continua durante todo el invierno, hambre que necesitaba algo más que carne, que penetraba hasta los huesos e invadía los ojos, los brazos y las piernas, es decir, un hambre que acarrea primero la enfermedad y luego la muerte.

Aquel invierno vio a hombres y mujeres adultos morir del sarampión con tanta facilidad como si fuesen moscas que hubieran devorado veneno. Hallábase en casa de Metoosin, a sesenta millas hacia el Oeste del *Chateau*, cuando aquél regresó a su cabaña con provisiones procedentes de un Puesto. Metoosin llevó a él pieles de lince, de marta y de visón que se venderían al año siguiente en Londres y en París por mil dólares y, en cambio, no recibió más que algunas latitas de vegetales en conserva, de cincuenta centavos cada una, un poco de harina a razón de cuarenta centavos la libra, un trozo de tejido barato que le hicieron pagar al precio de magnífica seda, un puñado de té y un poco de tabaco. Y con todo eso era feliz. El trabajo de media estación de caza se lo comerían él y su familia en una semana, eso suponiendo que se atreviesen a comer lo que necesitaban.

—Y a pesar de ello siempre están entrampados en los Puestos —dijo el misionero con acento de tristeza y mientras se acentuaban las arrugas de su rostro.

Sin embargo, David no podía menos que sentir cada vez más la emoción, la

fascinación y, a pesar de sus penalidades, la recompensa de aquella vida de la que formaba parte. Por vez primera en su vida percibió con claridad la apreciación elemental de las riquezas, de la satisfacción y de la ambición, todo lo cual veía ahora desnudo a sus ojos, juntamente con otras muchas cosas que hasta entonces no comprendió o en su ceguera no pudo ver en la vida que acababa de abandonar. Metoosin, con el pequeño tesoro de provisiones que trajo del Puesto, ignoraba que era pobre y que durante muchos largos años se había estado muriendo de hambre. ¡Era rico! ¡Era un gran cazador con trampa! Y su esposa *cree*, I-owa, que llevaba largas trenzas de cabello brillante y que tenía ojos muy grandes y muy oscuros, estaba en extremo orgullosa de su señor, que acababa de llevar a casa, para ella y para los niños, tal riqueza de cosas... un poco de harina, unas latas de conserva..., unos metros de tela y una pequeña cinta de color vivo. David creyó no poder tragar bocado cuando cenó con ellos aquella noche. Pero la familia era feliz. Esto, en definitiva, era la recompensa de las cosas, aunque la gente se muriese lentamente de algo que no podía llegar a comprender. Y en los dominios del Padre Rolando había muchos Metoosin y muchas I-owa que tan sólo pedían al cielo tener lo bastante para comer, ropas con que cubrirse y el amor inquebrantable de sus hogares. Y a medida que pasaban las semanas, David pensaba cada vez más en ellos, considerándolos los hombres y las mujeres más terriblemente esclavizados entre todos los esclavos de la civilización... esclavos de mujeres vanidosas y civilizadas; y eso porque tal situación duraba desde hacía algunos siglos y continuaría igual durante otras generaciones, pues seguirían entregando a la Gran Compañía su sangre y su vida que, en resumidas cuentas, tan sólo costaba una pequeña limosna anual de alimento que, en los casos de necesidad, no bastaba para conservar unidos el cuerpo y el alma.

En cuanto hubo comprendido estas cosas, David se dio cuenta del gran apostolado del Padre Rolando. En aquel reino suyo, que tenía aproximadamente mil quinientas millas en cualquier dirección a partir del *Chateau*, a excepción del Norte, en donde estaba el Puesto, había doscientos cuarenta y siete hombres, mujeres y niños. El misionero tenía anotados en un gran libro sus nombres, edades, su sangre y el lugar en que vivían; ellos, en cambio, le adoraban como ningún otro hombre se vio adorado de cuantos vivieron en el enorme país de ciudades y pueblos más abajo de las Tierras Altas. En toda tienda o cabaña que visitaran siempre hallaban una prueba de afecto que esperaba al Padre Rolando: aquí una piel magnífica, en otro lugar un par de abarcas, unas raquetas que una pobre india pasó varias semanas en hacer, bocados escogidos de carne; pero casi siempre, durante su viaje iban recogiendo gruesas pieles de animales; y tampoco iban a ninguna casa donde el misionero no regalase algo en cambio, que solía ser algún artículo de vestir tan grueso y caliente que ningún indio era lo bastante rico para comprarlo en el Puesto. Por dos veces durante cada invierno, el Padre Rolando enviaba a Thoreau un gran trineo cargado de los regalos de su gente, y Thoreau, después de venderlos, mandaba un trineo mucho mayor, lleno de cosas necesarias que iban a parar, gracias a este cambio, a las cabañas y a las tiendas

de los habitantes del bosque.

—¡Sí yo fuese rico...! —exclamó una noche el Padre Rolando en el *Chateau*, mientras en el exterior se desarrollaba una tempestad—. Pero no tengo nada, David. No puedo llevar a cabo ni siquiera la décima parte de lo que quisiera hacer. En esta región no hay más que ochenta familias y he calculado que cien dólares por familia, gastados allí y no en el Puesto, serían bastante para que pasaran cómodamente el invierno más largo y más duro. Cien dólares en Winnipeg bastarían para comprar tanto como obtendría un trampero indio en el Puesto a cambio de pieles por valor de mil dólares, y tenga usted en cuenta que quinientos dólares en una estación se considera algo estupendo. Es terrible, pero ¿qué puedo hacer yo? No me atrevo a comprarles las pieles y venderlas por cuenta de mis amigos, porque la Compañía los pondría a todos ellos en la lista negra y al final sobrevendría una calamidad. Pero si tuviese dinero... si pudiese hacerlo con mis propios medios...

David había estado pensando en eso. En las últimas nieves de enero fueron dos trineos en dirección a casa de Thoreau en vez de uno solo; Mukoki se encargó de ellos y en ello David empleó casi la mitad de lo que se trajo consigo, o sea mil quinientos dólares en bonos al portador.

—Si vivo les haré un regalo de Navidad de un valor doble a éste todos los años —dijo—. Puedo permitirme esta satisfacción. Además me resultará muy grato y estoy seguro de que, de vez en cuando, volveré a este país a hacerle una visita.

Fue la primera vez en que dio a entender que no se quedaría indefinidamente en compañía del misionero, pues habíase desarrollado en él la convicción de que no estaba lejano el día en que le dejaría. Hasta entonces la había guardado para sí mismo y aun luchó contra aquel deseo. Y es curioso señalar que lo sentía con más fuerza cuando el Padre Rolando se hallaba en la habitación misteriosa, tocando el violín con gran suavidad. David no mencionaba aquella habitación y fingía la mayor indiferencia con respecto a su existencia. Y, sin embargo, a pesar de sí mismo, aquel misterio le obsesionaba. Algo en su interior parecía invitarle a entrar, como si fuese un espíritu encadenado allí por el misionero que deseara la libertad. Una noche volvieron al *Chateau* a través de una ventisca, desde la cabaña de un mestizo cuya esposa estaba enferma, y, después de cenar, el misionero se metió en la habitación misteriosa. Tocó el violín como de costumbre, pero luego reinó largo silencio. Cuando salió el Padre Rolando se sentó frente a David y, ante la mesita llena de libros, éste tuvo un sobresalto, pues vio en el hombro del misionero, brillante a la luz de la lámpara, como un hilo de seda, un largo y negro cabello, sin duda perteneciente a una mujer. Haciendo un esfuerzo, David contuvo la palabra de asombro que estuvo a punto de pronunciar, y con objeto de disimular empezó a hojear un libro con rapidez. De pronto el misionero descubrió también aquel cabello, y David oyó un rápido suspiro. Sin levantar los ojos vio el lento y disimulado movimiento de los dedos de su compañero mientras quitaba el cabello de su brazo y de su hombro, de modo que cuando levantó la cabeza aquél ya no se hallaba en el mismo sitio. En

cambio pudo notar que una de las manos del Padre Rolando estaba cerrada con tanta fuerza que las venas quedaban claramente señaladas. Se levantó y de nuevo volvió a entrar en la habitación misteriosa. El corazón de David latía con gran violencia. No podía explicarse el extraño efecto que en él produjo aquel incidente y más que nunca deseó visitar la estancia que había al otro lado de la cerrada puerta.

Febrero, la Luna de Hambre, de aquel año fue un mes de grandes tormentas en el país del Norte. Eso acarreaba numerosas enfermedades y obligaba al Padre Rolando a viajar sin descanso. Él y David estaban yendo constantemente de un lado a otro y las penalidades que tuvieron que sufrir dieron los últimos toques a la educación de David. La soledad, enorme y absoluta, ya no le daba ningún miedo. Había pasado las más fuertes y violentas tempestades; más de una vez durmió sobre gruesa capa de nieve, bien envuelto en sus mantas; siguió al misionero en las más negras noches, cuando parecía que ningún ser humano podría reconocer el camino, y también muchas veces pudo contemplar la muerte. Una vez fueron a ver sus efectos a través de una ventisca nocturna y en otra ocasión visitaron a una pobre familia en la que había tres víctimas, y a tan remota distancia, hacia el Oeste, que la cabaña en cuestión se hallaba mucho más allá de las pistas recorridas por el Padre Rolando. Y de nuevo vio la muerte en el rostro virginal de una muchacha francesa que murió oprimiendo una cruz sobre su pecho. El blanco rostro de aquella joven, dulce como el de una niña, y en extremo hermoso, aun en la muerte, fue lo que más conmovió a David. Debía de tener más o menos la edad de la joven cuya fotografía llevaba junto a su corazón.

Poco después de eso, es decir, en los primeros días de marzo, tomó una firme decisión. Ya no había razón para no continuar el viaje. Físicamente estaba preparado. Los tres meses pasados allí le habían endurecido, convirtiéndole casi en piedra. Estaba persuadido de que había recobrado con exceso el peso que antes tenía. Aventajaba al Padre Rolando con el rifle o con la pistola y un día recorrió cuarenta millas con su calzado especial para la nieve. Fue el día en que llegaron a tiempo para salvar la vida de la niña de Juan Croisset, que vivía más allá de Big Thunder. El enloquecido padre corría como un loco, pero ellos no se quedaron atrás. Y llegaron con la mayor oportunidad. No había un momento que perder. Después de eso, Croisset y su esposa mestiza habrían sido capaces de perder la vida por el Padre Rolando y por David. El pueblo de los bosques había empezado a aceptar a éste como parte integrante del Padre Rolando; cada vez era mayor el afecto y la alegría que le demostraban; así como la pena en cuanto se alejaba, y eso le producía una satisfacción especial que jamás experimentara en la ciudad. Estaba persuadido de que algún día volvería a visitarles y de que en el curso de su vida pasaría bastante tiempo con ellos. Así se lo aseguró al Padre Rolando.

El misionero no le preguntó mucho acerca de “sus amigos” de las montañas del Oeste. Pero todas las noches le ayudaba a fijar su ruta en los mapas que tenía en el *Chateau* y le daba gran número de pormenores que David anotaba en un cuaderno;

también le entregó cartas para algunos buenos amigos suyos que encontraría en el camino. En cuanto cayeron las últimas nevadas y se acercó la hora de la partida de David, el Padre Rolando no pudo ocultar su depresión de ánimo y pasaba más largos ratos en la habitación de la puerta cerrada. Varias veces, cuando se disponía a entrar en ella, parecía quedarse indeciso, como si quisiera decir algo a David. Este, por dos veces, creyó que estuvo a punto de invitarle a entrar con él en la habitación, y al fin se convenció de que el misionero deseaba darle a conocer lo que había más allá de aquella puerta misteriosa, pero que temía decírselo o invitarle a entrar. Cuando ya estaba marzo mediado, llegó la ocasión tan inesperada por el joven, aunque de un modo tal que se quedó en extremo asombrado. El Padre Rolando salió de la estancia temprano después de haber tocado el violín. Cerró la puerta, y mientras se ponía el gorro, dijo:

—Voy a estar ausente por espacio de una hora, David. Tengo que ir a la cabaña de Mukoki.

No le invitó a que le acompañase y cuando se volvía para salir se le cayó al suelo la llave que tenía en la mano. Al caer produjo bastante ruido. Era indudable que el misionero lo oyó y que se habría apresurado a recogerla en caso de habersele caído involuntariamente. Pero no prestó la menor atención, sino que salió con rapidez y sin mirar hacia atrás.

Durante algunos minutos David se quedó mirando la llave, aunque sin moverse de su sillón inmediato a la mesa. Aquello no tenía más que un significado. El Padre Rolando le invitaba a entrar en la estancia, pero solo. Y si hubiese podido tener alguna duda, quedó destruida por el hecho de que el misionero dejó encendida la luz de la habitación. Todo aquello no podía ser un conjunto de casualidades, sino que era intencionado: la luz, la ruidosa caída de la llave y la marcha repentina del misionero. David se cercioró de todo eso antes de levantarse. Tal vez esperó cinco minutos y luego recogió la llave.

La metió en la cerradura, la hizo girar en ella y luego se quedó indeciso. Se le ocurrió la idea de que si se equivocaba, su error sería terrible, y por consiguiente se contuvo un momento. Luego, con lentitud, empujó la puerta y siguió hasta hallarse en el interior de la estancia. Lo primero que observó fue una enorme lámpara de latón, de moda antigua, traída sin duda desde Inglaterra por la Compañía, tal vez cien años atrás, y contuvo la respiración esperando que ocurriese algo amenazador. Al principio no vio nada que le causara profunda impresión, de modo que en aquella primera mirada a la estancia quedó desilusionado. No advirtió en ella nada que justificase su misterio y tampoco ninguna cosa extraña e indefinible como había esperado. Y entonces, mientras miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, comprendió la verdad de un modo repentino. Se hallaba en la habitación de una mujer. No había duda acerca de ello.

El aspecto general de la estancia era como si una mujer acabase de abandonarla poco antes. Había una cama limpia, acabada de hacer, con una colcha blanca. Sobre

aquella cama había una camisa de noche y David pudo observar que en el cuello tenía un adorno de encaje. Colgados de la pared vio varios trajes, en bastante número, y una especie de levita larga, de curiosa forma, que tenía un cuello muy grande de pieles. Había un pequeño tocador de forma extraña y antigua y en él se veían un cepillo, un peine, un acerico rojo y una serie de baratijas y pequeños objetos propios del tocador de una mujer. Cerca de la cama se veía un par de zapatos y otro de zapatillas con tacones muy altos, y en el extremo de la colcha colgaban un par de largas medias. Las paredes de la habitación estaban adornadas, como por manos de mujer, con retratos y algunos objetos artísticos. Debajo de los trajes colgados, David descubrió un par de zapatos para la nieve y unas abarcas femeninas debajo de un cuadro de la Virgen. Sobre la chimenea se veía un jarrón alto, lleno de tallos secos de flores. Entonces fue cuando hizo el descubrimiento más asombroso de todos. Había otra mesa, entre la lámpara y la cama, y estaba dispuesta para dos. Sí, *para dos*. Pero no *para tres*. Porque un poco en la sombra David descubrió una silla alta, de las que se usan para los niños, y en ella había un cuchillito, un pequeño tenedor, una cucharita y un platito de estaño, todo ello apropiado para un niño. Era asombroso y en absoluto increíble. Los ojos de David buscaron con el mayor interés una puerta por la que una mujer pudiese entrar y salir de un modo misterioso y sin ser vista. Pero no había ninguna y la única ventana de la habitación estaba tan alta que una persona, en pie, en la parte exterior, no podía ver la habitación.

Entonces comprendió que todo cuanto contemplaba era antiguo; en el *Choteau* el misionero no comía ya en platos de estaño. Los zapatos y las zapatillas debían de pertenecer a una generación anterior. La alfombra, convertida en un trapo, que tenía bajo los pies, había perdido ya sus colores vivos. La antigüedad de la estancia parecía, incluso, afectarle a él. Aquélla era la habitación de una mujer, pero su ocupante no había estado en ella desde hacía muchísimo tiempo. Y en cuanto al niño, tampoco había estado allí recientemente.

Por vez primera sus ojos examinaron con mayor atención la mesa, sobre la cual se hallaba la enorme lámpara de latón. A su lado estaba el violín del Padre Rolando. Dio uno o dos pasos para acercarse, con objeto de poder ver más allá de la lámpara, y su corazón dio un salto de sorpresa. Brillando sobre el desvaído color rojo del mantel y como si acabara de ser cortada de la cabeza de una mujer, había una larga y gruesa trenza de cabello. Era de color oscuro, negro casi, y le llamó la atención su longitud. La trenza llegaba de uno a otro extremo de la mesa y por lo menos debió de colgar hasta más abajo de las rodillas de su propietaria. En su extremo inferior estaba atada por una cinta blanca.

David empezó a retroceder hacia la puerta, agitado, al mismo tiempo, por una gran duda. ¿Habría querido, realmente, el Padre Rolando que examinase todo aquello? Sintió un nudo en la garganta, diciéndose que se había equivocado. Viose en la situación de quien ha profanado la santidad de un lugar sagrado. Había cometido un sacrilegio. El misionero no dejó caer la llave adrede. Debió de ser sin querer. Y él,

David, era culpable de una grave indiscreción.

Se retiró de la estancia y cerró la puerta. Dejó caer la llave en el mismo lugar en que la encontrara y volvió a sentarse tomando el libro que antes leía, pero ahora ya no se ensimismó en él, porque apenas podía leer las líneas impresas. Y aún no habían transcurrido diez minutos desde que salió de la estancia misteriosa, cuando oyó pasos rápidos, seguidos por una mano que se apoyó en la puerta, y el Padre Rolando entró. Estaba excitado de un modo visible y su mirada se dirigió en el acto a la habitación que David acababa de abandonar. Luego sus ojos examinaron el suelo. La llave brillaba en el lugar en que cayera y dando un suspiro de alivio el misionero la recogió.

—Me figuré haber perdido esta llave —dijo, riéndose nervioso, Y añadió después de un nuevo suspiro—: Esta noche nieva bastante y dentro de pocos días se podrá viajar muy bien en trineo. Dios sabe cuánto siento que me deje usted, pero, si es preciso, convendrá aprovechar esta nieve, porque será la última. Mukoki y yo le acompañaremos hasta la región del Lago del Reno, es decir, por espacio de doscientas millas hacia el Noroeste. ¿Tiene usted necesidad de marcharse, David?

A éste le pareció que dos diminutos puños le golpeaban el pecho, precisamente donde estaba el retrato.

—Sí. Debo ir —contestó—. Ya estoy decidido, y debo marcharme.

Capítulo XV

Diez días después de la noche en que penetró en la habitación misteriosa del *Chateau*, David y el Padre Rolando se dieron la mano por última vez en la Casa del Puercoespín Blanco, junto al río Cochrane, a doscientas millas del Lago de Dios. Su despedida fue algo más que un apretón de manos. El misionero no se esforzó en hablar en aquellos momentos. Su trineo estaba dispuesto para el viaje de regreso y ya se había cubierto el rostro con su capuchón de viaje. Tenía la impresión de que David no volvería más. Era probable que regresara en el otoño próximo a los países civilizados y al poco tiempo olvidaría. Y, como le dijera durante el último día y antes de llegar al Cochrane, la marcha de David equivalía para él a la disgregación de una parte de su propio corazón. Al soltar la mano de David parpadeó y desvió la mirada. La voz de éste también estaba trémula de un modo raro. Y comprendió que el misionero reflexionaba.

—Volveré, *Mon Perè* —le gritó cuando el Padre Rolando se alejaba en dirección a Mukoki y los perros—. Volveré el año próximo.

El Padre Rolando no miró hacia atrás, hasta el momento de emprender la marcha. Entonces se volvió y agitó una mano enguantada. Mukoki oyó un sollozo en su garganta. David quiso gritarle sus últimas palabras de despedida, pero le faltó la voz y así también, a su vez, agitó la mano. Hasta entonces no había sabido que pudiese existir entre los hombres una amistad como aquella, y mientras el misionero se alejaba de él, disminuyendo cada vez más su tamaño a medida que se acercaba a la oscura linde del lejano bosque, sintió un miedo repentino y una gran soledad, un temor de que, a pesar de sus deseos, no volviesen a encontrarse, y la soledad que experimenta un hombre cuando ve que un mundo se ensancha entre él y el único amigo que tiene en la Tierra. ¡Su único amigo! El hombre que le había salvado de sí mismo, que le señaló el camino a seguir y que le hizo luchar. Es decir, más que un amigo, un padre. Por esto no se esforzó en detener la entrecortada exclamación que llegó a sus labios. Le contestó un leve gemido, y al mirar a sus pies vio a *Bari* acurrucado en la nieve, a cosa de un metro de distancia. “Mi dios y mi amo”, decían los ojos de *Bari* al mirarle. “Aquí estoy”. Era como si David hubiese oído estas palabras. Tendió la mano, y *Bari* se acercó a él en tanto que su enorme y lobuno cuerpo temblaba de alegría. No estaba solo.

A poca distancia de él esperaba con sus perros y con un trineo el indio que había de llevarle hasta Fond du Lac, en el lago Atabasca. Era un *sarcee*, uno de los últimos de su tribu casi extinguida, y tan viejo que su cabello era de un color blanco sucio; además estaba tan delgado que más parecía un indostánico muerto de hambre. “Es ya

tan viejo que nadie sabe su edad —dijo el Padre Rolando—. Y es el mejor guía que existe entre la Bahía de Hudson y La Paz”. Su nombre era Upso-Gee (*El Zorro de la Nieve*). Y el misionero convino con él, y a cambio de cien dólares, que llevaría a David desde la Casa del Puercoespín Blanco hasta Fond du Lac, es decir, a trescientas millas más allá y en dirección noroeste. Hizo restallar su largo látigo de tripa de reno para recordar a David que estaba dispuesto. Éste se había despedido del factor y del empleado del almacén de la Compañía y ya no había ninguna otra excusa que pudiera detenerlo.

Atravesaron una laguna. Cinco minutos más tarde David miró hacia atrás. Entonces el Padre Rolando ya no era más que un puntito negro en la blanca llanura y estaba a punto de desaparecer en el bosque. A David: le pareció que se había detenido y de nuevo agitó la mano, aunque ningún ojo humano habría sido capaz de observar el movimiento a tanta distancia.

Hasta aquella noche, cuando David estuvo solo y sentado junto a la hoguera de su campamento, no comprendió por completo la enormidad de la aventura en que se había empeñado. El *Zorro de la Nieve* dormía como un leño y David se sentía muy solo. Además la noche era muy negra y el viento hacía temblar quejumbrosamente las copas de los árboles. Era una de aquellas noches que hacen crecer la sensación de soledad, hasta que ésta parece convertirse en un monstruo que se mete en el corazón y se agarra al cuello, impidiendo respirar. La tienda de Upso-Gee, alumbrada por las vacilantes llamas, tenía pintado en rojo un diablo provisto de cuernos..., un médico hechicero o exorcista de diablos; y este último sonreía con expresión siniestra a David, mientras estaba sentado junto al fuego, como si de antemano se regocijara por el horrible destino que le esperaba. La sensación de soledad era agobiadora. Incluso *Bari* pareció darse cuenta de la opresión que sentía su dueño, porque posó la cabeza entre los pies de éste y se quedó tan inmóvil como si estuviera dormido. A gran distancia David podía oír el aullido de un lobo, y eso le recordó, haciéndole estremecer, el aullido del perro director del trineo la noche en que llegaron a la cabaña de Tavish. Aquel aullido era semejante al alarido de muerte que surge de la garganta de un perro. Y, precisamente, donde la oscuridad del bosque se confundía con el resplandor del fuego, vio una sombra fantástica (aunque por la mañana descubrió que no era más que la rama de un abeto rota y colgante) que le hizo pensar de nuevo en la oscilación del cuerpo de Tavish a la luz de la Luna. Sus pensamientos le agobiaban y le llenaban de aprensión. Y se dirigió preguntas que no eran nuevas, pero que aquella noche volvían a ocurrírsele y parecían más significativas que en otra ocasión. Creía que el Padre Rolando se habría asombrado en gran manera y que incluso hubiese levantado las manos con gesto de desconfianza de conocer la verdad acerca de su asombrosa aventura. Porque, en efecto, era asombrosa. No podía calificarse dándole menor importancia. Se trataba, nada menos, que de encontrar a una muchacha a quien no había visto nunca y que podía hallarse en otra parte del mundo en cuanto él hubiese llegado al fin de su viaje; eso sin contar que podía

encontrarla ya casada. Y si la hallaba, ¿qué le diría? ¿Qué haría? Y ¿para qué quería encontrarla?

—Dios lo sabe —dijo en voz agobiada por la tristeza.

Y se acostó.

Las cosas pequeñas, según el Padre Rolando había dicho muchas veces, son decisivas en los grandes acontecimientos. La mañana siguiente trajo un sol esplendoroso. El mundo volvía a ser blanco y maravilloso y David halló rápidas respuestas a las preguntas que se dirigiera pocas horas antes. A partir de aquel día el sol iba siendo más cálido, y con su promesa, cada día más firme, de derretir las nieves, crecían paralelamente la taciturnidad y la ansiedad de Upso-Gee. Era muy poco más hablador que el exorcista de diablos pintado en la ennegrecida tela de su tienda, pero dio a entender a David que tendría que sufrir bastante para regresar con sus perros y su trineo desde Fond du Lac, si el deshielo llegaba antes de lo que él había imaginado. David se maravillaba al observar la resistencia del antiguo guerrero, especialmente cuando cruzaron las cuarenta millas de hielo sobre el lago Wollaston, entre la aurora y el crepúsculo vespertino. Al mediodía la nieve empezaba ya a ablandarse en las vertientes soleadas, de modo que cuando llegaron al Puercoespín, el *Zorro de la Nieve* cantaba todas las noches su desesperada oración ante aquel dibujo sonriente de su tienda.

—El deshielo ha venido con una rapidez maldita —dijo a David haciendo muecas para expresar otras cosas que no era capaz de decir en inglés.

Y, en efecto, lo adivinó porque cuatro días más tarde, cuando llegaban a Fond du Lac, encontraron algunos sitios en que la nieve se había fundido, formando un barro líquido en el que se hundían los pies, y Upso-Gee se volvió a casa una hora después.

Eso ocurría en abril, y el Puesto recordó a David una gran colmena en la cual el Pueblo de los bosques zumbaba como abejas cargadas de miel. Con las últimas nieves acudían allí a llevar sus pieles recogidas en centenares de líneas de trampas. David estuvo de suerte. El primer día *Bari* se peleó con un enorme *malemute*^[1] y casi lo mató. Y David, al separar los perros, recibió un ligero mordisco del *malemute*. Eso fue causa de que surgiese una rápida amistad entre los amos de los perros. Bouvais era un francés de la Bahía de la Herradura, situada a cincuenta millas del fuerte Chippewyan y a ciento cincuenta de Fond du Lac en línea recta hacia el Oeste. Era cazador de zorras.

—Traigo mis pieles, *m'sieu*, porque tuve una pelea con el factor del fuerte Chippewyan y le rompí dos dientes.

Lo cual era una explicación más que suficiente. Se alegró mucho al saber que David deseaba dirigirse hacia el Oeste. Salieron dos días más tarde con un trineo muy bien cargado de víveres. Los patines se hundían en el fango cada vez más abundante, pero debajo de éste siempre había el espeso hielo del lago Atabasca, de modo que el viaje no fue malo, a excepción de que David siempre tenía los pies mojados.

Se sorprendió mucho al observar que no se había resfriado.

—¿Un resfriado? ¿Qué es eso? —preguntó Bouvais, que había pasado toda su vida a lo largo de las estepas.

David le describió un caso típico de estornudos, destilación de nariz y lagrimeo de los ojos, y Bouvais se echó a reír.

—El único resfriado que aquí se coge es cuando la escarcha ataca los pulmones —dijo—. Y entonces se muere a la primavera siguiente. Siempre en la primavera. Los pulmones desaparecen poquito a poco. —Y luego preguntó—: ¿Para qué va usted hacia el Oeste?

David se vio frente a frente a la pregunta y tuvo que contestarla.

—Para endurecerme un poquito —replicó—. Voy de un lado a otro porque no tengo nada más que hacer.

Y luego pensó que, en definitiva, estas palabras se acercaban bastante a la verdad y hasta quiso convencerse a sí mismo de que era así; pero su mano tocó el retrato de la joven, que llevaba en un bolsillo, junto al pecho, y le pareció sentir palpitar el corazón de ella. Tenía una imaginación descabellada. Pero esta idea era agradable y pareció infundir calor en su sangre.

David y *Bari* permanecieron una semana con él francés en la Bahía de la Herradura. Luego rodearon el extremo del lago, en dirección al fuerte Chippewyan. Bouvais les acompañaba, impulsado tan sólo por la amistad, y viajaban a pie, llevando a hombros un fardo de cincuenta libras, porque en los lugares bien caldeados por el sol la tierra estaba ya desprovista de nieve. Cuando llegaron a diez millas de distancia del fuerte Chippewyan, Bouvais retrocedió, explicando que era un asunto muy feo el haber hecho tragar a un factor dos de sus propios dientes y que la cosa era más desagradable aún por tratarse del factor jefe del distrito de Chippewyan y de Atabasca.

—Y se los tragó —aseguró Bouvais—. Quiso escupirlos, pero no le fue posible.

Unas horas más tarde David se vio frente al factor y observó que Bouvais había dicho la verdad. Por lo menos le faltaban dos dientes muy visibles. Se llamaba Hatchett^[2]. Y, en efecto, se parecía a un hacha, pues era alto, flaco, nudoso, con ojos de pájaro, que volvía en todas direcciones, como si constantemente recelase una emboscada o temiese a los ladrones. Sospechó de David al ver que iba solo por aquella Tierra de Nadie, con un fardo al hombro, y el hecho de ser blanco daba todavía más que pensar. Tal vez se trataba de un mercader que buscaba empleo. O, peor todavía, un espía de los odiados competidores de la Compañía, los hermanos Revilon. Por fin la carta del Padre Rolando llegó a convencerle de que David era inofensivo. Entonces, y de un modo repentino, sucedió a su frialdad un calor comparable al rápido fuego de una hoguera de corteza de haya, y estrechó la mano de David tres veces en cinco minutos, tanto era el deseo que tenía de la compañía de un hombre blanco, es decir, de un honrado hombre blanco y no un maldito competidor. Para celebrar la primera comida abrió cuatro latas de langostas que le sobraron en Navidad, y aquella noche ganó David siete partidas de naipes que jugaron. Dijo que

no estaba casado y que ni siquiera tenía una mujer india. Odiaba a las mujeres y, a no ser porque había que pensar en una generación futura de cazadores con trampas, nada le habría importado que se muriesen todas. No servían para nada. Positivamente no servían para nada. Siempre daban más o menos molestias. Por su causa, y hacía ya mucho tiempo de ello, se instaló un fuerte en Chippewyan, una especie de blocao que aún se veía allí. Dos hombres de dos tribus distintas querían a la misma mujer, Disputaron, pelearon luego y uno de ellos salió de la pelea con la cabeza hecha papilla. Entonces las tribus tomaron el asunto por su cuenta y durante la temporada aquello fue un infierno. Y todo por una mujer que no valía más que un trapo sucio. Las mujeres eran seres terribles. Expuso su creencia con frases cortas y mordaces, como si temiera desgastar su vocabulario o emplear todo su aliento. Es posible que sus dientes tuviesen que ver en ello. En el lugar que dejaron vacío introdujo la boquilla de su pipa y, cuando hablaba, el extremo de ésta resonaba como unas castañuelas.

David había llegado en un momento propicio, según le dijo Hatchett. Aquel invierno había hecho magníficos negocios. Sus compras a los indios fueron muy hábiles y en extremo provechosas para la Compañía, y tan pronto como expidiese sus pieles al fuerte Mac Murray, en su camino hacia Edmonton, emprendería un largo viaje de inspección, que era la recompensa que le otorgaron por haber cumplido tan bien con su deber. Tenía ya preparadas sus cuatro barcas. Esperaba que acabase de romperse el hielo; entonces las barcas subirían por el Atabasca, lo cual significaba ir hacia el Sur; en tanto que él, en su enorme canoa de guerra, remontaría el río Paz, lo que equivalía a ir hacia el Oeste. Iría hasta el Hudson's Hope, a doscientas cincuenta millas del lugar a donde David deseaba llegar, y probó este hecho sacando un antiguo mapa de la Compañía. El corazón de David latió excitado, diciéndose que aquello era más de lo que esperaba, y casi le parecía demasiado agradable para ser verdad.

—Podrá usted proseguir su viaje conmigo —declaró Hatchett haciendo resonar la boquilla de su pipa—. Esto no le costará ni un solo centavo. No, ni un solo centavo. Trabajar. Comer. Fumar. Bonito viaje. Nada más que a título de compañero. Un hombre necesita compañía de vez en cuando..., es decir, compañía decente. El hielo se fundirá a mediados de mayo. Dentro de dos semanas. Mientras tanto tendremos tiempo de jugar a los naipes.

Así lo hicieron. Los naipes eran la única pasión de Hatchett, a excepción de que lo fuese también el pegar a los indios.

—¡Malditos diablos! —solía decir cuando recogía los tantos ganados—. Siempre tratan de darme pieles malas por buenas. Merecen que se los mate a palos. Yo les pego. El diablo me lleve si no lo hago.

—¿Cómo perdió usted esos dientes? —le preguntó David por fin, una noche en que jugaban a hora bastante avanzada.

Hatchett se puso en pie como si le hubiesen pinchado. Sus ojos parecían salir de las órbitas al mirar a David, y resonó con fiereza el ruido de la boquilla de su pipa.

—Un francés —dijo—. Un cochino cerdo de francés. No sirven para nada. Ninguno. Le dije que las mujeres no servían para nada. Que todas eran malas. Replicó que él tenía una mujer. Yo le dije que no me importaba. Que a pesar de eso todas eran malas. Contestó que la mujer a quien se refería era su esposa. Díjele que era un imbécil por haberse casado. Y no me previno. ¡Cerdo! Me pegó sin avisarme. Y me rompió estos dos dientes, metiéndomelos en la garganta. Algún día caerá en mis manos. Y entonces le desollaré. Haré látigos para perros con su cochina piel. Todos los franceses tendrían que morir. Espero que eso ocurrirá un día u otro. Se morirán de hambre. Helados.

A su pesar, David se echó a reír. Hatchett no se ofendió, pero su sombrío continente no se alteró lo más mínimo. Un día o dos más tarde descubrió a Hatchett en el acto de dar a un mestizo viejo y lisiado, de cabello, blanco, un saco de provisiones. Hatchett se sobresaltó como si le hubiesen cogido en el acto de cometer un crimen.

—Voy a matar a este viejo Costilla de Perro tan pronto como la tierra sea lo bastante blanda para poder excavar una tumba —declaró, amenazando con el puño cerrado y con expresión de ferocidad al viejo indio que se alejaba—. Es un mendigo, un ratero. No sirve para nada. Debería morirse. Le he dado lo suficiente para que viva hasta que la tierra sea blanda.

Resultaba, pues, que la cara dé Hatchett contradecía su corazón. Tenía una lengua que cortaba como una cuchilla. Era terrible en sus amenazas, y de boquilla lo destrozaba todo; pero, por lo demás, era inofensivo, y a David le resultaba muy divertido, de modo que empezó a cobrarle afecto. Su aspecto cadavérico y su rostro, que jamás sonreía, era la máscara más extraña que jamás vio llevar a hombre alguno. Le producía la impresión de que si una vez se echara a reír no podría recobrar la seriedad sin dejar en su boca huellas de la pasada risa. Sin embargo le gustaba aquel hombre y los días pasaron junto a él con rapidez.

Corrían ya los primeros de mayo cuando emprendieron la navegación por el río Paz y contra la corriente, tres días después de que las barcas llenas de pieles se alejaron por el Athabasca. David no había visto nunca nada semejante a la gran canoa de guerra de Hatchett, que tenía tanto espacio disponible para habitación como un barco pequeño y que era tan ligera como una pluma en el agua. Le acompañaban cuatro vigorosos Costillas de Perro que, en conjunto, manejaban seis remos. Cuando se trató de *Bari*, Hatchett pateó con énfasis.

—¿Cómo? ¿Pretende usted que ese maldito perro nos acompañe a bordo como pasajero? ¡Jamás! Que se quede en tierra o que se muera.

Esto mismo habría elegido *Barí* si hubiese tenido voto en el asunto. Día tras día siguió a la canoa atravesando a nado la corriente y abriéndose paso por marjales y por bosques. El viaje no fue cosa fácil. En las profundas y lentas aguas del Paz inferior, la canoa recorría treinta y cinco millas por día y hasta por dos veces llegó a cuarenta. Pero Hatchett alimentaba muy bien a *Bari* y todas las noches el perro dormía en el

campamento y a los pies de David. Al sexto día llegaron al fuerte Vermilion y Hatchett se anunció a sí mismo como si fuese un rey. Iba en viaje de inspección. Fíjese el lector: en viaje de inspección, por cuenta de la Compañía. ¡Importantísimo! Una semana más tarde llegaron al desembarcadero del río Paz, a doscientas cincuenta millas más hacia el Oeste, y el vigésimo día se hallaron en el fuerte Saint John, a cincuenta millas de Hudson's Hope. Desde allí David vio por vez primera las montañas. Descubrió con la mayor claridad sus picos nevados a setenta millas de distancia y al poner el dedo en cierto punto del mapa de Hatchett su corazón latió presuroso. Casi estaba al término de su viaje. Cada día se hallaba más cerca de las montañas. Desde Hudson's Hope se imaginaba que casi podría ver las negras masas de bosques de sus laderas. Hatchett gruñó. Aún estaban a cuarenta millas de distancia. Y Mac Veigh, el factor de Hudson's Hope, miró de un modo raro a David cuando éste le dijo a dónde se dirigía.

—Es usted el primer hombre blanco que lo habrá hecho dijo con cierto tono de duda en su voz—. No hay mal camino al subir por el Finly, hasta Kwadocha Pero desde allí...

Y meneó la cabeza. Era un hombre pequeño y grueso y se quedó con la boca abierta en señal de desaprobación.

—Cuando se halle usted en el Kwadocha —continuó señalando el mapa con el dedo— aún estará a setenta millas de Stikine. ¿Para qué diablos quiere usted ir allí? Ha de seguir la cresta de las Montañas Rocosas. No hay senderos y tampoco ningún Puesto. Es un país demasiado duro, en el cual ni siquiera los indios quieren vivir. —Guardó silencio por un momento, como si se hubiese entregado a profundas reflexiones—. El viejo Towaskook y su tribu están en el Kwadocha —añadió como si descubriese un destello de esperanza—. El podría. Pero lo dudo. La gente de Towaskook son una colección de mestizos perezosos a más no poder y se dedican a esculpir maderas que luego adoran. Sin embargo, él podría. Haré que le acompañe un buen hombre para que influya con el viejo, y convendrá que llevé usted un par de cientos de dólares de provisiones para acabar de convencerle.

El compañero que le dieron era mestizo. Tres días después salieron de Hudson's Hope acompañados por *Bari*. A partir de entonces encontraron ya los primeros contrafuertes de las montañas y al segundo día estaban entre ellas. Después de eso avanzaron con gran lentitud y luchando bastante contra la corriente del Finly. Era un trabajo tremendo. A David le parecía que casi la mitad del camino la pasaban entre los rugidos de los rápidos. En cinco días se vieron obligados a transportar la embarcación por tierra veintisiete veces. Más tarde emplearon dos días en llevar la canoa y sus efectos para rodear una montaña. Para recorrer ochenta millas tuvieron que emplear quince días. A partir de entonces su avance fue ya más fácil y el veinte de junio establecieron su campamento antes de llegar a Kwadocha. El Sol estaba aún muy alto, pero ellos se hallaban fatigadísimos y por completo derrengados. David consultó el mapa y las cifras de su libro de memorias. Había recorrido casi mil

quinientas millas desde el día en que con el Padre Rolando y Mukoki salió en dirección al río Cochrane. Mil quinientas millas. Y le faltaban menos de cien. Tan sólo debía trasponer aquellas montañas para llegar a algún lugar situado más allá. Parecía fácil. No tenía ningún reparo en ir solo, en caso de que el viejo Towaskook se negase a ayudarlo. Sí, solo. De un modo u otro él y *Bari* encontrarían su camino. Tenía ilimitada confianza en su perro y estaba seguro de que entre los dos alcanzarían su objetivo. Dentro de una o de dos semanas encontrarían a la joven. ¿Y entonces...?

A la luz del Sol poniente contempló la fotografía durante largo rato.

Capítulo XVI

Era la semana del Gran Festival cuando David y su mestizo llegaron al poblado de Towaskook. Este era el adorador de *totems*^[3] situado en el extremo Oriente y cada uno de sus cuarenta o cincuenta súbditos recordó a David el exorcista de demonios pintado en la tela de la tienda del *Zorro de la Nieve*. Iban vestidos, según observó al mestizo, “como demonios”. El día de su llegada, Towaskook en persona iba disfrazado con la cabeza de un oso enorme, de la cual surgían un par de cuernos de búfalo que, de un modo u otro, habían ido a parar allí desde las praderas occidentales. Y sus deberes consistían en dar algunas zapatetas y hacer ridículas ceremonias en torno de su *totem*, por espacio de seis horas, al menos, entre la salida y la puesta del Sol, cantando dolorosas súplicas al monstruo que estaba sentado sonriente en lo alto del poste. Era “el día de la buena caza”, y Towaskook y su gente trabajaban hasta reventar en el ardor de sus oraciones para que la caza de las montañas se acercase por sí misma a las puertas de sus tiendas, a fin de que ellos pudiesen darle muerte con la menor cantidad posible de ejercicio físico. Aquella noche Towaskook visitó a David en su campamento, situado a cierta distancia, río arriba, con objeto de saber lo que podría conseguir del blanco. Estaba monstruosamente gordo a causa de su pereza, y David no pudo comprender cómo llevó a cabo su trabajo de seis horas bajo el poste del *totem*. El viajero guardó silencio, esforzándose en adivinar sus gestos, en tanto que su mestizo Jaime y el anciano jefe hablaron con la mayor animación.

Jaime repitió la conversación sostenida en cuanto Towaskook, suspirando profundamente, se puso en pie y se alejó de ellos. Towaskook había dicho que el viaje por aquellas montañas era terrible. Una vez estuvo en el Stikine. Hubo una división en la tribu y él se dirigió hacia el Este con los que abrazaron su partido, pero la mitad de ellos murieron, pues se negaron a abandonar sus preciosos *totems*, y así fueron sorprendidos por una fuerte nevada que cayó antes de la época acostumbrada. Era un viaje de diez millas por las montañas. Era preciso subir más arriba de las nubes; y eso muchas veces. El, por su parte, no volvería a hacer el viaje. Tan sólo existía una posibilidad, nada más que una. Tenía un joven cazador de osos, Kio, que aún no tenía pelo en la cara. Por decirlo así, aún no había conquistado sus espuelas, y deseaba llevar a cabo alguna heroicidad, porque estaba enamorado de la hija del hechicero de la tribu, llamada Kwa-wa-pisew (*La Mariposa*). Kio podría ir para probar su valor a *La Mariposa*. Towaskook había ido a buscarle. Como ya se comprende, en una misión como aquélla Kio no aceptaría paga alguna, que, en cambio, iría a parar al bolsillo de Towaskook. Y se manifestó satisfecho con las provisiones por valor de doscientos dólares.

Poco tardó en regresar Towaskook con Kio. Éste era muy joven, esbelto como una comadreja, pero con ojos hundidos y de expresión traidora. Escuchó la proposición y dijo que no tenía inconveniente en ir. Llegaría hasta la confluencia del Pitman y del Stikine si Towaskook le aseguraba la posesión de *La Mariposa*. El jefe, mirando codicioso las provisiones que Jaime le exhibía de un modo tentador, dio su consentimiento a esta última condición.

—Mañana —dijo Kio deseoso de emprender la aventura—. Mañana saldremos.

Aquella noche Jaime cuidó de atar muy bien los dos fardos que David y Kio habían de llevar al hombro, porque en adelante el viaje había de realizarse a pie. La carga de David, contando su rifle, consistía en cincuenta libras. Jaime les vio partir y cuando David se alejaba le gritó como última advertencia que no se fiase mucho de aquel Kio, porque tenía una mirada mala.

Pero el muchacho no era como podían hacer sospechar sus ojos. Poco tardó en mostrarse comunicativo y hasta agradable. Ignoraba el lenguaje de los blancos, pero era un maestro en el arte de hablar por señas, de manera que cuando al subir su primera montaña David descubrió músculos en sus piernas y en su espalda cuya existencia jamás sospechara, Kio se echó a reír satisfecho y le aseguró por medio de su significativa pantomima que pronto se acostumbraría. La primera noche acamparon casi en la cima de la montaña. Kio deseaba haber llegado al valle que había más allá, para gozar de su calor, pero los nuevos músculos de las piernas y la espalda de David fueron de otra opinión. En los profundos valles maduraban las fresas, pero en las alturas hacía mucho frío. Bajaba un aire helado de la nieve de los picos y David pudo aspirar la cortante niebla de las nubes. Estaban a tal altura que las ramitas que habían reunido para encender fuego apenas ardían lo suficiente para freír unos trozos de tocino; pero David no hacía caso alguno de todas estas incomodidades, pues su sangre ardía de esperanza y de entusiasmo. Estaba casi al final de su viaje y de su intensa lucha, en la que había logrado la victoria. Ya ahora no sentía ninguna duda y se consideraba de nuevo capaz de afrontar al mundo entero.

Día tras día continuaba su camino hacia el Oeste. Aquel viaje sobre la arista de las montañas era tremendo y daba una nueva concepción de los hombres, pues en las alturas no pacían más que diminutas e insignificantes hormigas que avanzaban penosamente al arrastrarse por el suelo. Allí podía hallarse un alma y una religión en caso de haberse carecido de una y otra. A veces la pequeñez e insignificancia propias llegaban a asustar. Sin querer se pensaba que la vida no era mucho más que un accidente en aquella enorme escala de la Creación y que la existencia de Dios era necesaria en gran manera. Muchas veces parecían adivinarse estas sensaciones en los ojos de Kio, cuando éste miraba hacia lo profundo de los valles. Muy probablemente no era capaz de analizar el pensamiento ni de comprender la gran verdad, pero en cambio lo sentía. Por esta causa era un adorador devoto de los *totems*. Y David pensó que podía darse el caso de que el espíritu de Dios estuviese del mismo modo en uno de aquellos *totems* que en los desgastados rosarios y en las cruces de marfil que

llevan las mujeres en el pecho.

A primeras horas del día undécimo llegaron a la confluencia de los ríos Pitman y Stikine. Un poco más tarde Kio se volvió hacia su poblado, de manera que David y *Bari* se quedaron solos. Esta soledad cayó sobre ellos como si fuese una cosa viviente. Cruzaron la vertiente y pronto se hallaron en una dilatada comarca, alumbrada por el sol, de asombrosa belleza y grandiosidad, con enormes valles entre las montañas. Corría entonces el mes de julio. Desde uno y otro extremo del valle, desde las fisuras que había entre los picos y entre las rocas que se encaramaban hasta las nevadas alturas, surgía un suave y perezoso murmullo. Era la música del agua corriente, que siempre estaba en el aire porque nunca cesaban de correr los ríos, los arroyos y las fuentes que descendían de las nieves eternas situadas por encima de las nubes. En el aire había dulces perfumes y también una música suave. La tierra se cubría de verde por todas partes y las primeras flores convertían las soleadas vertientes en manchas de color rojo, blanco y amarillado, pues abundaban las violetas, los nomeolvides, los jacintos y las ásteres. David lo contemplaba todo y su alma se recreaba con tantas maravillas. Preparó el campamento y permaneció en él todo el día y el siguiente. A pesar de su deseo de continuar el viaje, estaba indeciso y esperaba. Parecíale que debía de trabar conocimiento con aquel mundo desierto antes de aventurarse más en él... solo como estaba; que le era necesario comprenderlo un poco y establecer con él un contacto más íntimo. No era posible extraviarse. Jaime le dio la seguridad de eso y Kio lo confirmó con sus gestos, señalando varias veces la ancha y poco profunda corriente, de manera que no tenía que hacer otra cosa sino seguir el río. Al cabo de algún tiempo, tal vez algunas semanas más tarde, llegaría al establecimiento de los blancos, situado a orillas del océano, pero mucho antes de esto encontraría el arroyo Firepan. Kio no había estado nunca tan lejos, pues jamás pasó de la confluencia de las dos corrientes, según Towaskook había informado a Jaime. Por eso David no sentía temor, sino únicamente soledad. Esperaba, pues, y mientras tanto se dedicó a reparar sus botas y a curar los pies de *Bari*, que se hallaban en bastante mal estado a consecuencia de su larga travesía, durante la cual pisó la pizarra suelta de las montañas.

Figurábase haber comprendido lo que era la soledad después de dejar al misionero, pero aquí tal sensación era mucho más intensa. Aquella noche le dominó mientras estaba sentado bajo las estrellas y a la luz de la gran Luna llena, con *Bari* a sus pies; no de un modo deprimente, sino aumentando el pasmo que sentía ante aquella grandiosidad. No era una soledad desagradable, aunque se daba cuenta de que no tenía límites y de que era inconmensurable. Era tan grande como las mismas montañas que lo rodeaban. A algunas millas hacia el Este del lugar en que se hallaba ahora, estaría sin duda Kio. Esto era todo, y comprendió que jamás, aunque lo intentase, sería capaz de descubrir su aislamiento; era un hombre y un perro y tenían un mundo a su disposición. Un rato después, mientras miraba las estrellas y escuchaba el suave rumor de las aguas que corrían por el valle, díjose que allí había

una paz tan enorme como el mismo espacio. No era turbada por la existencia de los hombres y de las mujeres, tan abundante en luchas, y le parecía que debía permanecer muy quieto bajo la vigilancia de aquellos billones de centinelas que había en el cielo y mientras la Luna flotaba por debajo de ellos. La segunda noche encendió una hoguera para él y para *Bari* y a la tercera mañana se cargó su mochila al hombro y continuó el camino. *Bari* no se apartaba del lado de su amo y los ojos de los dos estaban alerta de un modo constante. Recorrían un espléndido país de caza, y David esperaba la primera oportunidad que le proporcionase carne fresca a él y a *Bari*. Las barras de arena blanca y las orillas de cantos rodados que limitaban la corriente estaban cubiertas de huellas de los salvajes habitantes del valle y de las montañas inmediatas, y *Bari* aspiraba de un modo hambriento el aire cada vez que llegaban junto al rastro de algún animal. El perro estaba hambriento y lo estuvo durante todo su viaje por la mañana. Por tres veces durante aquel día David vio un reno a alguna distancia y por la tarde divisó un oso gris en una vertiente cubierta de vegetación. Al atardecer estuvo de suerte, porque una manada de ovejas montaraces descendió de la montaña para beber, y él pudo acercarse con el viento a su favor. Así logró matar un carnero joven. Durante un minuto después de disparar el tiro se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar, pues el estampido del disparo tomó las proporciones de una explosión enorme, de tal modo, que retumbó por entre las montañas y debió de oírse a muchas millas de distancia, propagándose de eco en eco, hasta que perdió intensidad y murió por fin como si fuese un murmullo.

Aquella noche el hombre y el perro pudieron comer carne fresca.

Durante el quinto día de su permanencia en el valle llegaron a una abertura que había en la vertiente de la cordillera y por la cual pasaba una corriente muy semejante al Stikine, pues era ancha y poco profunda y estaba bordeada por movediza arena. David se figuró que sería el arroyo Firepan y cuando empezó a andar por sus orillas contra la corriente, sintió su pulso en extremo agitado. Sin duda se hallaba ya cerca de la cabaña de Tavish, en el caso de que no hubiese sido destruida. Y aunque la hubiesen quemado a causa de, la epidemia que la infestó, era muy probable que llegase a descubrir sus carbonizados restos. Eran las tres de la tarde cuando muy excitado empezó a seguir la orilla del arroyo.

A cada momento estaba más seguro de que se hallaba al fin de su aventura. Pronto se pondría en contacto con la vida humana. ¿Y después? Se esforzó en dominar la inquietud de sus emociones y la creciente ansiedad y el desasosiego que experimentaba. Como era natural, hallaría, ante todo, la cabaña de Tavish o sus ruinas, pues daba por sentado que aquélla estaría allí, cerca de la confluencia de las dos corrientes. Además un cazador o un buscador de oro elegiría sin duda alguna aquel lugar para establecer su vivienda.

Avanzaba despacio examinando las dos orillas de la corriente y escuchando al mismo tiempo. A cada momento esperaba oír algún sonido nuevo para sus oídos. También examinó con la mayor atención las blancas orillas de arena. En ellas observó

algunas huellas de animales salvajes. Una vez su corazón dio un salto al descubrir la pista de un oso que se parecía mucho a la que pudiesen haber dejado unos pies calzados con abarcas. Era evidente que en aquella región abundaban los plantígrados, pues de ello había señales en todas partes y en especial a lo largo de la corriente. Y su número y lo reciente de su impresión tenían muy inquieto a *Bari*.

David continuó andando hasta el oscurecer, deseando salir adelante a pesar de haber terminado el día, pero luego desistió y encendiendo una hoguera hizo la cena. Después pasó largo rato sentado a la luz de la luna, fumando en su pipa y con el oído atento. No trató de reflexionar. El día siguiente terminaría con sus dudas. ¿La joven? ¿Qué encontraría? Se acostó tarde y se levantó al apuntar la Luna.

Al proseguir su camino vio que la corriente se estrechaba y que el paisaje era más salvaje todavía. A mediodía *Bari* se detuvo con las patas tiesas, el pelo de la espina dorsal erizado, y gruñendo de un modo feroz. Hallábase entonces sobre una faja de arena blanca no mayor que una manta.

—¿Qué hay, muchacho? —le preguntó David.

Se acercó a él y permaneció un momento en el borde de la arena, aunque sin mirar a ella, ocupado en encender su pipa.

—¿Qué es eso?

Un momento más tarde sintió el corazón en la garganta. Había estado esperando lo que ahora contemplaban sus ojos y lo que tanto había buscado, pero no se imaginó siquiera tan tremendo sobresalto. En la arena había la huella clara de unos pies calzados con abarcas. Aquella vez no había la menor duda. Tales huellas se debían a unos pies humanos, y existían por lo menos cinco a través de la faja en la arena. Se quedó con la pipa en la boca mirando hacia el suelo y en apariencia incapaz de moverse ni de respirar. Aquellas pisadas pertenecían a un pie muy pequeño, como el de un muchacho. Entonces se fijó en que *Bari* examinaba otra pista, gruñendo también y asimismo con el pelo erizado. Pertenecía a un oso enorme y sus huellas aparecían impresas profundamente en la arena. El enorme animal había cruzado el borde exterior de la arena, siguiendo la dirección de los pies calzados con abarcas. Ambas pistas eran recientes a más no poder, a juzgar por el gruñido de *Bari* y por los pelos erizados de su espinazo.

David siguió con la vista la dirección de las dos pistas. A cien metros corriente arriba pudo ver un lugar en que los cantos rodados y las rocas estaban reemplazados por la arena, allí muy abundante. Y con toda seguridad tanto las patas del oso como los pies calzados con abarcas atravesaron aquel lugar si seguían el curso del arroyo. Como se comprende, no le interesaba nada el oso, y, en cuanto a *Bari*, le importaba muy poco el muchacho indio. Así cada uno siguió la pista de su elección y entonces David pudo ver que no estaban una de otra a más de tres metros de distancia. De pronto se unieron y David observó que el oso fue el último en atravesar la arena, porque una de sus enormes patas borró parte de la huella de los mocasines. Ello no le llamó mucho la atención hasta que llegó a un punto en que las abarcas daban media

vuelta hacia la derecha. Las huellas del oso tomaron la misma dirección. Un poco más allá, David tuvo un sobresalto, porque si bien al principio pudo deberse todo a una coincidencia, allí ya no ocurría lo propio, sino que el propósito del oso era deliberado y la huella de sus patas seguía la de las abarcas. David se detuvo y se metió la pipa en el bolsillo, pues hacía varios minutos que no fumaba en ella. Fijó los ojos en el rifle, cerciorándose de que estaba en situación de ser disparado. *Bari* gruñía con fuerza; tenía al descubierto sus colmillos, y en sus ojos, mientras miraba hacia delante y olfateaba con la mayor atención, había resplandores de cólera. David se estremeció diciéndose que sin duda alguna las garras del oso acabaron por alcanzar las abarcas de gamuza.

Era un oso gris, según pudo apreciar por el tamaño de sus huellas. Las siguió a través de una faja de arena. De pronto daban media vuelta en el arroyo y llegaron a otra porción de arena. Entonces los labios de David profirieron un grito de asombro al observar que las dos pistas corrían una al lado de la otra, y *que, por fin, las abarcas iban detrás del oso gris.*

Por unos momentos se quedó mirando sin atreverse a creer lo que veía. Pero no había duda posible, porque los pies del muchacho indio habían borrado algunas huellas del oso. La evidencia era absoluta y el hecho asombroso a más no poder. Por otra parte, no parecía posible...

David no pudo llegar a una conclusión de acuerdo con sus pensamientos. No dio ningún grito al ver lo que vio ni tampoco hizo el menor ruido. Era posible que incluso interrumpiese su respiración. Pero la cosa estaba allí ante sus ojos, inexplicable, asombrosa y casi increíble. Por tercera vez había cambiado el orden de las huellas en la arena, porque el oso gris era el que seguía ahora al muchacho, borrando casi por entero las pisadas de sus pies calzados con abarcas. Preguntóse si veía mal o si era una ilusión de su mente que le ofrecía extrañas alucinaciones. Y era tanto su asombro que lo que ocurrió luego ya no le sobresaltó como hubiese ocurrido en otra ocasión cualquiera. Por un breve instante le pareció tan sólo otra prueba de su desorden mental; y si las montañas se hubiesen vuelto al revés, equilibrándose sobre sus picos, esta gimnasia no le habría dejado tan atónito como la joven que apareció ante él a menos de veinte pasos de distancia. Surgió como una aparición por detrás de una gran roca, aunque en el acto advirtió que era algo mayor, más alta y más huraña que en el retrato; pero su cabello era el mismo, así como su mirada interrogadora cuando la fijó en él. También sus manos tenían una posición semejante, como si se dispusiera a huir de él. David se esforzó en hablar. Más tarde creyó que incluso había hecho un esfuerzo para extender las manos, pero no lo logró, y así se quedaron los dos a veinte pasos de distancia uno de otro, y mirándose como si se hubiesen encontrado por último viniendo desde los confines de la Tierra.

Algo ocurrió entonces que devolvió a David el equilibrio de su mente. Oyó un rumor causado por alguna cosa lenta y pesada. Del extremo opuesto de la roca surgió de pronto un oso enorme, un monstruo, y a tres metros escasos de la joven. Entonces

fue cuando dio el primer grito. Fue un aviso, y en el mismo instante se echó la escopeta a la cara. Pero la joven fue más rápida que él, ya que como una exhalación o como un remolino de brillantes cabellos, se arrojó al lado de la enorme fiera. Apoyóse en ella y con sus dos manos se agarró a sus oscuros pelos, en tanto que su esbelto cuerpo temblaba y miraba irritada a David. Éste se sintió sin fuerzas y, bajando el rifle, avanzó unos pasos.

—¿Pero... cómo se explica...? —consiguió decir. Y en seguida se detuvo porque no podía continuar.

Sin embargo ella pareció comprenderle e irguiéndose exclamó, con aire de reto:

—Soy Margarita O'Doone y éste es mi oso.

Capítulo XVII

Aquella muchacha era espléndida y constituía un ejemplar exquisito de la humanidad en el mundo salvaje y grandioso que la rodeaba, y, sin embargo, mientras miraba a David y protegía con su cuerpo tembloroso al enorme animal que estaba a su espalda, parecía animada por salvajes sentimientos. En la primera inmensidad de su asombro a David le pareció una mujer; pero ahora, en cambio, veía que era una niña y que tenía muy pocos años. Tal vez lo creyera así al contemplar su cabello revuelto que le cubría los hombros y el pecho, la esbeltez de su cuerpo, la cortedad de su falda, la claridad y limpidez de sus grandes y azules ojos, fijos en él y, sobre todo, quizá le dio esta impresión el modo de comunicarle cómo se llamaba. En cuanto al oso, sobre el cual estaba reclinada, le pareció a David algo semejante a una roca. No se fijó en el gruñido de *Bari*. Había recorrido enormes distancias para encontrarla y ahora que la tenía delante en carne y hueso no le importaba nada más. Sin embargo, la situación era difícil y extraordinaria. La conocía desde tanto tiempo atrás, ella le acompañó de un modo tan constante, llenando incluso sus sueños, que le resultaba imposible encontrar palabras para empezar a hablar. Y cuando asomaron a sus labios resultaron vulgares e insulsas. Su voz era tranquila y en ella había cierto acento protector y seguro.

—Yo me llamo David Raine —dijo—. Y he recorrido una distancia enorme para encontrarla a usted.

Ello era una afirmación sencilla y nada emocionante y en aquellas palabras no había nada alarmante, pero la joven se oprimió más contra su oso. La enorme fiera estaba de pie, completamente inmóvil y con los ojuelos fijos en David.

—No quiero volver —exclamó ella—. Por el contrario, lucharé.

Su voz era clara y retadora. Aparecieron sus manos, que tenía ocultas en la espalda, y entonces David vio que estaban cerrados los diminutos puños. Con rápido movimiento apartó los cabellos de su cara. Sus ojos eran azules, aunque en aquel momento estaban tempestuosos y le miraban con fiereza. Era semejante a una niña, pero sin duda merecía el nombre de mujer. Parecía una personilla rebelde y colérica, dispuesta a luchar y arrojarse contra él si se atrevía a acercarse. Y ni por un momento apartó la mirada de David.

—No quiero volver —repitió—. No quiero.

Entonces se fijó en otras cosas acerca de ella. Tenía las abarcas destrozadas y su corta falda estaba rota. El cabello se hallaba revuelto en extremo, y cuando lo apartó de su rostro notó que bajo sus ojos había unas sombras reveladoras de su cansancio. En sus mejillas se advertía cierta delgadez, que tanto podía atribuirse al hambre como

a su esfuerzo para huir de algo. En el dorso de una de sus cerradas manos había un arañazo profundo. Y tal vez el rostro de David permitió a la joven adivinar la verdad, porque inclinándose un poco hacia delante preguntó con rapidez y vehemencia:

—¿No viene usted del Nido? ¿No le han mandado perseguirme?

Señaló hacia el estrecho valle que estaba más abajo y se quedó con los labios entreabiertos, en espera de la respuesta, mientras el cabello volvía a cubrirle el pecho al inclinarse hacia el desconocido.

—He recorrido mil quinientas millas, viniendo por ahí —dijo David señalando con la mano las montañas que quedaban hacía atrás—. Nunca había estado en este país, de modo que ignoro dónde se halla el Nido y también qué es eso. Por mi parte no quiero obligarla a que vuelva allí si usted no lo desea. Y si alguien la persigue y se ve usted obligada a luchar, yo la ayudaré. ¿Cree usted que me morderá ese oso?

Se descolgó la mochila y dejó su arma en el suelo. Por unos momentos la joven le miró con sus asombrados ojos, que estaban muy abiertos. Lentamente desapareció de ellos la expresión de temor. Se abrió su mano y de pronto se volvió hacia el enorme oso gris y rodeó con sus desnudos brazos el peludo cuello del monstruo.

—No es uno de ellos, *Tara* —gritó—. No es uno de ellos, como nos habíamos figurado.

Y se volvió hacia David con rapidez extraordinaria. Lo hizo con la misma agilidad de un pájaro, y David se dijo que jamás había observado tan rápido movimiento.

—¿Quién es usted? —preguntó como si no le hubiese dicho antes su nombre—. ¿Para qué está usted aquí? ¿Qué motivos ha tenido para venir aquí, o sea al Nido?

—No me gusta ese oso —dijo David, indeciso, al advertir que la fiera hacía un rápido movimiento en dirección a él.

—*Tara* no le hará ningún daño —replicó—. Es decir, siempre y cuando no ponga sus manos sobre mí y yo grite. Tengo a *Tara* desde que era muy pequeñito, y jamás ha hecho daño a nadie. Pero... es muy capaz de hacerlo. —Sus ojos centellearon de nuevo y su voz sonaba de un modo raro—. Yo le he... le he enseñado —añadió—. Dígame, ¿para qué va usted al Nido?

Era una pregunta directa y sin ambages, tal vez aún algo recelosa, y sus ojos, mientras hablaba, le parecieron a David los más claros, fijos y azules que viera en toda su vida.

Le resultaba difícil cumplir el programa que se había trazado. Muchas veces pensó en lo que le diría, cuando encontrase a la joven, suponiendo que ello ocurriese, pero se figuró algo más convencional, y creyó que sería la cosa más fácil del mundo decirle quién era, por qué había venido, todo de un modo inteligible y convincente. En una palabra, nunca esperó encontrarse ante una personita como aquella que se apoyaba en su oso, con la que no podía hablar con aplomo, a pesar de no ser más que una mujercita, casi una niña, muy hermosa y muy salvaje. Desde luego, no le produjo ningún desencanto. Su aspecto era suplicante, y cuando la examinó con cuidado, cosa

que hizo con gran rapidez, observó en toda su persona una delicadeza que le causó una emoción deliciosa. Sin embargo, aquella muchacha debía de ser indomable y casi salvaje. Incluso sus revueltos rizos estaban desordenados a más no poder; su carácter independiente y semisalvaje parecía palpitar en ella como si fuese un gamo perseguido y acorralado; pero no, no podía comparársela a un gamo; era una hermosa criatura capaz de luchar con ánimo indomable en caso necesario. Ésta fue su impresión. Y vio que se rompía en mil pedazos la imagen que se forjó de aquella joven a la que se veía obligado a mirar ahora de acuerdo con la realidad. Pero no se sintió defraudado, pues jamás vio nada semejante a Margarita O'Doone y su oso. ¡O'Doone! Su mente recordó con rapidez aquel nombre que pronunciara la mujer que viajaba en el vagón del *Transcontinental* y que buscaba a un tal Miguel O'Doone. Desde luego aquella mujer debía de ser su madre y no tenía duda de que también debía llamarse O'Doone.

Lentamente la joven se separó del oso y se acercó hasta situarse a tres pasos de David.

—*Tara* no le hará ningún daño —repitió para tranquilizarle—. A no ser que yo grite, pues entonces le destrozaría.

Si la joven tuvo algún miedo al ver a David, era evidente que ya había desaparecido. Sus ojos se parecían a las oscuras violetas de las rocas, y de nuevo él se dijo que eran los más azules y los más serenos que viera en su vida. Cuando la joven estuvo a poca distancia de él le pareció menos niña que antes, y su misma esbeltez la hacía más alta de lo que era en realidad. David comprendió que se disponía a interrogarle y antes de que pudiese hablar le preguntó:

—¿Por que teme usted que alguien la persiga desde el Nido, según lo llama?

—Porque me he escapado de allí —contestó con tranquilo acento.

—¡Que se ha escapado! —exclamó—. ¿Cuánto tiempo...?

—Dos días.

David se explicó ya la razón de que sus abarcas estuviesen rotas, la falda desgarrada, el cabello revuelto, y que en su rostro se advirtiese cierto cansancio. Entonces se fijó también en que su interlocutora no estaba muy firme sobre sus pies, pues se balanceaba ligeramente, como el tallo de una flor agitada por el aire. Eso no lo había notado hasta entonces, a causa de la fijeza y limpidez de sus ojos maravillosos. En un momento acudió a su lado, olvidándose por completo del oso. Le cogió la mano, la misma que tenía un arañazo en el dorso, y la condujo hacia una roca plana que se hallaba a pocos pasos de distancia.

Ella le siguió, mirándole con cierta extrañeza. Mientras tanto, los enrojecidos ojos del Oso seguían fijos en David. Pocos pasos más allá, *Bari* estaba echado sobre el vientre, entre dos piedras, con los ojos clavados en el oso. Era aquélla una escena incongruente y muy rara, pero David ya no se daba cuenta de ello. Continuó sujetando la mano de la joven después de haberse sentado en la roca y la miró a los ojos sonriendo confiado. En definitiva era su compañero... pues la joven le

acompañó desde aquella primera visión nocturna en la cabaña de Thoreau y luego le ayudó a alcanzar la victoria en su larga lucha. Además le dio ánimos y le inspiró durante muchos meses, y, gracias a ello, pudo recorrer mil quinientas millas para ir a su encuentro. Así se lo dijo, y al principió; es posible que ella le creyese loco. Sus ojos daban a entender tal sospecha, porque no pronunció una palabra para interrumpir su historia; pero luego se entreabrieron sus labios, se aceleró su respiración y sus mejillas se tiñeron de rojo. Tal historia era algo maravilloso en su vida, y poco importaba que aquel hombre estuviese loco o fuese un impostor. En tales momentos tenía la mayor cordura y refirió su historia sin ninguna excitación, con inconmensurable confianza y apacible ternura, como si hubiese simplificado su extraña narración para que fuese comprendida por una niña. Y en realidad así lo hizo, porque gracias al color rosado de sus mejillas, a sus entreabiertos labios y a sus ojos, cada vez más suaves, tenía entonces más aspecto de niña que de mujer. Las maneras de él despertaron la fe de la joven; pero, como se comprende, en lo más profundo de su alma no podía resolverse a creer que hubiese hecho todo aquello por ella, y siguió en esta incredulidad hasta que él terminó con el relato de su viaje por el valle y luego, por vez primera, como prueba de lo que dejaba dicho, le mostró su propio retrato.

Entonces la joven dio un leve grito. Era el primer sonido que atravesó sus labios, y cogió el retrato y se quedó mirándolo; David, que tenía la vista fija en ella, no pudo ver otra cosa que una brillante confusión de rizos de color castaño a la luz del sol, que se agrupaban en torno de sus hombros cayendo luego espesos hasta su cintura.

Aquellos cabellos le parecieron muy hermosos a pesar de lo revueltos que estaban y de que ocultaban el rostro de la joven, inclinado sobre el retrato. David no habló y esperó convencido de que unos minutos más tarde sería ya claro y evidente todo lo que había adivinado. Y cuando la joven levantase los ojos le referiría lo ocurrido con respecto al retrato y le explicaría la razón de que estuviese allí y no con la mujer del vagón que sin duda era su madre.

Cuando, por fin, ella levantó la mirada, sus ojos eran grandes y estaban penetrados de misteriosa interrogación.

David, sintiéndose seguro de sí mismo, dijo:

—¿Cómo se explica que usted estuviese aquí y no con su madre, aquella, noche, cuando la encontré en el tren?

—Aquella mujer no era mi madre —contestó la joven, mirándole de extraño modo—. Mi madre ha muerto.

Capítulo XVIII

Después de asegurar con tanta certeza que su madre había muerto, David esperó que Margarita O'Doone le diese alguna otra explicación. Había estado tan convencido de que el retrato que llevaba consigo era la clave de todo lo que deseaba conocer, primero de Tavish, si hubiese vivido, y luego de la joven, que no pudo explicarse al pronto la expresión del rostro de su compañera. Entonces comprendió que la posesión del retrato y el modo como llegó a su poder eran pormenores inexplicables para ella, y que la mujer a quien encontró en él *Transcontinental* no tenía nada que ver con su vida; y eso a pesar de que él le dijo con el mayor aplomo que aquella mujer, a quien creyó su madre, andaba en busca de un hombre que llevaba el mismo apellido que ella, o sea O'Doone.

Con toda evidencia la joven esperaba que él siguiese hablando y por eso insistió en el hecho de que aquella mujer del vagón mostraba gran deseo de encontrar a un hombre llamado O'Doone y que, por consiguiente, era razonable creer que se llamaría también O'Doone, y mucho más teniendo en cuenta que obraba en su poder el retrato de una joven cuyo nombre era el mismo. Este argumento le pareció a David muy convincente. Era una combinación de hechos difíciles de separar de ciertas conclusiones; pero aquella joven que estaba tan cerca de él y cuya respiración sentía casi a su lado, no acababa de darse cuenta de lo que aquello significaba. Le miraba con ojos muy extrañados y en cuanto terminó repitió:

—Mi madre ha muerto, y mi padre tampoco vive. Asimismo murió mi tía, en el Nido. No tengo ningún otro pariente que mí tío Hauck, y es una bestia. También está allá Brokaw. Es todavía más bestia. Él fue quien me hizo retratar hace dos años. Y yo he enseñado a *Tara* a matar... a matar a cualquiera que me toque en cuanto yo dé un grito.

Era maravilloso observar cómo se oscurecían aquellos ojos y ver crecer e iluminarse sus pupilas. Ella no miraba el retrato que tenía en sus manos, sino que fijaba sus ojos en él.

—Me sorprendió allí, cerca del arroyo. Y me *asustó*. Me obligó a dejarme retratar. Quería que me quitase...

Se sonrojaron sus mejillas. La cólera la estremecía.

—No le tendría miedo ahora, es decir, si estuviera sola —exclamó—. Gritaría y lucharía con toda mi alma y mientras tanto *Tara* lo destrozaría. ¡Oh, ahora *Tara* ya sabe cómo se hace eso! Le he enseñado muy bien.

—¿Y la obligó a usted a permitir que le hiciesen este retrato? —preguntó David—. ¿Qué más ocurrió?

—Vi más tarde uno de los retratos. Lo tenía mi tía. Y yo quise destruirlo porque lo odiaba así como odio a Brokaw. Pero ella me dijo que necesitaba conservarlo. La pobre estaba enferma entonces y yo la quería mucho. Todos los días me abrazaba y por las noches, antes de acostarme, me besaba. Pero ambas teníamos miedo de Hauck... Yo no le llamo tío. Estaba asustada de él. Una vez me arrojé contra él y le arañé el rostro mientras insultaba a mi tía, y él me dio unos cuantos tirones de los cabellos. Me parece que todavía los siento. Después de eso mi tía estaba llorando casi siempre y me abrazaba con más fuerza que nunca. Y así murió, rodeándome con sus brazos y tratando de decirme algo. Pero yo no la comprendía, y me eché a llorar. Esto ocurrió hace seis meses. Y desde entonces he enseñado a *Tara*... a matar.

—¿Y por qué ha amaestrado usted a *Tara*, niña mía?

David le tomó la mano, pequeñita y cálida, que ella le abandonó sin protesta. David creyó observar un ligero estremecimiento en el cuerpo de su compañera.

—Sospeché algo malo para mí —dijo—. El Nido es un lugar terrible y también Hauck y Brokaw. El primero mandó a uno por ahí —añadió señalando hacía el Norte— en busca de Brokaw. Dijo que yo pertenecía a este último. ¿Qué quiso dar a entender?

Se volvió para mirar directamente a los ojos de David. La respuesta era muy difícil. Si hubiese sido una mujer... Ella observó la expresión del rostro de su compañero mientras éste volvía los ojos en otra dirección y también se fijó en que se contraían los músculos de sus mandíbulas, de manera que ella oprimió su pequeña mano como si estuviera entre las de él.

—¿Qué quería significar Hauck? —insistió—. ¿Por qué pertenezco a Brokaw, esa bestia enorme y roja?

David puso la manecita de la joven entre las palmas de sus dos manos, como acariciándola. Su voz era también cariñosa pero no se alteró la dura expresión de su rostro.

—¿Cuántos años tiene usted, Margarita? —preguntó.

—Diecisiete —contestó.

—Pues yo... treinta y ocho —replicó sonriéndole—. Mire —añadió quitándose el gorro—. Empieza a blanquearme el cabello.

Ella levantó los ojos y luego, con rapidez tal que a él le causó un sobresalto, introdujo sus dedos en el espeso cabello de David.

—Un poco —dijo—. Pero usted no es viejo.

Ella retiró la mano y David comprendió que su acto había tenido toda la inocencia propia de un niño.

—Y, sin embargo, soy muy viejo —repitió—. ¿Está ese Brokaw en el Nido, Margarita?

Ella movió la cabeza de arriba abajo.

—Hace un mes que está allí. Vino en cuanto Hauck le hizo llamar. Se marchó poco después, pero luego volvió.

—¿Y ahora, huye usted de él?

—De todos —contestó—. Si no hubiese más que Brokaw no tendría miedo. Le dejaría que me cogiese y entonces empezaría a gritar. Estoy segura de que *Tara* le mataría. Pero también están allí Hauck y los demás. Todos ellos son peores desde que murió Nisikoos. Por eso la llamaba yo Nisikoos, es decir, mi tía. Todos son terribles y me dan mucho miedo; especialmente me asustaron cuando dieron en construir una gran jaula destinada a *Tara*. ¿Por qué hicieron una jaula para mi oso con troncos de árboles jóvenes? ¿Para qué quieren encerrarle? Ninguno quiso decírmelo. Hauck me explicó que para otro oso que Brokaw traerá desde el Yukón. Pero sé que miente, porque la construyen para *Tara*. —De pronto sus dedos estrecharon con fuerza la mano de David y éste por vez primera descubrió bajo las largas y brillantes pestañas el brillo de un terror verdadero—. ¿Y por qué pertenezco a Brokaw? —volvió a preguntar con voz algo temblorosa—. ¿Por qué lo dijo Hauck? ¿Acaso un hombre puede comprar a una muchacha?

Las uñas de sus esbeltos dedos se clavaron en la mano de David, pero éste no lo sintió siquiera.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó, procurando hablar con voz firme—. ¿Acaso ese hombre, Hauck, la ha vendido a usted?

Al dirigirle esta pregunta desvió la mirada, pues temía descubrir en el rostro de ella algo que no deseaba ver, Pero empezó a comprender, y por lo menos podía imaginarse una horrible posibilidad.

—No sé —le oyó decir junto a su hombro—. La última noche que estuve allí les oí pelearse, y sin hacer ruido me acerqué a una puerta que estaba entreabierta, y miré. Brokaw había dado a mi tío un saco de oro, es decir, un saquito como los que usan los mineros y, dirigiéndose a él, después de blasfemar dijo: “Es mucho más de lo que vale, pero no quiero seguir discutiendo. *Ahora* es mía”. No sé por qué me asusté. Desde luego Brokaw no me dio miedo, pero sí, en cambio, la terrible mirada que vi en la cara de ese hombre... mi tío. *Tara* y yo huimos aquella noche. ¿Por qué cree usted que querrán enjaular a *Tara*? ¿Le parece que Brokaw compró a *Tara* para meterlo en aquella jaula? Aunque dijo “es mía” y no “es mío”.

Él la volvió a mirar y observó que ya no parecía tan asustada.

—¿Compró a *Tara* o me compró a mí? —insistió.

—Y ¿por qué se figura que la compró a usted? —pregunto David—. ¿Ha sucedido algo?

Por segunda vez la sangre acudió a su rostro y sus pestañas cubrieron casi un par de resplandecientes estrellas.

—Él, es decir, esa bestia roja, me cogió en la oscuridad, hace dos semanas, me abrazó... y me besó —al pronunciar estas palabras jadeó, se puso de pie y se situó ante David—. Yo podía haber gritado, pero estaba dentro de la casa y a *Tara* no le habría sido posible llegar hasta mí. Le arañé y luché todo lo que me fue posible, pero él me hizo inclinar la cabeza hacia atrás hasta que me dolió. El día en que entregó el

oro a mi tío lo probó también, pero entonces pude darle un garrotazo y escapar. ¡Oh, cuánto le odio! Y él lo sabe. Y mi tío me maldijo porque le pegué con el garrote. Y por todo eso me he escapado.

—Ya comprendo —dijo David, levantándose y sonriéndole amistosamente mientras la sangre corría en sus venas como si fuese fuego—. ¿No cree usted ahora todo lo que le he contado acerca de la fotografía? ¿Se explica usted, que de un modo misterioso me hablase y me recomendase venir cuánto antes? Ya ve cómo he llegado a tiempo. Nos divertiremos un poco a costa de Brokaw y de su tío Hauk. ¿No le parece? —Se echó a reír a pesar de la excitación que sentía—. Es usted una joven muy valiente, Margarita..., usted y su oso.

Era aquélla la primera vez que pensaba en el oso desde que Margarita se separó de la fiera para acercarse a él, y cuando miró en dirección a *Tara* profirió un grito de asombro.

Bari y el oso gris se habían estado examinando durante algunos minutos. Para *Bari*, aquél era el caso más asombroso de toda su vida y, aplastado entre las dos rocas, no acertaba a comprender la razón de que su amo no echase a correr o no disparase contra el oso. En caso de haber visto pelear a David, él estaba dispuesto a saltar también contra aquel espantoso monstruo o, de lo contrario, echar a correr con toda la prisa que lo permitieran sus patas. Temblaba de indecisión y esperaba una señal de David para hacer una u otra cosa. Pero mientras tanto *Tara* empezó a acercarse lentamente a él. Llevaba colgante la enorme cabeza, que balanceaba de un lado a otro, de un modo terrible; tenía abiertas sus grandes mandíbulas y cuanto más se acercaba a *Bari*, más pequeño parecía éste entre las dos rocas. Al oír el grito de David, la joven se volvió y él se asombró de oírla reír con argentinas carcajadas. La escena del perro y el oso era muy divertida, siempre y cuando uno estuviese de humor para distraerse con ella.

—*Tara* no le hará ningún daño —se apresuró a explicar la joven notando la intranquilidad de David—. Le gustan mucho los perros y quiere jugar con éste. ¿Cómo se llama?

—*Bari*. Y yo me llamo David.

—*Bari* y David. Mire usted.

Como un pájaro se alejó de él en un momento y fue a montarse a caballo del enorme oso gris, hundiendo sus dedos en el espeso pelaje de éste. Y mientras tanto sonreía a David y su cabello radiante la rodeaba como una nube que el sol teñía de rojo y oro.

—Venga usted —dijo tendiendo una mano a David—. Quiero que *Tara* sepa que es usted nuestro amigo. Y eso porque he estado enseñándole —añadió con los ojos sombríos— y deseo darle a entender que a usted no ha de hacerle ningún daño.

David se acercó a ellos sin acabar de comprender cómo lograría la joven su objeto. Margarita, mientras tanto, echó pie a tierra y sin vacilar abrazó el cuello de su nuevo amigo y lo llevó junto a la enorme cabeza de *Tarta*, que los miraba con ojos

inexpresivos. Por un momento oprimió su rostro contra el de David, sin dejar de mirar a *Tara*, hablándole al mismo tiempo. David no comprendió muy bien lo que le decía, a excepción de que, en general, recomendaba al oso no hacer nunca daño a aquel hombre, en ningún caso y a pesar de todo. David sintió el cálido contacto de su cabello en el cuello y en el rostro. Por un momento le cubrió una parte del pecho. La mano de la joven le tocó la mejilla a guisa de caricia sin que él se moviera, hasta que ella deshizo su abrazo, pues entonces se irguió.

—Ya no hay cuidado —exclamó triunfante Margarita—. De ahora en adelante *Tara* no le hará ningún daño.

Tenía las mejillas sonrosadas, pero no porque sintiera ninguna impresión desagradable. Sus ojos eran tan puros como las violetas que aplastó bajo sus pies en los valles de la montaña. David miró a la joven que estaba ante él, tan parecida a una niña y, sin embargo, lo bastante mujer para hacerle sonrojar. Entonces advirtió en su rostro un repentino cambio de expresión. Era, en cierto modo, dolorosa, y le recordó lo que ya había olvidado, es decir, su cansancio y la lucha sostenida. La joven miraba en dirección a su mochila.

—No hemos podido comer nada desde que huimos —dijo con la mayor sencillez—. Y tengo hambre.

David había oído decir a los niños “tengo hambre” con aquella misma voz y con igual esperanza y suplicante insistencia. Él mismo pronunció aquellas palabras un millar de veces ante su madre y con semejante entonación, según le parecía; y cuando la vio allí mirando a su mochila, sintió el fuerte deseo de estrecharla en sus brazos, no como mujer, sino como niña. Tal deseo le hizo quedarse inmóvil, cosa que ella interpretó de otra manera, creyendo que David le pedía una explicación de sus palabras.

—Até un fardo a la espalda de *Tara*, pero lo perdimos por la noche al subir la montaña. Era tan empinada que en muchas ocasiones me veía obligada a agarrarme a los pelos de *Tara* para que me ayudase a subir.

Inmediatamente David se acercó a su mochila, la abrió y depositó algunas cosas a derecha y a izquierda sobre la blanca arena, en tanto que la joven le observaba con el deseo pintado en el rostro.

—Café, tocino, torta de harina de avena y patatas —dijo haciendo un rápido inventario de su pequeña cantidad de provisiones.

—¡Patatas! —exclamó la joven.

—Sí, patatas desecadas. ¿Ve usted? Tienen el aspecto de arroz. Una libra de esto equivale a catorce de patatas. Y cuando se cuecen como es debido no se advierte la diferencia. Ahora vamos a hacer fuego.

Ella empezó a ir de un lado a otro, recogiendo ramitas secas en la arena, antes de que él se pusiese en pie. David no pudo resistir el deseo de observarla. Sus movimientos, aun en su rápida recolección de combustible, eran los más graciosos que jamás vio en un ser humano. Y, sin embargo, estaba fatigada y hambrienta.

Además se dijo que sus pies cubiertos por las abarcas destrozadas por las rocas debían de estar doloridos y contusionados. David se acercó a la corriente en busca de agua y mientras estuvo separado de ella su mente trabajó con gran rapidez. Le parecía haber comprendido la situación tal vez mejor que ella misma. Había en Margarita algo dulce e infantil, a pesar de su edad, de su estatura y de su gran hermosura, que nada tenía de la belleza infantil, y por esta razón no pudo comprender del todo el peligro del que había huido cuando él la encontró. Observó además que su temor no era tan sólo por sí misma, sino también por *Tara*, su oso. Le había preguntado con quejumbrosa ansiedad y con más extrañeza y perplejidad que miedo, si pertenecía a Brokaw, qué significaba todo aquello y sí un hombre podía comprar a una muchacha. Para él resultaba claro que la “bestia roja” de quien ella le habló deseaba apoderarse de la joven. Lo único que le extrañaba era, en el caso de que no estuviese equivocado, que tales cosas pudieran ocurrir entre los hombres. ¿Comprar a aquella muchacha? Desde luego, en las grandes ciudades tal cosa ocurre centenares y millares de veces. Pero es un hecho que tiene lugar todos los días. Y no comprendía cómo era posible que también sucediese allí, en donde los hombres vivían tan sólo a causa de su fuerza. Sin duda había otros hombres en el Nido, además de los dos que odiaba y temía la joven, es decir, aparte de Hauck, su tío, y de Brokaw, la “bestia roja”.

Mientras tanto Margarita amontonó las ramitas y un poco de musgo seco en espera de que David le aplicase un fósforo al volver. *Tara* se había tendido perezosamente al sol y Bari seguía entre las rocas, sin dejar de mirarle. Antes de encender el fuego, David tendió una de sus mantas sobre la arena e invitó a la joven a sentarse. Ella le hizo sentar a su lado y ni por un momento desvió la mirada de su rostro. Cuando él levantaba los ojos la veía mirándole y cuando volvía al arroyo en busca de otro cubo de agua, se daba cuenta de que ella seguía contemplándole. Al volverse para regresar, y a cincuenta pasos de distancia, ella le sonrió y él la saludó agitando la mano. Mientras preparaba la comida le dirigió varias preguntas. Según supo, el Nido era un centro de contrabando y Hauck su propietario. Se sorprendió al saber que no se hallaba en el arroyo Firepan, que estaba al otro lado de la cordillera, y que al norte y al oeste de dicho arroyo vivían numerosos indios. Los mineros bajaban con frecuencia desde el río Taku y desde las orillas del Yukón, según le dijo Margarita. Por lo menos ella se figuraba que eran mineros, pues así se lo dijo Hauck a Nisikoos, su tía. Iban todos en busca de *whisky*, siempre *whisky*. Y también los indios iban allá a comprar licor. Era el principal artículo en que trataba su tío Hauck. Lo recibía de la costa durante el invierno, pues le mandaban muchos trineos cargados de él, y algunos de aquellos “mineros” que procedían del Norte se llevaban una gran parte del licor en cuestión. En verano lo transportaban en caballos de carga. Margarita se preguntaba qué harían con tanto licor. En cuanto lo cataban nada más, Hauck y Brokaw se convertían en unas bestias, y los indios se ponían como locos, de tal manera que Hauck ya no quería permitirles que bebiesen en el Nido. Les obligaba a llevárselo hacia las montañas. Precisamente entonces había cierto número de mineros

procedentes del Norte, diez o doce en total. Mientras vivió tía Nisikoos, Margarita nunca tuvo miedo; pero ahora ya no había ninguna otra mujer en el Nido, exceptuando una vieja india que guisaba la comida de Hauck. Éste no necesitaba a nadie en su casa. La joven tenía miedo de aquellos hombres, aunque todos ellos temían a Hauck. Y estaba segura también de que éste se dejaba dominar por Brokaw. Ignoraba la razón, pero era así. Ella, por su parte, no sólo los temía a todos, sino que los odiaba. Mientras vivió Nisikoos fue muy feliz, porque la buena mujer le enseñó a leer en los libros, y, siempre, desde la época más remota que podía recordar, no desperdició la ocasión de enseñarle algo. Y gracias a eso sabía escribir casi tan bien como Nisikoos. Dijo esto último con cierto orgullo, pero desde que murió su tía las cosas habían cambiado de un modo terrible, especialmente los hombres, que cada día le inspiraban un miedo mayor.

—Ninguno de ellos es como usted —dijo con asombrosa franqueza y con los ojos brillantes—. Me gustaría mucho estar siempre a su lado.

Él entonces se volvió para mirar a *Tara*, que dormía al sol.

Capítulo XIX

Comieron uno frente a otro sobre una piedra plana y limpia que utilizaron como mesa. Por parte de la joven no había vacilación ni falso orgullo por ocultar su hambre. A David le causaba extremado gozo el verla comer y el sorprender las expresiones cambiantes de sus ojos, así como las leves sonrisas que sustituían a las palabras cuando él le servía tocino, torta de cebada, patatas o café. Tan sólo una vez desapareció de sus ojos el brillo que los animaba y fue cuando miró a *Tara* y a *Bari*.

—*Tara* ha estado comiendo raíces todo el día —dijo—; pero ¿qué comerá el perro? —añadió señalándole.

—Esta mañana para almorzar se ha comido una marmota —le aseguró David—. Estaba gordísima, y tengo la seguridad de que ahora no querría comer. Está muy interesado en observar al oso. —Ella dejó de comer, dando un suspiro de satisfacción, y entonces David le preguntó—: ¿Qué quiere usted decir al asegurar que ha enseñado a *Tara* a matar? ¿Para qué le ha enseñado usted eso?

—Empecé a hacerlo al día siguiente de que Brokaw me cogiese entre sus brazos y me obligara a inclinar la cabeza hacia atrás. ¡Oh, era terrible con su cara tan cerca de la mía! —añadió estremeciéndose—. Después me lavé la cara y me la froté con fuerza, pero aún me parece sentirlo en este momento. —Se oscurecían de nuevo sus ojos como se oscurece el Sol cuando por delante de él pasa una nube tempestuosa—. Quería dar a entender a *Tara* lo que debía hacer después de eso y así robé alguna ropa de Brokaw y la llevé a una llanura que hay junto a la montaña. Llené de paja las prendas de ropa, y así hice... ¿Cómo lo llaman ustedes? En indio tiene el nombre de *issenakooswin*.

—Un muñeco —dijo David.

—Eso es —replicó ella—. Entonces me alejé de *Tara*, elevando el muñeco, y cuando estuve a cierta distancia fingí que me peleaba con él y empecé a gritar. La tercera vez que lo hice, cuando *Tara* me vio debajo del muñeco, dándole puntapiés y gritando, le asestó un zarpazo que lo abrió de pies a cabeza. Y después de eso...

Sus ojos centelleaban triunfantes.

—Lo despedazaría —añadió entusiasmada—. Tuve que emplear un día entero en coserlo y en arreglarlo y por fin robé otras prendas de ropa. Esta vez eran de Hauck. Pronto desaparecieron también. Ya ve usted, pues, lo que haría *Tara* contra un hombre si me viese luchar con él y me oyera gritar.

—Hace poco rato que usted estaba dispuesta a arrojarse contra mí para luchar y gritar —le recordó David sonriendo desde el lado opuesto de la mesa de piedra.

—En cuanto me habló usted ya no pensé siquiera en ello —se apresuró a

contestar Margarita con una vivacidad que demostraba la sinceridad de sus palabras —. Entonces ya no tuve miedo, sino por el contrario... me alegré... No, no gritaría aunque me abrazase usted como Brokaw.

Él sintió el calor de su sangre por debajo de la piel. Le era imposible contener su emoción y se avergonzó, de ella y del pensamiento que, por un momento, hubo en su mente. El alma de aquella joven, de aquella hija de las montañas, estaba asomada a sus ojos. Sus labios no ocultaban sus pensamientos ni sus emociones, puros como el cielo azul y tan desconocedores de los convencionalismos como los vientos que atravesaban los valles. Era un ser nuevo y desconocido para él, una niña-mujer y una ninfa maravillosa que había crecido con las flores. Y, sin embargo, no era tan pequeña como parecía a primera vista, pues pudo observar que la parte superior de su brillante cabeza llegaba a mayor altura que la boca de él.

—¿De modo que no tendrá usted miedo de volver al Nido... conmigo? —preguntó.

—No —contestó ella con asombrosa confianza—. Aunque preferiría huir con usted. —Y añadió con rapidez antes de que él pudiese replicar—: ¿No me aseguraba usted haber venido a mi encuentro, recorriendo para ello centenares de millas? Pues si es así, ¿para qué volver atrás?

Él le explicó la situación con tanta claridad como le fue posible y le dio todas las razones que se le ocurrieron. Era imposible, según le aseguró, que Brokaw o Hauck u otro hombre cualquiera pudiese hacerle el menor daño ahora que ya tenía un defensor dispuesto a arreglar el asunto. Fue tan franco con ella como Margarita lo había sido con él. Abriéronse mucho los ojos de la joven cuando David le dijo que, según su opinión, Hauck no debía de ser su tío y que, por otra parte, estaba seguro de que la mujer a quien encontró en el *Transcontinental*, que buscaba a un hombre llamado O'Doone, sentiría algún grande interés con respecto a ella. Había que averiguar si era posible cómo fue a parar el retrato a sus manos y, además, quién era. Y tan sólo se lograría eso yendo al Nido y averiguando la verdad de los labios de Hauck. Luego los dos se dirigirían a la costa, lo cual sería un viaje relativamente fácil. Añadió que Hauck y Brokaw no se atreverían a molestarlos, porque se dedicaban a un negocio que la policía provincial se apresuraría a impedir en cuanto se enterase. Es decir, que él y Margarita serían los dueños de la situación. Los ojos de la joven brillaban con fe creciente mientras él hablaba.

Margarita se había inclinado un poco sobre la piedra que los separaba, de manera que sus espesos rizos se hallaban ante los ojos de él, cuando de pronto extendió los brazos a través de los cabellos y sus dos manos tocaron el rostro de David.

—¿Y me llevará usted consigo? ¿Me lo promete?

—Mi querida niña, precisamente he venido para eso —contestó él fingiendo sorpresa por sus preguntas—. He recorrido mil quinientas millas tan sólo con este objeto. ¿Cree ahora lo que antes le dije acerca de su retrato?

—Sí —contestó.

Se había retirado y le miraba con tanta fijeza y con tan profundo asombro en sus ojos, que él se vio obligado a desviar la vista con fingida indiferencia.

—¿De modo que usted tenía la costumbre de hablarme y el retrato le parecía una cosa viva?

—Muy viva, Margarita.

—¿Y soñaba usted en mí?

Él le había dicho eso y de nuevo sintió el calor de su sangre. Se vio en un apuro. Si ella hubiese tenido más años, o menos, por el contrario...

—Sí —dijo con sinceridad.

Y temía otra pregunta que casi parecía inevitable. Pero no llegó. La joven se puso de pie, se echó el cabello a la espalda y corrió en dirección a *Tara*, que dormitaba en pleno sol. David tan sólo pudo adivinar lo que dijo al oso, abrazada a su peludo cuello. Se sorprendió riéndose de nuevo, cuando estaba vuelto de espaldas a ella y ocupado en recoger las cosas de la comida. En realidad no pudo haberse imaginado lo que ocurriría y que le tenía bastante apurado. Por otra parte, era divertido y muy interesante.

No había duda de que tanto Hauck como Brokaw debían ser muy brutos; con lo que ella le dijo estaba convencido de que se dejaban gobernar por sus pasiones y que se dedicaban en grande al tráfico prohibido, de *whisky*. Pero también creía que no serían tan malos como se figuró al principio, aunque, desde luego, el Nido debía de ser un lugar horrible para la joven. Desde su punto de vista era muy natural que se hubiese escapado. Era una muchacha espontánea de un modo asombroso, muy valerosa y decidida a luchar contra cualquiera; no obstante un día o dos más tarde se hubiera visto obligada a volver a su casa fatigada y hambrienta, pues no habría tenido otra cosa que comer que las raíces que servían de alimento a *Tara*. Pensó en el hambre que tenía y la extrema necesidad en que la encontró y eso le hizo sonreír. Y cuando estaba terminando de guardarlo todo, la joven dejó al oso y se acercó a él.

—Si queremos pasar la montaña antes de que oscurezca no hay que entretenerse —dijo—. Fíjese usted en que es una montaña muy alta.

Y señaló a una árida abertura de la cordillera del Norte pegada a los picos cubiertos de nieve.

—Además allí hace mucho frío cuando llega la noche —añadió.

—¿Y podrá usted andar tanto? —preguntó David—. ¿No está usted cansada? ¿No le duelen los pies? Si quiere podremos esperar hasta mañana por la mañana.

—No tengo ningún inconveniente en subir allá —replicó con una excitación que antes no tenía—. Puedo subir allá y andar toda la noche... para decirles a Brokaw y a Hauck que ya no les pertenezco y que usted y yo nos iremos juntos. Brokaw se pondrá como un loco y antes de marcharnos le arrancaré los ojos con mis uñas.

—¡Dios mío! —exclamó David, asombrado a más no poder.

—Y si Hauk me dice algo desagradable, haré lo mismo con él —declaró temblorosa, de entusiasmo por su próxima venganza—. Y, además..., también le

sacaré los ojos en pago de lo que hizo con Nisikoos.

David se quedó mirándola, en tanto que ella se volvía hacia el paso que había entre las montañas, y se fijó en la rigidez que había adquirido su esbelto cuerpo y en que tenía los puños convulsos y apretados tensamente.

—No se atreverán a tocarme ni a insultarme mientras esté usted conmigo —añadió con fe sublime.

Se volvió a tiempo para sorprender la mirada de su rostro. Desapareció su excitación y, vacilante, le tocó el brazo.

—¿Acaso no le parece bien... que les arranque los ojos? —preguntó.

Él movió la cabeza en sentido negativo.

—Nada de eso —dijo—. Hemos de tener mucho cuidado. Ni siquiera les daremos a entender que usted se ha escapado. Les diremos, en cambio, que fue a dar un paseo por la montaña y que se extravió.

—No me extravió nunca —protestó.

—Pero se lo diremos a ellos —insistió David—. ¿Quiere?

—Bueno —consintió.

—Pero ahora, antes de empezar a andar, dígame por qué no la han seguido.

—Pues porque atravesé la montaña —replicó señalando de nuevo el paso—. Todo eso es de roca, y *Tara* no dejó huellas. Ellos no se figuraron siquiera que yo me aventurase a atravesar la montaña. Nos habrán buscado en el otro valle, suponiendo que se hayan molestado en hacerlo. Y yo estaba dispuesta a atravesar también esta cordillera —añadió, señalando al Sur.

—¿Y luego?

—Más allá hay gente. Muchas veces he oído hablar de ello a Hauck.

—¿Le oyó usted alguna vez hablar de un hombre llamado Tavish? —preguntó observándola con la mayor atención.

—¿Tavish? —repitió ella tratando de recordar, en tanto que aparecían unas pequeñas arrugas entre sus dos cejas—. ¿Tavish? No, nunca.

—Vivió en otro tiempo junto al arroyo Firepan, Tuvo la viruela —añadió David.

—Eso es terrible —exclamó la joven estremeciéndose—. Los indios mueren de eso. Por ahí Hauck dice que mis padres murieron de viruela antes de que yo pudiese recordarlo. Para mí es como un sueño. A veces recuerdo la cara de una mujer y también una cabaña, nieve y muchos perros. ¿Está usted dispuesto a marchar?

Él se cargó su mochila al hombro y mientras se arreglaba las correas, Margarita se acercó a *Tara*. Obedeciendo a su mandato, el enorme animal se levantó quedándose en pie ante ella y balanceando su cabeza de un lado a otro y con las mandíbulas abiertas. David llamó a *Bari* y el perro acudió a él como un rayo; se apoyó en su pierna gruñendo con ferocidad.

—¡Quieto! ¡Quieto! —dijo David blandamente apoyando la mano en la cabeza de *Bari*—. Aquí todos somos amigos, muchacho. Mira. —Y se acercó al oso gris, tratando de convencer a *Bari* de que le siguiese. El perro recorrió la mitad de la

distancia y luego se sentó sobre su cuarto trasero, negándose a avanzar más, con expresión tan triste en su cara que la joven no pudo contener la carcajada, en la que le acompañó David. La risa de Margarita era contagiosa y más se reía él por acompañarla que por la gracia que le hiciese *Bari*, pero su explosión de alegría quedó interrumpida de un modo inesperado por la escena que pudo presenciar. En resumidas cuentas, *Tara* resultaba muy útil. Su ama montó en él a horcajadas, espoleándole a talonazos e inclinada hacia delante, de manera que con una mano le tiraba de su oreja izquierda. El oso se volvió lentamente y sus uñas resonaron en las piedras; en cuanto su cabeza estuvo en la dirección debida, Margarita le soltó la oreja y le habló golpeándolo al mismo tiempo con sus talones.

—¡*Neah, Tara, Neah!* —exclamó.

Tras ligera vacilación, durante la cual el oso gris parecía darse cuenta de lo que su ama deseaba, emprendió el camino hacia el paso que había entre las montañas llevando a su ama. Ésta se volvió y con un gesto llamó a David.

—¡*Pao!* Apresúrese —le gritó, riéndose al observar el asombro de su rostro.

David había empezado a llenar la pipa, pero en los minutos siguientes olvidó incluso que la tenía en la mano. Sus ojos no se apartaron del enorme animal que marchaba a doce pasos de distancia y tampoco de la joven que montaba en él. Se fijó en *Bari* y le pareció que los ojos se le salían de la cabeza; y en cuanto a él, estaba con la boca abierta cuando la joven le llamó. Lo que ocurriera antes era asombroso e inesperado, pero lo que ahora presenciaba era sencillamente maravilloso. *Tara* avanzaba con el paso lento y típico del oso gris y la joven, que parecía una parte sinuosa de él, resultaba para David la cosa más maravillosa del mundo. Su cabello le colgaba por la espalda como cascada de gloriosa luz. Echó la cabeza hacia atrás y a él le pareció una maravillosa flor dorada. La oyó reír y gritar algo a *Tara*. Y cuando el oso empezó a subir una pendiente bastante pina, ella se inclinó hacia delante reposando casi en la espalda del oso, con sus rizos brillando sobre el rudo pelaje del cuello de la fiera. Mientras ésta seguía subiendo, David vio que ella miraba hacia atrás, en dirección a él, con los ojos brillantes y labios sonrientes. Le recordó algo que había leído acerca de Leucosia, su favorita de las “Tres Sirenas”. Pero en el caso actual se trataba de una sirena de las montañas y no del mar, que le conducía a su prematuro fin... si se veía obligado a subir al mismo paso que aquel oso. Se aceleró su respiración y diez minutos más tarde estaba ya jadeante y ahogándose casi, de modo que, desesperado, aminoró el paso, en tanto que el oso y su amazona desaparecían sobre la cresta de la primera colina. Ella agitó la mano, llamándole tal vez desde doscientos metros más arriba de aquella colina infernal, y David estaba seguro de que ella se reía. Cuando estuvo casi en la cima, la vio sentada a la sombra de una roca, esperándole, mientras él subía trabajosamente, y al llegar a su lado observó que en el azul de sus ojos había una expresión sería y traviesa a un tiempo.

—Lo siento mucho, *Sakewawin* —dijo, bajando la mirada hasta que sus ojos quedaron ocultos por la seda de sus largas pestañas—. No me era posible hacer andar

despacio a *Tara*. Tiene hambre y sabe que nos volvemos a casa.

—¡Y yo que me figuraba que tenía usted los pies doloridos! —consiguió decir él.

—No puedo montarle cuando bajamos una montaña —explicó mostrando al mismo tiempo sus piecitos apenas cubiertos por las destrozadas abarcas—. Entonces no puede sostenerme y me caería por encima de su cabeza. Ahora convendrá que vaya usted delante de *Tara*, porque eso le contendrá.

Lo probó luego al continuar la ascensión; *Tara* le seguía tan de cerca y de un modo tan desagradable, que David podía sentir su cálido aliento en la mano. Al llegar a la segunda elevación la joven iba al lado de él. Por espacio de media milla la subida no fue penosa; además pisaban una hierba blanda. Después de eso llegaron las rocas y las pizarras, y el aire empezó a ser más frío. Emprendieron la marcha a la una de la tarde y eran las cinco cuando llegaron a las primeras nieves. A las seis alcanzaron la cumbre. A sus pies se extendía el valle del Firepan, llanura ancha, inundada por el sol, sembrada de árboles, y en la que crecía abundante la hierba; la joven la señaló hacia el Norte y hacia el Oeste.

—En esta dirección está el Nido —dijo—. Desde aquí podríamos verlo si no fuese por esa montaña grande y roja.

Estaba muy fatigada a pesar de haber recorrido a lomos de *Tara* por lo menos las dos terceras partes de cuesta. Advertíase en sus ojos el cansancio, y cuando sopló un viento helado se apoyó contra David, quien observó que ya casi no le quedaba resistencia. Al llegar junto a la nieve le hizo poner una camisa de lana ligera que llevaba en su mochila; además le cubrió la cabeza con el enorme pañuelo que hasta entonces sirviera para envolver el retrato, de manera que gracias a eso, Margarita no tenía frío. Pero su aspecto era lastimoso e infantil mientras estaba junto a él en lo más alto del mundo y a tanta distancia del valle que los bosquecillos que había en él parecían manchas pintadas. Por lo menos habían de bajar media milla para llegar al primer grupo de árboles, que formaba una mancha redonda en una estrecha depresión; y él se lo señaló para darle ánimos.

—Acamparemos ahí y cenaremos. Creo que podremos encender fuego. Y si no le es posible montar en *Tara*, yo la llevaré en brazos.

—No podrá usted, *Sakewawin* —dijo suspirando y tocándole el brazo con su cabeza—. Es mucho más difícil llevar un peso al bajar una montaña que al subirla. Puedo andar.

Y antes de que pensara siquiera en detenerla, había empezado a descender. Bajaron con rapidez y, por lo menos, avanzaron el triple que al subir por el otro lado. Cuando, media hora después, llegaron al bosquecillo que había en aquella depresión, le dalia tanto la espalda a David como si se la hubiese fracturado. La joven anduvo siempre ante él con la mayor valentía, y dando un grito de triunfo se dejó caer al pie del primer copayero que encontró. Las pupilas de sus ojos estaban dilatadas al mirarle, temblorosa aun a causa del enorme esfuerzo realizado, y sin embargo trató de sonreírle.

—Puede usted llevarme... algunos ratos... pero no al bajar la montaña —dijo descansando la fatigada cabeza en la almohada de su brazo, de modo que casi ocultó el rostro—. Y Ahora... haga el favor de preparar la cena, *Sakewawin*.

David extendió la manta ante la joven, para que descansara mientras él se dedicaba a buscar un lugar apropiado para acampar. Observó que *Tara* andaba ya desenterrando raíces. *Bari*, en cambio, no abandonaba a su amo. A poca distancia David encontró un arroyuelo que descendía desde las alturas nevadas; junto a él llevó cierta cantidad de leña seca y encendió una hoguera. Hecho esto preparó una gruesa yacija de ramas de copayero y fue en busca de su pequeña compañera, la cual, durante la media hora que empleó en estos preparativos, se había quedado dormida. Cuando él levantó con el mayor cuidado su esbelto cuerpo, pudo darse cuenta de que estaba derrengada. El pañuelo le había resbalado hasta caerle sobre el hombro y tenía una expresión gentil y de abandono al apoyar la cabeza en su pecho. No se despertó mientras él la depositaba sobre las ramas de copayero, y ya anochecido la llamó para que cenase. El fuego ardía alegremente. *Tara* se había tendido lejos del resplandor del fuego y se divisaba de un modo confuso como masa enorme y oscura. *Bari*, en cambio, estaba cerca del fuego. La joven se incorporó, se frotó los ojos y miró a David.

—*Sakewawin* —murmuró mirando a su alrededor con cierta estrañeza.

—La cena está preparada —replicó él sonriendo—. Lo dispuse todo mientras echaba usted un sueñecito. ¿Tiene usted apetito?

Sirvió los manjares de manera que ella no tuviese que abandonar las ramas de copayero y además le preparó un tronco que le permitiese apoyar la espalda, el que hizo más cómodo, poniendo delante la mochila y la manta. A pesar de todo, Margarita no comió gran cosa, Tenía los ojos cargados de sueño, de modo que en cuanto hubo terminado la cena, él retiró el tronco del árbol que le servía de respaldo y le preparó las ramas de copayero para que descansara bien, en tanto que él fumaba una pipa. Sin embargo, no deseaba que la joven se durmiera en seguida, sino que quería gozar de su conversación. Y empezó a preguntarle por qué huyó de un modo tan imprudente, llevando tan sólo un par de abarcas y ninguna ropa de repuesto.

—Todo eso iba en el fardo de *Tara*, *Sakewctwin* —explicó ella con los ojos brillantes, al resplandor del fuego—. Pero se perdió todo.

Entonces él empezó a hablarle del Padre Rolando. Ella escuchaba con más sueño cada vez y sus pestañas se inclinaban lentamente hasta que formaron unas oscuras curvas sobre sus mejillas. David estaba lo bastante cerca para poder observar cuán largas eran, y mientras las veía temblar, en los esfuerzos de la joven para continuar despierta y escucharle, le parecieron los oscuros pétalos de dos hermosas flores que, soñolientos, se cerraban al llegar la noche. Era maravilloso el ver cómo se abrían de repente aquellos ojos clarísimos y cargados de sueño y que luego se cerraban de nuevo, mientras la joven luchaba valerosa para dominar su irresistible sueño, en tanto que en sus labios se dibujaba una leve sonrisa. Cuando los abrió por última vez, él

tenía el retrato en sus manos y lo contemplaba, muy cerca de ella, alumbrado por el fuego. Por un momento David creyó que su compañera se había despertado por completo.

—Arrójelo al fuego —dijo—. Odio este retrato porque Brokaw me lo hizo. Y también odio a Brokaw. Queme el retrato.

—Pues yo deseo conservarlo —protestó—. ¿Quemarlo? ¿Para qué?

—Ya no volverá usted a necesitarlo a partir de esta noche.

Sus ojos se cerraron de nuevo y por última vez.

—¿Por qué? —preguntó David inclinándose hacia ella.

—Porque, *Sakewawin*... ahora... me tiene a mí —replicó con suavidad y con voz soñolienta.

Y después las largas pestañas quedaron inmóviles sobre sus mejillas.

Capítulo XX

En cuanto se hubo quedado dormida, David pensó largo rato en sus palabras. Aun en el último momento de estar despierta su voz le pareció penetrada de extraña fe y de maravillosa seguridad, mientras sus frases se perdían en un murmullo. ¿De modo que no necesitaría ya más el retrato... porque la tenía a ella? Eso dijo y él comprendió muy bien que en aquellos momentos, mientras su alma oscilaba entre la vigilia y el sueño, habló expresando sus verdaderos sentimientos. La miró dormida ante él y por vez primera sintió el peso de una preocupación repentina y de tristes presentimientos... Y, sin embargo, dominándolo todo, sentía el entusiasmo de su posesión. Cubrió a la joven con su manta y luego, inclinándose, le separó los espesos rizos de su rostro. Al tocarlos, los sintió cálidos y suaves y los acarició mientras miraba con fijeza la infantil hermosura de su rostro, en el que todavía podía verse la sonrisa que lo animó en el momento de dormirse. Empezaba a creer que había asumido una tarea tremenda y que ella, que no era mucho más que una niña, apenas se dio cuenta de lo que podía ocurrir. Su fe en él era muy agradable y, además, resultaba difícil darse cuenta de que era también absoluta. Lo comprendió mejor a medida que pasaba el tiempo, sentado como estaba junto al fuego. Y tanto confiaba en él aquella joven, que se disponía a volver sin temor junto a las personas que odiaba y que tanto miedo le daban. Y no sólo volvía sin recelo, sino con cierta satisfacción, pues se disponía a desafiarles. Él se la imaginaba ya diciendo a Hauck y a la “bestia roja”: “He vuelto. Ahora, tocadme si os atrevéis”. ¿Qué se vería obligado a hacer para que ella no perdiese tal confianza? Sin duda, mucho. Y si alcanzaba la victoria por ella, según la joven esperaba plenamente, ¿qué haría luego con su protegida? ¿Llevarse la a la costa y hacerla ingresar en una escuela cualquiera del Sur? Esto es lo primero que se le ocurrió, pues más que nunca le parecía una niña, dormida en su lecho de copayeros.

Se esforzó en imaginarse a Brokaw y también a Hauck, y de nuevo pensó en todo lo que la joven le dijera acerca de aquellos hombres. Al contemplarla dormida tranquilamente bajo su manta gris, le resultaba difícil creer algo tan horrible como le indicó. Tal vez sus temores fueron exagerados. El cambio del saquito de oro entre Hauck y la “bestia roja” debióse probablemente a otra cosa cualquiera. Ni siquiera unos hombres sumidos en la brutalidad del negocio a que se dedicaban serían capaces de pensar en un crimen tan horrible. Y luego, con una cólera que hizo hervir su sangre, recordó que Brokaw la había estrechado en sus brazos, haciéndole inclinar la cabeza *hasta que le dolió* y que además la besó. *Bari* se había situado entre sus rodillas, y los dedos de David apretaron con tal fuerza la piel suelta de su cuello, que

el perro dio un gemido. Se puso en pie y se quedó mirando a la joven. Y así permaneció durante largo rato sin moverse ni proferir un sonido.

—Es una mujercita —se dijo en voz baja—. No una niña.

A partir de aquel momento sintió el mayor deseo de llegar cuanto antes al Nido. Nunca pensó en serio en la necesidad de luchar físicamente con los hombres, a no ser como deporte. Su carácter le hizo considerar siempre esta eventualidad como algo bárbaro y nunca hizo uso de su habilidad en el boxeo, como tal vez hubiese hecho otro cualquiera. El pelear era, a su juicio, perder el respeto de sí mismo. Esta opinión no se debía a la timidez sino a una convicción muy fuerte, y esto precisamente fue lo que le salvó de tomar una sangrienta venganza en una hora en que otro hombre habría matado. Pero en aquella habitación de su casa se vio frente a frente con un pecado indigno y asqueroso. Allí no tuvo que proteger cosa alguna, ni se vio precisado a amparar a nadie. El caso era ahora completamente distinto. Un alma se entregó a su protección, un alma tan pura como las estrellas que brillaban sobre las cimas de las montañas, y su posesora dormía ante sus ojos penetrada de la confianza absoluta de que con él estaba segura del todo. Poco después sus dedos se estremecieron cuando sacó de su mochila la pistola automática que cargó con el mayor cuidado, metiéndosela en el bolsillo para poder empuñarla rápidamente. Este acto era una declaración de algo definido. Y tendiéndose junto al fuego, se entregó al sueño, animado por la fuerza de su propósito.

Se despertó al llegar la aurora del día de verano, y cuando el sol empezaba a teñir de rojo la cumbre de las montañas reanudaron el descenso hacia el valle. Antes de emprender la marcha prestó a la joven su peine y sus cepillos y durante cinco minutos la observó mientras ella desenredaba su cabello, que de este modo recobró su esplendor. Se lo ató en la nuca con un poco de cordel que David encontró y luego, mientras descendían las montañas, pudo observar que las rebeldes trenzas insistían en formar tirabuzones alrededor de su cabeza.

En una hora alcanzaron el valle y por unos momentos se sentaron a descansar mientras *Tara* registraba las rocas en busca de marmotas. Aquél era un valle maravilloso y desde donde estaban sentados más parecía un parque inmenso. Las vertientes cubiertas de vegetación casi llegaban a la cima de las montañas, y hacia la mitad de estas laderas, es decir, donde terminaba el bosque, se veían diseminados algunos grupos de abetos y de copayeros como si allí hubiesen sido plantados por la mano de los hombres. Algunos de aquellos grupos de árboles no eran mayores que los que con objeto decorativo se disponen en el parque de una ciudad. Y otros, en cambio, cubrían grandes extensiones. Al pie de las vertientes de cada lado, como frisos decorativos, veíanse delgadas e ininterrumpidas líneas de bosque. Entre ambas se extendía el valle de tierra blanda, ondulosa y cubierta de verde entre el cual se descubrían algunas matas de salvia, de romero, de ruda, oxiacantas y plantas espinosas, así como árboles jóvenes. Y por el centro del valle atravesaba una corriente de agua.

Aquella era la patria de la joven. Ella le señalaba todas sus bellezas mientras estaban sentados allí y él le escuchaba y observaba al mismo tiempo sus movimientos, parecidos a los de un pájaro, sin resolverse a dirigirle las preguntas que se formaban en su mente. Ella le señaló todas las alturas en que había estado.

Y una de ellas, apenas visible entre la niebla gris de las primeras horas del día, era la montaña en que cinco años atrás encontró a *Tara*. Entonces era un diminuto osezno que sin duda había perdido a su madre. Tal vez los indios la mataron. Y le señaló también una larga pendiente sembrada de rocas, tan empinada a trechos, que se estremecía al pensar en lo que había hecho, por donde ella y *Tara* se encaramaron para pasar la montaña: durante su fuga. La joven escogía las rocas para que *Tara* no dejase ninguna huella. David consideró aquella, pendiente como prueba plena de la resolución que sin duda inspiró a la joven. Un ataque de cólera infantil no la habría decidido a subir por allá y mucho menos de noche. Y creyó llegada la ocasión de expresar las ideas de su mente.

—Óigame, Margarita —dijo señalando la roja montaña que se hallaba ante ellos—. Me ha dicho usted que ahí está el Nido. ¿Qué haremos al llegar a él?

Ella frunció las cejas y le miró.

—Pues decírselo —replicó.

—¿Qué les diremos?

—Que ha venido usted a buscarme y que nos marchamos, *Sakewawin*.

—¿Y si se oponen? ¿Y si Brokaw y Hauck dicen que no puede usted marcharse?

—De todos modos nos iremos, *Sakewawin*.

—Este nombre que me da usted es muy bonito —replicó David pensando en otra cosa—. Me gusta.

Por vez primera la joven se ruborizó hasta que su rostro pareció una de las rosas silvestres que crecían en las matas espinosas del valle.

—Conviene no decirles tanto —añadió David—. Por lo menos al principio. Recuerde, Margarita, que usted se extravió y que yo la encontré. Es preciso que me dé tiempo para conocer a Hauck y a Brokaw.

Ella se conformó, pero durante unos momentos hubo cierta mirada de ansiedad en sus ojos, y David observó un ligero temblor en su garganta.

—¿No les permitirá usted... que se queden conmigo? ¿A pesar de cuanto digan no me dejará en su poder?

Él se echó a reír; le levantó la barbilla para poder mirarle a los ojos y la fe los iluminó de nuevo.

—No. Usted vendrá conmigo —le prometió—. Y ahora vamos, porque tengo verdadero deseo de conocer a Hauck y a la “bestia roja”.

A David le pareció muy raro no encontrar a nadie en el valle, y no le convenció del todo la explicación de la joven de que casi todos los viajeros que procedían del Norte y del Oeste se detenían en el Nido. También se preguntó por qué no había encontrado ningún grupo de gente que anduviera buscándola, hasta que ella le dijo

que, desde la muerte de Nisikoos, ella y *Tara* solían ir con frecuencia a las montañas, en donde pasaban la noche, de modo que existía la posibilidad de que no hubiesen salido a buscarla. A Hauck parecía no importarle gran cosa y casi nunca la echaba de menos. Por dos veces estuvo ausente de su casa durante dos días con sus noches, de manera que tan sólo temía ser perseguida a causa del oro que Brokaw diera a Hauck. Y si Brokaw la había comprado...

Y hablaba de aquella venta posible como si se tratase de un objeto y no de una persona. David se asombró al oírle decir:

—Me consta que esos hombres blancos del Norte compran a las muchachas indias. Y también las he visto vender a cambio de *whisky*. ¡Oh —añadió estremeciéndose—, Nisikoos y yo les oímos hablar de eso una noche! Hauck vendía a una joven a cambio de un saquito de oro... como aquél. Nisikoos me abrazó aquella noche con mayor fuerza que nunca. No sé por qué. Ella le tenía mucho miedo a Hauck. ¿Por qué vivía con él si le temía tanto? ¿Lo sabe usted? Yo me habría escapado.

Él meneó la cabeza.

—Temo mucho no poder decírselo, niña mía.

Ella se volvió de pronto, preguntando:

—¿Por qué me llama usted niña?

—Porque no es usted una mujer. Es usted muy joven, mucho, y yo, en cambio, muy viejo —añadió riéndose.

Ella guardó silencio durante un rato, mientras se dirigían de prisa hacia la montaña roja.

Comieron a su sombra. Por la tarde Margarita avanzó casi siempre montada en su oso. A la puesta del Sol se detuvieron para cenar. El Nido estaba aún a tres millas de distancia y las estrellas eran muy brillantes antes de que llegasen a la pequeña llanura cubierta de bosque, en la que Hauck había ocultado su establecimiento. Cuando se hallaban a algunos centenares de metros de él llegaron a una pequeña loma y desde ella David pudo distinguir el resplandor de las fogatas. La joven se detuvo de repente y le cogió el brazo. Mientras tanto David contó cuatro hogueras al aire libre. Había otra, además, que brillaba débilmente, como si estuviese oculta entre los árboles. A sus oídos llegaron algunos ruidos, el lento y hueco golpear sobre un tantán y unas voces. Vieron sombras que se movían, y los dedos de la joven pellizcaron el brazo de David.

—Han venido los indios —murmuró.

En su acento se advertía cierta inquietud, aunque no miedo. David pudo darse cuenta de que estaba muy extrañada y de que no esperó encontrar aquellas hogueras ni las movedizas sombras. Sus ojos eran más firmes y brillantes cuando ella le miró. A él le pareció que había crecido y que era más mujer que antes. Y algo advirtió en su rostro que le obligó a preguntar:

—¿Para qué habrán venido?

—Lo ignoro —contestó ella.

Y empezó a descender por la loma, en dirección hacia las hogueras. *Tara* y *Bari* los seguían. Más allá del resplandor del campamento se divisaba un bulto oscuro perfilándose contra la negrura del bosque. David adivinó que sería el Nido. Descubrió una construcción no muy alta y bastante ancha que, a juzgar por lo que podía ver, estaba a oscuras. Entonces llegaron a la zona alumbrada por las hogueras y su aparición originó una extraña e instantánea inmovilidad. Cesaron los golpes en el tantán y murieron las voces que hablaban. Unos rostros oscuros se quedaron mirándoles y no pasó más. Rodeando las hogueras habría unos cincuenta hombres, según calculó David. Entre ellos no había ni siquiera un blanco, pues todos eran indios. Era un grupo de gente flaca, de ojos oscuros y de miradas siniestras. Se dio cuenta de que le miraban más a él que a la joven que le acompañaba y hasta experimentó la molestia de tantos ojos clavados en su persona. Margarita, mientras tanto, andaba con la cabeza erguida, y tanto ella como David seguían avanzando sin mirar ni a un lado ni a otro. Dieron la vuelta por el extremo de la enorme construcción de troncos y por aquel lado, débilmente alumbrado, David pudo oír algunas voces. La joven se internó por un hueco sombrío llamando a *Tara*, y el oso la siguió moviendo de un modo grotesco su enorme masa, en tanto que David se quedaba esperando. Oyó el ruido de una cadena y un momento más tarde la joven volvió a su lado.

—Hay luz en la habitación de Hauck —dijo—. Él la llama su sala de Consejo, de modo que allí es donde celebra sus tratos. Espero, *Sakewawin*, que los dos estén allí, es decir, tanto Hauck como Brokaw. —Le cogió la mano y se la apretó con fuerza mientras le hacía penetrar en la oscuridad—. Me extraña que hayan venido tantos indios. Ignoraba su llegada. No es muy apropiada la estación para que hayan venido tantos.

David advirtió el temblor de su voz. La joven estaba muy excitada, según pudo comprender. Y no acerca de los indios ni tampoco a causa de su insólita presencia. Lo que la hacía temblar en la oscuridad era su triunfo, la excitación que le producía la proximidad del mayor acontecimiento de su vida entera. Esperaba que Hauck y Brokaw estarían en aquella habitación y deseaba ponerlos frente a frente de él. Eso era todo. Comprendía que su sujeción, su encarcelamiento y su esclavitud en aquel lugar salvaje habían terminado ya para siempre; y estaba deseosa de encontrarlos para darles a entender que ya no tenía miedo de ellos, que no estaba sola y que en adelante no les obedecería ni les temería. David sintió todo eso en el cálido y enérgico apretón de su manecita. Lo vio en sus ojos cuando pasaban junto a la luz proyectada por una ventana. Dieron otra vuelta en la parte posterior del edificio y se detuvieron ante una puerta. Allí no había ningún rayo de luz que disipase la oscuridad y el leve resplandor de las estrellas parecía hacer más intensas las tinieblas. Los dedos de ella oprimieron con mayor fuerza la mano de David.

—Debe usted tener mucho cuidado —le dijo éste—. Y, además, acuérdesse.

—Puede estar tranquilo —murmuró ella.

Fue el último aviso que él pudo dirigirle. La puerta se abrió con lentitud y chirriando, y entraron en una especie de recibimiento largo y de triste aspecto, iluminado por una sola lámpara de petróleo que humeaba y parecía a punto de apagarse sobre el soporte de la pared. La estancia dio a David una buena idea de la inmensidad del edificio. Desde el extremo más lejano de ella y a través de una puerta entreabierta salía una columna de humo de tabaco, el ruido de muchas voces y rudas carcajadas. De pronto se oyó una granizada de blasfemias, que fueron apagadas por grandes risas. Alguien cerró la puerta desde dentro y mientras tanto la joven miraba temblorosa hacia el extremo del recibimiento.

—Así marcha todo aquí y cada vez peor, desde que murió Nisikoos —dijo—. Ahí dentro los hombres blancos que vienen del Norte beben, juegan y se pelean. Siempre se pelean. Esta habitación es la nuestra..., de Nisikoos y mía —dijo tocando con la mano una puerta cercana al lugar en que se hallaban. Luego señaló otra, pues en aquella estancia se veían por lo menos media docena de puertas—. Y ésa es la habitación de Hauck.

David se descolgó la mochila, la dejó en el suelo y encima puso el rifle atravesado. Al incorporarse vio que su compañera escuchaba a la puerta de la habitación de Hauck. Hízole una seña, llamó con suavidad a la puerta y luego la abrió. David entró tras ella. Era una estancia bastante grande, según le pareció al atravesar el umbral. En el centro había una mesa y colgada encima de ésta una lámpara de petróleo con un reflector de hojalata. A la luz de aquella lámpara había dos hombres sentados. A la primera mirada David creyó adivinar quién sería Hauck y quién Brokaw. Éste, según se imaginó, era el que estaba de cara a ellos cuando entraron, y se dijo que, aunque nunca le hubiesen hablado de él, aquel hombre le habría sido siempre odioso. Era enorme y tenía unos hombros descomunales. Era una especie de gigante con aspecto de fiera, de rostro rojizo y moteado, animado por unos ojos legañosos que miraban como asombrados. Probablemente no oyeron la llamada de la joven, porque transcurrió un momento antes de que el otro hombre diese media vuelta sobre su silla para mirarlos. David comprendió que aquél era Hauck. Tal vez tenía la mitad de la corpulencia del otro, mas, sin embargo, sus hombros parecían los de un toro, el cuello era grueso y los ojos estaban animados por una intensa expresión de crueldad. Al ver a la joven y a un desconocido se levantó casi de su asiento y sus mandíbulas se cerraron con ruido apenas perceptible. Pero lo que más llamó la atención a David fue el rostro de Brokaw, quien estaba casi borracho. De ello no había ninguna duda al observar su expresión de imbecilidad. Una de sus gruesas y enormes manos empuñaba una botella. En cuanto a Hauck, había estado leyendo algo en un libro de cuentas, de modelo igual a los de los puestos de las Compañías peleteras, y que aún sostenía en una mano. David quedó sorprendido al observar la apacibilidad y tranquilidad con que la joven se dirigió a ellos. Dijo que se fue a dar un paseo por el otro valle, que se extravió y que aquel desconocido dio con ella.

Añadió que la había tratado muy bien y que se encaminaba hacia el establecimiento de la costa. Se llamaba...

No pudo seguir adelante; Brokaw apartó de ella su mirada devoradora para fijarla en David. Se puso de pronto en pie y se inclinó sobre la mesa demostrando la mayor sorpresa. Extendió la mano, y con voz que parecía un mugido exclamó:

—¡McKenna!

Se dirigía a David, llamándole por el nombre que creía pertenecerle. Esto era tan poco dudoso como su borrachera, y también en su voz había cierto acento amigable. ¡McKenna! David abrió la boca para corregirle cuando tuvo una inspiración. ¿Por qué no llamarse McKenna? La joven le miraba muy sorprendida, interrogándole con los ojos. Él movió la cabeza de arriba abajo y sonrió a Brokaw. El gigante dio vuelta a la mesa con la mano enorme y roja aún extendida.

—¡Mac! ¡Caramba! No creo que te hayas olvidado de mí...

David le tomó la mano y se aventuró a exclamar:

—¡Brokaw!

La mano del gigante estaba tan fría como un trozo de carne de buey, mas a pesar de todo poseía una fuerza aplastante, Hauck miraba a uno y a otro, y de pronto Brokaw se volvió hacia él agitando todavía la mano de David.

—Es McKenna, que tanto ruido hizo en el Caballo que Cocea, Hauck. Ya me has oído hablar de él. McKenna...

Mientras tanto la joven se había apoyado en la puerta. Estaba muy pálida. Tenía los ojos brillantes y miró a David cuando Brokaw le soltó las manos.

—Buenas noches, *Sakewawin* —dijo.

Esta última palabra, *Sakewawin*, la pronunció con la mayor claridad, mucho más que en otra ocasión cualquiera. Al pronunciarla, lo hizo con orgullo y con cierto desafío, dándole una importancia intencionada y decisiva. Le sonrió al atravesar la puerta y Hauck se apresuró a seguirla, de modo que un momento después desaparecieron ambos. Al volverse, David encontró a Brokaw apoyado en la mesa y con las manos agarradas al borde de ésta, en tanto que su rostro estaba desencajado por la cólera. Tenía un aspecto terrible y resultaba bastante desagradable hallarse a solas con aquel hombre y aquella estancia, pues las facciones de Brokaw indicaban con claridad sus intenciones asesinas. Tan rápido fue el cambio, que David se quedó asombrado y por espacio de algunos segundos ninguno de ellos pronunció una palabra. Luego Brokaw se inclinó despacio hacia David, con los puños apretados, y con voz silbante preguntó:

—¿Por qué te ha llamado *Sakewawin*? ¿Qué quiere decir con eso?

El que hablaba entonces no era el borracho, sino el hombre que está dispuesto a matar.

Capítulo XXI

—¡*Sakewawin!* ¿Por qué te llamó así?

Brokaw repitió la pregunta, aunque invirtiendo el orden de la frase. Dio un paso hacia David con los puños más apretados todavía y con los miembros rígidos. Sus ojos despedían fuego a través de una delgada capa de agua que por arte mágica parecía cubrirlos. Y aquellos ojos le parecieron horribles a David. ¡*Sakewawin!* La joven le dijo que eso era un lindo nombre que le dirigía, pero ahora resultaba que excitó la cólera de aquel coloso semiborracho. Con rapidez adivinó lo que ocurría. Era una ocasión en que se veía obligado a adivinar y a obrar con celeridad, para dar una explicación pronta y satisfactoria, pues de lo contrario ocurriría algo desagradable. Su mente trabajó con extremada actividad. “*Sakewawin*” significaba algo que excitaba la cólera de Brokaw, despertando, al mismo tiempo, sus celos y su rabia. Y esta última dio a sus ojos acuosos una mirada espeluznante. Por esta razón David, mirándole con la mayor tranquilidad, le dijo fingiendo sorpresa:

—¿Pero, no estaba hablando contigo, Brokaw?

Esta contestación fue una obra maestra. David la dio casi de un modo instintivo; e impulsado por algo que no tenía tiempo de analizar. Ese mismo impulso fue el que impidió darse a conocer cuando Brokaw lo tomó por otra persona. La casualidad le ofreció una salida y la aceptó casi de un modo involuntario. Se le ocurrió que le convendría el estar unas horas a solas con aquel hombre semiborracho y en calidad de McKenna. Tal vez pudiese conservar aquel disfraz lo bastante para descubrir cosas interesantes. Sin embargo, no quería que Hauck se fijase en él, porque éste no se había embriagado como su compañero, y además la crueldad de su mirada no le resultaba agradable. Observó el efecto de sus palabras sobre Brokaw y entonces vio que desaparecía la rigidez de su cuerpo, que se abrían lentamente sus puños y que se aflojaba la tirantez de los músculos de su rostro. Y David se echó a reír, comprendiendo que ya pisaba un terreno seguro. Aquel individuo borracho era muy crédulo y estaba seguro de que sus acuosos ojos no le permitirían ver muy bien a pesar de que oía perfectamente.

—Te miraba a ti y a nadie más que a ti cuando dio las buenas noches, Brokaw —añadió.

—¿Estás seguro..., completamente seguro, de que me lo decía a mí, Mac?

David afirmó con la cabeza, sintiendo un escalofrío, en tanto que en el rostro de Brokaw aparecía una expresión de júbilo.

—Es muy traviesa —dijo envaneciéndose.

—¿Y qué significa eso de *Sakewawin*? —preguntó David—. No lo había oído

jamás —añadió mintiendo y ladeando un poco el rostro para que no lo alumbrase la lámpara.

Brokaw le miró un instante antes de contestar.

—Cuando una muchacha dice eso, significa que te pertenece —contestó—. En indio significa posesión. ¡Maldita sea! Desde luego, tienes razón. Me lo dijo a mí. Es mía y me pertenece. Es mía por completo. Sin embargo, me figuré...

Tomó de nuevo la botella y sirviéndose medio vaso de licor, preguntó con torpe lengua:

—¿Quieres beber, Mac?

David meneó la cabeza.

—Ahora, no. Vámonos a tu cabaña, si la tienes. Hablaremos de los tiempos antiguos, del Caballo que Cocea... Ya sabes. ¿Y esa muchacha? Se me hace difícil creerlo, pero si es verdad eres un perro con suerte.

No pensaba en las consecuencias del mañana. Todo lo que pedía era pasar aquella noche a solas con Brokaw. Aquella montaña de carne atontada por el licor no era enemigo temible. Al día siguiente sería el dueño de la situación si Hauck no volvía demasiado pronto.

—¡Perro con suerte...! ¡Perro con suerte...! —repitió seguro de que la frase resultaba muy agradable para Brokaw—. ¡Qué muchacha! ¡Un verdadero ángel! No podía creerlo.

Brokaw estaba entusiasmado y gozoso por su gran triunfo. Se bebió el licor que ofreciera a David y por segunda vez llenó el vaso, rugiendo al mismo tiempo con su enorme pecho, como si fuese una fiera. Desde luego era un ángel. ¿Acaso él, Hauck y la mujer que murió, no la criaron con todo cuidado... para él? La muchacha le pertenecía. Siempre le perteneció y él esperó muchos años. Si hubiese dirigido aquel nombre de *Sakewawin* a otro hombre cualquiera, no hay duda de que él le habría dado muerte. Con toda seguridad, lo habría matado. Pero era la primera vez que ella le había llamado de aquel modo. ¿Que era un perro con suerte? Ya lo creo. Y se irían los dos a su cabaña para hablar. Bebió por tercera vez, y andaba dando bandazos de un lado a otro al atravesar el recibimiento, en tanto que David rogaba a Dios que no se encontrasen con Hauck. Tenía ya a su víctima. Estaba seguro de él, y en el recibimiento no había nadie. Recogió su mochila y su fusil y se agarró al brazo de Brokaw, al salir de la casa. El gigante siguió andando con inseguridad en dirección a un punto que estaba entre tinieblas y sin cesar hablaba con lengua estropajosa de los perros con suerte. Habrían recorrido tal vez un centenar de pasos cuando se detuvo de pronto, muy cerca de algo que a David le pareció una especie de valla, hecha con troncos de árboles jóvenes. Era una jaula. Lo comprendió antes de verla con claridad a la débil luz reinante. De ella surgió un rugido amenazador, un resoplido poderoso como si saliera de un par de fuelles, y de un modo confuso vio un bulto enorme e inmóvil detrás de los troncos paralelos y desprovistos de corteza.

—Es un oso gris —dijo Brokaw esforzándose en guardar el equilibrio—. Mañana

habrá un combate de osos, Mac. El mío se peleará con el de ella. Será un gran combate. Todo el mundo ha venido a verlo. Nada hay semejante a una lucha de osos, ¿no te parece? Y estoy seguro de que a ella le sorprenderá mucho. ¡Pobrecilla! No sé qué dirá cuando vea su oso combatiendo con el mío. Y apuesto cien dólares a que mi oso matará a *Tara*.

—Mañana —replicó David—. Mañana apostaré. ¿Dónde está tu cabaña?

Deseaba llegar a ella cuanto antes, pues creía que estaba bastante lejos. A cada momento temía oír la voz o los pasos de Hauck, pues adivinaba que la presencia de éste lo estropearía todo. Cuando Brokaw estaba bebido hablaba por los codos. Ya le había explicado el misterio de la jaula y el de la presencia de los indios. La lucha tendría lugar en la jaula y los indios habían acudido a presenciarla. David se preguntó, mientras atravesaban la oscuridad, cómo pudo ocultarse todo aquello a la joven y por qué Brokaw se haría más odioso a ella organizando aquel combate. Le interrogó acerca del particular cuando entraron en la cabaña, a la que Brokaw le llevó, mientras éste se ocupaba de encender la lámpara. Era un lugar pequeño, triste, que olía a *whisky*, Brokaw se acercó inmediatamente a una caja clavada en la pared y volvió con una botella de litro y dos tazas de estaño. Se sentó a una mesa pequeñita, con el rostro iluminado por la lámpara, y mientras servía el licor hubo en su garganta aquel ronquido especial que parecía propio de una fiera. David había oído a los puercoespines hacer un ruido semejante. Se encasquetó más el sombrero sobre los ojos para ocultar su brillo mientras Brokaw le refería lo que él y Hauck habían planeado. El oso que había en la jaula le pertenecía a él, a Brokaw; era un animal enorme y feroz, un verdadero luchador. Hauck y él apostarían por este oso, pues estaban seguros de que mataría a *Tara*. Tenían la certeza de ganar mucho dinero. *Tara* no valía gran cosa, porque estaba acostumbrado a llevar una vida muy fácil, y Hauck y Brokaw necesitaban dinero, ya que aquellos sinvergüenzas de la costa no les mandaron el *whisky* que requería su negocio. A punto estuvo la joven de estropear sus planes cuando huyó con *Tara*. Y él, Mac, había dado pruebas de ser un buen muchacho devolviéndola. Aplazarían la lucha para el día siguiente, en caso de que la muchacha, aquella tontuela que le pertenecía, quisiera oponerse.

Golpeó la mesa con la botella y empujó una de las tazas hacia David.

—Naturalmente que te pertenece —dijo éste para incitarle a hablar—. Pero te aseguro que casi no lo creo. Es increíble. —Se acercó a él y le dio un golpe en broma mientras hacía grandes esfuerzos para reírse—. Es demasiado bonita para ti. La muchacha más linda que he visto en mi vida. Y ¿cómo ha sido eso? Cuéntame. ¡Eres un perro con suerte!

Y David temblaba casi al observar el centelleo de satisfacción y de orgullo que aparecía en los ojos de Brokaw.

—Estoy seguro de que te pertenece desde hace muy poco tiempo.

—¡Oh, no! Ya es cosa antigua —replicó Brokaw interrumpiendo el movimiento de su mano que acercaba la taza a sus labios—. De esto ya hace años.

Bajó la taza con tanta violencia que la mitad del licor que contenía se derramó sobre la mesa. Acercó su rojo semblante y sus enormes hombros a David y un momento después pareció como si sus gruesos labios fuesen a dar un rugido.

—Hauck dice que no era mía —gruñó—. ¿Qué te parece de eso, Mac? Me dijo que no me pertenecía y que no tendría más remedio que pagar si quería quedarme con ella. Y por Dios que lo hice. Le di una buena cantidad de oro.

—Fuiste un tonto —exclamó David, esforzándose en disimular su interés—. Un tonto.

—Sin duda crees que debiera haberle matado, ¿no es verdad, Mac? Y luego llevarme la muchacha —exclamó Brokaw con voz ronca y colérica, crispando sus enormes puños sobre la mesa—. Debería haberlo matado como tú mataste al Mestizo por aquella individua de cabello largo, en Copper Cliff.

—No sé —contestó David con lentitud, rogando a Dios le evitara un error—. No se cuál era tu derecho sobre ella, Brokaw. Si lo supiese...

Y esperó. Brokaw no parecía ya estar borracho y por un instante David temió haber sido descubierto. Se inclinó sobre la mesa, desapareció la capa acuosa de sus ojos y por un momento brillaron sus dientes como los de un lobo. David observó con gusto que la lámpara estaba llena de hollín, y que el ala de su sombrero le dejaba el rostro oculto en la sombra, pues le pareció que Brokaw acababa de recobrar la claridad de su visión.

—Debería haberle matado para llevarme luego la chica —dijo Brokaw, encolerizado—. Así ya haría muchos años que obraría en mi poder, pero la mujer de Hauck la alejaba de mí. Ha sido siempre mía, y eso desde que... —Pareció que en aquel momento vacilaba su razón y se encogió de hombros—. Pero mañana mismo me la llevaré —añadió como si se hubiese olvidado de David y hablase consigo mismo—. Mañana. Y al día siguiente nos iremos hacia el Norte. Ahora Hauck no puede oponerse, porque le he pagado. Y así ella es mía esta misma noche. ¡Por Dios...!

David se estremeció al ver el aspecto asqueroso del rostro de aquella fiera. Era el nacimiento de una idea repentina y terrible. ¡Aquella noche! Brillaban sus ojos, otra vez acuosos. Rápidamente David sirvió más licor y puso una de las tazas en manos de Brokaw. El gigante bebió y su cuerpo se relajó como el de un cerdo. Por un momento pareció conjurado el peligro; David comprendió que el tiempo era precioso y que debía precipitar los acontecimientos.

—Y si Hauck te molesta —añadió dando un puñetazo en la mesa—, yo te ayudaré a zanjar tus cuentas con él, Brokaw. Lo haré en recuerdo de nuestra antigua amistad. Y lo trataré del mismo modo que traté al Mestizo. Esa muchacha es tuya. Dices que te pertenecía desde hace mucho tiempo, ¿no es verdad? Cuéntamelo, Brokaw. Cuéntamelo antes de que venga Hauck.

¿Acaso no podría obligar a aquel demonio imbécil a que le contase todo lo que quería saber? Brokaw lo miraba con expresión de estupidez y, de pronto, se

sobresaltó como si alguien le hubiese hecho recobrar la claridad de su juicio, y así empezó a sonreír. En realidad no era una verdadera sonrisa, sino la expresión de un hombre que se vanagloria de una cosa asquerosa e imposible de referir.

—Es mía y lo ha sido casi desde que nació —repitió inclinándose sobre la mesa—. Un buen amigo mío me la regaló, Mac. Era un buen amigo, pero, al mismo tiempo, un tonto maldito —añadió con expresión de burla. Se frotó las manos y luego se sirvió más licor—. Un tonto maldito —repitió—. Un hombre que abandona a una mujer guapa es un imbécil, ¿no te parece, Mac? Y según él decía era muy bonita. Me refiero a la madre de esta muchacha que me pertenece. Indudablemente fue muy bonita. Ello ocurrió por ahí, por entre los bosques, hace muchos años. La joven que tú trajiste hoy era entonces una niña muy pequeña y estaba sola con su madre. ¡Ja, ja! Era cosa fácil, demasiado fácil. Pero él era un imbécil.

Bebió con increíble lentitud, según le pareció a David. Para éste resultaba una tortura el observarlo, sintiendo a cada momento el miedo de que pudiese entrar Hauck.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó.

—Bucky, mi amigo, se enamoró de aquella mujer, esposa de un tal O'Doone —continuó diciendo Brokaw—. Se volvió loco por ella, Mac, y estaba más enamorado que tú mismo de la mujer del Mestizo, pero no era tan decidido. Se limitó a rondar por los alrededores, a esperar y a quitarse del camino de O'Doone. Éste era cazador con trampa o uno de los factores o agentes de la Compañía. Ya no me acuerdo. El caso es que fue a hacer un largo viaje en invierno y que se rompió una pierna a mucha distancia de su casa. La mujer y la niña se quedaron solas y Bucky se presentó un día en la cabaña y encontró a la mujer enferma y con fiebre. Había perdido la razón. El caso es que se figuró que era su marido que regresaba. Ya ves que la cosa era fácil, Mac; pero, sin embargo, a Bucky le faltó el ánimo. Y a pesar de que estaba enamorado como un loco no se atrevió a representar el papel. Él dijo que se lo impidió la conciencia, pero no fue eso. Es porque tuvo miedo. Era un imbécil. Además temió contagiarse la fiebre. Te digo que es cosa de risa. Era un imbécil y tenía miedo. No sabes cuánto me habría gustado estar allí, Mac.

Se cerraron casi sus ojos, de modo que apenas se divisaba la pupila por entre los párpados. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y David le incitó a continuar.

—Bucky la convenció para que huyese con él —continuó Brokaw—. Y se llevó a la mujer y a la niña aprovechándose de que la primera había perdido la razón. Mi amigo la obligó incluso a escribir una carta diciendo a O'Doone que estaba ya cansada de él y que se marchaba con otro hombre. Bucky no le dio su propio nombre, como se comprende, y la pobre mujer no sabía qué hacía. Se dirigieron hacia el Oeste con la niña, y a partir de aquel momento Bucky vivió en un perpetuo susto. Se llevó la mujer en un trineo y la nieve cubrió sus huellas. La escondió en una cabaña, a un centenar de millas de la de O'Doone, y allí fue donde la mujer recobró la razón. ¡Por Dios que debió de ser una escena divertida! Bucky dice que estaba furiosa y como

loca, y que salió chillando al exterior, de noche, dejando a la niña con él. La siguió, pero no pudo encontrarla. Esperó luego, pero no volvió. Una tempestad de nieve ocultó sus huellas. Entonces Bucky se puso como un loco. Era un imbécil. Esperó hasta la primavera conservando a la niña en su poder y luego se decidió a devolvérsela de un modo u otro a papá O'Donne. Se dirigió a donde estuviera la cabaña y allí no encontró más que algunos carbones, porque se había incendiado. El asunto era bastante cómico. Y a pesar de todo eso no se había atrevido aún a ocupar el lugar de O'Doone con su mujer. ¿Que se lo impedía la conciencia? ¡Bah, era un estúpido! Pocas veces se encuentra a una mujer guapa. ¿No te parece, Mac?

Con torpes manos inclinó la botella para servirse otra copa, en tanto que se le espesaba la voz. Y David se alegró al ver que la botella estaba vacía.

—¡Maldita sea! —exclamó Brokaw, agitándola para convencerse de ello.

—Sigue —insistió David—. Aún no me has dicho cómo llegó a tu poder la niña, Brokaw.

Los ojos de éste parecían más acuosos todavía. Y con esfuerzo evidente volvió a fijar la atención en su historia.

—Pues Bucky se dirigió hacia el Oeste con la niña —continuó—. Un año después llegó a mi cabaña, situada en el Mackenzie. Me contó toda la historia, y un buen día huyó dejando la niña conmigo y rogándome que la llevase a donde pudiera estar segura. Así lo hice, pues la di a la mujer de Hauck, contándole la historia de Bucky. Más tarde Hauck vino aquí y construyó esta casa. Hace tres años yo vine desde el Yukón y vi a la niña. ¿Que si era bonita? ¡Ya lo creo! Y estaba casi convertida en una mujer. Y era mía. Así se lo dije a ellos. Tal vez la mujer habría logrado burlarme, pero, en cambio, a Hauck yo lo tenía en mi poder, porque fui testigo de cuando mató a un hombre, una vez que estaba borracho. Era un blanco que venía del fuerte McPherson. Le ayudé a esconder el cadáver. Y luego... ¡oh, fue muy divertido! Me encontré con Bucky. Vivía en una cabaña a doce millas de aquí e ignoraba que Margarita fuese la niña de O'Doone. Entonces le conté una mentira, pues le dije que la niña había muerto y que, según me dijeron, su madre se mató y además que O'Doone estaba en un manicomio. Tal vez el imbécil tenía conciencia. De todos modos me figuro que estaba un poco loco. Después de eso no tardó en marcharse y ya no volví a oír hablar de él. Por mi parte he rondado por aquí en espera de que la niña tuviese edad suficiente para vivir con un hombre. ¿No he hecho bien, Mac? ¿No me pertenece esta muchacha? Y mañana...

Se desplomó su cabeza, pero haciendo un esfuerzo se dominó, inclinándose luego pesadamente sobre la mesa. Su cara apenas tenía expresión humana, pues más parecía la de un monstruo desprovisto de razón, de mente y de alma. Y David, mirándolo a través de la mesa, le preguntó una vez más en el momento en que oyó pasos en el exterior, lo cual le dio a entender que se acercaba Hauck, sin duda con el propósito de desenmascararlo del papel que estaba representando. Pero Hauck había llegado demasiado tarde. David estaba ya dispuesto a luchar, y mientras se contenía y se

apercibía a la pelea, preguntó a Brokaw:

—¿Y cuál era el otro nombre de ese individuo, Brokaw?

Los gruesos labios de éste se movieron y con voz ronca y baja contestó:

—Tavish.

Capítulo XXII

Un momento después, Hauck estaba en la puerta abierta. No atravesó el umbral en seguida, sino que permaneció allí tal vez por espacio de veinte segundos, y su rostro gris y de expresión dura les miraba con ojos en que había un siniestro resplandor. Brokaw, con el cerebro turbado por los vapores del alcohol, trató de invitarle a entrar; su cabeza rodó de un modo grotesco y su voz parecía un graznido. David se puso en pie lentamente, empujando la silla hacia la pared. Hauck, después de contemplar el cuerpo vacilante de Brokaw, le miró a él. Entonces se entreabrieron sus labios, pero nadie se hubiese equivocado tomando aquello por una sonrisa. La expresión de su rostro reveló a David la mortal animosidad que sentía y que trataba de ocultar bajo aquella forzada sonrisa. Se dio cuenta en seguida de que Hauck estaba enterado de que no era McKenna. Miró con rapidez a Brokaw y vio que la cabeza y los hombros del gigante reposaban en la mesa. Entonces intentó otro esfuerzo atrevido para ganar más tiempo.

—Lo siento mucho —dijo—, pero está borracho como una cuba.

Hauck afirmó con un movimiento de cabeza, en tanto que sus ojos brillaban de un modo amenazador y la forzada sonrisa seguía en sus labios.

—Sí, está borracho —dijo con duro acento—. Mejor será que se venga usted a mi casa. Le he hecho preparar ya una habitación. Aquí tan sólo hay una litera... McKenna.

Pronunció este nombre con lentitud y con cierto dejo insultante, según le pareció a David. Este se echó a reír, decidido a jugar su última carta.

—No me llamo McKenna —dijo—, sino David Raine. Brokaw se equivocó y está tan borracho que no he podido hacerle comprender su confusión.

Sin contestar, Hauck abrió la puerta, pasó y la sostuvo abierta, lo cual era una invitación a David para que le siguiese. Éste volvió a tomar la mochila y el fusil y, en compañía de Hauck, que no dijo una palabra, regresó al Nido. La noche era ya más clara y David pudo ver a *Bari* que le seguía, aunque con tanto silencio como si fuese una sombra. En cuanto llegaron a la casa, el perro desapareció. Aquella vez no entraron por la parte posterior, sino que Hauck condujo a su huésped hacia una puerta que daba a la vasta estancia desde la cual oyera un poco antes el ruido de voces y de carcajadas. Había en aquella habitación diez o doce hombres, todos blancos, y al entrar David pudo darse cuenta de que le esperaban, pues sin duda Hauck les anunció su llegada. No se veía licor alguno, y si antes hubo botellas y vasos sobre la mesa todo había desaparecido, aunque nadie pensó en secar algunas gotas de líquido que brillaban a la luz de tres grandes lámparas que colgaban del techo. Miró a aquellos

hombres rápidamente, mientras seguía al tratante en licores. Jamás, según le pareció, había visto un grupo de gente más ruda y más desagradable que aquella. Pudo notar que en más de una mirada había la misma expresión de amenaza que ya observara en los ojos de Hauck. Nadie le saludó ni le dirigió la palabra. Pasó junto a un individuo que tan sólo tenía la piel y los huesos y, tan cerca, que se rozó con él, y cuando aquel hombre levantó los ojos para mirarle, no pudo disimular su animosidad y la amenaza de sus ojos. Después de atravesar la estancia, las sospechas que sintiera habíanse convertido ya en una convicción. Hauck le hizo pasar por allí con toda intención para exhibirle a sus compañeros y en la actitud de éstos se adivinaba una significación profunda y siniestra.

Atravesaron el recibimiento por el que Margarita y él entraron antes, que estaba situado en la parte opuesta del Nido, y Hauck se detuvo ante la puerta de una habitación situada casi frente a la que la joven dijo que era la suya.

—Ésta será su habitación mientras sea nuestro huésped —dijo.

El brillo de sus ojos se suavizó al mirar a David. Se esforzó en hablar con cierta afabilidad, pero su huésped se dio cuenta de que no había logrado el éxito, pues no pudo disimular la dureza de su voz y el raro movimiento de su labio superior, semejante al de *Bari* cuando mostraba los dientes, en su deseo de fingir una sonrisa.

—Considérese usted en su casa —añadió—. Mañana por la mañana nos desayunaremos en compañía de mi sobrina. —Hizo una pausa momentánea y luego, mirando a David con fijeza, añadió—: Supongo que ha hecho usted cuanto ha podido para dar a entender a Brokaw que se equivocó, puesto que usted no es McKenna. Brokaw es un buen muchacho cuando no está embriagado.

David se alegró de que Hauck se alejase sin esperar la respuesta, pues no quería hablar con él aquella noche, sino reflexionar acerca de lo que Brokaw le dijera y al día siguiente obrar de acuerdo con el frío juicio que en él era característico. Ni siquiera entonces creía que el asunto pudiese tener consecuencias melodramáticas. Desde luego sería desagradable; pero en cuanto Hauck y Brokaw comprendiesen claramente la situación en que él quería colocarles y en vista de los hechos significativos que averiguó, no comprendía que pudiesen oponerle graves obstáculos en el camino de su decisión de llevarse a Margarita. Tampoco pensaba en que le causaran algún daño personal, y al entrar en su habitación, en donde ya encontró una luz encendida, su mente empezó a elaborar un plan. Haría un trato con ellos. A cambio de la pérdida de la muchacha, él les prometería, y si fuese necesario les juraría, no revelar el secreto del tráfico a que se dedicaban y tampoco descubrir el asunto mucho más importante ocurrido entre Hauck y el hombre blanco del fuerte McPherson. Estaba seguro de que en su borrachera Brokaw le dijo la verdad, importando poco lo que quisiera negar al día siguiente. A ellos les convendría mucho evitar una investigación, y eso a pesar de que el perder a la joven, cuando ya Brokaw se disponía a hacerse dueño de ella, ocasionaría un disgusto terrible a este último. A pesar de lo serio de la situación, David estaba muy satisfecho. Desde luego habría de

ser muy desagradable, se repetía, pero el instinto de la propia conservación sería, sin duda, la primera ley de aquellos bandidos y así se dedicó a pensar en otras cosas que entonces le importaban bastante más.

Resultaba, pues, que fue Tavish, aquel ermitaño medio loco que vivía en la cabaña infestada por los ratones. Ése fue el autor de todo. ¡Tavish! El descubrimiento no le impresionó gran cosa, ni le asombró tampoco, porque de un modo intuitivo jamás pudo dissociar a Tavish del retrato, a pesar de que eso fuese poco razonable, como muchas veces se había confesado; y ahora que aquellas conjeturas casi imposibles habíanse convertido en hechos reales, no se sentía excitado. Otro pensamiento, u otros, le agitaban bastante más y parecían poner fuego en sus venas. Su mente retrocedía a la escena ocurrida muchos años atrás, cuando la madre de Margarita O'Doone huyó gritando en plena tormenta nocturna, para huir de Tavish. *Pero no había muerto.* Ésta era la idea que ardía entonces en el cerebro de David. Por el contrario, vivió y a partir de entonces buscó a su marido, a Miguel O'Doone. Al principio anduvo errante, por los bosques, casi loca, y buscó durante años enteros. Y aún lo buscaba, sin duda, cuando él la encontró aquella noche en el *Transcontinental*, porque era ella, Margarita O'Doone, la madre y la esposa. Y en sus ojos asustados él pudo advertir la insondable profundidad de su desesperación. Era la madre de Margarita. Vivía aún. Y sin cesar buscaba todavía a Miguel O'Doone...

Sintióse invadido por el deseo de ir en seguida en busca de la joven, a fin de darle cuenta del hecho nuevo y maravilloso que acababa de ocurrir en su vida, y sin darse cuenta se encontró en la puerta de su habitación, con los dedos apoyados en el picaporte. Pero al verse allí se encogió de hombros y sonrió, comprendiendo cuán absurdo sería obrar de aquel modo. Había tiempo suficiente en cuanto fuese de día. Llenó y encendió la pipa y en las columnas de humo de su tabaco pudo imaginarse con facilidad el rostro gris y muerto de Tavish, pendiente del extremo de la pértiga en que acostumbraba colgar su provisión de carne. Empezó a recorrer, nervioso, su habitación recordando las escenas de aquella noche y los días y las noches que siguieron. Brokaw le había dado la llave con que podía abrir una puerta tras otra. “Me parece que estaba un poco loco”, dijo Brokaw hablando de Tavish cuando lo vio por última vez junto al Firepan. ¿Loco? Se volvía loco. Y por fin se mató. ¿Era posible que un hombre como Tavish fuese perseguido tanto tiempo por los espectros del pasado? Parecía poco razonable. Pensó en el Padre Rolando y en la habitación misteriosa del *Chateau*, donde, adoraba el santuario de una mujer y de un niño desaparecidos.

Unió las manos y se detuvo. La idea que se le ocurrió era tan asombrosa como la explosión inesperada del magnesio en una habitación oscura. Era imposible, inconcebible; y, sin embargo, al fijarse en todos los pormenores, se vio frente a frente de varios enigmas que no se esforzó en contestar. Estuvo deslumbrado por un momento, cual si acabase de recibir el terrible impacto de algo que careciese de peso y de forma. Tavish, la mujer, la joven... el Padre Rolando. ¡Absurdo! Y se sacudió

materialmente, como para alejar de sí aquella idea absolutamente imposible. Fijó de nuevo su mente en la fotografía de la joven... y en la mujer. ¿Cómo llegó ésta a poseer el retrato tomado por Brokaw? ¿Qué quiso Nisikoos decir a Margarita O'Doone pocos momentos antes de su muerte y cuáles fueron las palabras que murmuró y que la joven no entendió porque estaba llorando, con el corazón destrozado? ¿Sabía, tal vez, Nisikoos que la madre de la joven vivía aún? ¿Fue ella quien le mandó el retrato al comprender que se acercaba su muerte? En todo eso había algo poco razonable, pero era, sin embargo, la única solución que se le ocurrió.

Paseaba todavía por su habitación cuando se detuvo al oír rechinar la puerta. Se abrió despacio y sin interrupción, así como también con extremada precaución. Un momento después apareció Margarita O'Doone. Jamás David vio un semblante tan pálido. Tenía los ojos muy abiertos y atemorizados y en ellos había asimismo una mirada de súplica. Corrió hacia él, se colgó de sus hombros con la cara junto a la suya, y dijo:

—*Sakewawin...* querido *Sakewawin...* hemos de marcharnos; debemos huir esta misma noche.

Temblaba de pies a cabeza junto a él y con una mano le tocó la cara. David, muy cariñoso, la rodeó con sus brazos.

—¿Qué ocurre, niña? —murmuró emocionado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Que debemos marcharnos cuanto antes. Es preciso huir.

Al sentir el contacto de sus brazos, ella se apoyó sobre su pecho. Parecía que la había abandonado. Estaba aterrada, sin fuerzas, y le miraba de un modo raro que a él llegó a alarmarle.

—No se lo dije todo —murmuró temiendo que él no la creyera—. No le dije que usted no era el hombre, ese McKenna. Él les oyó a usted y a Brokaw salir cuando pasaban por delante de mi habitación. Luego fue a reunirse con sus amigos. Yo le seguí y escuché. Entonces pude oír cómo les decía que usted es un espía y que pertenece a la policía provincial.

La interrumpió un ruido que se produjo en el recibimiento. Se quedó rígida en los brazos de él y luego, substrayéndose a su abrazo, se acercó a la puerta, sin hacer ruido. Fuera se oían pasos quedos y una voz espesa que gruñía de un modo ininteligible. Cesó el ruido y cuando Margarita O'Doone se volvió hacia David estaba más pálida que nunca.

—Son Hauck y Brokaw —dijo quedándose inmóvil y de espaldas hacia la puerta—. Debemos huir, *Sakewawin*. Huyamos esta misma noche.

David la miró. ¿Un espía? ¿De la Policía? Era natural, sin embargo, que Hauck sospechase tal cosa. El instinto de la propia conservación actuaba en él y este mismo sería el que le obligase al día siguiente a entregarle a la joven. Sonrió a su asustada y joven compañera, que estaba apoyada contra la puerta y pálida como una muerta. Pero su tranquilidad no consiguió devolverle el ánimo.

—Dijo que usted era un espía —repitió como si él no hubiese acabado de

entender el significado de tales palabras—. Y estaban dispuestos a seguirle a la cabaña de Brokaw para matarle.

Esta venganza le daba un miedo extraordinario. David también sintió un escalofrío, pues tales palabras estaban de acuerdo con la expresión de los semblantes de aquellos hombres cuando pasó por entre ellos.

—¿Y Hauck no se lo permitió? ¿Fue así? —preguntó.

Ella afirmó llevándose una mano al cuello.

—Les recomendó que no hiciesen nada hasta que él pudiese ver a Brokaw. Deseaba estar seguro y luego...

Su asombrosa y sonriente tranquilidad pareció contener las palabras en los labios de ella.

—Conviene que se vuelva usted a su habitación, Margarita —se apresuró a decirle—. Hauck ya ha visto a Brokaw y no ocurrirá nada de lo que usted teme. Puedo asegurárselo. Mañana nos marcharemos tranquilamente del Nido y con el permiso de esos dos hombres. Pero en caso de que la sorprendiesen a usted aquí... en mi habitación, estoy seguro de que nos darían un disgusto. Tengo que contarle a usted muchas cosas que, sin duda alguna, le darán una alegría; pero como recelo que recibiré en breve una visita de Hauck, es conveniente que se apresure usted a volver a su habitación.

Entreabrió la puerta y escuchó.

—Buenas noches —murmuró poniendo por un instante su mano sobre el cabello de la joven.

—Buenas noches, *Sakewawin*.

Ella se detuvo, indecisa por un momento, en la puerta y luego, dando un triste suspiro, se marchó. ¡Cuán maravillosos eran sus ojos! ¡Cómo le miraron en aquel último momento! Los dedos de David temblaban un poco mientras cerraba la puerta. Había un espejito en la mesa y lo levantó para mirarse. Y contempló con triste sonrisa su propia imagen, que no tenía nada de agradable. La barba rubia, que ya había empezado a crecerle, lejos de sentarle bien le daba un aspecto casi de bandido. Y el cabello gris de sus sienes se había hecho más visible, casi demasiado. ¿Sería herencia? Era posible, pero resultaba también un recuerdo muy desagradable el hecho de que ya tenía treinta y ocho años.

Se acostó después de poner la mesa detrás de la puerta para impedir que se abriese sin ruido y luego dejó la pistola bajo la almohada. Sin embargo, se dijo que tales precauciones eran absurdas e innecesarias, y así como Margarita O'Doone permaneció despierta toda la noche junto a la puerta de su habitación, empuñando un rifle que perteneció a Nisikoos, David durmió profundamente con la asombrosa confianza y filosofía de esta edad peligrosa. ¡Treinta y ocho años!

Capítulo XXIII

Una serie de sonidos que llegaron hasta él, al principio, semejantes a lejanos cañonazos, despertaron a David de su sueño. Al abrir los ojos observó que era ya día claro en su habitación y que alguien llamaba a la puerta.

Empezó a vestirse después de gritar que abriría al cabo de un instante, y antes de quitar la mesa sin ruido, para ponerla en el lugar acostumbrado, tuvo la precaución de meterse en el bolsillo la pistola automática. Al abrir se sorprendió viendo a Brokaw y no a Hauck como esperaba, pero no era el Brokaw de la noche anterior. Pocas horas habían producido un notable cambio en aquel hombre y nadie habría sido capaz de pensar siquiera que pocas horas antes estuvo borracho. Sonreía extendiendo una de sus enormes manos, mientras miraba al rostro de David.

—Buenos días, Raine —dijo saludando con afabilidad—. Hauck me ha enviado a que le despierte para presenciar la broma. Tiene usted el tiempo suficiente para desayunarse antes de que empiece la lucha... Ya se acordará de que le hablé de ella ayer noche cuando yo estaba borracho. Como una cuba, ¿no es verdad? Le tomé por uno de mis amigos. ¡Es gracioso! Y lo más notable es que no se le parece usted en nada.

David le dio la mano; en el primer momento las palabras de Brokaw le parecieron del todo sinceras y creyó que deseaba presentarle sus excusas, pero esta impresión desapareció antes de soltarle la mano, pues comprendió el objeto de la visita del socio de Hauck. Obedecía al deseo de mirarle a su sabor y de convencerse de que no era McKenna y también debía de tener el propósito estratégico de alejar cualquier sospecha que David hubiera podido sentir al demostrarle demasiada amistad, pero Brokaw no era el más indicado para esto último. Sus ojos, como los de un perro fiero, no podían ocultar lo que había tras ellos, es decir, que sentía odio y el deseo intenso de apretar el cuello de aquel hombre que le había engañado. Y su sonrisa era forzada y maligna a pesar de que quería disfrazarla.

David sonrió a su vez.

—Estaba usted borracho —contestó—. Y no sabe cuánto tuve que esforzarme para darle a entender que yo no era McKenna.

Esta mentira descarada pareció dejar a Brokaw en extremo asombrado. David comprendió la audacia de sus palabras y no dudó de que su interlocutor se acordaría muy bien de lo ocurrido para que ahora le creyese. Pero el efecto fue el que deseaba, y si hubiese tenido alguna duda acerca de los motivos de la visita del otro, habría desaparecido casi en el acto de pronunciar aquellas palabras. Se borró la sonrisa del rostro de Brokaw, apretó los dientes y sus ojos enrojecieron. Y con la misma claridad

que si hubiese hablado, parecía decir: “Mentira”. Pero se contuvo, y como David notó, sin fijarse demasiado, el movimiento de sus manos al cerrarse y al abrirse de nuevo, creyó que Hauck no estaría muy lejos y que aquello fuese su aviso de que les estaba escuchando. Por eso tal vez Brokaw se contuvo y no se hizo traición del todo. Y también por esta misma razón la sonrisa volvió a animar su rostro.

—Hauck me ha dicho que siente mucho no haber podido tomar el desayuno con usted —añadió—. No podía esperar más. La india le servirá a usted el desayuno, y si quiere ver la función conviene que se apresure.

Dicho esto se volvió y con cierta pesadez se dirigió hacia el extremo del recibimiento. David miró al otro lado y en dirección a la puerta de Margarita. Estaba cerrada. Luego consultó el reloj y vio que casi eran las nueve de la mañana. Profirió una maldición al pensar que por su culpa había perdido la ocasión de tomar el desayuno con la joven. Sin duda habría tenido la oportunidad de ver a Hauck a solas por unos momentos. Un cuarto de hora le hubiese bastado; o podría haber arreglado todo el asunto en presencia de Margarita. Se preguntó dónde se hallaría entonces ésta. ¿En su cuarto?

Unos pasos que se acercaban le obligaron a meterse en su habitación y un momento después apareció su desayuno servido en una *keyakun* enorme de la Compañía y por una india vieja, sin duda la mujer de quien Margarita le hablara. Dejó la enorme bandeja en su mesa y se retiró sin haberle mirado y sin pronunciar una sola palabra. Comió con apresuramiento y acabó de vestirse. Eran las nueve y cuarto cuando salió al recibimiento. Al pasar por delante de la puerta de Margarita llamó, pero no obtuvo respuesta. Se volvió y atravesó la enorme estancia en la que la noche anterior viera tantas caras enemigas. A la sazón estaba desocupada. La tranquilidad y el silencio que reinaban en aquel lugar empezó a darle cuidado, y se apresuró a salir al exterior. En el ambiente había una especie de tumulto contenido, ininteligible y que, sin embargo, le impresionó. Una docena de pasos le llevaron al extremo del edificio y entonces miró en dirección a la jaula. Un momento después se quedó inmóvil, lleno de horror repentino al comprender el estado de indefensión en que se hallaba. De no haberse dormido y de haber hablado con Hauck, hubiese impedido aquella cosa monstruosa que sucedía entonces y con seguridad hubiera podido exigir que *Tara* fuese una parte del precio que deseaba. Pero ahora era ya demasiado tarde. Una multitud excitada, aunque tranquila y apacible de un modo raro, habíase congregado en torno de la jaula. Y estaban todos tan quietos y atentos, que eso le dio a comprender que la lucha había empezado ya. Llegó a sus oídos un sordo rugido y de nuevo volvió a oír el tumulto de voces humanas, como si un centenar de personas hubiesen proferido a la vez un suspiro; y como respuesta a este leve sonido dio un repentino grito de rabia. *Tara* luchaba ya para salvar la vida. *Tara*, el oso grande e inteligente, que había aprendido a seguir a su amita como perro protector y que además le aceptó a él como amigo. Y *Tara*, que no estaba endurecido y que llevaba una vida de pereza y de apacibilidad a consecuencia de su esclavitud

voluntaria, acababa de ser ofrecido al sacrificio que, según Brokaw dijera, sería de todo punto inevitable.

¿Y la joven? ¿Dónde estaba? David, sin querer, metió la mano en el bolsillo y empuñó su pistola automática. Por unos instantes su cerebro estuvo encolerizado e hirviente, consumiéndose en una ira que jamás sintiera en toda su vida. Avanzó y ocupó su lugar en el estrecho círculo de espectadores. No les miró siquiera el rostro e ignoraba por completo si estaba al lado de unos indios o de hombres blancos. No advirtió tampoco el brillo de sus ojos, el alegre temblor de sus cuerpos, y su latente y salvaje entusiasmo al ser testigos del espectáculo.

Entonces miró al interior de la jaula.

Esta medía seis metros por lado y sus barrotes estaban hechos con árboles jóvenes de casi treinta centímetros, separados unos de otros por unos cuarenta y cinco centímetros. Más allá de estos barrotes se percibía un ruido asustable de poderosas mandíbulas. Las dos fieras estaban tendidas en el suelo formando un conjunto, de una tonelada quizá, de carne y hueso, y confundidos en mortal abrazo. De momento no pudo ver cuál de los dos osos era *Tara* o el de Brokaw. Luego se separaron, se pusieron en pie y se quedaron mirándose uno a otro. Sin duda haría ya algunos minutos que estaban luchando. Las mandíbulas de *Tara* estaban llenas de sangre y de la garganta del oso de Brokaw salía un furioso rugido muy parecido al mugido de un toro encolerizado. Entonces volvieron a unirse y *Tara* esperó tontamente y jadeando el ataque de su enemigo. A David le resultaba duro observar lo que ocurría en la lucha de aquellos enormes cuerpos, y cuando rodaron por el suelo vio una gran mancha de sangre en el lugar que antes ocuparan. Parecía como si alguien la hubiese arrojado allí de un cubo.

De pronto cayó una mano sobre su hombro. Se volvió a mirar y vio que Brokaw le contemplaba con burlona expresión.

—¡Buena pelea! ¿No le parece?

En su rostro se advertía la crueldad propia del gato. David crispó los puños y su cerebro se llenó del deseo de pegar, de manera que tuvo que esforzarse para no hacerlo.

—¿Dónde está... la joven? —preguntó.

Entonces el rostro de Brokaw reveló su odio y el triunfo que sentía sobre aquel hombre que, a su juicio, era un espía. Y así expuso sus dientes amarillos para sonreír de un modo jactancioso.

—La he engañado —dijo—. La he engañado como usted me engañó a mí. He ordenado que la india que le cuida le quitase la ropa y así se encuentra ahora sola, en su habitación y *desnuda*. Y no le darán ropa hasta que yo lo diga, porque es mía... en cuerpo y alma.

Se disparó entonces el puño de David y en su golpe no había tan sólo la fuerza acumulada de todos sus años de boxeo, sino también el impulso de matar que una vez sintió en su vida. En aquel momento deseó aniquilar a aquel hombre, a aquel

monstruo rojo, a aquel demonio, y su golpe hizo que el enorme cuerpo de Brokaw empezase a retroceder y que su cabeza se le retorciese como si le hubieran roto el cuello. No tuvo tiempo de ver lo que ocurría después y ni siquiera pudo observar la caída de Brokaw, porque hubo una interrupción, un grito que sobresaltó todas las gotas de sangre de su cuerpo y le obligó a volverse hacia la jaula. A diez pasos de él y en el borde interior de aquel círculo de hombres atónitos y petrificados, estaba la joven. Al principio se figuró que se hallaba desnuda... desnuda ante las miradas fijas de los diablos que la rodeaban. Sus blancos brazos, sus hombros y su pecho estaban desnudos y su cuerpo satinado no llevaba ninguna ropa hasta la cintura, en donde ella se puso con grande apresuramiento, o tal vez en un momento de pánico, una falda vieja y destrozada. Pertenece a la mujer india, David observó que las miradas de todos estaban dirigidas allá y por un momento miró como los demás, incapaz de moverse o de llamarla por su nombre. Luego una racha de viento arrojó su cabello atrás y pudo ver que estaba pálida a más no poder. Parecía una brillante estatua que no se movía en absoluto y que ni siquiera respiraba. Tan sólo se agitaban sus cabellos a impulsos del aire e iluminados por el sol, que flotaban por encima de sus hombros y le cubrían la espalda desnuda como magnífica capa de fuego dorado y rojo. Pero ella estaba mirando a la jaula y se había quedado en aquella posición, inanimada a causa del horror de lo que veía. David no siguió su mirada; oyó los gruñidos, los rugidos y las dentelladas de las fieras que peleaban. De nuevo rodaban por el suelo. De pronto uno de los árboles de quince centímetros de diámetro que formaban las barras de la jaula se rompió al recibir el empuje de los dos enormes cuerpos; se estremeció la tierra y hasta el mismo aire pareció temblar con la fuerza terrible de la lucha, lucha que, por otra parte, tan sólo contemplaba la joven, pues todos los demás la miraban a ella. De pronto David avanzó por entre el círculo de hombres y la llamó por su nombre.

Lo separaban diez pasos, y entre la joven y la jaula no había más que cinco tal vez. Con la rapidez de una flecha disparada por el arco, Margarita dio un salto y atravesó aquel espacio. Una décima de segundo más tarde habría llevado a David a su lado, pero sufrió éste ligero retraso. La joven traspuso la reja y un tumulto de voces horrorizadas dominó los rugidos y el ruido de la pelea, al observar que ella se dirigía hacia las fieras sin otra defensa que sus desnudas manos.

Su voz llegó a oídos de David, exclamando.

—¡Tara! ¡Tara! ¡Tara!

David se horrorizó, al ver que ella se inclinaba y con sus diminutos puños empezaba a golpear la gran cabeza peluda del otro oso; sintió la debilidad propia del borracho cuando se introdujo por entre dos barrotes de la jaula y se acercó a ella. Ignoraba que estaba empuñando su pistola automática y no se dio cuenta de ello más que al advertir que disparaba un tiro tras otro con la boca de su arma apoyada en la cabeza del enemigo de *Tara*. Pero los disparos del arma quedaron amortiguados como si hiciese fuego por debajo de una gruesa manta. El arma era de gran calibre y así una

corriente de plomo de once tiros, uno tras otro, sin parar, se introdujo en, el cerebro del oso gris. En cuanto se puso en pie cogió a la joven en sus brazos, y el desnudo pecho de ésta jadeó contra el suyo propio. El contacto de sus manos sobre su carne desnuda aclaró sus ideas y mientras *Tara* se encarnizaba en la garganta de su moribundo enemigo, David sacó a Margarita de la jaula y le echó a los hombros la ligera chaqueta que llevaba.

—Vaya usted a su habitación —le dijo—. *Tara* está salvado ya y haré lo necesario para que no le ocurra ningún daño.

El cordón humano se separó mientras él acompañaba a la joven. La multitud estaba entonces tan silenciosa que se podían percibir con claridad los leves gruñidos de *Tara*. Interrumpiendo el silencio con un grito salvaje, se oyó la voz de Brokaw:

—¡Alto!

Se quedó mirándolos, enorme, terrible y tembloroso de rabia. A un paso más allá de él estaba Hauck, que ya no se esforzaba en disimular sus intenciones asesinas. A la espalda de éste se habían reunido todos los tratantes blancos en *whisky*, como manada de lobos que espera el grito de su jefe. David creyó que lo daría Brokaw. La joven lo esperaba también y se colgó de los hombros de David, mientras volvía su pálido rostro hacia el lado del posible peligro.

Fue Brokaw quien dio la señal a los hombres.

—¡Limpiad la jaula! —gritó—. Este maldito espía me ha matado el oso y además me ha pegado un puñetazo. ¿Lo entendéis? ¡Limpiad la jaula!

Adelantó la cabeza y los hombros hasta que su cálido aliento tocó los rostros de David y de Margarita, y su rojo cuello estaba hinchado como el de una cobra animada por los celos y por el odio.

—Ahora lucharemos y voy a matarte —gritó.

Hauck fue quien puso las manos sobre la joven.

—Váyase con él —murmuró David mientras los brazos de ella se estrechaban en torno de sus hombros—. Debe usted ir con él, Margarita. Yo tal vez tendré una buena oportunidad.

Ella tenía su rostro junto al de David y hablaba en voz baja y rápida, tan sólo para él, a pesar de que Hauck quería llevársela.

—Iré hacia la casa. Cuando rae vea usted en aquella ventana échese al suelo. Tengo un rifle y le mataré desde allí.

Tal vez Hauck se enteró según le pareció a David, a juzgar por el brillo de sus ojos mientras se llevaba a la muchacha. Oyó el ruido de la puerta de la jaula y *Tara* salió temblando y se dirigió paticojo hacia el lindero del bosque. Cuando David vio de nuevo a la joven, estaba ya en pie en el centro de la jaula, con los pies sobre un charco de sangre que teñía la tierra. Ella se resistía a los tirones de Hauck para escaparse y entrar en la casa. Entonces David estuvo ya seguro de que este último la había oído y que quería impedirle llegar a la casa, dispuesto a retenerla mientras Brokaw matase al espía, pues no tenía duda de que Brokaw combatía a muerte. La

lucha no sería muy igualada, sino más bien un asesinato, en caso de que la suerte favoreciese a Brokaw. No obstante eso no asustó a David, pues en tales momentos era cuando gozaba de mayor tranquilidad. Comprendió que sería muy ventajoso para él no tener ninguna traba en sus movimientos, y se quitó la camisa y se apretó el cinturón. Entonces Brokaw entró en la jaula. El gigante iba también desnudo hasta la cintura y por un momento se quedó mirando a David, parecido a un monstruo en cuyos ojos se adivinaba el deseo de matar. La lucha sería espantosa y desigual. Así lo comprendió David, mas no se asustó. Reinó un gran silencio y de pronto, aguda como el filo de un cuchillo, llegó hasta él la voz de la joven:

—*¡Sakewawin! ¡Sakewawin!*

Del pecho de Brokaw surgió una especie de gruñido. También oyó aquel grito que le dejó anonadado.

—Esta noche estará conmigo —dijo a David, mientras inclinaba la cabeza disponiéndose a pelear.

Capítulo XXIV

David ya no veía siquiera la horda de rostros que había al otro lado de los gruesos barrotes de la jaula. Su última mirada se dirigió más allá de la cabeza inclinada y de los salientes hombros de su gigantesco adversario, en dirección a la joven. Notó que ésta había dejado de luchar y que le miraba. A partir de aquel momento sus ojos no abandonaron ya el rostro de Brokaw. Hasta entonces éste no le pareció tan gigantesco y tan robusto, y al examinarle, antes del primer ataque, comprendió que su única esperanza era la de impedirle que hiciese uso de su fuerza enorme en un combate cuerpo a cuerpo. Si se dejaba coger, ello le sería fatal. En los brazos de Brokaw no podía hacer nada. Y sintió un escalofrío desagradable al pensar en lo muy fácil que sería para el otro romperle el espinazo o el cuello, si tenía oportunidad para ello. Era apelar a la habilidad. ¿De qué le serviría allí, contra aquella montaña de carne y de huesos, capaz, al parecer, de resistir numerosos y fuertes golpes de porra sin que por eso hubiese de darse por vencido? El primer golpe le devolvió la confianza que por un momento pudo haberse debilitado. Brokaw se precipitó contra él. El ataque fue fácil de evitar y el brazo de David se disparó y su puño golpeó la cabeza de Brokaw con ruido semejante a un latigazo. Hauck habría caído como un leño de recibir un golpe como aquél, y hasta el mismo Brokaw se tambaleó. Comprendió que eso era resultado de la habilidad de su enemigo y sonrió al avanzar de nuevo, seguro de poder resistir cien golpes iguales. Era un Aquiles feroz que tan sólo tenía un punto vulnerable, es decir, su mandíbula inferior. David esperaba la oportunidad mientras con lentitud dejaba el campo libre a su enemigo. Por dos veces dieron la vuelta al recinto ensangrentado. Brokaw seguía a David, lleno de seguridad en sí mismo, pero aplazaba su ataque como si en aquel movimiento de retirada de su víctima advirtiese una tortura demasiado satisfactoria para terminarla de una vez. David, mientras tanto, observó su descuido, el movimiento de su gran cuerpo que apenas protegía y lo poco preparado que estaba para un golpe de mano... y con la rapidez del rayo se arrojó hacia delante, con todo el peso de su cuerpo acompañándole en su esfuerzo.

Por dos pulgadas no acertó la barbilla del otro y su puñetazo, formidable, fue a darle de lleno en la boca, rompiéndole los dientes y cortándole los gruesos labios, de modo que la sangre saltó a chorros sobre su peludo pecho, y mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás, David la siguió con un izquierdo rápido. Por segunda vez no acertó la mandíbula con la derecha, aunque se bañó el puño de sangre. Entonces Brokaw dio un grito semejante al rugido de un animal; un grito que era el sonido más inhumano que David oyera salir jamás de una garganta humana, y en un momento se

vio luchando, no para alcanzar la victoria ni la oportunidad que por dos veces perdiera, sino para no dejar allí la vida. Contra aquella acometida feroz, tan rabiosa, que casi merecía el nombre de loca, tan sólo pudo salvarle de la muerte inmediata su habilidad extremada. No habría podido decir cuántas veces golpeó la boca de Brokaw en los ciento veinte segundos que siguieron al primer puñetazo. Tenía los puños rojos con la sangre de su enemigo y hasta su cara estaba, también, salpicada de encarnado. Las manos estaban como pintadas; tanta era la frecuencia con que sus puños llegaban al ensangrentado rostro de su enemigo. Era como golpear una cosa monstruosa que no sintiera el dolor; o un demonio que careciera de cerebro y que no comprendiese siquiera el daño que pueden hacer los golpes, o un cuerpo que no fuese tal, sino una masa enorme que, de un modo raro, hubiese tomado la forma humana. Brokaw le pegó una vez a él, tan sólo una, durante aquellos dos minutos; pero no eran los golpes lo que más temía. A David le parecía que se estaba destrozando como buque que golpea contra un arrecife, luchando con toda su alma para guardarse del fatal abrazo. Sus esfuerzos le costaban a él mucho más que a su antagonista. Por dos veces le alcanzó la mandíbula y otras tantas se inclinó hacia atrás la cabeza de Brokaw, pero se reponía en el acto y le atacaba sonriendo, derramando sangre hasta las suelas de los zapatos y siempre invencible.

¿No habría un poco de lealtad más allá de los barrotes de la jaula? ¿Serían todos iguales como el hombre con quien peleaba, es decir, diablos? ¡Una tregua de medio minuto tan sólo, algo que le diese una pequeña oportunidad! La lenta e invencible bestia a la que pegaba sin cesar, estaba ya a punto de apoderarse de él y sus pensamientos empezaron a ser vagos. Apenas paró el golpe, semejante a un martillazo, que Brokaw le asestó al rostro. Se agachó, se puso en guardia con la rapidez del rayo y se salvó por milagro de la muerte. Aquel golpe, de darle en pleno rostro, le habría matado. Lo sabía. El enorme puño de Brokaw le rozó la cabeza y se desvió como la bala que da de lado contra la roca. Sin embargo, eso fue más que suficiente para mandarle contra los barrotes y para hacerle caer al suelo.

En aquel momento dio gracias a Dios por la lentitud de Brokaw. Y más tarde recordó haber pronunciado palabras de agradecimiento, mientras estaba aturrullado e indefenso, aunque por un espacio de tiempo infinitesimal. Esperó que Brokaw acabase allí con él, pero el gigante se entretuvo en limpiarse la sangre del rostro, que en parte le cegaba y, mientras tanto, desde el otro lado de la jaula se oyó un rumor creciente de voces. A oídos de David llegó también un grito de agonía de la joven. Esto fue suficiente para ponerle en pie, mientras Brokaw se limpiaba el chorro de sangre caliente que salía de su colgante mandíbula. Aquel grito aclaró su mente y le devolvió la energía, diciéndose que era preciso vencer, pues, de ser derrotado, todo estaría perdido para él y para ella; eso sin contar con que tenía la certeza de que la derrota equivalía a la muerte. Lo comprendió con mayor claridad al oír la salvaje exclamación de gozo en el momento en que cayó. Allí no habría cuartel. Pudo leer la tremenda decisión. Y Brokaw...

Cuando, de nuevo, se arrojó contra él, parecía un loco. En su rostro ya no había ninguna expresión de burla. Su cara, hinchada y maltrecha, tan sólo estaba animada por una emoción que no podían ocultar las contusiones ni la sangre. Leíase claramente en sus ojos semicerrados. Brokaw deseaba matar y David se dio clara cuenta de ello. Comprendió que, por su parte, ya no se trataba de dar más o menos golpes; la escena era semejante a la del David de la Antigüedad, cuando estaba frente a frente del gigante Goliat y sin otras armas que sus manos. Esta idea se le ocurrió de un modo curioso en aquellos rápidos momentos. Allí también sería preciso apelar a la astucia, a algo inesperado, a una estratagema mortal, y su cerebro debía encontrar el modo de salvarse. Dentro de dos o tres minutos el asunto estaría resuelto en uno u otro sentido. Y se decidió. Todas las habilidades del boxeo eran inútiles; pero aún quedaba una esperanza, la última posibilidad. Consistía en romper las rodillas del enemigo, cosa que le pareció horrible cuando el Padre Rolando se lo enseñó. “Rompa usted las rodillas de su enemigo —le dijo el misionero— y vencerá a su adversario”. Él no lo había practicado nunca, pero conocía el método y recordó las palabras del misionero. “Cuando esté frente a frente de usted, arrójese con todo su peso como una bala de cañón”. Y de pronto se arrojó de este modo, cuando Brokaw se disponía a echarse sobre él, de manera que éste recibió en las rodillas una masa de setenta y dos kilos.

El choque dejó atontado a David. Sintió un dolor muy vivo en el hombro izquierdo; pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de que Brokaw daba un grito terrible y de que se caía sobre él. Se puso en pie y vio que su enemigo estaba de rodillas. Ignoraba si le había roto los huesos o no, y con toda su fuerza empezó a asestar con su mano derecha numerosos puñetazos contra la ensangrentada mandíbula de su adversario. Éste se incorporó y lo cogió en sus fuertes brazos, pero al mismo tiempo dejó indefensa la mandíbula, y David seguía golpeándola como quien quiere destrozarse una roca con un martillo. De la garganta del gigante surgió un grito, su cabeza cayó hacia atrás y, animado por una roja furia, y a través de la sangre que le cubría el rostro, David continuó golpeando hasta que se aflojaron los brazos en torno de él, y despidiendo una bocanada de sangre el gigante cayó al suelo como muerto.

Entonces David volvió a mirar a través de los barrotes. Los espectadores se habían acercado a la jaula, maravillados, atónitos y sin creer lo que veían, como si fuesen imágenes de piedra. Por unos momentos se quedaron tan quietos que a David le pareció que oírían su respiración jadeante y el ronquido que resonaba aún en la garganta de Brokaw. ¡El vencedor! Echó los hombros hacia atrás e irguió la cabeza, a pesar de sentir gran deseo de apoyarse en uno de los barrotes para descansar. Pudo ver a la joven y a Hauck, y notó que ésta estaba sola y en pie, mirándole. ¡Le había visto! ¡Le vio derribar a la bestia gigantesca! Entonces el orgullo se apoderó de él y sus ojos centellearon alegres en su ensangrentado rostro. Levantó la mano y saludó a la joven, que se apresuró a acudir a su lado. Disponíase a atravesar el cordón humano, pero Hauck se lo impidió. David observó que éste habló con rapidez a dos o tres

hombres blancos y que luego cogió a la joven y le impidió seguir avanzando. Luego notó que estaba cubierto de sangre de pies a cabeza y por esta razón se alegró de que no se acercase más. Hauck le decía que se volviese a casa, y David hizo una señal afirmativa, agitando también la mano para darle a entender que debía obedecer. Hasta que la vio alejarse no recogió su camisa y salió de la jaula.

Tres o cuatro blancos se acercaron a Brokaw y los demás se quedaron mirándole, llenos de asombrado silencio, mientras pasaba por su lado. Les sonrió al saludarles como si el derribar a Brokaw no hubiera sido una tarea demasiado difícil y terrible. Observó que en los rostros de los indios apenas había expresión y luego se vio frente a frente de Hauck, tras el cual se hallaban los dos blancos con quienes habló con tanto apresuramiento. Uno de ellos era el mismo a quien rozó David al atravesar la noche anterior la habitación en que estaban todos reunidos. Ahora había una sonrisa en el rostro de Hauck y también en el del tercer hombre. Y con gran sorpresa de David, Hauck le tendió la mano.

—Vengan esos cinco, Raine. Habría apostado mil contra cincuenta que usted sería vencido, pero nadie arriesgaba un dólar en su favor. Ha sido una lucha estupenda.

Y se volvió a los otros dos.

—Llevad a Raine a su habitación, muchachos. Ayudadle a que se lave. Yo me ocuparé de Brokaw y de toda esa gente.

David protestó, asegurando que no necesitaba a nadie y que estaba bien. Dijo que tan sólo quería agua y jabón, lo cual se hallaba ya en su habitación; pero Hauck insistió en que eso no era correcto y que, lo mismo que a Brokaw, convenía que le cuidasen unos amigos. Brokaw había llevado el asunto con tanta prisa que ninguno de ellos tuvo tiempo, ni pensó siquiera, en dirigir a David alguna palabra alentadora o amistosa antes de la lucha. Langdon y Henry le acompañaron ahora. Entre ambos llegó al Nido y entró con ellos en su habitación. Langdon, el más alto y el mismo que le miró con ceño la noche anterior echó agua en una palangana de estaño, en tanto que Henry, el más bajo, cerraba la puerta. Se mostraban muy cordiales, especialmente Langdon.

—Ayer noche no me fue usted muy simpático —confesó con la mayor franqueza—. Me figuré que era usted un maldito policía que venía a meter la nariz en nuestros asuntos.

Estaba al lado de David con el cubo de agua en las manos, y, cuando éste se inclinó sobre la palangana, Henry se quedó a su espalda. Había sacado algo del bolsillo y se acercaba al vencedor, quien, al meter las manos en el agua, miró al rostro de Langdon y observó un cambio inesperado, pues volvió a ver la expresión maligna de la noche anterior. En aquel momento el objeto que había en la mano de Henry cayó con terrible fuerza sobre su cabeza y David se desplomó sobre la palangana. Sintió, a pesar de todo, un dolor horrible, semejante al de un hierro candente que le hubiese atravesado el cuerpo. Luego se sumió en un abismo enorme y tenebroso.

Capítulo XXV

En la caótica noche en que se hundía, David no experimentó dolor, ni tampoco la sensación de estar vivo. Y, sin embargo, a pesar de que no veía ni sentía nada, le parecía vivir. Todo estaba muerto en él, a excepción de su conciencia; podría haber estado soñando durante minutos, horas y aun años. Por largo tiempo le pareció que se hundía en la negrura; de pronto algo le detuvo sin el menor choque y empezó a subir. Al principio no pudo oír cosa alguna. Reinaba un silencio enorme a su alrededor, silencio tan profundo e ininterrumpido como el pozo abismal en que le parecía estar flotando. Después de eso se sintió oscilar y mecer de un lado a otro, como si estuviese flotando en un mar. Ésta fue la primera idea que tomó forma en su cerebro, que se esforzaba por comprender. Estaba en el mar; estaba en un buque y en el corazón de una negra noche, y además solo. Quiso gritar, pero no parecía sino que careciese de lengua. Transcurrió, a su juicio, largo rato antes de que amaneciese y luego el día pareció muy raro. Le pinchaban los ojos pequeñas agujas luminosas; unas cuerdas plateadas se agitaban ondulantes y semejantes a relámpagos, a través de la oscuridad, y entonces empezó a sentir y a oír. Al parecer le sostenían una docena de manos, sujetándole para que no pudiese mover brazos ni piernas. Oyó voces, al principio muchas y muy confusas, hasta que por fin, y muy rápidamente, se convirtieron en dos.

Abrió los ojos. La primera cosa que observó fue un rayo de sol que se proyectaba contra la pared oriental de su habitación. Aquel espacio iluminado era como un imán colocado allí con objeto de reunir de nuevo en él las facultades que perdió en la oscura noche de su desvanecimiento. Ante todo le indicó que era ya llegada la tarde y una hora avanzada de ella. Habría comprendido este hecho más adelante, pero algo se interpuso entre él y la luz despedida por el sol poniente. Era un rostro, dos rostros... Primero el de Hauck, luego el de Brokaw. Sí, Brokaw estaba allí mirándole. Un verdadero demonio, y casi no se le podía reconocer. Ya no iba desnudo ni estaba ensangrentado. Tenía la cara hinchada, los labios deformes y un ojo cerrado, pero el otro brillaba como el de un diablo. David trató de sentarse; lo consiguió haciendo un esfuerzo y se equilibró en el borde de su cama. Su cabeza estaba confusa y se sentía torpe e indefenso como si estuviera empajado. Tenía las manos atadas a la espalda y los pies sujetos también con una cuerda. Le pareció que Hauck tenía el aspecto de gárgola mientras le miraba sonriente. Y Brokaw...

Éste se inclinó sobre él, cerrando los puños con rabia, el ojo abierto, animado por terrible expresión.

—Me alegro mucho de que no hayas muerto, Raine. —Tenía la voz ronca y sus

hinchados labios articulaban mal las palabras.

—Gracias —dijo David sintiendo que recobraba la lucidez, aunque todavía sentía gran dolor en la cabeza. Trató de sonreír—. Gracias.

Era tonto pronunciar esta palabra. Mientras tanto, las manos de Brokaw se movían lentamente hacia su cuello, pero Hauck lo contuvo.

—No le tocaré ahora —gruñó—. Pero esta noche... ¡Oh, esta noche!...

Abrió las manos y luego, a través de sus rotos dientes, exclamó:

—¡Embustero! ¡Espía! ¡Traidor! —David observó el hueco que aparecía en aquella boca cruel y destrozada—. ¿Te figuras que después de eso...?

De nuevo Hauck trató de alejarle, pero Brokaw le separó colérico las manos.

—No le tocaré. Pero quiero decírselo todo, Hauck. Así me mate el diablo si no lo hago. Pero quiero que sepa...

—¡Eres un imbécil! —gritó Hauck—. ¡Cállate, o, de lo contrario...!

Brokaw abrió la boca y se echó a reír, poniendo al descubierto el resultado de los puños de David.

—¿Qué harás, Hauck? No harás nada. ¿Acaso no le dije que mataste a aquel *napo* del fuerte McPherson? ¿No le dije también lo bastante para que tú y yo acabemos en la horca? —Se acercó a David inclinándose sobre él hasta que su aliento le dio en el rostro—. Me alegro mucho de que no hayas muerto, Raine —repitió—, porque deseo presenciar tus últimos momentos. Tan sólo esperamos a que se marchen los indios. El viejo Wapi se irá con su tribu a la puesta del Sol. Lo siento mucho, pero no nos es posible lograr que se marche antes, porque el imbécil dice que sería de mal agüero el empezar un viaje a la puesta del Sol y en la Luna de la Muda. Tú empezarás el tuyo un poco después, es decir, en cuanto se hallen a una distancia suficiente para no oír el disparo de un arma de fuego. Ya ves, por consiguiente, que no podrás esperar nada de los indios. El viejo Wapi te cobró alguna afición y no queremos que se entere de que vamos a enviarte al mismo lugar adonde tú mandaste a mi oso. ¿No te parece bien?

—¿Queréis decir que vais a asesinar me? —preguntó David.

—¡Hombre! Te diré. Si el atarte a un árbol y atravesarte el corazón de un balazo es asesinarte, sí, lo haremos —replicó Brokaw, gozoso.

—¡Un asesinato! —observó David.

Pareció incapaz de decir otra cosa. Se apoderaba de él una extraña debilidad y le dolía tanto la cabeza que empezó a inclinarse hacia atrás. Luchó por recobrarse, por contener su ánimo, pero aquella sensación rara y enfermiza le llegaba desde el cerebro a la boca del estómago y, dando un gemido, cayó de cara sobre el lecho.

Brokaw seguía hablando aún, pero ya no pudo entender sus palabras. Oyó la voz seca de Hauck, se dio cuenta de que los dos se alejaban y que abrían la puerta para volver a cerrarla. Y mientras tanto él luchaba con toda su alma para no caer de nuevo en aquel insondable y tenebroso pozo. Transcurrieron muchos minutos antes de poder sentarse otra vez en el borde de la cama, y aquella vez lo hizo con el mayor cuidado, a fin de no despertar el dolor que sentía en la cabeza. Pero el maldito estaba allí. Lo

sentía en lo más profundo de su ser, dispuesto a darle un mal rato, como sus antiguas jaquecas.

La faja de sol había desaparecido de la pared y a través de la ventanita que había en el extremo occidental de su habitación vio la moribunda luz de la tarde. Luchó contra Brokaw en las primeras horas del día, y ahora ya casi era de noche. La palangana estaba en el mismo lugar en que cayó cuando le golpeó Henry. Vio en el suelo una mancha de sangre, en el sitio en que debió caer. De nuevo miró hacia la ventana que estaba muy alta, para que nadie pudiese mirar al interior; consistía tan sólo en un agujero rectangular para dar paso a la luz; además, era tan estrecha que nadie habría podido escaparse por ella. La noche anterior no se fijó en todos estos pormenores, ni tampoco por la mañana, pero ahora todo ello era tan evidente para él como los trozos de *babiche* que le ataban manos y pies. En aquella habitación podría alojarse cualquiera en calidad de huésped que no sospecha nada y gracias a la sencilla vuelta a la llave quedaría convertido en prisionero. No había posibilidad de huir más que derribando la sólida puerta o cortando las paredes de troncos.

Poco a poco dominó su estado enfermizo. Se aclaraba su mente y empezó a respirar de un modo más profundo. Trató de mover sus doloridos brazos, pero los encontró insensibles, como si fuesen unos pesos desprovistos de vida, colgantes de sus hombros. Haciendo un esfuerzo estiró las piernas. Y entonces, a través de la ventana, llegó hasta él un sonido bajo y significativo.

Eran los apagados golpes de un tantán.

Wapi y sus indios se marchaban ya y oyó un cántico extraño y cada vez más fuerte, un salvaje himno a los dioses silvestres de la Luna de la Muda. Dio un respingo que casi fue un grito. Su última esperanza desaparecía con Wapi y con su tribu. ¿Le habrían ayudado, de conocer su situación? ¿Y si gritase? ¿Si se asomase a la ventana y les llamase a gritos? Aquella idea era una locura, algo imposible; mas, sin embargo, le hizo palpar el corazón. Y luego, de pronto, pareció que éste se detenía. Rozó una llave en la cerradura, giró en ella y se abrió la puerta... Un momento más tarde, Margarita O'Doone se hallaba ante él.

Jadeaba y sollozaba como si hubiese recorrido una gran distancia. No hizo esfuerzo alguno por hablar, sino que se dejó caer a sus pies y con un cuchillo empezó a cortar las cuerdas de *babiche*. Había acudido preparada con aquel cuchillo. Sintió que cortaba sus cuerdas y antes de que ninguno hablase, la joven se volvió hacia su espalda y le libertó las manos. Le pesaban como un plomo. Entonces ella dejó caer el cuchillo, y sus propias manos se posaron en el rostro de David, negro de sangre seca, y una y otra vez lo llamó con el nombre que le diera de *Sakewawin*. Entonces el cántico de la tribu de Wapi se acercó y se hizo más fuerte; al penetrar en el bosque, con un grito ahogado, la joven se separó de David y se quedó mirándole.

—Debo darme prisa —añadió con rapidez—. Escuche. Se marchan ahora. Hauck o Brokaw acompañarán a Wapi hasta el lago y el que no haya salido vendrá aquí. Mire, *Sakewawin*... le he traído un cuchillo. Cuando entre, usted debe matarle.

Habían pasado ya las voces de los que cantaban, las cuales morían en la distancia en dirección al bosque.

El no interrumpió a la joven, quien, con una mano apoyada en el pecho, continuó diciendo:

—He esperado hasta que todos salieron. Me encerraron en mi cuarto dejando a Marcee, la mujer india, encargada de vigilarme. Cuando todos se alejaron para ver marchar a Wapi yo le di un culatazo con el rifle de Nisikoos. Tal vez esté muerta. *Tara* está fuera. Sé dónde encontrarle cuando anochezca. Arreglaré un paquete de lo más necesario y dentro de una hora nos marcharemos. Si antes vienen aquí Hauck o Brokaw, mátelos con el cuchillo, *Sakewawin*. Si no lo hace usted, ellos le matarán a su vez.

Su voz terminó en un sollozo. David se esforzó en ponerse en pie; se quedó tambaleándose ante ella, como si estuviese encaramado en unos zancos.

—¡Mi fusil, Margarita...! ¡Mi pistola! —exclamó tratando de extender los brazos—. ¡Si los tuviese ahora...!

—Ellos se lo habrán guardado —interrumpió—, pero tengo el rifle de Nisikoos, *Sakewawin*. ¡Oh, debo darme prisa! Ellos no irán a mi habitación; y Marcee está muerta, tal vez. En cuanto sea de noche abriré esta puerta, y si uno de ellos llega antes, mátelo. Debe usted hacerlo. No tiene más remedio.

De espaldas a la puerta la abrió y luego se marchó. Se oyó de nuevo el ruido de la llave en la cerradura. David percibió sus rápidos pasos en el recibimiento y luego el ruido de una puerta que se abría y que se cerraba.

Durante unos minutos se quedó inmóvil, algo atontado por la rapidez con que le había dejado. Apenas permaneció dos minutos en la habitación. Estaba muy asustado de que la descubriesen antes de terminar sus preparativos. En el suelo, y a sus pies, se hallaba el cuchillo que ella le había proporcionado. Su sangre empezó a correr con rapidez. Sintió que reanudaba su curso a lo largo de sus doloridos miembros y se inclinó con cuidado, temiendo perder el equilibrio, con objeto de recoger el arma. El canto de Wapi y de sus hombres ya no era más que un murmullo lejano y luego, a través de la alta ventana, pudo oír el sonido de unas voces que se acercaban, pertenecientes a hombres blancos.

Entonces pensó en que de nuevo el resultado de la lucha estaba en sus manos. Margarita O’Doone había llevado a cabo la parte que le correspondía. Derribó a la mujer a quien Hauck encargara la vigilancia, salió de su habitación, le desató y le puso un cuchillo en las manos. Lo demás había de hacerlo él. ¿Cuándo entrarían Hauck o Brokaw? ¿Le darían tiempo suficiente para que la sangre volviese a circular con libertad por sus venas? ¿Le permitirían recobrar la fuerza necesaria para hacer uso de su libertad y de su cuchillo? Empezó a recorrer la estancia levantando y bajando los brazos. Pronto recobró su fuerza, y acercándose al cubo de agua bebió en abundancia para calmar su sed abrasadora. Eso le refrescó y ya, a partir de entonces, anduvo con mayor ligereza hasta que respiró con facilidad y pudo contraer sus

músculos y cerrar los puños. Entonces contempló el cuchillo. Era una necesidad horrible, pero no tenía más remedio que hundir aquel acero en la espalda o en el corazón de un hombre. ¿No habría otro medio? Empezó a registrar la habitación. ¿Por qué Margarita no le llevó un garrote en vez de un cuchillo, o, por lo menos, un palo además de éste? No le parecía tan desagradable el asestar un garrotazo a un hombre, aunque eso debiera quitarle la vida, como matarle haciendo salir un torrente de sangre de su cuerpo.

Sus ojos se fijaron en la mesa y un momento después la puso patas arriba y arrancó una de ellas. Se rompió con ruido y así tuvo ya en sus manos un arma que aventajaba en gran manera al cuchillo. Sin embargo se pasó el arma por el cinturón con el mango detrás de la cadera. Entonces esperó.

No tuvo que hacerlo por mucho rato. Las montañas occidentales cerraban el paso a los últimos rayos del Sol. La oscuridad empezaba a llenar su habitación, y David contó los minutos que pasaban mientras estaba junto a la puerta, con el oído atento, esperando percibir la aproximación de pasos, deseando que fuesen los de la joven y no los de Hauck o de Brokaw. Por fin oyó que alguien se acercaba desde el extremo del recibimiento. Eran unos pasos fuertes y David aspiró profundamente el aire y empuñó la pata de la mesa. El corazón le dio un salto cuando aquellos pasos se detuvieron ante su puerta. No era agradable pensar en lo que tendría que hacer, mas al oír que la llave giraba en la cerradura, comprendió que era una terrible necesidad. Dio gracias a Dios de que tan sólo llegase uno. Procuraría no pegar con demasiada fuerza, ni aprovecharse cobardemente de la emboscada. Nada más que lo bastante para anular a su enemigo. Sería fácil, muy fácil. Levantó el palo en la penumbra y contuvo el aliento.

Se abrió la puerta y Hauck entró, quedándose, por un momento, de espaldas a David. Era horrible herir a un hombre de aquel modo y con un garrote. Si hubiese podido hacer uso de sus manos, le habría estrangulado, dándole así alguna oportunidad de defenderse; mas aun cuando era desagradable, no tenía otro remedio. Hauck cayó sin proferir un gemido y con tanto silencio y rapidez que David se figuró haberlo matado. Se arrodilló a su lado y en cuanto se hubo cerciorado de que aún latía su corazón, se puso en pie. Asomó la cabeza para mirar al recibimiento. Las lámparas no estaban encendidas. Quizá eso fuese uno de los deberes que correspondían a la india. De la grande habitación llegó el ruido de voces y luego, cerca de él, desde la puerta que había enfrente, resonó una voz temblorosa que decía:

—¡Aprisa, *Sakewawin!* ¡Cierre la puerta! ¡Cierre la puerta... y vámonos!

De nuevo se arrodilló al lado de Hauck. Sí. Allí estaba, en su bolsillo... un revólver. Se apoderó del arma, dando un suspiro de alegría, cerró la puerta y atravesó el recibimiento. La joven sostuvo abierta la puerta de su cuarto y la cerró en cuanto hubo pasado. La primera cosa que vio fue a la mujer india tendida en su camastro y con los ojos negros fijos en él, como si fuesen los de una serpiente. Estaba tan bien atada y amordazada, que David no pudo contener una sonrisa al inclinarse sobre ella.

—¡Magnífico! —exclamó—. Lo ha hecho usted perfectamente, Margarita. Y ahora, ¿qué más?

Empuñando el revólver y acompañado por la temblorosa joven, sintió el ridículo deseo de gritar con toda su alma a sus enemigos, para comunicarles que estaba dispuesto a marcharse. En la penumbra brillaron los ojos de Margarita como si fuesen estrellas.

—¿Quién... quién era? —murmuró.

—Hauck.

—Pues, en tal caso, fue Brokaw quien acompañó a los indios. Con él salieron Langdon y Henry. Hay menos de dos millas hasta el lago y volverán pronto. Debemos darnos prisa. Fíjese en que ya oscurece.

Se alejó de sus brazos para ir a la ventana y él la siguió.

—Dentro de quince minutos nos marcharemos, *Sakewawin*. *Tara* se halla en el límite del bosque de abetos. —Y pellizcándole añadió—: ¿Lo ha matado usted?

—No. Rompí una pata de la mesa y lo atonté con ella.

—Me alegro —dijo acercándose temblorosa a él—. Me alegro, *Sakewawin*.

Y en la oscuridad, cada vez mayor, le fue imposible a David el no estrechar en brazos a la joven. La acercó a sí e inclinó la cabeza de modo que por un instante el cálido rostro de ella estuvo en contacto con el suyo. En aquellos momentos, mientras esperaban que aumentase la oscuridad, le comunicó lo que había averiguado por medio de Brokaw. La joven se puso rígida mientras él hablaba, y cuando le aseguró que ya no tenía duda de que su madre vivía, y que era la misma mujer a quien encontró en el tren, Margarita profirió un grito. Y se dispuso a hablar cuando resonaron unos firmes pasos en el recibimiento; así contuvo el aliento y sus dedos oprimieron los hombros de él.

—Ya es tiempo —murmuró—. Debemos marcharnos.

Se alejó de él con rapidez y de debajo del camastro en que estaba tendida la india sacó algo. Él no pudo ver con claridad lo que hacía, pero un momento después la joven le puso un rifle en las manos.

—Pertenece a Nisikoos —dijo—. Es de seis tiros y aquí van todos los cartuchos que tengo.

Él los tomó y los contó a medida que los dejaba caer en el bolsillo. Eran once en total, incluyendo los seis que había en el almacén.

—Calibre treinta y dos —dijo palpándolos en la oscuridad—. Buenos para cazar perdices y hasta para los hombres a corta distancia. ¡Si pudiese recobrar mi fusil, Margarita! —añadió en voz alta.

—Ellos lo tienen —repitió la joven—. Pero no lo necesitaremos, *Sakewawin* —añadió, como si la voz de él le hubiese revelado sus pensamientos—. Conozco una montaña toda de roca y que no está tan lejos como la que subimos *Tara* y yo. Si podemos llegar allí no dejaremos huellas que les permitan perseguirnos. Pero si, a pesar de todo, nos encontrasen...

Al decir estas palabras abría la ventana.

—Entonces, ¿qué? —preguntó él.

—Una vez Nisikoos mató un oso con este fusil —contestó.

La ventana estaba abierta y la joven esperaba. Asomaron los dos la cabeza y escucharon. En cuanto David se cercioró de que no había peligro tiró el paquete, ayudó a descender á Margarita y la siguió luego, Al llegar al suelo, el ligero choque le produjo tal dolor en la cabeza que no pudo contener un leve grito y por un momento se quedó apoyado en la pared, incapaz de dominar el vahído que sintió. Y como no estaba oscuro del todo, la joven se dio cuenta de aquel repentino cambio y sus ojos se llenaron de alarma.

—Un poco mareado —explicó él esforzándose en sonreír—. Me dieron un fuerte golpe en la cabeza, Margarita. El aire me pondrá bien... en seguida.

Recogió el fardo y la siguió. *Tara* había pasado toda la tarde junto al bosque, a cosa de cien metros del Nido, ocupado en curarse las heridas.

—Yo lo vi desde mi ventana —murmuró Margarita.

Se acercó a él y empezó a hablarle en voz baja. Entonces, de la oscuridad que había más allá de *Tara*, surgió un gruñido.

—No hay duda de que es *Barí* —murmuró David, asombrado—. Se ha hecho amigo del oso, Margarita. ¿Qué le parece de eso?

Al oír su voz, *Bari* se acercó a él y se tendió a sus pies. David le puso la mano sobre la cabeza.

—¡Pobrecillo! —murmuró—. Y decían que eras un criminal y que irías a reunirte con los lobos.

Vio entonces el enorme bulto de *Tara* que surgía de la oscuridad y la joven iba a su lado.

—Ya estamos dispuestos, *Sakewawin*.

Entonces él le comunicó la idea que acababa de tener.

—¿No sería mejor que fuésemos a reunirnos con Wapk y sus indios? —preguntó recordando las palabras de: Brokaw.

—No, porque tienen miedo a Hauck —contestó ella—. Lo mejor, *Sakewawin*, es seguir un estrecho sendero que *Tara* y yo hemos recorrido, muy cerca del pie de la cordillera, hasta que lleguemos a la montaña de rocas. ¿Cree usted conveniente atar este fardo a la espalda de *Tara*?

—No pesa mucho. Lo llevaré yo.

—Pues entonces déme usted la mano, *Sakewawin*.

En su voz se advertía otra vez la alegre emoción que le daban la libertad y la confianza; David percibió por un momento la gozosa excitación de su fuga, y mientras tanto ella, con su manecita cálida, agarró con firmeza los dedos de él y lo guió por un océano de oscuridad. El bosque los cubrió y ni siquiera el más leve rayo del pálido cielo, donde las estrellas empezaban a resplandecer, fue a iluminar su camino. Tras ellos David oyó los pesados y silenciosos pasos del enorme oso gris y

no dudó de que *Bari* también estaría cerca. Pasados unos momentos, la joven preguntó en voz baja:

—¿Le duele a usted ahora la cabeza, *Sakewawin*?

—Un poco.

El camino se ensanchaba y durante unos momentos fue bastante liso, pero muy oscuro.

Ella le oprimió los dedos.

—Creo todo lo que usted me ha dicho —murmuró, como si quisiera hacer una confesión—. En cuanto entró usted en la jaula detrás de mí, después de la lucha... lo creí. Estoy segura de que ha debido amarme mucho para arriesgarse de ese modo.

—Sí, niña, mucho —contestó.

¿Por qué persistiría aquel atontamiento en su cabeza?, se preguntó al notar que en un momento determinado estuvo a punto de caerse.

—Sí, muchísimo —añadió esforzándose en andar con firmeza a su lado, mientras su voz sonaba de un modo raro y como a mucha distancia de sí mismo—. Ya ve usted, niña mía, no tenía nada más que el retrato para amarla.

¡Qué tonto era al esforzarse en que le oyese, dominando el tumulto espantoso que tenía en la cabeza! Sus palabras le parecían débiles murmullos procedentes de muy larga distancia. También el fardo que llevaba en hombros iba aumentando de peso a cada momento y con toda seguridad acabaría por aplastarle. La voz que resonaba a su lado se debilitaba por momentos. Decía cosas que más tarde no pudo recordar, pero desde luego comprendió que Margarita hablaba acerca de la mujer que él le aseguró ser su madre y que le contestaba mientras sentía que los pies se le convertían en plomo. De pronto dio un paso más allá del límite del mundo y se vio flotando otra vez en aquel enorme y negro caos. Pero la voz no le abandonó. Le oía sollozar, rogarle y recomendarle que hiciese algo que no podía comprender; y cuando por fin empezó a darse cuenta de lo que decía, observó también que ya no andaba con pesos atados a los pies ni cargados en sus espaldas, sino que estaba tendido en el suelo. Su cabeza reposaba en el pecho de su compañera, quien ya no le hablaba, sino que lloraba como niña que tiene despedazado el corazón. La mortal enfermedad había desaparecido de él con la misma rapidez con que le atacó, y se esforzó en levantarse ayudado por los brazos de ella.

—Está usted herido... herido —exclamó la joven sollozando.

—¡Si pudiese montarle en *Tara*, *Sakewawin*! A lomos de *Tara*... Hay ahora una pendiente...

Entonces él supo que esto es lo que había estado diciéndole, pues le recomendaba ponerse en pie, sí podía, para ayudarle a montar a *Tara*. Él extendió la mano y la hundió en el espeso pelo del oso, esforzándose, al mismo tiempo, en hablar con acento de alegría para que ella no pudiese adivinar sus temores.

—A veces... uno se queda aturdido... después de un golpe —dijo—. Me parece... que ya podré andar.

—No, no. Debe usted montar en *Tara* —insistió ella—. Está usted herido y debe cabalgar en *Tara*, *Sakewawin*, Es preciso.

Y levantaba los brazos hacia él jadeante y con toda su fuerza, y *Tara* se hallaba a un lado y no se movía un solo músculo de su cuerpo gigante, como si, a su modo, recomendara la necesidad de obedecer a su dueña. Aun entonces David se habría resistido, pero como sintió una vez más que aquella horrible sensación se apoderaba de él, hizo un esfuerzo y montó a horcajadas sobre el ancho lomo del oso. La joven recogió el fardo y el rifle, y *Tara* la siguió a través de la oscuridad. A David aquella enorme espalda le parecía un lugar muy cómodo y seguro, y se inclinó hacia delante, hundiendo los dedos en el largo pelo del cogote, junto a los hombros de la fiera.

La joven entonces le preguntó dulcemente.

—¿Está usted bien. *Sakewawin*?

—Sí. Esto es tan cómodo que casi siento ganas de dormirme —contestó.

Si a la luz de las estrellas la joven hubiese visto tal vez su caída cabeza, sus palabras habrían tenido distinto significado. El pobre luchaba desesperado consigo mismo y en su corazón sentía un gran miedo. Creía estar muy malherido. Recordó entonces a un indio herido en la cabeza a quien él y el Padre Rolando trataron de salvar, pero sin la ayuda de un cirujano la cosa resultó imposible. El indio murió. Y David se dijo que tenía los mismos síntomas que aquel desgraciado; sintió la misma molestia de antes que se apoderaba de él, a pesar de sus esfuerzos por contenerla. No tenía una noción muy clara del movimiento de *Tara* debajo de él, pero sabía que se agarraba con todas sus fuerzas y que cuantas veces le preguntaba la joven él le contestaba. Una vez, sin embargo, dejó de hacerlo y entonces cesó el movimiento que había debajo de su cuerpo y la voz de su compañera resonó a su lado. Luego se reanudó el movimiento y le pareció que recorría una distancia enorme, demasiado para no detenerse a fin de dormir o descansar por lo menos. Tuvo conciencia de su deseo de protestar. Y mientras tanto sus dedos estaban agarrados a los pelos de *Tara* con una vehemencia mortal.

En el pecho de Margarita el corazón latía con gran violencia; y sollozaba y profería una oración entrecortada mientras guiaba a *Tara* y su carga a través de la noche. Desde el bosque pasaron a un lugar despejado y desde éste se hundieron de nuevo en la selva. Y así sucesivamente varias veces, siguiendo aquel sendero a lo largo del valle, Margarita no pensaba ya en la montaña rocosa, porque sería imposible ahora atravesar la cordillera para llegar al otro valle. Por el contrario, se dirigía a una cabaña antigua y abandonada, en donde podrían ocultarse. Y trató de hablar de eso a David, según le pareció, muchos días después de haber emprendido aquel viaje.

—Tan sólo un poquito más, *Sakewawin* —exclamó rodeándole el cuerpo con el brazo y con los labios junto a su inclinada cabeza—. Tan sólo un poco más. No pensarán en buscarnos allí. Y usted podrá dormir... dormir. Su voz se alejó de él como leve murmullo de las copas de los árboles y los dedos de él siguieron agarrados a la piel del cuello de *Tara*.

Por fin, muchos días después, según creyó David, llegaron a la cabaña. Y le pareció asombroso que la joven le dijese:

—Nos hallamos tan sólo a cinco millas del Nido, *Sakewawin*. Pero no nos buscarán aquí. Se figurarán que hemos ido más lejos o que hemos atravesado la montaña.

Al mismo tiempo le echaba agua fría al rostro, y como entonces ya no sentía aquel movimiento por debajo de su cuerpo, no estaba tan atontado. Ella deshizo el fardo y extendió una manta; y en cuanto él se tendió encima experimentó una intensa alegría. En su confusa inteligencia, dos o tres cosas se le aparecieron con claridad antes de cerrar los ojos; la última fue la visión del rostro de la joven inclinado sobre él, mientras sus ojos, grandes como estrellas, le miraban y su voz le decía cariñosa:

—Procure dormir, *Sakewawin*... Procure dormir.

Muchas horas después se despertó. Parecía como si muchas manos lo sacaron a la fuerza de un lugar en que estaba muy cómodo y que no deseaba abandonar. Una voz acompañaba a las manos con fastidiosa insistencia... Una voz que, a medida que se despertaba, le era más conocida. Abrió los ojos. Era de día y Margarita estaba arrodillada a su lado dándole tirones de la ropa y mirándole alarmada.

—¡Despiértese, *Sakewawin*! ¡Despiértese! ¡Despiértese! —la oyó gritar—. ¡Oh Dios mío, es preciso que se despierte, *Sakewawin*! ¡*Sakewawin*! Han encontrado nuestra pista... y ya los veo asomarse por el valle.

Capítulo XXVI

Apenas David hubo comprendido las palabras de la joven, cuando se puso en pie. Y al verla dio gracias a Dios de que su cabeza estuviese despejada y de que pudiera pelear. Incluso el día anterior, cuando entró en la jaula y se situó junto a los osos que luchaban, y durante la pelea de David con Brokaw, la joven no estuvo más pálida que ahora. El aspecto de su rostro le dio a entender el peligro antes de darse cuenta de él por sus propios ojos. Aquello fue bastante para indicarle que se hallaba en una situación muy comprometida y que no existía la posibilidad de huir. Por vez primera vio que su cama, que estaba sobre el suelo, hallábase también junto a la pared de una vieja cabaña hundida en una depresión de la ladera de la montaña. Pero antes de fijarse en más pormenores o de descubrir una prueba cierta de la aproximación de sus enemigos, Margarita le cogió la mano y lo llevó al extremo de la cabaña. Señaló hacía abajo, pero no habló. En el límite más lejano del valle y comenzando a subir vio a ocho o diez hombres. No pudo fijar con exactitud su número, porque mientras los miraba desaparecieron bajo una prominencia del terreno. No se hallaban a más de cuatrocientos o quinientos metros, de manera que dentro de unos veinte minutos podían estar frente a la cabaña.

David miró a Margarita, quien, con gesto desesperado, le señaló la montaña que tenían detrás. Por espacio de un cuarto de milla había una pared muy empinada de arenisca roja, la única posibilidad de huir estaba hacia abajo y prácticamente a la vista de sus enemigos.

—Quería despertarle a usted antes de que fuese de día, *Sakewawin* —le dijo con voz en que se notaba su desaliento—. Estuve despierta muchas horas y luego me quedé dormida. *Bari* me despertó y ahora... es demasiado tarde.

—Sí, es demasiado tarde *para huir* —dijo David.

Un centelleo de esperanza apareció en los ojos de ella.

—¿Qué quiere, usted decir?

—Que podemos defendernos —gritó—. ¡Dios mío, Margarita!... ¡Si, por lo menos, tuviese mi rifle! —Se metió la mano en el bolsillo y sacó los cartuchos que ella le entregara—. Calibre treinta y dos. Y tan sólo once, Tendremos que dispararlos a corta distancia. Y no podemos huir, conteniéndolos a tiros, porque ellos se mantendrían fuera del alcance de esta escopeta de juguete y en cambio podrían acribillarme como una criba.

Ella le tiró del brazo.

—Metámonos en la cabaña, *Sakewawin* —exclamó—. La puerta tiene una buena tranca y como se ha caído el yeso de algunos sitios, existen agujeros en la pared,

desde los cuales se puede disparar.

El, mientras tanto, examinaba el rifle de Nisikoos.

—Tal vez se pueda matar a un hombre a ciento cincuenta metros —dijo—. Usted, con *Tara* y todos nuestros efectos, se mete en la cabaña, Margarita. Yo me esforzaré, mientras tanto, en hacer blanco en dos o tres de nuestros enemigos así que aparezcan por esa loma. Como estoy seguro de que no esperarán ser atacados tan pronto, los cogeré desprevenidos. Si tengo suerte, podré tumbar a Hauck y a Brokaw.

Con la vista eligió una roca que había a veinte pasos de la cabaña y desde la cual podía dominar la pendiente hasta la primera depresión, y mientras Margarita se alejaba de él para hacer entrar al oso en la cabaña. David se acurrucó detrás de la roca y esperó. Calculó que no habría más de ciento cincuenta metros hasta el punto en que aparecerían sus perseguidores, y decidió no empezar a disparar mientras no estuviesen algo más cerca. Era preciso no desperdiciar ninguno de aquellos preciosos cartuchos, porque el revólver de Hauck no le serviría más que para un caso de apuro. No había tiempo para dudar ni para estar indeciso. Brokaw y Hauck querían acabar aquella lucha y el no derrotarlos significaba la muerte para sí mismo y una suerte tan horrible para la joven, que tan sólo al pensar en ella se crisparon sus manos sobre el fusil. Miró a su espalda y vio que Margarita hacía entrar al oso en la cabaña. *Bari*, por su parte, se arrastró hasta situarse junto a él y se quedó tendido en el suelo, junto a la roca. Poco después reapareció la joven y acercándose a David fue a tenderse a su lado.

—Conviene que se guarezca usted en la cabaña, Margarita —le dijo—. Probablemente empezarán a disparar y...

—Quiero permanecer a su lado, *Sakewawin*.

Ya no estaba pálida, sino que tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Y sonrió. Era una niña. El sintió un nudo en el cuello. El rostro de ella estaba muy cerca del suyo y entonces la joven murmuró:

—Anoche le besé a usted, *Sakewawin*. Me figuré que se moría. Antes que a usted he besado únicamente a Nisikoos. Y a nadie más.

¿Por qué decía eso, con los ojos brillantes de un modo tan maravilloso? ¿Acaso vería que la muerte subía por la montaña? ¿Sería porque deseaba comunicárselo... antes de que llegase el fin? Era una niña.

Y ella añadió:

—Y usted... nunca me ha besado, *Sakewawin*. ¿Por qué?

Lentamente, él la acercó a sí, hasta que su cabeza reposó sobre su pecho y sus brillantes ojos y entreabiertos labios se volvieron a él, y la besó en la boca. El rostro de la joven se coloreó intensamente y sus brazos rodearon los hombros de David. La gloria de su cabello radiante le cubría el pecho y él hundió la cara en la espléndida cabellera; por un momento oprimió a la joven con tal fuerza que ella no pudo respirar. Y de nuevo la besó en la boca, pero no una vez, sino una docena. Luego la alejó un poco de sí y le contempló el rostro, que no era el de una niña, sino el de una mujer.

—Pues porque... —empezó diciendo.

Pero no terminó porque *Bari* empezó a gruñir y él miró por la pendiente.

—Ya vienen —dijo—. Margarita, entre usted en la cabaña.

—Quiero quedarme con usted, *Sakewawin*. Mire, me echaré así, sin que puedan verme, como *Bari*.

Y, en efecto, se tendió al lado de la roca, y David miró de nuevo desde su emboscada. Sus perseguidores estaban ya sobre la cresta de la depresión y así pudo ver que eran nueve. Avanzaban en grupo y observó que tanto Hauck como Brokaw iban a retaguardia y que se apoyaban con bastones para ayudarse en la ascensión. Además notó que ellos dos no llevaban armas de fuego. Los siete restantes iban armados y los capitaneaba Langdon, que marchaba a quince o veinte metros delante de sus compañeros. David decidió rápidamente disparar primero contra Langdon y seguir con los demás que llevaban armas de fuego. Hauck y Brokaw, que carecían de ellas, eran menos peligrosos por el momento. Tiraría a Brokaw su quinta bala o la sexta si no le daba la primera vez.

Una estrecha faja de pizarra le sirvió como punto de referencia para señalar los cien metros de distancia, y en el momento en que Langdon la pisó, Davis disparó. Apenas se dio cuenta del grito de desafío que surgió de sus labios al observar que Langdon daba una vuelta sobre sí mismo y caía entre los hombres que iban tras él. Atrevidamente se descubrió, abandonando la roca que lo ocultaba, y volvió a disparar. Al apuntar contra aquel grupo no podía errar el tiro. Oyó un grito. Disparó por tercera vez y oyó un alegre grito de triunfo a su lado, mientras sus enemigos echaban a correr para resguardarse en la depresión que acababan de abandonar.

Disparó el cuarto tiro contra Brokaw, pero erró dos veces el blanco. Había vaciado ya el almacén del arma cuando Brokaw desapareció ante sus ojos. Langdon se quedó inanimado sobre la faja de pizarra. Pocos pasos más abajo había otro cuerpo tendido. Otro hombre se arrastraba sobre las manos y las rodillas por la cresta de la depresión. Tres con seis tiros. ¡Y no había dado a Brokaw! Interiormente David gimió mientras cogía a Margarita por el brazo y se la llevaba a la cabaña, seguido por *Bari*.

Llegaron a tiempo, pues desde el borde de la depresión les dispararon un fuego graneado con las armas de gran calibre que llevaban sus enemigos y cuyas balas hicieron saltar chispas de las rocas.

Mientras metía los cinco cartuchos restantes en el almacén del rifle de Nisikoos, David examinó las paredes de la cabaña. En uno de sus rincones, el enorme oso gris se había sentado sobre sus patas traseras y guardaba tanta inmovilidad como si estuviese disecado. En el centro de la única pieza de la casa había una vieja estufa casi destrozada. Nada más. Margarita puso una tranca a través de la puerta y se quedó apoyada de espaldas a ella. Como no había ninguna ventana, al cerrar la puerta se quedaron sumidos en la penumbra. David advirtió que su compañera respiraba con apesuramiento y que aún brillaba en sus ojos la luz que apareció en ellos cuando se hallaban junto a la roca. Le infundió mucho ánimo al verla de aquel modo, mirándole

como lo hacía, y diciéndole sin palabras que en su vida había ocurrido algo que la situaba muy por encima del miedo. Se acercó a ella, la estrechó de nuevo en sus brazos y otra vez besó su dulce boca; y así pudo sentir su corazón latiendo junto al de él y el calor de sus brazos en torno de su cuello.

Un chasquido de madera que se astillaba le obligó a dirigirse al centro de la habitación de la cabaña llevando a Margarita en sus brazos. Aquel chasquido sonó casi al mismo tiempo que el disparo de un fusil, y ambos vieron entonces que la bala había atravesado la puerta, a quince centímetros más arriba de donde estaba la cabeza de David, y que al pasar se llevó una astilla tan gruesa como el brazo. No habían pensado en la puerta. Era el punto vulnerable de la cabaña, y cuando se apartaban de aquel lugar peligroso vino una segunda bala que fue a enterrarse en la pared de troncos que tenían a su espalda. *Bari* gruñó y *Tara* profirió un leve rugido, pero no se movió.

En las cuatro paredes de troncos había unas pequeñas aberturas de las que Margarita había hablado. David se acercó a una de ellas, lo bastante grande para permitir el paso del cañón, y miró en la dirección de que procedían los dos disparos. Pudo sorprender un movimiento entre las rocas en la ladera de la montaña y a cosa de doscientos metros. En aquel momento la tercera bala atravesó la puerta, desvió la tapa de la estufa y se incrustó en la madera, dos palmos más arriba del lomo de *Tara*. Entre aquellas rocas había dos hombres, y sus primeros tiros fueron seguidos por un fuego nutrido que casi dejó la puerta como una criba. David pudo ver las cabezas y los hombros de sus enemigos, el leve brillo y hasta las ligeras humaredas de sus rifles, pero no disparó. ¿Dónde estarían los otros cuatro?, se preguntó. Sin duda Hauck y Brokaw estaban ya armados con los rifles de los que cayeran, de modo que sus enemigos eran seis. Con el mayor cuidado asomó la boca de su fusil por la abertura y esperó una oportunidad, apuntando a cuarenta centímetros por encima del lugar en donde poco tardaría en aparecer una cabeza. Llegó esta ocasión y disparó. En el acto desaparecieron la cabeza y los hombros de aquel hombre y muy satisfecho mandó otro tiro al segundo que se expuso. Éste desapareció también y David se quedó muy contento en la creencia de que sus balas habían dado en el blanco, mas de pronto asomaron ambas cabezas y dispararon una verdadera granizada de plomo contra la cabaña. Aquellos hombres ya no apuntaban a la puerta, sino al lugar desde el cual él hiciera fuego. Una bala dio allí con la mayor exactitud y fue a herirle una astilla el rostro, llenándole la mejilla de sangre. En cuanto lo vio la joven se puso pálida como una muerta.

—Con este rifle no puedo hacer nada, Margarita —exclamó—. Esto no sirve. ¡Dios mío!

Se oyeron unos disparos desde la parte posterior de la cabaña y otra bala que atravesó una de aquellas aberturas pasó por entre ellos zumbando como monstruosa abeja. David dio un grito y cogió a la joven en sus brazos, oprimiéndola entre ellos como si con un abrazo quisiera protegerla.

—¿Será posible que la maten a usted para apoderarse de mí?

La soltó entonces y se acercó a la estufa rota con objeto de retirarla de la línea de fuego que atravesaba la puerta. Margarita comprendió el peligro que corría y acudió a ayudarlo. Él no tuvo tiempo de recomendarle que retrocediese. En diez segundos acercó la estufa a la pared y casi a la fuerza la obligó a acurrucarse junto a ella.

—Sí se expone usted al peligro por un solo segundo, le juro por Dios que abriré la puerta y me quedaré allí hasta que me maten —dijo amenazando—. Se lo juro por Dios.

Parecía que en su cerebro hubiese un incendio. Ya no estaba tranquilo ni era dueño de sí mismo, sino que se sentía ciego de rabia y animado por el loco deseo de alcanzar con su venganza a las fieras humanas que tanto deseaban su muerte, aunque para ello tuviesen que sacrificar a la pobre muchacha. Se acercó al lado de la cabaña de donde procedía el nuevo ataque y por una de las aberturas que había entre los troncos miró al exterior. Estaba: al lado de *Tara* y oyó el rugido leve y continuo que surgía del pecho del oso. Sus enemigos se hallaban a poca distancia por aquel lado y disparaban desde las rocas a no más de cien metros. Entonces comprendió que sus adversarios estaban enterados de que la única arma que poseía era el pequeño rifle de Nisikoos y además el revólver de Hauck. Era probable que también conociesen su escasez de municiones. Por esto se exponían con tanto atrevimiento. ¿Para qué, pues, guardarse los tres últimos? En cuanto los hubiese disparado y no contestase ya al fuego de sus enemigos, éstos asaltarían la cabaña, destrozarían la puerta y entonces... el revólver. Con aquella arma les arrancarían el corazón a medida que entrasen. Vio a Hauck, disparó y no le dio. Un momento después un hombre se situó a setenta metros de la cabaña y disparó contra ella con toda la velocidad con que podía manejar el cierre de su arma; David le contestó con un tiro. Por segunda vez hizo fuego contra Hauck y tampoco le dio. En vista de eso, arrojó al suelo el inútil rifle y se volvió junto a Margarita.

—He dado a uno. Quedan cinco. Ahora, esperemos que vengan.

Empuñó el revólver de Hauck. Mientras tanto, una bala penetró por una de las aberturas e hirió a *Tara*. El gruñido del oso se convirtió en un rugido espantoso, que hacía temblar la cabaña. Pero el oso seguía inmóvil a excepción de que agitaba la cabeza con las mandíbulas muy abiertas. Como respuesta a aquel grito de rabia y de dolor del animal, *Bari* gruñó a su vez, acercándose al mismo tiempo a *Tara*.

—No le han hecho mucho daño —observó David mientras con los dedos de su mano libre acariciaba el cabello de la joven—. Dentro de uno o dos minutos dejarán de disparar y entonces...

Frente a él y en la pared opuesta de la cabaña se desprendió una astilla y se dirigió a él silbando, como cuando se sumerge en el agua un hierro candente. A David le pareció ver la bala en el momento de atravesar el yeso que había entre dos troncos; se dio cuenta de que estaba herido y, sin embargo, no sintió ningún dolor. Su mente trabajaba de un modo intenso, pero no le era posible hablar. Quedaron interrumpidas

sus palabras, y su lengua era incapaz de moverse. Era como si acabase de sufrir una parálisis. Ni siquiera la joven notó que estuviese herido, pero se lo dio a entender el choque de su revólver contra el suelo. Sus ojos se llenaron de horror, y de un salto se acercó a él, observando que se tambaleaba como un borracho en dirección a *Tara*. David se dejó caer al suelo, a pocos pies del oso gris, y oyó que la joven lloraba a su lado llamándole por su nombre. Entonces le abandonó aquella sensación extraña y aquella parálisis, y se llevó una mano a la barbilla sintiendo un miedo terrible de que se la hubieran estropeado. Pudo observar que estaba entera, aunque cubierta de sangre.

—Un *knockout* —dijo con lengua tartajosa y dando, al mismo tiempo, un suspiro de satisfacción—. Una astilla me golpeó en el mentón... pero estoy bien.

Se puso en pie con alguna torpeza mientras la joven le rodeaba con su brazo. Durante aquellos tres o cuatro minutos no notaron que había cesado ya el fuego y de pronto resonó un golpe tremendo en la puerta que hizo estremecer la cabaña entera. Hubo un segundo golpe y luego otro, y la madera medio podrida empezó a romperse hacia dentro. David trató de levantarse, pero se cayó e inmediatamente señaló el revólver.

—¡Aprisa...! ¡El revólver!

Margarita saltó hacia él. La puerta se rompía para adentro en el instante en que cogía el arma, y apenas volvió la cara en aquella dirección cuando sus enemigos penetraron en la cabaña, capitaneados por Henry y Hauck, en tanto que Brokaw iba a retaguardia. Haciendo un último esfuerzo, David trató de ponerse en pie. Oyó un disparo de revólver y luego, al levantarse con inseguras piernas, vio que Margarita luchaba en brazos de Brokaw Hauck, en cambio, se acercó a él con el evidente deseo de darle muerte, y mientras los dos rodaban por el suelo, David oyó los repetidos gritos de Margarita que, al mismo tiempo, llamaba a *Tara*. Sobre él percibió un rugido, el movimiento de un cuerpo enorme, y con aquel ruido, indicador de rabia y de la venganza de *Tara*, se confundió el horrible y lobuno gruñido de *Bari*. Y ya no pudo ver cosa alguna, porque las manos de Hauck estaban apretando su cuello.

Pero continuaron los gritos y, dominándolos, resonaron las exclamaciones de los hombres, los alaridos de horror, de agonía y de muerte; y cuando los dedos de Hauck se aflojaron sobre su cuello, oyó los gruñidos, los rugidos y el tumulto, el choque de grandes mandíbulas al; cerrarse y el de algunos cuerpos que se caían al suelo. Hauck se puso en pie con el rostro lleno de terror. Apenas se había levantado cuando un cuerpo flaco y esbelto saltó hacia él con la velocidad de una piedra disparada por una catapulta y los colmillos de *Bari*, de dos centímetros y medio de largo, se clavaron en su grueso cuello, arrancándole casi la cabeza del cuerpo en un salvaje tirón de sus irritadas mandíbulas. David se puso en pie, y a pesar del horror que sentía vio a la joven que se acercaba corriendo a él, ilesa, y lo abrasó mientras sollozaba:

—¡*Tara*...! ¡*Tara*...! ¡*Tara*...!

Él apoyó la cabeza sobre su pecho y la sostuvo allí. Era espantoso.

Henry estaba muerto y Hauck también. Igualmente yacía sin vida Brokaw, y de tal manera que mil vidas que hubiese tenido otras tantas perdiera, porque el oso se dedicaba a destrozar su enorme cuerpo.

David atravesó aquel montón de muertos con Margarita. El aire fresco les dio en el rostro y sobre ellos cayeron los rayos del Sol. La verde hierba y las flores de la montaña estaban a sus pies. Miraron hacia la vertiente y entonces vieron desaparecer por la cresta de la depresión a dos hombres que a toda velocidad huían para salvar la vida.

Capítulo XXVII

Tal vez transcurrieron cinco minutos mientras David sostenía en brazos a Margarita y contemplaba el valle, inundado por el sol, hacia el cual huyeron los dos hombres de Hauck. Pero ninguno de los dos habló y él pudo oír tan sólo los continuados sollozos de Margarita. Llenó sus pulmones de aquel aire vigorizador y se sintió más fuerte a medida que el cuerpo de la joven se hacía más pesado en sus brazos; por fin los de ella se aflojaron, cayéndose de sus hombros, en donde los tenía apoyados. Entonces él le levantó el rostro y vio que en sus ojos no había lágrimas; mas a pesar de ello seguía quejándose, y temblaban sus labios como los de un niño que está sollozando. Inclino su cabeza, los besó, ella respiró agitada al mirarle con ojos que eran pozos profundos de intenso color azul y de los cuales desaparecía lentamente el terror que los llenara. Murmuró su nombre y en su mirada y en su murmullo expresó la extraordinaria adoración que por él sentía. Si se asustó, tan sólo fue por él y ahora le miraba como se mira a quien se ha salvado de la muerte. Por un momento David la oprimió en sus brazos y al acercar su rostro al de la joven sintió la cálida y suave caricia de sus labios y la adorable presión de sus manos sobre sus mejillas manchadas de sangre.

Le hizo volver la cabeza un ruido que resonó en su espalda, y a quince metros de distancia vio al enorme oso que amblaba pesadamente alejándose de la cabaña; Le oyeron gruñir mientras se detenía al sol con la cabeza oscilando lentamente de un lado a otro, como enorme péndulo, y en su garganta aún resonaba el último eco de la rabia y del odio con que destruyó a sus enemigos. En el mismo instante apareció *Bari* en la puerta, con los labios encogidos y los dientes brillantes, cual si esperase a otros enemigos contra quienes combatir.

Rápidamente David llevó a Margarita al otro lado de la roca desde la que empezó la lucha y la hizo sentar en una alfombra de hierba en la que abundaban las violetas silvestres, procurando que la enorme roca ocultase de su vista la cabaña.

—Descansa aquí, compañera de fatigas —le dijo en voz baja y temblorosa por la adoración que sentía, en tanto que con sus manos le acariciaba el espléndido cabello—. Yo debo volver a la cabaña y luego nos marcharemos.

—¿Nos marcharemos?

Repitió estas palabras en voz apenas audible, y sin dejar de mirar el rostro de él.

—Nos marcharemos —repitió mientras él se ponía en pie.

Se estremeció cuando David la dejaba, y profirió un leve grito, que trató de contener, al darse cuenta por vez primera de la vida nueva y maravillosa que amanecía entonces para ella. David comprendió sus sentimientos y se alejó sin volver

a mirarla, deseoso de terminar cuanto antes con la horrible tarea que le aguardaba. Al hallarse ante la puerta abierta de la cabaña vaciló, adivinando lo que vería. Y, sin embargo, en resumidas cuentas, no era peor de lo que debía ser, pues allí tan sólo se veía un acto de justicia del Destino. Y se repitió esto mismo al penetrar en el recinto.

Se esforzó, no obstante, en no mirar con demasiado detenimiento, pero el espectáculo le fascinó a pesar de todo. De no haber sido por el tamaño de los cuerpos no pudiera diferenciar a Hauck y a Brokaw, porque incluso sobre el primero desahogó *Tara* su rabia después que *Bari* lo hubo matado. Ninguno de ellos tenía siquiera aspecto humano y parecía imposible que los dientes y las garras pudiesen haber realizado aquella destrucción. David se asomó a la puerta de la cabaña para convencerse de que Margarita no le había seguido. Miró de nuevo hacia el horrible espectáculo y pudo ver que Henry estaba atravesado sobre los maderos rotos de la puerta, con la cabeza por completo retorcida bajo su cuerpo... o desaparecida. Recogió el rifle de Henry y luego empezó a buscar cartuchos. La tarea era desagradable en extremo. Sobre los tres cuerpos encontró cincuenta cartuchos y salió con el fardo de sus efectos y con el rifle. Se cargó el primero a hombros, antes de volver a la roca, y al reunirse con la joven se detuvo un instante. Cogiéndole luego la mano emprendió el descenso hacia el valle.

—Han rendido cuentas a la Justicia —dijo.

Y ya no volvió a referirse a lo ocurrido en la cabaña ni ella le dirigió otras preguntas.

En el extremo del verde prado se detuvieron junto a un lugar en que un arroyuelo, procedente de la montaña, había formado un pequeño estanque. David siguió un rato la corriente hacia arriba y encontrando un lugar abrigado se desnudó. Estaba cubierto hasta la cintura de la suciedad y de las manchas debidas a la batalla. En el estanque, Margarita se lavó las manos y la cara y luego terminó su tocado con el cepillo y con el peine de David. Cuando éste volvió a su lado, la joven estaba radiante y oculta casi hasta la cintura por los resplandores dorados y castaños de su cabello suelto. Era maravilloso. David permaneció a un paso de distancia y la miró sintiendo intensa alegría, pero guardó silencio. Entonces se dijo que aquella mujer le pertenecía, no para hoy ni para mañana, sino para siempre; que las montañas se la habían dado; que entre las flores, Dios, de quien el Padre Rolando hablaba con tanta frecuencia, la había creado para él. Y ella le esperó y aguardó su llegada, pura como las violetas que se hallaban bajo sus pies. Margarita estuvo unos momentos sin verle, en tanto que él observaba sus largos cabellos, que la joven alisaba con el cepillo. Una vez, y le parecía como si desde entonces hubiesen transcurrido infinitos años, creyó en otra mujer hermosa, uno de cuyos mayores encantos era su cabello. Pero ahora vio que aquél no era como éste. De ninguna manera. Estaban tan distantes uno de otro como los mismos astros, y había la misma diferencia entre aquella flor silvestre de las montañas, que se había introducido en su corazón como el aliento de una nueva vida, ofreciéndole nuevas visiones de una felicidad que llegaba mucho más allá del cielo

azul, y la otra mujer a quien antes creyó amar. Y entonces se preguntó si ella le amaba. La joven levantó los ojos de pronto y le vio a su lado. ¿Que si le amaba? ¿Acaso en toda su vida pudo soñar él en una mirada como la que entonces había en el rostro de su compañera? Se sintió incapaz de hablar y abrió los brazos en silencio mientras ella se ponía en pie y se acercaba a él rodeada por el bruído esplendor de su cabello suelto. Y la estrechó en sus brazos, besando sus labios suaves, sus ruborizadas mejillas, sus ojos azules y la cálida dulzura de su cabello. Y los labios de ella también le besaron. David miró hacia el valle y aunque sus ojos estaban abiertos no pudo ver su belleza, pues su visión estaba ocupada por las imágenes que le ofrecía el porvenir; y su alma dirigía una oración de gratitud al Dios del misionero, al Dios de los adoradores de los *totems*, que había más allá de las cordilleras, y al Dios de todas las cosas. Tal vez la joven comprendió su silenciosa exaltación, porque a través de los suaves mechones de su cabello que reposaban en el pecho de David, murmuró:

—¿Me quieres mucho, mi *Sakewawin*?

—Más que a mi vida —contestó él.

Su voz le sumió en un mundo de felicidad. Por unos momentos olvidó la cabaña, el hecho de que hubiesen existido Brokaw y Hauck y hasta que estuvieran ya muertos. Apartó a la joven posando la mano en sus hombros y contempló su rostro, del cual había desaparecido el horror y el miedo para dejar lugar tan sólo a su gran felicidad; aquel rostro estaba invadido por los alegres colores que allí mandaban los gozosos latidos de su corazón, y sus ojos confesaban, sin avergonzarse, la adoración que sentía, sin ocultarse detrás de sus largas pestañas. Y era algo realmente magnífico aquella mirada amorosa de sus ojos azules y maravillosos.

—Hemos de marcharnos —dijo substrayéndose al encanto en que se hallaba sumido—. Dos de nuestros enemigos han podido salvarse, Margarita, y es muy posible que en el Nido haya alguien más.

Estas palabras hicieron recordar los momentos horrorosos que habían pasado. Margarita miró sobresaltada hacia más allá del valle y meneó la cabeza.

—Hay dos más —replicó—. Pero no nos seguirán, *Sakewawin*, y aunque lo hiciesen ya habremos traspuesto la montaña.

Dicho esto, se trenzó el cabello mientras él se echaba el fardo al hombro. David sentía su corazón tan ligero como el de un chiquillo y se rió ante ella con alegre desaprobación.

—Me gusta mucho más tu cabello suelto —dijo—. Es hermosísimo y glorioso.

Al oír tales palabras, no pareció sino que toda la sangre de su cuerpo se asomase al rostro de la joven.

—Pues en tal caso... no me lo trenzaré —dijo con palabras que temblaban a impulso de su felicidad, en tanto que sus dedos se agitaban rápidos en las sedosas hebras que formaban sus trenzas.

Ya suelto su cabello, volvió a resplandecer a su alrededor, y cuando estaban a punto de emprender la marcha, Margarita se acercó a su compañero, profiriendo un

leve grito y, sin tocarle las manos, le ofreció su rostro diciendo:

—*Bésame. Bésame, mí Sakewawin.*

Al mediodía se hallaban bajo los más altos riscos de la cordillera meridional, y más abajo, a gran distancia, contemplaron de nuevo el verde valle con su plateada corriente junto a la cual se encontraron por vez primera. A ambos les pareció que había transcurrido mucho tiempo desde entonces y que el valle tenía para ellos un aspecto sonriente, dándoles la bienvenida y expresándoles su alegría al verlos de nuevo. Llegaron hasta ellos, débilmente, el zumbido de sus aguas corrientes, la suave música que resonaba en el aire y los agudos gritos de las marmotas que tomaban el sol mucho más abajo, y mientras estaban sentados y Margarita reposaba en el brazo de David, que le rodeaba el cuerpo, apoyó la cabeza en su pecho y señaló la niebla azulada que había hacia el Este, a muchas millas de distancia.

—¿Iremos por ahí? —preguntó.

Mientras subieron la montaña él reflexionó acerca del particular. En la dirección indicada por ella estaban los amigos de ambos; entre ellos y aquella errante tribu de adoradores de los *totems* que vivía en el Kwadocha no había ningún ser humano. Nada más que la inalterada paz de las montañas entre las cuales estaban seguros. David ya no temía la inmensidad, no le preocupaba la idea de que en su soledad enorme y desprovista de senderos pudiera: perderse para siempre. Después de lo ocurrido, los brillantes picos de las montañas le parecían amigos que le saludasen y estaba seguro de que podría hallar el camino hacia el Finley y luego hacía Hudson's Hope. ¡Qué sorpresa tendría el Padre Rolando cuando llegasen un día a su lado, él y Margarita! Latía, excitado, su corazón al hablar de ello a la joven y al describirle la gran distancia que deberían recorrer, expresándole al mismo tiempo cuán maravilloso sería aquel viaje por un país tan bello. Al fin, murmuró:

—Entonces encontraremos a tu madre.

Siguieron hablando largo rato de ésta y del Padre Rolando y descendieron por el valle. Cada vez que se detenían a descansar, ella le dirigía nuevas preguntas y siempre en su voz había el temblor de la duda.

—No puedo acabar de creer que todo eso sea cierto —decía.

Pero él le aseguraba que era verdadero.

—He estado pensando que sin duda fue Nisikoos quien envió a tu madre el retrato que querías destruir —dijo una vez—. Con toda probabilidad, Nisikoos sabía que aún vivía.

—Pues entonces, ¿por qué no me lo dijo? —replicó Margarita.

—Tal vez porque no quisiera perderte... y quizá no envió el retrato hasta que estuvo convencida de que le quedaba poco tiempo de vida.

Oscurecieron los ojos de la joven y luego lentamente recobraron su acostumbrado brillo.

Se ponía el Sol cuando acamparon en un bosquecillo de cedros, en el cual David mató un puerco espín para *Tara* y para *Bari*. Después de cenar se quedaron sentados al resplandor de las estrellas y luego Margarita se tendió en el lecho que él le preparó y se dispuso a dormir, Pero antes de cerrar los ojos abrazó a David, le besó y le deseó una buena noche. Él permaneció despierto mucho rato pensando en que, por fin, había llegado una felicidad que siempre anhelara.

Día tras día viajaron sin detenerse hacia el Sudeste. Las montañas se los tragaron y sus pies pisaron la hierba de muchos extraños valles. Extraños y sin embargo, a veces, David vio algo que contempló con anterioridad y así pudo cerciorarse de que no se había extraviado. Avanzaban despacio porque no había necesidad de apresurarse y en aquella tierra de la abundancia la caza que necesitaban para su sustento era más un placer que una necesidad. En su apresuramiento al hacer un fardo de lo necesario para el viaje, Margarita tomó lo que primero llegó a sus manos y por fortuna la provisión mayor de cuantas tenían era un saco de harina de avena de veinte libras, que les sirvió para hacer tortas. La región estaba llena de caza; en los valles maduraban las moras y las frambuesas, y de vez en cuando, en los estanques de los valles inferiores, David podía pescar. Tanto *Tara* como *Barí* empezaron a engordar, y David observó con gran satisfacción que en el transcurso de los días aumentaba la extraordinaria belleza y la felicidad de su compañera. Parecíale también que el amor de ésta le envolvía cada día más, y ni por un momento dejaba de observar el resplandor gozoso de sus ojos. Le hacía en extremo dichoso el hecho de que ella no quisiera separarse de su lado más que por espacio de algunos minutos, A él le gustaba acariciarle el cabello y ella, en cambio, había adquirido la agradable costumbre de hundir sus dedos en el de su compañero, al mismo tiempo que le expresaba su satisfacción por el hecho de que ya fuese un poquito gris; y aun tenía la costumbre mucho más dulce de cogerle la mano entre las dos suyas y acariciársela cuando ambos estaban sentados, sin contar con que, de vez en cuando, la llevaba a sus labios suaves y dulces.

Habían pasado ya diez días entre las montañas, cuando una tarde en que estaban sentados de este modo, ella dijo con aquella adorable ingenuidad que tanto complacía a David:

—Será muy agradable que nos case el Padre Rolando, *Sakewawin*. —Y antes de que pudiera contestar añadió—: Yo cuidaré la casa para los dos en el *Chateau*.

Él había estado pensando muchas veces acerca de eso.

—Pero, ¿y si tu madre vive en las ciudades? —preguntó.

Ella tembló ligeramente y se acercó más a David.

—No me gustaría, *Sakewawin*, por lo menos para mucho tiempo. Yo amo los bosques, las montañas y los cielos despejados. —Y de repente se corrigió añadiendo—. Pero de todos modos, viviré a gusto donde tú estés, *Sakewawin*.

—Yo también amo los bosques, las montañas y los cielos —murmuró David—. Siempre procuraremos vivir entre ellos, dulce compañera mía.

Durante el decimocuarto día descendieron las vertientes orientales del Divide y entonces él observó que ya no estaban lejos del Kwadocha y del Finley. En la decimoquinta noche acamparon en el mismo lugar en que él y el adorador de *La Mariposa* encendieron una hoguera al mediodía. Y aquella noche, a pesar de que era cálida y de que la Luna llena los alumbraba con su luz esplendorosa, Margarita tuvo el deseo de encender una hoguera para ambos y contribuyó a añadir combustible a ella, hasta que las llamas llegaron a mayor altura que las sombras de los abetos, obligándolos a los dos a alejarse de su intenso calor. David fumaba satisfecho su pipa, observando cómo su amada añadía más combustible a la hoguera y quedaba iluminada por su resplandor. Un rato después ella se fatigó y se sentó a su lado, soltando su cabello sobre el pecho y en torno de su rostro, según a él le gustaba, y durante una hora hablaron en voz muy baja y temblorosa de felicidad. Cuando, por fin, ella se acostó y se quedó dormida, él se alejó a la luz de la Luna y se sentó a fumar y a escuchar el murmullo del valle, pues se sentía demasiado dichoso para entregarse al sueño. De pronto le sobresaltó una voz:

—¡David!

Se puso en pie de un salto. Desde la sombra de un abeto enano y a seis o siete pasos del lugar en que se hallaba surgió la figura de un hombre. Iba con la cabeza descubierta y le alumbraba la luz de la Luna. Al reconocerle, David dio un grito como si estuviera contemplando a un espíritu y no a un hombre.

—¡David!

—¡Dios mío! ¡Padre Rolando!

Rápidamente cruzaron el espacio que los separaba y se unieron sus manos. David no podía hablar y antes de que recobrase la voz, el misionero decía:

—Vi la hoguera, David, y me acerqué sin ruido para ver quién era. Estamos acampados cerca de aquí, a un cuarto de milla de distancia. Véngase usted, quiero que vea...

Se interrumpió porque estaba muy excitado. A David le pareció que su rostro se había rejuvenecido de un modo extraordinario y el misionero echó a andar con impulso juvenil, después de agarrar a David por el brazo y de obligarle a seguir hacia abajo. David estaba silencioso, dándose cuenta de que iba a ocurrir algo importantísimo e inesperado. Notó la respiración agitada de su compañero, percibió el brillo de sus ojos, y se estremeció su corazón. Andaban tan aprisa que pocos momentos después, según le pareció, llegaron a un bosquecillo de árboles no muy altos, hacia los cuales el Padre Rolando llevó a David cogido de la mano y a la sazón andando con cuidado.

Un momento después se hallaron al lado de alguien que dormía. El Padre Rolando señaló a aquella persona y no pronunció ni una sola palabra.

Era una mujer. La luna la iluminaba y brillaba en los espesos mechones de su

negro cabello que le ocultaba casi el rostro. David se sobresaltó y sintió un nudo en la garganta. Se inclinó y con la mayor suavidad levantó las pesadas trenzas mirando el dormido rostro que habían ocultado. Y vio que aquella mujer era la misma que encontrara en el *Transcontinental*.

Entonces oyó que el Padre Rolando murmuraba:

—Es mi esposa, David.

Éste dio un paso atrás, cogió al Padre Rolando por los hombros y su voz excitadísima se contuvo para murmurar:

—En tal caso... usted es Miguel O'Doone... El padre de Margarita... Y Tavish...

No pudo seguir. El misionero se había puesto muy pálido. Y ambos volvieron a la luz de la Luna para no despertar a la que dormía.

Allí, y tan cerca uno de otro que casi parecía que estuviesen abrazados, se refirieron sus respectivas historias. David fue el primero en hacerlo con la mayor brevedad. Y cuando Miguel O'Doone supo que su hija estaba en el campamento de David ocultó el rostro en las manos, y el joven le oyó dar gracias a Dios. Luego él también le contó lo que le había sucedido, asimismo en breves palabras, porque los minutos de aquella noche eran preciosos. En su locura. Tavish se figuró que su castigo estaba próximo... Creyó que la casualidad que le hizo instalarse tan cerca del hombre cuya vida había destruido era un aviso tremendo del Cielo, y antes de suicidarse escribió su confesión plena a Miguel O'Doone, jurándole en ella que la mujer a quien raptó era inocente y pura por completo.

—Y mientras él se suicidaba, la mano de Dios guiaba a mi Margarita hacia mí — exclamó el misionero—. Durante todos estos años estuvo buscándome y por fin, en la Casa Nelson, se enteró de la existencia del Padre Rolando, cuyo nombre verdadero desconocía todo el mundo. Casi al mismo tiempo, y en Le Pas, recibió la fotografía que usted encontró en el tren, juntamente con una carta en que le decían que nuestra hija vivía en el lugar que usted llama el Nido. La mujer de Hauck mandó la carta y el retrato a la Real Policía Montada del Noroeste y pasó de un inspector a otro hasta llegar a manos de Margarita en Le Pas. Mi esposa vino al *Chateau*, Usted y yo nos habíamos marchado. Nos siguió y nos encontramos cuando regresábamos Metoosin y yo. No volvimos al *Chateau*, sino que dimos media vuelta y seguimos la pista de usted para ir en busca de nuestra hija. Y ahora...

De la sombra de los árboles surgió entonces la alarmada voz de una mujer.

—¿Dónde estás, *Napao*?

—¡Dios mío! Ése es el nombre cariñoso que me dirigía hace muchos años — murmuró Miguel O'Doone—. Se ha despertado. Venga.

David le contuvo un momento.

—Prefiero volver al lado de Margarita —dijo—; la despertaré. Y usted... traiga a su madre. ¿Me comprende, querido Padre? Llévela allí, donde Margarita está durmiendo...

Se oyó de nuevo la voz de la mujer que decía:

—¡*Napao... Napao...*!

—¡Ya voy! —gritó el misionero.

Se volvió hacia David y le dijo:

—Sí... La llevaré... a su campamento.

Y mientras David se alejaba oyó que la dulce voz de la madre de Margarita exclamaba:

—No debes dejarme sola, *Napao*. Nunca más, nunca, mientras vivamos.

Arrodillado junto a la joven, David esperó varios minutos mientras recobraba el aliento. Con sus manos le acarició el cabello y luego le besó la boca y los ojos. Ella se movió y aun dormida murmuró su nombre.

—Despiértate —exclamó David suavemente—. Despiértate, adorada mía.

Los brazos de ella se levantaron y le rodearon el cuello.

—¡*Sakewawin!* —murmuró—. ¿Es ya de día?

Él la estrechó entre sus brazos y contestó:

—Sí. Es un día glorioso, amada mía, despiértate.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Perro esquimal. <<

[2] Hacha. <<

[3] Animal u objeto que adoran los salvajes. <<